# CULTURAS DE LA AMERICA INDIGENA / MESOAMERICA Y AMERICA CENTRAL

Wolfgang Haberland

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



SECCIÓN DE OBRAS DE ANTROPOLOGÍA

CULTURAS DE LA AMÉRICA INDÍGENA



*Sacrificio de prisioneros por príncipes victoriosos.* Detalle de la pintura de la pared norte de la Cámara 2 del Templo 1, Bonampak. La representación que se ha interpretado como sacrificio de prisioneros por príncipes victoriosos, se cuenta entre las mejores pinturas murales de las tierras bajas mayas. La postura del muerto, especialmente, en el centro de la lámina, recuerda ejemplos clásicos. Según una copia de Agustín Villagra. Época Clásica tardía de la cultura de las tierras bajas mayas.

WOLFGANG HABERLAND

# CULTURAS DE LA AMÉRICA INDÍGENA

## *Mesoamérica y América Central*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en alemán, 1969
Primera edición en español, 1974

Traducción de
CECILIA TERCERO

Título original:
*"Die Kulturen Meso- und Zentralamerikas", en*
*Die Kulturen Alt-Amerikas*
© 1969 *Akademische Verlagsgesellschaft Athenaion*, Frankfurt am Main

D. R. © 1974 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Av. de la Universidad, 975; México 12, D. F.

Impreso en México

# INTRODUCCIÓN

En las páginas siguientes estudiaremos las culturas de México y del norte de Centroamérica, tal como existieron antes de la llegada de los españoles y nos son conocidas. Al hacerlo, daremos más importancia a la cultura que a la historia. Es decir, que presentaremos los sucesos históricos, la sucesión de las culturas, solamente en tanto sea necesario para la comprensión del desarrollo de la obra. Las características específicas de cada uno de los periodos o fases arqueológicas, es decir, en la mayor parte de los casos los tipos especiales de cerámica, no se tratarán en detalle, ya que generalmente tienen muy poca o ninguna relación con lo que queremos entender aquí por cultura, o sea, la evolución de la indumentaria y de los ornamentos, de la arquitectura y de los utensilios, de los inventos y de los descubrimientos, de la estructura social, del concepto religioso y de muchas otras cosas. Para una mejor comprensión de la obra, presentaremos al final de la misma, en cuadros, la secuencia de las fases evolutivas, tal como las conocemos actualmente.

Antes de entrar en materia, creemos necesario explicar algunos de los conceptos cuyo significado varía según la región de que se trate. A ellos pertenecen los conceptos Fase y Periodo, ambas unidades artificiales, creados tan sólo para describir ciertos hechos arqueológicos. Son artificiales ya que forman parte de un todo que transcurrió más o menos apaciblemente, aunque el ritmo de desarrollo haya variado en sucesos y en las distintas épocas. Sin embargo, los límites son con frecuencia difusos y sólo en algunos casos bien definidos se puede hablar de una división. En estos casos en que se puede determinar con exactitud una frontera, ésta coincide siempre con el fin de un periodo. Los periodos se diferencian en muchas cosas, rara vez en todas, y estas diferencias se pueden inferir con alguna seguridad a partir de las excavaciones o de los legados. Por el contrario, las fases, periodos menores, se diferencian con frecuencia, en algunos detalles tales como la reaparición o desaparición de un "tipo" de cerámica, por dibujos o combinaciones de los mismos o algunas veces sólo por un cambio proporcional del matiz y en otros casos por el cambio de una parte de los diferentes tipos de cerámica. Las definiciones y los trazos de límites, son en estos casos, poco seguros, ya que frecuentemente se conoce una fase por una sola excavación y así, este conocimiento está sujeto a las opiniones de un único observador. Ésta es la razón por la que los cambios y las nuevas formulaciones estén a la orden del día en este caso de las fases. Hicimos a veces una comparación con unidades étnicas, es decir, con tribus, familias lingüísticas y otras agrupaciones. Todavía hoy no se tienen

pruebas de que algunas unidades arqueológicas y etnológicas sean idénticas, con la excepción de algunos casos históricos, en los que, sin embargo, las unidades arqueológicas fueron adaptadas a las étnicas, pero faltan todavía investigaciones sistemáticas acerca de este problema. No sabemos con seguridad si se puede designar como cultura a una fase o a un periodo, aunque con frecuencia estos términos se usen indiscriminadamente.

Debemos explicar todavía dos conceptos geográficos que aparecerán una y otra vez en este trabajo. Son los términos *Mesoamérica* y *América Central*. El primero fue creado por Paul Kirchhoff en 1943, y no es posible separarlo ya de la arqueología americana. Como punto de partida eligió para su demarcación la situación etnográfica prevaleciente en la época del descubrimiento, un procedimiento un tanto incierto, ya que los documentos de siglo XVI se contradicen con frecuencia. Teniendo como base estas consideraciones, la frontera norte de Mesoamérica fue establecida en la línea formada por los ríos Lerma y Sinaloa, mientras que la frontera sur se trazó de la desembocadura del río Montagua, sobre el Lago de Nicaragua, hacia el ángulo interior del Golfo de Nicoya. Es verdad que en los primeros estudios se hizo hincapié en que estas fronteras, y con ello el territorio que abarcan, sólo eran válidas para la época de la Conquista y que habían sufrido grandes variaciones en el curso de los siglos, pero pronto se olvidó esto y se aceptaron estas fronteras como permanentes. Pero aun para la época de la Conquista, parece que la frontera sur se ha trazado muy al sur, como podríamos explicar en otra parte.

Si se acepta como criterio para esta época la zona de población cerrada de los pueblos náhoas y mayas, y no se toman en consideración los grupos del sur, aislados y en parte muy destacados (siguas, nicaraos, etc.), se puede trazar la línea fronteriza del río Jiboa, en la costa del Pacífico de El Salvador, hasta el río Uloa, en la costa del Mar Caribe (Fig. 1). Parece que esta situación se prolongó por largo tiempo, pero no puede aceptarse este criterio como permanente. El territorio al sur de esa línea y que se extiende hasta la llamada Meseta Central de Costa Rica, inclusive, forma una gran unidad más que se conoce con el nombre de América Central. Al sur de ella, en una zona que se encuentra fuera de la región aquí estudiada, se encuentra la "Zona Intermedia".

# LA ERA PRE-CERÁMICA

Nuestros conocimientos de una cultura humana en México y el norte de América Central disminuyen retrospectivamente a partir de la conquista de nuestra región, y se pierden poco a poco en la oscuridad de tiempos apenas estudiados. El valor del testimonio disminuirá, entonces, a medida que nos alejemos en el tiempo. Esta deficiencia es exacta especialmente en la época que hemos designado como pre-cerámica, que habiendo comenzado en una fecha desconocida, se prolongó hasta 1500 a.c., aproximadamente, aunque en otras regiones tuvo una duración mayor. Sólo descubrimientos aislados o pequeños hallazgos en grupo han arrojado una luz inesperada en algunos aspectos. Así sabemos que había hombres en México por lo menos desde 11 000 a.c. Entre los restos que dejaron, encontramos casi exclusivamente (las excepciones las trataremos todavía) instrumentos que debieron servir para la caza mayor o para descuartizar la pieza obtenida; es decir, puntas de proyectil, cuchillos, raspadores y otros objetos de piedra. Principalmente la primera categoría mencionada, que contiene los "fósiles-guía" de esta época primitiva, prueban claramente que los habitantes de México estaban íntimamente ligados a los habitantes de esta misma época de Norteamérica, de los que

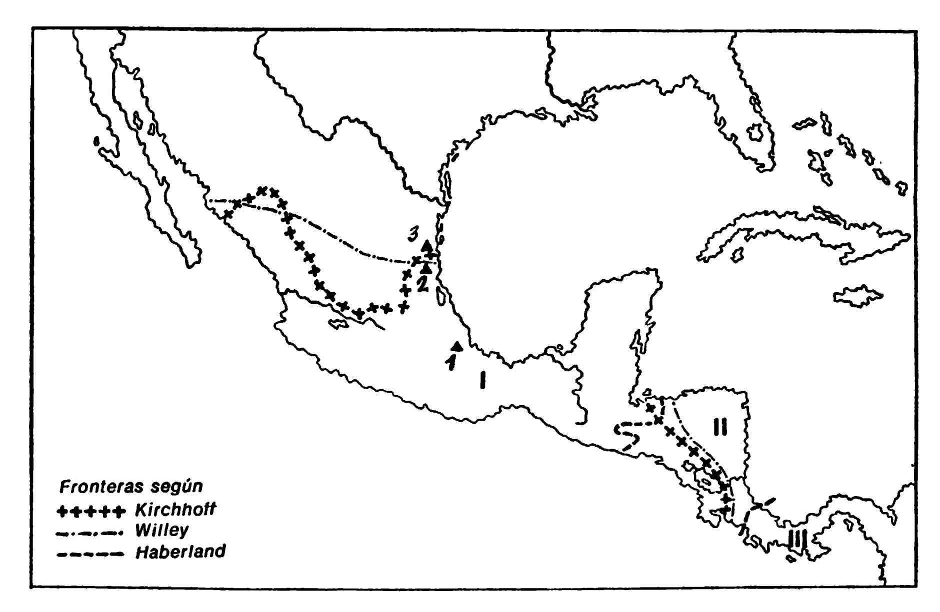



Fig. 1. Mapa de México y del norte de América Central con las fronteras diferentes de cada una de las regiones arqueológicas según tres autores. [I Mesoamérica; II América Central; III Zona Intermedia. 1, Tehuacán; 2, Sierra de Tamaulipas; 3, Nordeste de Tamaulipas.]

eran una ramificación. Pero esto no nos asombra ya, puesto que como se acepta hoy generalmente, el Nuevo Mundo fue poblado desde el norte, por el estrecho de Bering, que en aquella época estaba seco. Todavía no se puede fijar con exactitud cuándo llegaron los primeros hombres a América, que sin saberlo la descubrieron por primera vez. Si nuestros métodos de fechas actuales son válidos, esto debe haber sucedido en algún momento entre 30 000 y 20 000 a.c. Es comprensible que primero se hayan establecido en Norteamérica y expandido en la región suroeste de los actuales Estados Unidos, en aquel entonces tan poblada de animales, utilizando esta región tan propicia. El norte de México era, y es todavía, una parte integral de esta unidad económica, y por ello se suponían allí hallazgos especialmente tempranos, lo que ha podido ser comprobado. Sin embargo, parece ser que desde épocas muy tempranas tuvieron lugar las inmigraciones hacia el sur, pues si podemos creer las fechas que nos proporciona el carbono 14, ya había hombres en el norte de América del Sur hacia 15000 a. c., y hacia 9000 a.c., se cazaban en la Patagonia, en el extremo sur del Continente, animales del pleistoceno. Estos primitivos "sudamericanos" deben haber atravesado, viniendo del norte, nuestra región y, sin duda, habrán permanecido en ella algunos grupos, si es que encontraron condiciones propicias. El que nosotros todavía no las podamos situar en esta época tan temprana, podemos atribuirlo, sobre todo, al estado tan atrasado de la investigación. Nos es válido suponer, entonces y a pesar de la falta de hallazgos definitivos, que los primeros hombres llegaron a Mesoamérica entre 20000 y 15000 a.c.

Puesto que los primeros habitantes de la América Media vinieron del norte, se refleja en la interpretación de los descubrimientos relativamente escasos, especialmente en México, la problemática de los descubrimientos contemporáneos en los Estados Unidos de América. Por el momento se enfrentan dos opiniones representadas por Hannah Wormington por una parte, y por Alex D. Krieger por la otra. Si aceptamos aquí la posición del último, es sobre todo porque nos da una clara imagen de la América Media. Según Krieger, la época pre-cerámica puede subdividirse en tres etapas, de las cuales la más antigua y al mismo tiempo la menos segura es la designada como Fase pre-proyectil. De nuestra región pertenecen a ésta, entre otros, los descubrimientos tan discutidos de Valsequillo, en Puebla, con utensilios de piedra cruda y una serie de objetos de hueso, entre los que se encuentra un pedazo de hueso, en el que el arqueólogo Juan Armenta Camacho quiere ver los dibujos incisos de animales del pleistoceno (Lám. 1). Más importantes son los descubrimientos hechos en Tequixquiac, Edo. de México. Los sencillos objetos de

piedra, auténticos, entre los que no se encuentra ninguna punta de proyectil, proceden del asiento de la Formación Becerra superior, de modo que podemos inferir la existencia de una época del pleistoceno superior. Junto a los raspadores, objetos de piedra, se encontraron también instrumentos de hueso, sobre todo objetos terminados en punta. Sin embargo, el descubrimiento más importante es una cabeza de perro, tallada en una vértebra de un camélido del pleistoceno (Lám. 2), que es prácticamente la única obra de arte pre-cerámica no sólo de nuestra área, sino tal vez de toda la América.

Un gran número de hallazgos aislados de la época pre-cerámica en México y América Central pertenecen al periodo que Krieger nombró Fase paleo-indígena. Se trata sobre todo de puntas de Clovis de la cultura Llano. Ésta ocupó grandes extensiones del suroeste de los Estados Unidos de América, mientras que sus descendientes, por su parte, llegaron hasta Costa Rica y Panamá. Al igual que las puntas de Clovis se relacionan con la caza del mamut, las puntas de Folson, características de la cultura Lindenmeier de las praderas, se emplearon para la caza del bisonte. En México se limitan a determinadas zonas en el norte, generalmente a aquellas que ecológicamente pertenecen al suroeste de los Estados Unidos de América. Ambos tipos de punta de proyectil son parte de la misma tradición de las "puntas acanaladas", ya que en la parte central de las puntas, en uno o en ambos lados, se encuentra una canal que tal vez servía para fijar el asta (Fig. 2). El tercer tipo de puntas de esta época, importante para México, y que ha sido designada como punta de Lerma, no pertenece a esta tradición, puesto que no presenta ninguna canal y puesto que su forma, con dos puntas y en forma de hoja de laurel, se aparta de las puntas acanaladas que frecuentemente tienen lados paralelos.

Se ha llamado a los representantes de las culturas Llano y Lindenmeier cazadores del pleistoceno, ya que los instrumentos se encontraron frecuentemente junto con los restos de animales del periodo glacial y puesto que se han considerado las puntas de proyectil como las herramientas características de estas culturas. Sin embargo, puede ser que estos animales, principalmente el mamut y el bisonte, hayan constituido una parte, y con seguridad no la más importante de la alimentación, ya que estos animales eran capturados sólo en casos excepcionales. Es probable que la caza de animales menores y la recolección de plantas hayan tenido la misma importancia que la caza mayor. Por este motivo, la división de Wormington en una Tradición paleo-occidental basada en la recolección y en la caza menor y en una Tradición paleo-oriental con mayor interés en la caza mayor, no nos parece del todo acertada.

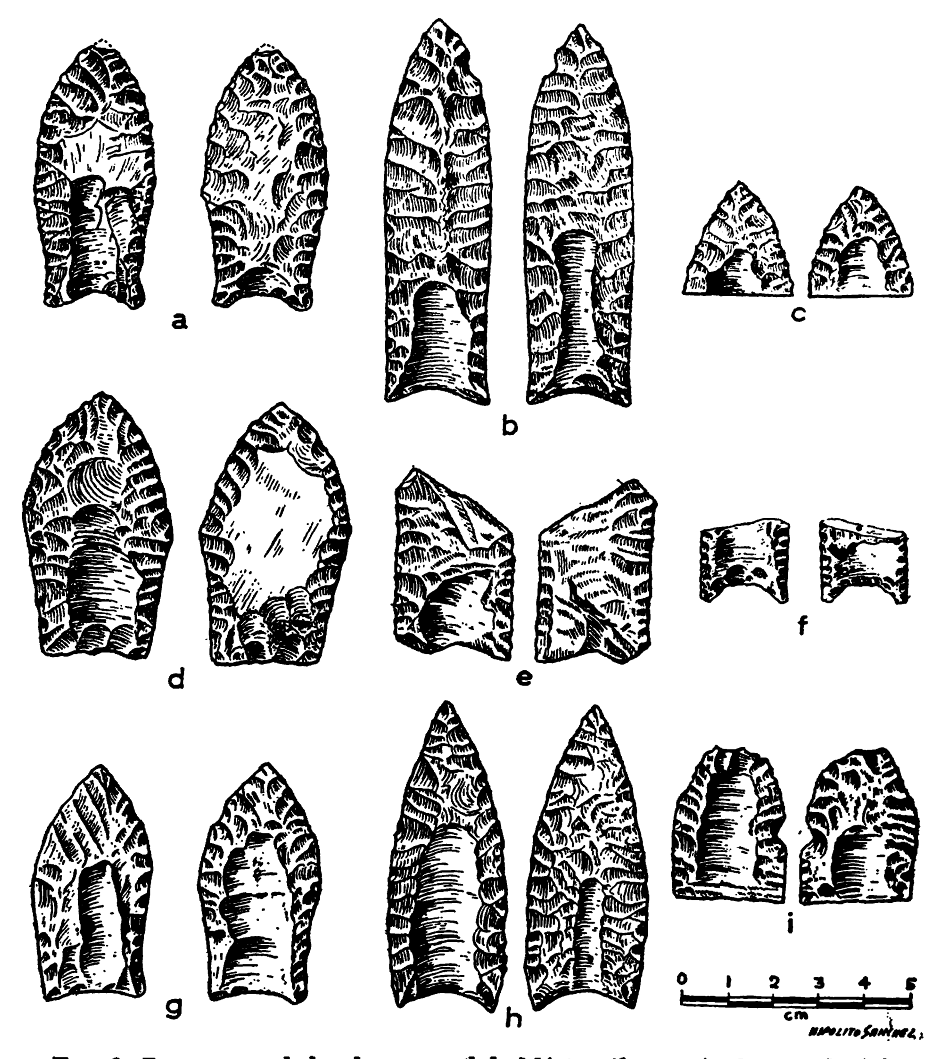



FIG. 2. Puntas acanaladas de proyectil de México (*b, c, e-i*), Guatemala (*a*) y Costa Rica (*d*). Tipos semejantes aparecen frecuentemente en el sudoeste de los Estados Unidos de América. Se cree que pertenecieron a cazadores de mamíferos del pleistoceno.

Este punto de vista parece confirmado por las dos grandes series que en los últimos diez años fueron excavadas y dispuestas por Richard S. MacNeish en Tamaulipas y en el Valle de Tehuacán, Edo. de Puebla, lo mismo que una cantidad de otros objetos que se han encontrado en México, pero que algunas veces son de épocas posteriores. De las dos series de MacNeish, la serie de Tamaulipas, que

se compone de tres series regionales, es la que se ha conocido por más tiempo y la que se ha publicado completa, pero no es tan importante como la de Tehuacán, ya que presenta grandes lagunas, y no se limita, como la de Tehuacán, a un espacio relativamente reducido. Además, parece ser que Tehuacán se encontraba más cerca del centro de evolución, del paso de una población recolectora y cazadora a una agricultora, que Tamaulipas, a la que corresponde más una situación marginal. De este modo nos vamos a dedicar a la serie de Tehuacán, teniendo la posibilidad de recurrir al horizonte de Tamaulipas.

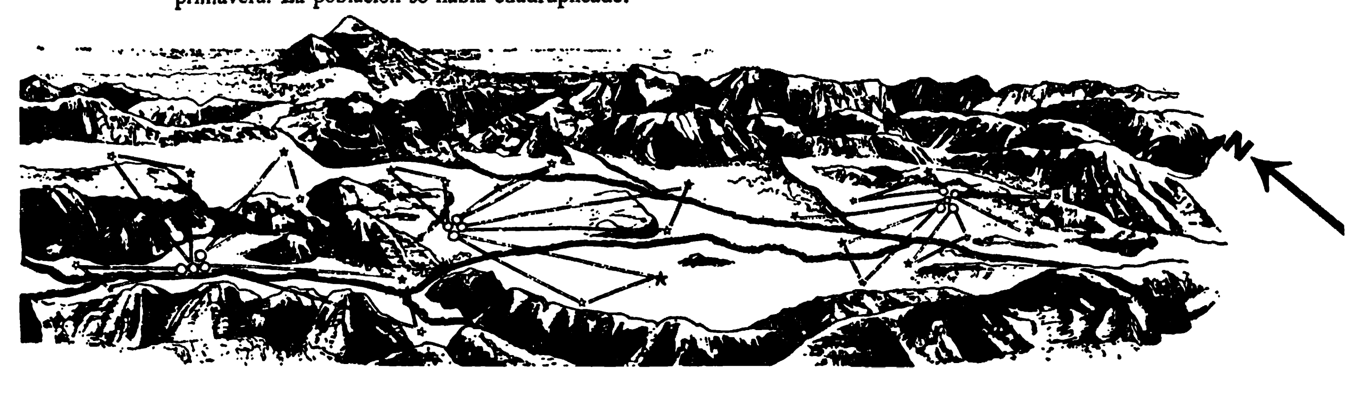
La fase más antigua de la serie de Tehuacán es Ajuereado, de la que ahora sólo conocemos la fecha aproximada en que terminó: 7200 a.c. No se sabe con seguridad cuánto tiempo duró esta fase, calculándose entre 3000 y 4000 años. Se trata de una cultura extremadamente sencilla. Aunque es la época que se ha llamado de los "cazadores de la época diluviana" de acuerdo con hallazgos en Norteamérica y el altiplano de México, no se han encontrado en el Valle de Tehuacán señales que indiquen que se practicó la caza mayor. Los animales de caza más grandes eran los caballos y los antílopes. Sus restos pertenecen sólo al principio de esta etapa y aun entonces representan sólo un pequeño porcentaje. Las presas que se obtenían más fácilmente eran conejos, topos, ratas, tortugas y aves. El que se hayan limitado a los animales menores, que junto con plantas y frutos silvestres eran con seguridad muy importantes para la alimentación, determinó que los cambios zoológicos y botánicos que trajo consigo el final de la glaciación no fueran de mayor importancia para el modo de vida de los hombres de entonces. En un principio hubo la formación de bandas, puesto que los así llamados "micro-grupos", que se supone existieron en esta época y que deben haber estado formados por cuatro u ocho personas, no pueden haber sido más que familias. Estos grupos utilizaban generalmente las cuevas como viviendas temporales, antes de que obligados, tal vez por el cambio de estación, tuvieran que buscar abrigo en otra parte del valle. Este modo de vida tan inestable trajo consigo que la cultura material no se desarrollara especialmente, aunque debemos admitir que junto con los diferentes utensilios de piedra (puntas de proyectil, raspadores, instrumentos para cortar y picar, martillos, "cuchillos"), existían otros utensilios que aún no conocemos (Fig. 3).

El paso a la siguiente fase, El Riego, que se ha fechado entre 7200 y 5200 a.c., es paulatino. De esto podemos deducir que ya no entró una nueva ola de población, sino que los grupos ya existentes continuaron en su evolución y se hicieron más numerosos. Por ello se eleva la población que hasta aquí se había calculado en 12 o 24 personas, a 48 o 96. La unidad base sigue siendo la familia que, cada año, y




Fig. 3. Probable estado del Valle de Tehuacán durante las Fases Ajuereado y El Riego primitiva. (Estado hipotético I.) Microgrupos (familias), cambian anualmente de establecimiento. Entre ellos se puede diferenciar el que utilizaban durante la época de lluvias (○), los empleados en el otoño (⊙) y los de la época seca (*). Se cree que la población estaba formada por pequeños grupos de cuatro a ocho personas.

Fig. 4. Probable estado del valle de Tehuacán durante las Fases El Riego y el Coxcatlán primitiva. (Estado hipotético II.) Se supone ahora que existían pequeños grupos que en otoño (⊙) y en la época seca (*) vivían aislados, pero que se reunían con grandes grupos en campamentos (⁘) durante la primavera. La población se había cuadruplicado.



especialmente en la época de lluvias, se une en "macro-grupos" o grandes familias. Las cuevas siguen siendo el lugar de abrigo, aunque ya son utilizados también los espacios abiertos; pero no sabemos todavía qué clase de viviendas se construyeron aquí. Al igual que en la época de la Fase Ajuereado, se obtenían los alimentos por medio de la caza y la recolección, pero dando mayor importancia a la alimentación vegetariana. Esto se ve no sólo en los desechos y residuos, sino también en los instrumentos, puesto que al lado de los objetos de piedra, de percusión, se encuentran ahora morteros y pisones, metates y manos de piedra. Probablemente fue en esta época cuando el hombre aprendió a trabajar la piedra por frotamiento y no sólo por medio de percusión. Existen asimismo objetos de materiales perecederos, de modo que estamos bien orientados acerca de la cultura de esta Fase El Riego. Se tejían cestas con la técnica de ahuecado en espiral y que seguramente servían para cazar. Los techos se fabricaban por medio del trenzado. Se pueden comprobar en esta fase los orígenes del pensamiento religioso, puesto que se enterraba a los muertos en grandes fosas, cuyas paredes habían sido cubiertas de pasto y se les hacían ofrendas de mantas y canastos que tal vez contenían comida. Pero existen aquí otros conceptos que desempeñaron un papel importante; pensamientos que ya no podemos interpretar o que todavía no somos capaces de hacerlo. Así, en un entierro, podemos pensar en el sacrificio humano, puesto que los cráneos de la joven mujer y del niño habían sido separados del tronco, mientras que el cadáver del hombre estaba semi-incinerado. En otra parte, habían sido enterrados dos niños. Sobre el piso de la cueva estaba el cuerpo extendido y quemado de un niño, envuelto en una manta y una red, encontrándose la cabeza entre dos cestas, junto con una cadena de caracoles. Después se llenó parcialmente la cueva y se enterró el cuerpo de otro niño, a quien también se le había cortado la cabeza. En este caso, se había separado la carne del cráneo, se había asado la cabeza y se habían retirado los sesos. Tal vez sea éste un caso de canibalismo que deben haber practicado, ya que entre los montones de basura se encontraron huesos humanos quemados (Fig. 4).

La era entre 5200 y 3400 a.c. en el Valle de Tehuacán, se ha designado con el nombre de Fase Coxcatlán. En comparación con la Fase El Riego, parece que la cultura material cambió muy poco, tan poco como los conceptos religiosos. Sin embargo, presenta cambios en dos aspectos de la cultura, que están muy relacionados entre sí. Por primera vez, durante la Fase Coxcatlán, no sólo se recolectaron las plantas, sino que también se sembraron. Parece que las primeras plantas fueron el chile y la calabaza *(Cucurbita mixta)*, así como el aguacate, plantas que tal vez ya habían sido domesticadas hacia fines de la Fase

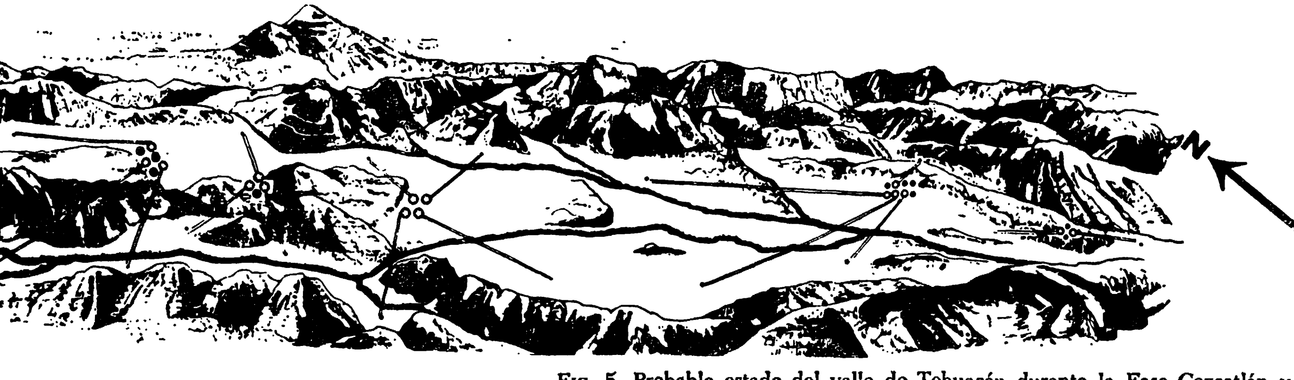
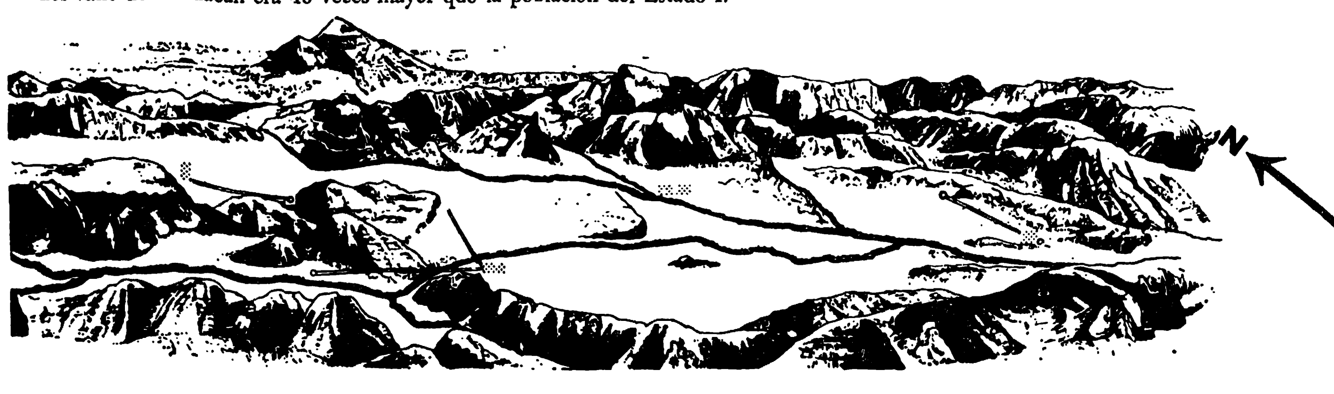



Fig. 5. Probable estado del valle de Tehuacán durante la Fase Coxcatlán y Abejas temprana. (Estado Hipotético III.) Se cree que los macrogrupos vivían juntos en esta época, bien en la época de lluvias y en el otoño (✪) bien durante todo el año (● ●), y que durante la época seca se dividían en microgrupos y buscaban albergues por separado (*). El número de habitantes se debe haber decuplicado con respecto al Estado I.

Fig. 6. Probable estado del valle de Tehuacán durante las Fases Abejas tardía, Purrón, y Ajalpán temprana. (Estado hipotético IV.) Es probable que para este tiempo ya existieran pueblos semipermanentes (⁝⁝⁝⁝⁝), que abarcaban una serie de microgrupos que vivían juntos. Éstos buscaban en cada estación un campamento para cazar, sembrar (○ ○) o recolectar (*). El número de habitantes del valle de Tehuacán era 40 veces mayor que la población del Estado I.



El Riego. A ellas siguió el maíz, cuya forma silvestre ya se había utilizado. Es la prueba más antigua que se tiene de la domesticación del maíz, y puesto que las formas casi no se diferencian de las plantas silvestres existentes en la misma región, se ha pensado con razón que aquí o en un lugar cercano ocurrió la domesticación del maíz. También se introdujeron otras plantas a la horticultura. De este modo, cerca del final de la Fase Coxcatlán, aproximadamente 3400 a.c., contaban los habitantes del valle de Tehuacán con las siguientes plantas para su cultivo: maíz *(Zea mays)*, frijoles *(Phaseolus vulgaris)*, calabazas *(Cucurbita mixta)*, *(Cucurbita moschata)*, *Amaranthus leucocarpus*, zapotes *(Diospyros ebenaster, Casimiroa edulis)*, aguacates *(Persea americana)*, calabaza *(Lagenaria sicifolia)* y chile *(Capiscum annuum)*. En muchos casos no se ha llegado a saber con seguridad si todas estas plantas se domesticaron aquí o en una región cercana, o si algunas de ellas ya habían sido cultivadas en regiones más distantes y de allí fueron llevadas al valle de Tehuacán. Puesto que la forma silvestre de algunas especies como el maíz y la *Cucurbita mixta* se encuentran entre los productos recolectados en épocas anteriores y durante otras fases, se puede pensar en estos casos en un cambio sucedido aquí, de una planta silvestre a una de cultivo, mientras que para otras nos faltan datos, y en otros casos sólo se han podido encontrar las plantas silvestres de la misma familia, en otras regiones. Estamos seguros de que las innumerables plantas culturales de América fueron domesticadas en regiones muy diferentes y en varias formas, de modo que no podemos pensar en un único centro donde habría ocurrido el cambio de la recolección a la horticultura. Tal vez sea este hecho el que permita suponer que en América, y con ello también en México, este cambio fue paulatino y que no se trató de una "revolución neolítica", como la que sucedió en el Viejo Mundo.

También la manera de colonizar y con ella quizá también la organización social cambió, si bien poco a poco. Así encontramos en esta Fase Coxcatlán las mismas reuniones o separaciones de grupos en cada estación, tal y como las habíamos encontrado en la Fase El Riego. Las colonias de los grupos mayores (macro-grupos), que anteriormente sólo se utilizaban en la época de lluvias, se van utilizando por más tiempo hasta que, imperceptiblemente, se convierten en habitaciones permanentes, de las que se separan pequeños grupos o familias solamente en casos extremos para obtener su alimentación por medio de la caza o la recolección (Fig. 5).

Esto se continúa en la siguiente Fase Abejas, que se ha situado entre 3400 y 2300 a.c. En ésta, aparecen las primeras casas, hasta donde ha sido posible imaginarlas en el Valle de Tehuacán. Estas casas en las cuevas son ahora moradas permanentes que abandonan sus habitantes

por el corto tiempo de la recolección, de la caza o de la siembra en campos lejanos. A pesar de la cantidad de plantas cultivables a las que se agregan en esa fase otros tipos de granos (*Phaseolus acutifolius* y *Canavia enceformis*), el 70% de la alimentación está constituida todavía por la recolección y la caza. En el aspecto material, apenas se presentan cambios. Muchos utensilios que ya existían en la Fase El Riego, constituyen, aunque con otras formas, el total de los objetos. Sin embargo, es necesario distinguir un grupo de objetos que aparece por primera vez en esta Fase Abejas: platos y vasijas de piedra, que nos indican que de ahora en adelante la alimentación se prepara principalmente en vasijas y sobre el fuego. Parece que en las fases anteriores los alimentos se tomaban crudos, asados o cocidos con la ayuda de piedras calientes, colocadas dentro de las vasijas que contenían los alimentos machacados, para calentarlos en esta forma (Fig. 6).

Esta evolución en la forma de preparar los alimentos se continúa en la Fase Purrón (2300 a 1500 a.c.) que apenas y se conoce. Corresponden a esta fase las primeras vasijas de barro, todavía muy primitivas, que se conocen hasta ahora en México y América Central. Sus formas indican que fueron hechas según los moldes de las vasijas de piedra de la época anterior. No se introducen en esta Fase Purrón nuevas plantas para el cultivo, aunque el maíz continúa en su evolución a la forma que conocemos actualmente, sobre todo por medio de la hibridación e injerto con el *Tripsacum*. Además, se sabe con seguridad que en esta época se cultivaba el algodón. Aunque sus primeros indicios existen ya en la Fase El Riego, no se sabe hasta ahora si se trataba de especies silvestres o cultivadas. La Fase Ajalpán, que se prolongó de 1500 a 900 a.c., y las fases subsiguientes en el Valle de Tehuacán, con su cerámica, sus poblados permanentes y extensa agricultura, pertenecen ya a otro marco y sólo se tratarán en cuanto nos sea necesario.

Como ya dijimos, no es esta serie de Tehuacán la única que se conoce en México, y con la que podamos demostrar el cambio paulatino de una cultura que vivía de la caza, a una comunidad agrícola, si bien es verdad que es nuestro mejor ejemplo. Otras buenas series se tienen en Tamaulipas, como ya se dijo. En general muestran un proceso semejante, aunque con variaciones en el aspecto principal y con cambios temporales, sobre todo en una agricultura u horticultura intensiva, lo cual fue, sin duda alguna, por encontrarse Tehuacán más cerca del centro en que se cultivaba el maíz, en caso de no haber sido el centro mismo, que Tamaulipas en su situación periférica. Las primeras plantas de cultivo aparecen en esta región, con seguridad, en las fases Ocampo, Nogales y La Perra, las únicas series que pueden fecharse entre 5000 y 2200 a.c. Entre ellas se encuentran los frijoles (*Phaseolus*

*vulgaris),* amaranto *(Amaranthus leucocarpus),* chile *(Capsicum annuum),* calabazas *(Cucurbita pepo* y *Lagenaria sicifolia).* Las últimas habían sido cultivadas ya en la Fase Infiernillo (7000 a 5000 a.c.), anterior a ésta y puede que éste haya sido el centro de su cultivo. A pesar de la gran cantidad de especies, la horticultura no constituye todavía en la Fase La Perra (3000 a 2200 a.c.), en la que aparece por primera vez el maíz en Tamaulipas, una parte importante en la alimentación, constituyendo apenas el 9% de la alimentación, contra el 76% de plantas silvestres y el 15% del producto de la caza. Entre 2200 y 1400 a.c. (fases Flacco, Guerra y Almagre), aumenta la importancia de las plantas de cultivo en la dieta alimenticia; al lado de las plantas culturales ya mencionadas y de nuevos tipos de maíz, se emplean también girasoles *(Helianthus annuus),* que venían del norte, calabazas *(Cucurbita moschata)* del sur y, algunas veces también, la yuca *(Manihot dulcis),* también del sur. En general, parece reflejarse aquí la misma evolución que en el valle de Tehuacán. Esto se puede comprobar por medio de hallazgos y fases aisladas en otras zonas (Oaxaca, Chiapas, etc.), de modo que se puede aceptar la exactitud y validez general del modelo de Tehuacán.

Si aceptamos este modelo, podemos comprobar que tenemos delante de nosotros el paso paulatino de una población recolectora y cazadora a una agrícola. Ni la serie de Tehuacán ni la de Tamaulipas con sus tres series muestran cambios abruptos, un cambio repentino o una influencia súbita que hubiera cambiado completamente las costumbres de vida de la gente. Se trata más bien de un proceso lento que se extiende durante siglos, a través de los cuales se cultivan en un principio plantas silvestres o las plantas que se cultivaban en otras regiones. Puesto que originalmente fueron consideradas sólo como suplemento a la alimentación a base de plantas silvestres, no aparecieron cambios importantes en la cultura material o en la estructura sociológica. Sus intereses cambiaron poco a poco, de acuerdo con el aumento porcentual de las plantas de cultivo. De acuerdo con los hallazgos, no hubo aquí de ninguna forma una "revolución neolítica" y seguramente que ningún hombre notó cambio alguno durante su vida. Por ello podemos más bien hablar aquí de una "evolución neolítica", si queremos transferir este término del Viejo Mundo. Que este proceso o modelo no se limitó a Mesoamérica y a América Central se desprende de otros hallazgos paralelos, del suroeste de los actuales Estados Unidos, por ejemplo. Tampoco aquí provocó un cambio importante en la cultura la introducción de plantas culturales provenientes del sur, siendo estas nuevas plantas alimenticias aceptadas como un complemento a la dieta existente hasta entonces. Las investigaciones llevadas a cabo en Nuevo México en Bat Cave, por ejemplo, donde se ha encontrado el maíz

más primitivo de los Estados Unidos, demuestran que ni siquiera cambiaron con su introducción, las importantes piedras de moler; más bien, se siguieron empleando las mismas formas que ya antes se habían empleado para moler las semillas que crecían silvestres. En fin, se pueden establecer apreciaciones semejantes para otras extensas series en América, como en la costa peruana, donde, en la región Ancón, por ejemplo, se puede comprobar este cambio paulatino.

En el estado actual en que se encuentran nuestros conocimientos, podemos asegurar que las evoluciones bosquejadas anteriormente no son sólo un modelo para Mesoamérica, sino que, con cambios regionales y temporales, son útiles para la época pre-cerámica de toda América, de modo que podemos hablar de una tendencia general, de un curso unitario en sus puntos principales. Así parece presentarse un contraste con el Viejo Mundo, con el paso rápido de una forma de economía a la otra, a la que se refiere generalmente con la expresión creada por Gordon Childe, de una "revolución neolítica". Si realmente existe este contraste, es discutible, y debe corroborarse por medio de investigaciones futuras. En todo caso, el autor no puede abandonar la idea de que también en el Medio Oriente y en otros lugares se ha encontrado un cambio paulatino más bien que un cambio brusco.

# LA ERA CERÁMICA

COMO ACABAMOS de ver, conocemos de era pre-cerámica sólo cuatro series más o menos completas, que se limitan a dos regiones: Tamaulipas y el Valle de Tehuacán. Además, existen innumerables hallazgos aislados, especialmente para las épocas más primitivas y para cada una de las fases. Éstos confirman el área general de desarrollo de las series, pero no permiten, por otra parte, establecer series regionales para poder señalar, en caso necesario, diferencias en el desarrollo. Hay que tener en cuenta, además, que las partes más importantes de estas culturas primitivas son de materiales perecederos, que sólo se conservan en las condiciones más favorables las que, infortunadamente, en México y América Central son raras. De aquí que la esperanza de encontrar nuevas series de esta época sea tan reducida.

Este cuadro cambia con la introducción de la cerámica que, como "fósil-guía", sobre todo en América, es de gran importancia para la arqueología. Prácticamente es imperecedera y permite encontrar más fácilmente hallazgos y establecer series cronológicas, que con objetos de piedra, relativamente escasos, de épocas anteriores. Si consideramos además que el número de pobladores aumentó constantemente, debido tal vez a una alimentación más rica basada en la agricultura, no nos debe sorprender que el número de las series, es decir, de las fases que pertenecen a una determinada época, aumente rápidamente y que ahora sean ya más de ciento las que pertenecen a nuestro ámbito. Cada una de estas fases, como ya se dijo antes, puede considerarse como una cultura en sí, con estilos cerámicos propios, formas propias de herramientas, trajes, costumbres funerarias y, por consiguiente, aspectos religiosos, sociológicos y artísticos propios, para nombrar sólo algunos; pero nos será imposible, dentro de los límites que nos marca este estudio, tratar estas fases una por una. Las fases se reúnen, como se dijo también, ya sea en lo temporal como en el espacio, en periodos, en unidades cuyas fases presentan ciertas características comunes en algunos aspectos. Entonces sería fácil estudiar estos periodos, pero puesto que éstos son unidades de orden superior en los que el total de los hechos establecidos para cada una de las fases ya ha sido analizado; tendríamos entonces una imagen abstracta, teórica, que nunca reflejaría los hechos verdaderos, en caso de que pudiéramos reconstruirlos. Además, y esto es tal vez más importante, la división de los periodos ha sido hecha de muy diversas maneras. Especialmente en Mesoamérica, los periodos simplemente representan épocas en las que todas las fases contemporáneas se unen, sin consideración de sus semejanzas culturales. En fin, como ya dijimos, no tenemos que estudiar sólo una región, sino dos, que presentan una periodicidad diferente

que no podemos reunir, o que podríamos unir sólo con grandes dificultades, ya que el concepto mismo de Periodo se ha interpretado de muy diversas maneras. Por esto, debemos renunciar a la idea de que podríamos orientarnos con la ayuda de los periodos.

La mejor posibilidad que ve el autor para ordenar el material tan amplio, a pesar de la situación tan precaria de la investigación (Cuadro, p. 175), es hacer una sucesión cronológica. En lo sucesivo se describirá el aspecto de una determinada época en Mesoamérica y América Central, lo que nos obligará en algunos casos importantes a referirnos a los desarrollos ocurridos en el tiempo intermedio. Las divisiones las hicimos en tal forma que las etapas más importantes en la historia cultural de nuestra región puedan abarcarse en un todo al mismo tiempo que mantengan una cierta distancia. Por ello, hemos elegido las fechas para nuestro estudio de la siguiente manera: año 1300 a.c., año 750 a.c., año 1 d.c., año 500 d.c., año 1000 d.c. y año 1500 d.c.

## MESOAMÉRICA Y AMÉRICA CENTRAL HACIA 1300 A.C.

En este tiempo contamos con diez fases para darnos una idea de la vida de aquella época (Cuadro y Fig. 7). En todas ellas encontramos cerámica y también, probablemente, el cultivo del maíz. Con esto, tenemos frente a nosotros las pruebas de una población sedentaria. Si las fases son parte de una serie, como es el caso de la Fase Ajalpán, 1500 a 900 a.c., dentro de la Serie Tehuacán, vemos que tampoco aquí

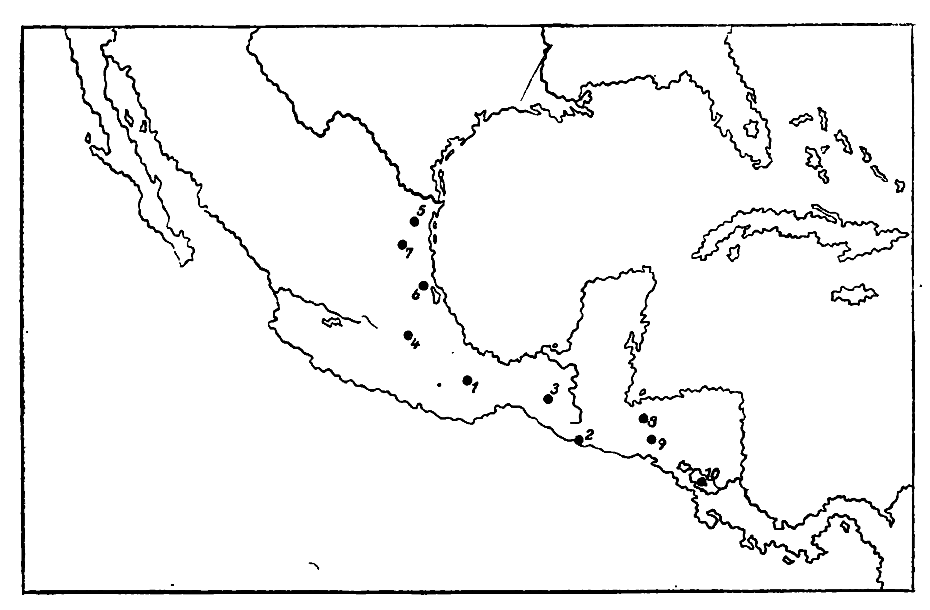



Fig. 7. Mapa en que se señalan los más importantes centros arqueológicos que se mencionan en el texto. 1300 a. c. [1, Valle de Tehuacán; 2, Ocós; 3, Chiapa de Corzo; 4, El Arbolillo y Zacatenco (*véase* el próximo mapa); 5, Sierra de Tamaulipas; 6, Huasteca (Serie Pánuco); 7, Tamaulipas sudoccidental; 8, Serie Yojoa-Uloa; 9, Yarumela; 10, Ometepe].

existe una clara división, sino que la cultura de esta época se desarrolló lenta y consecuentemente a partir de la anterior. Así, apenas cambia la variedad de plantas de cultivo, sólo se añade a las ya existentes, además de nuevos tipos de maíz, otra variedad de calabaza *(Cucurbita pepo).* Como en la fase anterior, las habitaciones eran permanentes, pero ahora eran pequeñas chozas con paredes tejidas y cubiertas de barro y techos de paja, un tipo de construcción que en algunas regiones ha subsistido hasta nuestros días. Construcciones de tipo religioso siguen siendo tan escasas como las chozas mayores que pudieran indicar la existencia de un jefe o de alguna institución política semejante. Por ello, no podríamos responder a ninguna pregunta

acerca de un poder mundano, como tampoco a ninguna sobre si la sucesión y el título de propiedad eran legados por vía materna, como se piensa en general que sucedía entre las culturas de economía agraria. Sólo sabemos con seguridad que a la mujer correspondía un trato de igualdad, como se desprende de diversas tumbas de mujeres, en que se encontraron ricas ofrendas. Seguramente era importante en la religión la diosa de la fertilidad, que encontraremos todavía con bastante frecuencia. Son prueba de ello las innumerables figuras de barro femeninas, que representan, al lado de una cerámica monocroma, innovaciones en la cultura material. Desgraciadamente, hasta la fecha no se han dado a conocer estas figuras, de modo que todavía no podemos aventurar declaración alguna acerca de los vestidos y ornamentos de la gente en esta fase (Fig. 11).

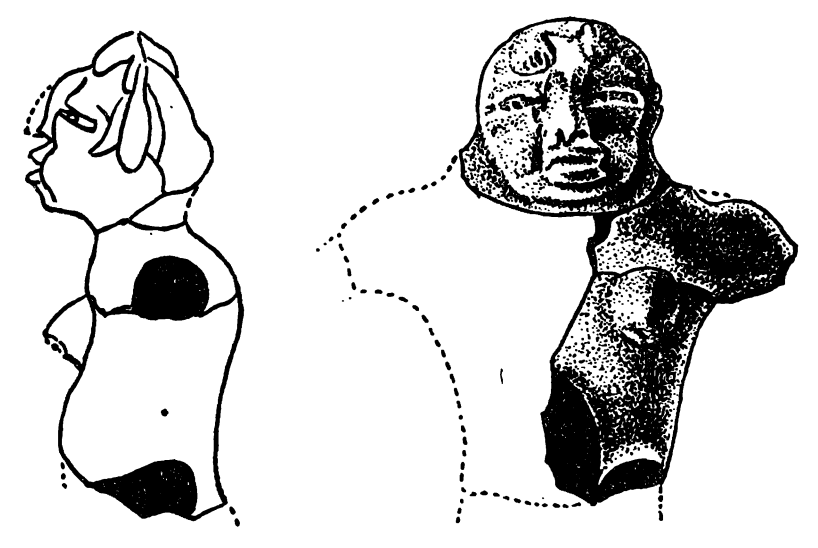


**FIG. 8. Fragmento de una figura de barro hecha a mano de la Fase Ocós, La Victoria, Guatemala.**

Nuestra información en este aspecto es más completa para la Fase Ocós (1500-1000 a.c.), de la Serie La Victoria en la costa del Pacífico en Guatemala. Aquí todas las figuras femeninas están representadas desnudas y no tienen ningún adorno, a menos que no se quieran interpretar como tal los diferentes peinados que llevan (Fig. 8). Entre los hallazgos de la Fase Ocós los ornamentos son raros; solamente podrían ser consideradas como tales unas pocas conchas perforadas. Había también tejidos de tipo sencillo, como se desprende de las impresiones en el barro, pues como en la mayor parte de los casos, aquí tampoco

se conservaron los objetos de material perecedero. Para qué se empleaban y de qué material estaban fabricados, nos es desconocido. Al contrario de la Fase Ajalpán, la cerámica de la Fase Ocós está muy desarrollada: su superficie se decoraba mediante procedimientos mecánicos, por ejemplo el empleo de sellos sencillos, marcando puntos o golpeando la superficie con las herramientas envueltas en parte con cordones. Es característico que las piezas fueran separadas posteriormente mediante anchas concavidades que se pulían, por lo que se empleaba la así llamada "zonificación".

La pintura bi o policroma no aparece todavía. Estudiando estos métodos de ornato, el excavador Michael D. Coe supone que aquí en la costa del Pacífico en Guatemala, se encuentran influencias del Periodo Woodland del norte de los Estados Unidos, del que por su parte, según otros científicos, pueden buscarse sus modelos en el norte de Asia. Sin embargo, estas dos opiniones no se han podido comprobar hasta ahora. Aunque existen ciertos fenómenos paralelos entre la Fase Ocós y la Woodland, faltan hasta ahora fases intermedias en la vasta zona entre estas dos regiones. Por ello, más bien nos inclinamos a creer que se trata de evoluciones paralelas y no de influencias recíprocas. Más importantes y sin duda también más seguras, son las relaciones entre Ocós y la Fase Chorrera de la Serie Manabí en la costa del Ecuador. La Fase Chorrera comparte con la Ocós tardía una serie de aspectos muy específicos como son la pintura en colores irisados sobre un fondo amarillento y el empleo de simples sellos cilíndricos, mientras que la Fase Conchas I, que sigue a Ocós (1000-700 a.c.) aporta más objetos, como por ejemplo, orejeras de barro pulido, en forma de carretes. Aquí parece que verdaderamente existió un contacto que, en todo caso, se inició hacia el final de la Fase Ocós, es decir, hacia 1000 a.c. Coe opina que se trata de un comercio formal a lo largo de la costa, aunque debieran tomarse en consideración otras posibilidades, como por ejemplo, el camino por tierra, puesto que las orejeras ya mencionadas están muy difundidas en el sur de Centroamérica. Pero en general, podemos contar con que en esta época las diversas fases o culturas ya habían establecido contactos y con que, en sus desarrollos, hubo influencias recíprocas.

Económicamente, la situación de Ocós, situado cerca de la costa, fue muy diferente a la de Ajalpán, situada en un valle relativamente seco del interior. La población, que vivía en chozas cubiertas de barro, podía obtener sus alimentos del cercano golfo de aguas salobres, a cuya orilla se levantaba el caserío. Por ello correspondió a las conchas y caracoles un papel muy importante, como se desprende de las grandes cantidades de conchas encontradas en los montones de desperdicios. Por el contrario, parece que se comía poco pescado, y seguramen-

te las redes con sus lastres de barro, se empleaban para la pesca de tortugas, principal abastecedor de carne de Ocós. Animales como el venado, también se cazaban aunque sus restos sólo aparecen ocasionalmente en los montones de desechos. Se cree generalmente que los habitantes de Ocós se dedicaban también a la horticultura, aunque las pruebas que tenemos son muy escasas, ya que los metates y manos pueden también haber servido para moler semillas silvestres. Por otra parte, no podemos considerar, como se venía haciendo hasta hace poco, la vida sedentaria, ni la presencia de la cerámica, como prueba de que ya se empleaban plantas de cultivo. Parece entonces, que el alimento obtenido en el golfo, junto con las presas cobradas en la caza y la recolección de plantas y frutos silvestres, fuera suficiente para asegurar la alimentación de los habitantes de Ocós.

Seguramente el maíz era la base de la alimentación de la Fase Cotorra (1350-1000 a.c.). Esta fase es la primera de una larga serie que se prolongó hasta la Conquista, en Chiapa de Corzo, en el valle superior del Grijalva en Chiapas, pero que en la cercana fase de Santa María Abrí se puede seguir hasta la época pre-cerámica. En lo que se refiere a la cerámica, la Fase Cotorra es muy semejante a la de Ocós y presenta tipos similares de ornamentación. También las figuras femeninas de barro muestran una conformación semejante, por lo que podemos suponer la existencia de importantes relaciones entre estas dos regiones.

Dos fases existieron tal vez en el posteriormente tan importante Valle de México. El Arbolillo I temprana y Zacatenco temprana (Fig. 9), aunque la época en que se desarrolló no se conoce del todo, ya que las fechas obtenidas por medio del carbono 14 presentan una diferencia de casi 1000 años. Por ello, algunos investigadores han situado el comienzo de esta fase, de 500 a 700 años más tarde. La cronología absoluta en estas dos fases es tan poco cierta, como la relativa, o sea, la asociación con otras fases de la misma época. Pero el criterio que se sigue en esta obra sitúa a ambas fases en el Periodo Formativo Antiguo, al que corresponde también esta época. Los lugares de hallazgos para ambas fases se encontraron a orillas del Lago de México que en aquella época todavía tenía una considerable extensión. Debido a su situación geográfica, creemos que una parte importante de la alimentación se obtenía del lago, y otra, por medio de la horticultura en las feraces márgenes del lago. Aunque no se han encontrado en absoluto restos de plantas, se cree, con un cierto grado de certeza, que existió la agricultura del maíz, creencia que es corroborada por la existencia de numerosos metates o piedras de moler que se usan hasta nuestros días. Ya vimos hasta qué punto podemos sostener actualmente esta argumentación. Como lo demuestran las figuras de barro, siempre fe-

meninas, los cuerpos desnudos eran pintados de rojo, empleándose una gran cantidad de objetos para su ornamentación: cadenas con pendientes, brazaletes, orejeras y anillos para el tabique de la nariz. Muy importante era también el peinado: una torre estilo turbante, sostenido con la ayuda de cintas. Las vasijas de barro monocromas, a las que se daba un aspecto áspero por medio de instrumentos (decoradas mediante procedimientos mecánicos), no eran trabajo de especialistas,

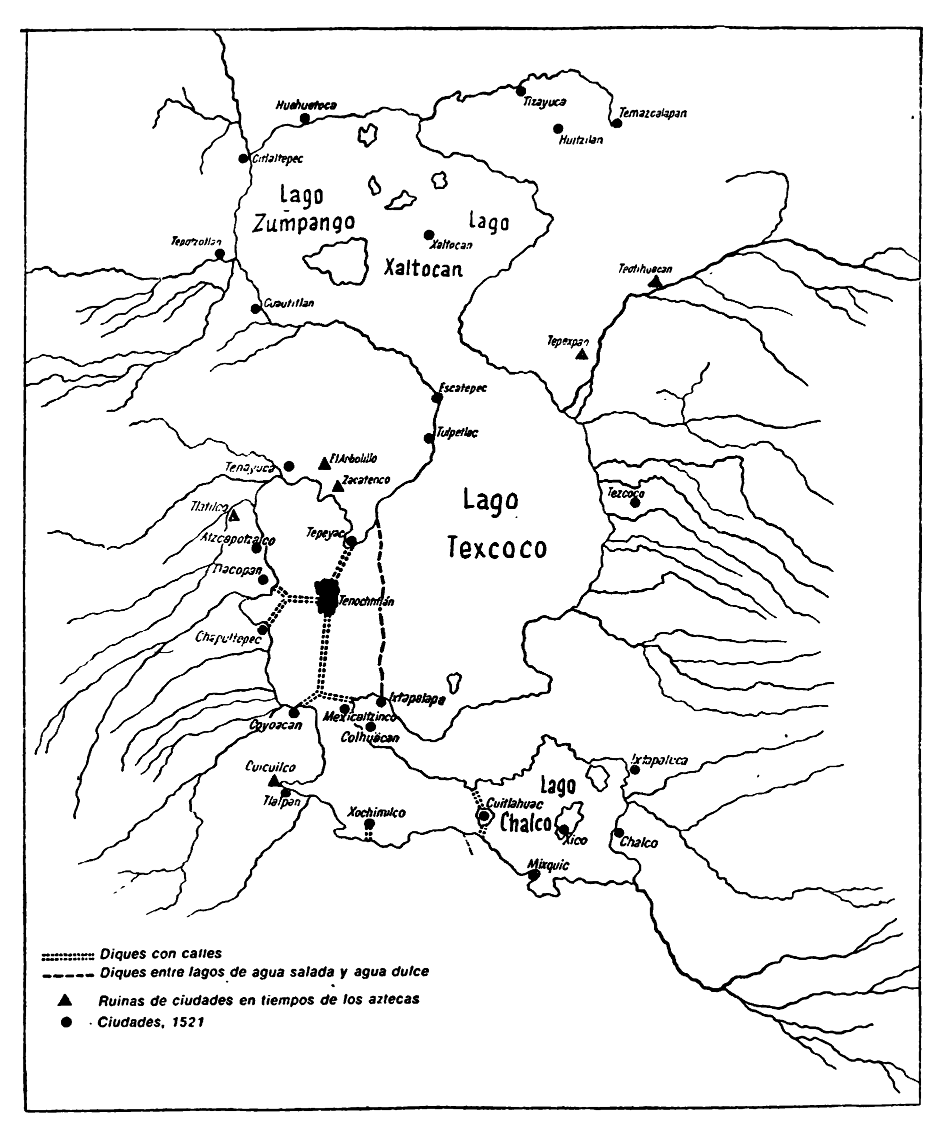



FIG. 9. Mapa del Valle de México con los sitios arqueológicos más importantes

como tampoco lo eran los innumerables utensilios de piedra volcánica, obsidiana, hueso y madera, sino que según se necesitaban, iban siendo fabricados por cualquier persona. Ni el hilado ni el tejido eran conocidos todavía, pues no sólo faltan indicios en las figuras de barro, sino también los instrumentos necesarios para ello, como por ejemplo, el malacate, tan usado después. Las cintas de la cabeza que podríamos considerar tejidas, eran seguramente trenzadas. Esta técnica puede muy bien haberse empleado para fabricar las sandalias que aparecen en algunas figuras, y que son una peculiaridad de estas dos fases en esta época. Una alusión a la sociología y religión, nos la proporcionan sobre todo las figuras de barro, que son nuestra principal fuente de conocimientos de esta época. Puesto que siempre son femeninas, creemos que deben haber existido grupos o clanes con régimen matriarcal, aunque no debe tomarse esta conclusión como definitiva. En la religión, sin embargo, es más cierta la insistencia de lo femenino y la representación e interpretación de las figuras como la diosa de la fertilidad. En general, los conceptos religiosos deben haber estado ya bien delimitados y contenían una serie de conceptos que se manifiestan también más tarde, como por ejemplo seres duales, que aparecen aquí en figuras bicéfalas. Que se creía en una vida después de la muerte lo demuestran las tumbas ricamente provistas, en las que se enterraba a los muertos en posición de decúbito supino.

Un poco más al norte, en la Fase Mesa de Guaje, de la Serie de Tamaulipas (1400-400 a.c.) y en la Fase Pavón de la Serie Huasteca a orillas del río Pánuco (1600-1100 a.c.) encontramos también el cultivo del maíz, cerámica y figuras femeninas de barro. Indican que ya, desde fecha tan temprana, el maíz había alcanzado su límite nororiental máximo en México. La documentación que poseemos para la Fase Pavón es ciertamente muy escasa y se basa hasta ahora en muy pocos fragmentos de metates y manos. Aunque tal vez se nos permita esta conclusión a la que llegamos por analogía, ya que existe el maíz en el sudoeste de Tamaulipas desde la Fase Flacco (2300-1800 a.c.). En todo caso, todavía no representa un papel importante, como lo demuestran las grandes cantidades de moluscos encontrados en los montones de desechos de la Fase Pavón. También la cerámica de esta fase es muy sencilla; más sencilla en todo caso de lo que la habíamos encontrado en este periodo. Las vasijas monocromas son raras y cuando se las encuentra aparecen adornadas sólo por puntuación; las figuras de barro faltan casi por completo. También el empleo de obsidiana era ínfimo. En su lugar, el pedernal era usado generalmente, para los pocos objetos de piedra, fabricados por percusión. Las habitaciones parecen, sin embargo, haber seguido el tipo usual en esta época, de paredes tejidas y cubiertas de barro. En general parece señalarse ya

un cierto rezago en el desarrollo cultural, rezago que siempre encontraremos en esta región.

Más reducidos aún son nuestros conocimientos del sur de nuestra región. De Honduras conocemos dos fases primitivas: la Fase Yojoa monocroma de la Serie Uloa-Yojoa (1600-1300 a.c. aprox.), y Yarumela I (1600-1200 a.c.) de la serie del mismo nombre, en la región de Comayagua, que sólo nos indican que existió aquí una población sedentaria que fabricaba cerámica. Nuestros conocimientos y posibilidades de interpretación de la Fase Dinarte de la Isla Ometepe en el Lago de Nicaragua son un poco más completos y corresponden a esta misma época. La ausencia de grandes cantidades de conchas (en el Lago hay también pocos moluscos) y la posibilidad reducida de alimentar constantemente en la isla a una población con el producto de la recolección y la caza, permiten suponer que en esta época ya se conocía aquí el maíz. Puede haber sido traído, junto con la cerámica, por un grupo de pobladores, quizá los primeros que vivieron aquí. Sin embargo, desconocemos todavía su lugar de origen, ya que en tierra firme faltan las fases correspondientes.

Si revisamos nuevamente la imagen que deben haber presentado Mesoamérica y la América Central hacia 1300 a.c., vemos una serie de pequeños poblados, situados en puntos ecológicamente bien elegidos. Las colonias, que posiblemente no contaron nunca con más de 250 habitantes, estaban formadas por pequeñas chozas con paredes tejidas y cubiertas de barro y techos de paja o caña. Edificaciones mayores, de carácter religioso o político, no existían todavía. Los habitantes de estas colonias andaban desnudos y se dedicaban a sembrar pequeños campos con maíz y con otras plantas alimenticias. Esta tarea puede muy bien haber sido trabajo de las mujeres, al igual que la recolección de plantas y frutos silvestres, y de los moluscos. Por esto tenían ellas un lugar preponderante en la sociedad y quizás hasta les pertenecía la tierra, la que suponemos era heredada en línea materna. De todo esto, posiblemente se derive también el culto a una diosa de la fertilidad, exteriorizado en las numerosas figuras de barro. Aunque no existen imágenes suyas, indudablemente existieron también otros dioses y espíritus. También la idea de la continuación de la vida después de la muerte es probada por los entierros cuidadosos efectuados en parte bajo las chozas, y por los innumerables objetos que se daban al muerto. La cultura material era sencilla, determinada muchas veces por simples fines utilitarios y aquí tampoco eran fabricados los utensilios por especialistas. Los morteros y las piedras de moler eran de piedra, igual que las hojas de las hachas; los cuchillos, las puntas de proyectil y otros objetos con filo eran de obsidiana o pedernal. Parece que el hilado y el tejido sólo existieron en parte, mientras que la cerá-

mica, monocroma y "adornada mecánicamente", estaba más difundida. El conocimiento de su fabricación puede haberse extendido junto con el conocimiento del cultivo del maíz, el que se expandió hacia 1300 a.c. a partir de su posible centro de origen al sur de Puebla, habiendo llegado hasta Tamaulipas al norte, y al suroeste de los actuales Estados Unidos (Bat Cave, Nuevo México) y hasta Nicaragua (Fase Dinarte), al sur. No es probable que haya llegado hasta Panamá, donde la base económica de la Fase Monagrillo de la región Parita (hacia 1500-1000 a.c.) era todavía la recolección de moluscos, a pesar de que ya eran sedentarios y de que ya existía la cerámica. Si ya lo conocían, aún no tenía importancia alimenticia, mismo caso que Bat Cave y que la Fase Pavón, de modo que la importancia del maíz parece disminuir a medida que se aleja hacia las zonas marginales.

NUESTROS conocimientos acerca de este periodo (Fig. 10) son tan extensos actualmente, que no podemos, como lo hicimos en el anterior, mencionar ni tratar cada fase por separado. Más bien nos debemos limitar a tratar de trazar un cuadro más general de esta época. También es cierto que deberemos prestar mayor atención separada a los puntos culminantes, puntos que también fueron importantes para el desarrollo ulterior.

Desde antes de 750 a.c., ya todas las fases conocen la agricultura, aunque su contribución a la alimentación haya sido tan variada. Parece que el papel desempeñado por la agricultura en la región que más tarde ocupó la cultura mesoamericana fue muy importante, mientras que en las zonas marginales del norte y del sur la caza y la recolección ocuparon un papel preponderante, además de la pesca, donde

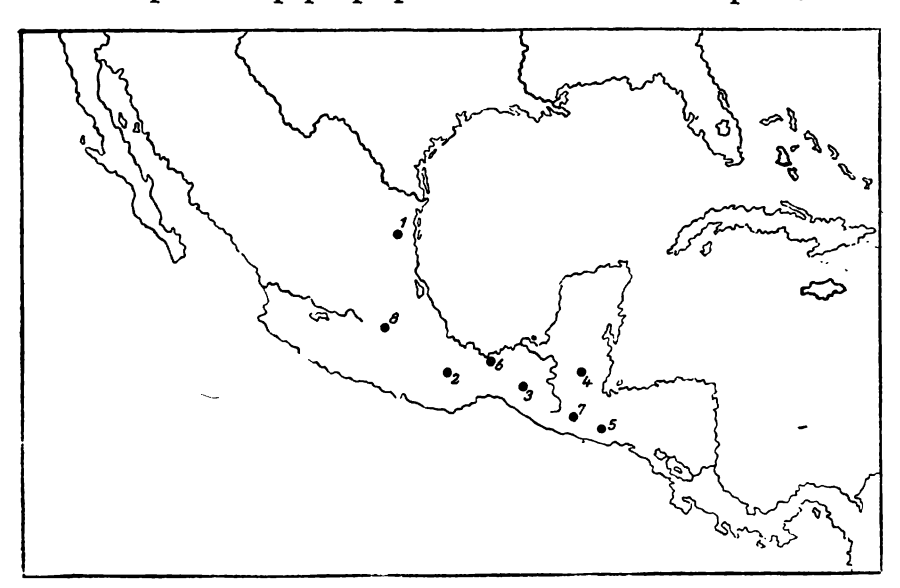



FIG. 10. Mapa en que se señalan los principales sitios arqueológicos que se mencionan en el texto. 750 a.c. [1, Sierra de Tamaulipas; 2, Valle de Tehuacán; 3, Chiapa de Corzo; 4, El Petén, región maya; 5, Atiquizaya; 6, La Venta; 7, Kaminal-juyú; 8, Tlatilco.]

ésta era posible. En la Fase Laguna, algo posterior, de la Serie Sierra de Tamaulipas que se ha fechado entre 600 a.c. y el periodo de transición, se ha podido determinar, por ejemplo, que el 51% de la alimentación consistía de plantas silvestres y sólo 9 por ciento de los resultados de la caza y cerca del 40 por ciento de plantas cultivadas que, por cierto, en esta región nunca alcanzaron un porcentaje mayor de 50.

De cualquier modo, nos parece justo incluir también estas zonas marginales en la región agrícola. En oposición a ésta se encuentra, por ejemplo, la Fase Santa María de la Serie Tehuacán (900-200 a.c.), en la que la caza y la recolección tenían sólo una importancia secundaria. Para asegurar una alimentación suficiente para la población que MacNeish calculó en aproximadamente 3000 personas, se comenzó durante esta fase con la construcción de obras de riego para el valle relativamente seco. Así fue construido un dique de piedras y tierra, del que se conservan algunos restos. Tenía una altura de 2.80 metros y una longitud de 100 a 150 metros. Aparentemente, los canales para la irrigación del campo eran alimentados con sus aguas de contención. Esta planta es hasta ahora la primera que conocemos de su género en toda América.

Naturalmente un solo hombre o una sola familia o los habitantes de uno de los pequeños poblados que continuaban viviendo en sus casas de paredes tejidas, no pueden haber realizado solos esta obra. Más bien era necesario el esfuerzo común y organizado de un grupo mayor, lo que indica que existía alguna unidad, tal vez política, dirigida por una hegemonía de príncipes o sacerdotes. Esto se manifiesta también en la manera de construir las colonias de esta época, puesto que ahora se encuentran, junto a los pequeños pueblos mencionados anteriormente, colonias mayores. En el centro rara vez se encontraba más de una pirámide o alguna construcción de importancia. Aparentemente, los pequeños pueblos o caseríos dependían de los centros ceremoniales. Ya que no es posible demostrar estos puntos, debido al estado en que se encuentran las investigaciones actualmente, debemos suponer que en el tiempo intermedio sucedieron importantes transformaciones sociales y/o religiosas. Es cierto también que no podemos comprender las causas que las provocaron (Fig. 11).

Este impulso hacia la formación de grupos mayores y, relacionado con éste, la erección de centros ceremoniales, parece haber existido en toda la zona que más tarde formaría la región mesoamericana, puesto que ahora aparecen en muchos lugares colonias mayores con grandes edificios públicos. Así, se puede comprobar ya la existencia de las primeras plataformas de barro apisonado en la Fase Escalera de la Serie Chiapa de Corzo. (Para la datación de ésta y de todas las demás fases véase el cuadro adjunto.) Tal vez aquí ya estaban dispuestas como plazas de un centro ceremonial, rodeadas por todos lados de edificios públicos, disposición ésta que siempre tuvo gran importancia.

En la Fase Mamom en el Petén, se construyen ahora pirámides redondas de piedras de río y en Atiquizaya, en El Salvador occidental, se encuentran ya pirámides de tierra de considerables dimensio-



Fig. 11. Probable estado del valle de Tehuacán durante las Fases Ajalpán y Santa María. (Estado hipotético V.) Ya existían los centros ceremoniales o los pueblos con templos (⁖⁖), pueblos que dependían de esos centros (⁂) y campamentos que cambiaban con las estaciones (*). La población había crecido hasta 1200 hombres aproximadamente, más o menos 150 veces la población original.


N

nes. En fin, La Venta, en la costa del Golfo de México, muestra ya en esta época el plano y el tamaño de un verdadero centro ceremonial.

Precisamente La Venta, que se ha fechado entre 800 y 400 a.c., es de especial importancia para el Periodo Formativo Medio, que estudiamos ahora. Es sin duda el más importante de todos los sitios arqueoló-

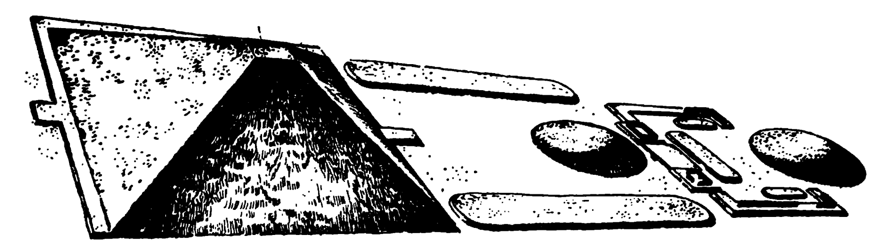


FIG. 12. Plano del centro ceremonial de La Venta.

gicos que conocemos de esta época y para muchos investigadores es éste el centro de origen y el punto de partida de todo un complejo socio-religioso en Mesoamérica. Ven en la cultura de La Venta (a la que se designa frecuente y equivocadamente como "cultura olmeca", pues no hay ninguna prueba de que hayan sido los olmecas posteriores los representantes de esta cultura) la base, la "cultura madre" de todos los desarrollos mesoamericanos. Por otra parte, otros investigadores creen, y eso no lo podemos pasar por alto, que La Venta no fue un comienzo, sino que debe haber habido precursores, ya que esta primera fase constructora estaba tan desarrollada y tan consciente de su fin, que la fundación de este sitio, ya destruido por completo, no puede haber sido al mismo tiempo el principio de esta cultura. Pero ¿dónde se llevó a cabo este "desarrollo previo" y cuáles fueron sus raíces? Arqueológicamente, la Fase de La Venta es tan importante que eclipsa las otras culturas, de modo que la estudiaremos detenidamente.

El centro ceremonial de La Venta (Fig. 12), que dio el nombre a esta fase, se encuentra en una "isla", una elevación seca en un terreno pantanoso cerca del río Tonalá, en el sur de Veracruz. La mayor parte de la superficie de tierra firme está ocupada por edificios religiosos, o al menos así lo aseguran los investigadores, edificios que fueron construidos de acuerdo con un plan determinado. Su centro podría ser la Pirámide C-1, construida de tierra y adobe (ladrillo de barro secado al aire), de 32.2 metros de altura. Su eje longitudinal, con una orientación casi perfecta norte-sur, asciende más o menos a 140 metros. Al norte de esta pirámide se encuentra el así llamado Complejo A, cuyo eje central es la continuación exacta del eje de la pirámide. Partiendo de la "Gran Pirámide", se llega primero a dos colinas bajas en

forma de plataformas, que encierran una plaza rectangular, en cuyo extremo norte se levanta, sobre el eje central, otra pirámide. Si se continúa hacia el norte, se llega a otra plaza rectangular, que estaba rodeada por un cerco de columnas de basalto natural (Lám. 13). Atrás, se encontraba en una prolongación más del eje central otra pirámide. Además, en el Complejo A se encuentran cuatro pequeñas plataformas más, ordenadas en pares a la derecha y a la izquierda del eje central. También al sur de la Pirámide C-1 se encuentra un grupo de construcciones, que se ha designado como Complejo B, el que, sin embargo, no está edificado tan sistemáticamente como el Complejo A y su eje, o lo que se conoce actualmente como tal, no corresponde al de los otros grupos. En el transcurso del tiempo estas construcciones fueron reconstruidas cuatro veces: cada 100 años eran ampliadas y reconstruidas. La mayoría de ellas se hacían de barro; los adobes son raros, aunque bien puede ser que el clima húmedo de la llanura ya no permita reconocer la forma, o bien, que nunca permitió tal tipo de construcción.

Solamente la disposición indica la existencia de una organización bien conformada. Sin embargo, según todos los cálculos, la "isla" de La Venta sólo pudo haber sostenido a 150 personas aproximadamente, si se toma como base de la alimentación una agricultura de roza, cifra que se confirma por la falta de basureros o de unidades habitacionales mayores. Sin embargo, una población tal no puede haber estado en condiciones de construir estos edificios; hasta su manutención parece poco posible, pues además se debían ocupar de la horticultura. Robert Heizer ha calculado que simplemente para la construcción de los edificios se necesitaron en total 1 100 000 horas de trabajo. De ellas hay que estimar 175 000 horas de trabajo para cada periodo principal, es decir, para cada 100 años, y el resto para pequeñas reconstrucciones o construcciones adicionales en el tiempo intermedio. Para poder realizar una obra semejante (si no se quiere suponer que toda la población de la "isla" estaba compuesta por hombres capacitados para el trabajo), era necesario que el centro hubiera estado soportado por una población mayor. Podemos creer que ésta se encontraba en la zona entre el río Tonalá y el río Coatzacoalcos, región que con sus 900 kilómetros cuadrados podía alimentar a 18 000 personas, es decir, cerca de 5 000 hogares, que podían haber estado diseminados en pequeños pueblitos, que hasta ahora no han sido investigados. La Venta puede muy bien haber sido la capital de estos pueblitos, en la que, al lado de un sacerdocio políticamente activo, pueden haber vivido especialistas para la construcción, los transportes, la escultura en piedra, el trabajo del jade y la fabricación de cerámica religiosa, si es que estos trabajos no eran realizados por los mismos sacerdotes, como en los monasterios centroamericanos.

Entre los habitantes de La Venta debe haber habido artistas, especialmente escultores, puesto que la característica más sobresaliente de esta cultura es la escultura en piedra, que algunas veces alcanza dimensiones monumentales. Este arte no se encuentra solamente en La Venta, único centro excavado hasta ahora, sino también en otros lugares del sur de Veracruz y en Tabasco, que apenas cedían en importancia a La Venta, como por ejemplo San Lorenzo Tenochtitlan, que no hay que confundir con la posterior capital del mismo nombre, del imperio azteca. Por cierto que la cantidad de grandes esculturas en La Venta nos asombra más, porque en las cercanías no hay piedras y el material debió ser transportado de canteras que se encuentran a cerca de 240 kilómetros de distancia. Seguramente emplearon el río Tonalá como medio de transporte, pues de no ser así, es difícil explicarse cómo pudieron levantar y transportar estos enormes pesos, que alcanzan en las así llamadas cabezas colosales, hasta 30 toneladas. También estos transportes indican la existencia de una organización fija que disponía de una importante reserva de mano de obra, y del hecho de que la idea de estas esculturas no puede haber surgido en esta región en que no hay canteras.

Entre las innumerables esculturas monumentales, se encuentran las cabezas colosales (Láms. 3 y 4), obras admirables sin duda. Su altura varía entre 1.50 y 2.90 metros y son de dimensiones gigantescas. Son esculturas de bulto y presentan un tipo de cara característico de la cultura "olmeca". La cara es generalmente plana, de anchos pómulos, boca llena, labios ligeramente abultados y nariz ancha y chata. Todos los rasgos están representados plásticamente y en forma muy realista, mientras que las orejas sólo se reproducen estilísticamente en bajorrelieve. El único adorno consiste en unos discos o palitos en el lóbulo de la oreja, además de una gorra ceñida, que en parte está muy adornada con bajorrelieves y que otras veces está asegurada de la barbilla con una banda. El gran realismo de estas cabezas así como la expresión del rostro, que siempre es diferente, han dado lugar a que se las considere, no como imágenes de dioses, sino como retratos de hombres importantes, tal vez de príncipes-sacerdotes. Sin embargo, su conformación general así como el lugar en que se encontraron, parecen oponerse a esta suposición.

Los rasgos faciales mencionados anteriormente se repiten también en todos los otros monumentos, como estelas, altares (Lám. 12) y figuras (Lám. 10), igual que en muchas esculturas menores. Su tipo, supuestamente "no indígena", ha dado pie a las más diversas teorías, entre las cuales es muy frecuente la que menciona la presencia de elementos negroides. Aunque muy bien puede ser que no se trate sino de un tipo ideal de belleza (Lám. 4), tal como aparece continuamente

en las esculturas de todo el mundo, y como habremos de observarlo entre otras culturas de nuestro ámbito. Hay que hacer notar, además, que un tipo semejante no es desconocido entre los indígenas de México en la actualidad.

Podemos suponer, o casi asegurar, que la escultura en piedra estaba al servicio de la religión. Esto no sólo lo sabemos por haberse encontrado estas esculturas en los centros ceremoniales, sino también por los motivos que se encuentran en ellas, que nos proporcionan una idea de las concepciones religiosas de aquella época, especialmente de la cultura de La Venta. Al comienzo de la historia de sus dioses, aparece la unión de un jaguar (¿divino?) con una mujer o diosa, de la que surgió una especie de seres mixtos que se designan actualmente con el nombre de "hombre-jaguar" (Lám. 5). Eran representados como niños gordos, obesos inclusive, de caras redondas (Lám. 11), boca colgante que recuerda el hocico de jaguar y grandes colmillos, colgantes casi siempre (Láms. 6 y 7). Algunas veces están provistos también de manos o patas revestidas de garras y un cráneo dividido de adelante hacia atrás, que algunos investigadores quisieran reducir a un defecto natural, *spina bifida*, por ejemplo. Estas figuras enanas parecen haber sido dioses del cielo o de la lluvia, basándose esta suposición no sólo en las diversas representaciones escénicas (Lám. 12), sino también en el hecho de encontrarse al principio de una serie de desarrollos, que las hace modelos de muchos dioses mesoamericanos de la lluvia: Tláloc, Chaac y Cocijo, por ejemplo. Estos "hombre-jaguar" no sólo aparecen como figuras infantiles, sino también, aunque con menor frecuencia, como adultos, en cuyo caso son siempre de sexo masculino, apareciendo algunas veces con una perilla. La función mitológica de esta figura aún no está clarificada, aunque aparece como la deidad principal de La Venta.

Estos dos tipos principales, los hombres con caras de niños y los "hombre-jaguar", no se limitaron a las grandes esculturas y relieves, sino que los vemos con frecuencia en la escultura menor (Láms. 7, 8 y 9) y en relieves (Lám. 12) en los objetos más variados de uso ceremonial. El material más importante usado en ambos grupos fue el jade (Láms. 6 y 11), especialmente en su variedad verde azuloso. También eran empleadas otras piedras verdes, y con menor frecuencia aún otros tipos de piedra. Se ha querido deducir de ello la existencia de un culto religioso del jade, idea no comprobable; o relacionar el color de la piedra con el verde de una vegetación fértil y muy abundante.

La escultura menor de la cultura de La Venta tuvo una gran difusión en nuestra región. Hallazgos que pueden relacionarse a ella, abarcan desde la "Línea Vieja" en Costa Rica, donde además sólo

aparece un tipo desconocido con alas de murciélago, hasta el altiplano de México, y desde las costas del Golfo hasta las playas del Océano Pacífico. Por el contrario, la escultura se limita sólo a algunas regiones, bastante alejadas unas de las otras, como Izapa, en la costa del Pacífico, en Guatemala. La mayoría de estos centros se concentra en las llanuras del sur de Veracruz y en Tabasco, regiones donde, según nuestros conocimientos actuales, se encuentra el estilo más puro.

Por esto, creemos no equivocarnos al suponer que de esta región y de esta cultura de La Venta salieron grandes impulsos que influyeron decisivamente en las grandes regiones y culturas de Mesoamérica y de América Central, influencias que se podían sentir todavía en la época de la Conquista española. Como podría resultar de lo dicho anteriormente, estos impulsos pueden haber sido sobre todo de tipo socio-religioso, en los que la idea de una *élite* tal vez sacerdotal, iba de la mano con el culto del "hombre-jaguar". No se ha podido probar categóricamente si se encuentran aquí los principios de la escritura jeroglífica, que encontró su más alta expresión en la escritura maya y que mencionaremos más adelante. Los indicios para tal suposición son muy fuertes y no se limitan a la presencia de símbolos, que también podrían ser jeroglíficos, en esculturas y otros objetos que pertenecen sin duda a la cultura de La Venta. Más bien aumenta con la presencia de auténticos jeroglíficos en las culturas posteriores y en aquellas fases que se puede comprobar que recibieron influencias de la cultura de La Venta. Por otra parte, también existen indicios para creer que los fundamentos de los sistemas aritmético y calendárico, especialmente el importante calendario ritual de 260 días, que se extendieron posteriormente en toda Mesoamérica, fueron creados por esta cultura.

La difusión de todos estos rasgos, a los que debemos agregar la idea del recinto del templo, el conocimiento de cómo trabajar el jade, etc., resultó tal vez en parte, de una "evangelización" de regiones, tanto cercanas como lejanas, o del comercio y de otro tipo de influencias. Al mismo tiempo, debemos suponer que existió una expansión política que llevó, por medio de la conquista militar, a la fundación de culturas afiliadas, como por ejemplo en El Salvador y Guatemala (Láms. 14 y 16), así como probablemente también en la altiplanicie mexicana.

Comparadas con La Venta, todas las otras culturas de esta misma época, regiones tales como el altiplano de México y de Guatemala y las tierras bajas del Petén, tan importantes posteriormente, son aún provinciales. En efecto, como ya se dijo anteriormente, en el Petén aparecen las primeras pirámides en la Fase Mamom de la Serie Maya. Lo mismo podría decirse de la Fase Las Charcas de la misma época

de la Serie Kaminal-juyú (Lám. 15), que hasta ahora no se han podido comprobar. Sin embargo, en toda Mesoamérica se seguía viviendo en pequeños caseríos, aparentemente sin unidades políticas mayores, continuando sin mayores cambios el modo de vida del periodo anterior. Esto es precisamente lo que hace tan grande la importancia de La Venta en esta época, pues sólo aquí, según nuestros conocimientos actuales, se había alcanzado y tal vez hasta sobrepasado el umbral de una auténtica "alta cultura". Todas las otras culturas y fases estaban todavía muy lejos de esta meta y en este caso el impulso de La Venta muy bien puede haber sido decisivo en su desarrollo.

Todavía debemos mencionar una cultura más de esta época que nos proporciona una profunda visión de la vida hacia 750 a.c. Es la cultura de Tlatilco en el Valle de México, una colonia establecida cerca de la orilla del Lago (Fig. 9). Mientras que otras colonias contemporáneas como El Arbolillo y Zacatenco eran todavía simples pueblos cuya cultura se había estancado en el nivel de los siglos anteriores, Tlatilco sobresale y representa un desarrollo ulterior, que se expresa mucho mejor en el arte, y sobre todo en las figurillas de barro de primera calidad y realizadas con tanto detalle. Estas figurillas, generalmente de reducido tamaño, se encuentran abundantemente en los cientos de tumbas excavadas hasta ahora y en las que los esqueletos fueron encontrados en posición de decúbito supino. Precisamente a partir de estas figuras, podemos reconstruir al menos parte de la cultura de Tlatilco, que floreció a través de tres fases, entre 1000 a.c. y 150 d.c. y cuyo cenit se encuentra en el así llamado Tlatilco Medio, entre 800 y 300 a.c. y del que tenemos la siguiente imagen:

Las mujeres iban generalmente desnudas (Lám. 15), mientras que los hombres usaban taparrabos, aunque en ambos sexos se encuentran excepciones, seguramente unidas a ciertos aspectos religiosos y sociales. Así, algunas mujeres, designadas "bailarinas" (Lám. 19), llevaban unas faldas cortas y en algunos casos unos pantalones bombachos que les llegaban hasta la rodilla. Los hombres casi siempre llevaban el cabello corto, mientras que los peinados de las mujeres eran de muy distintas formas, aunque parece que prevalecían las trenzas y los largos mechones (Lám. 18), usando cintas para el cabello, o bien, cubriéndose la cabeza de diversas maneras. Los adornos eran escasos en ambos sexos, excepción hecha de las grandes orejeras que usaban en el lóbulo de la oreja, y de la pintura del cuerpo y de la cara, ambas muy difundidas. Pero no es sólo el traje y la ornamentación lo que se puede reconstruir de estas figurillas, sino que también algunos puntos de vista religiosos. Ya mencionamos a las "bailarinas", que sin duda participaban en las ceremonias religiosas, lo mismo que los acróbatas, que se han encontrado en diversas posi-

ciones. Sin embargo, es probable que el papel más importante lo hayan desempeñado los "sacerdotes-hechiceros", que han podido ser identificados en algunos de los ejemplares de las figuras de barro. Sus trajes son muy diferentes, tal vez una referencia a sus diversas funciones, o a una serie de dioses o espíritus de quienes eran servidores.

A pesar de todas las diferencias, se puede decir que siempre estaban ricamente ataviados y adornados. Éste puede ser, sin embargo, un razonamiento falso, ya que por otra parte, siempre se llama "sacerdotes-hechiceros" a estas figuras ricamente ataviadas. No es fácil saber qué divinidades se adoraban en Tlatilco; probablemente al jaguar y a la serpiente, junto con las diosas de la fertilidad, como han sido interpretadas una buena parte de las figuras femeninas de enormes pechos, o que están encinta (Lám. 20). Otro aspecto religioso lo encontramos seguramente en las figuras con dos cabezas separadas o unidas (Lám. 22), que ya mencionamos en nuestro capítulo anterior, y que tal vez indiquen un dualismo, que también encontramos en grandes máscaras de barro, con dos medias caras diferentes: una calavera y una viva. No obstante, antes de poder dar una opinión definitiva sobre este punto, es necesario ampliar las investigaciones.

Y aquí surge la pregunta: ¿cómo surgió, repentinamente, una cultura que, por lo menos en el arte y probablemente también en el orden social y religioso se diferenciaba tan grandemente de sus vecinos? Seguramente influencias exteriores intervinieron sucesivamente en este desarrollo, provenientes de la costa del Golfo, como lo sugieren los numerosos hallazgos "olmecas" y "olmecoides" encontrados en Tlatilco. Las mismas influencias se pueden demostrar en ciertas características de estilo de la cerámica altamente desarrollada (Lám. 21). Pero si se trata de una conquista o de un grupo de la región de la cultura La Venta que se hubiera enseñoreado y constituido en "casta de nobles", como sugieren algunos investigadores, no lo sabemos con certeza, ya que también contactos culturales de otra naturaleza pueden haber provocado esta transformación y desarrollo.

# MESOAMÉRICA Y AMÉRICA CENTRAL EN LA ÉPOCA DEL NACIMIENTO DE CRISTO

750 AÑOS después, es decir, hacia la época del nacimiento de Cristo, la imagen de esta región había cambiado considerablemente o, por lo menos, así nos lo parece ahora (Fig. 13, Cuadro 1). Antiguos centros cuturales habían perdido su importancia, mientras que nuevos centros habían pasado a desempeñar un importante papel, sobre una base de hibridación entre desarrollos nativos e influencias de La Venta. A pesar de ello, podemos seguir hablando de un desarrollo intrínseco recto, sobre todo en Mesoamérica, desarrollo que también provocó que una serie de aspectos parciales se configuraran de igual o de semejante forma.

Un ejemplo de la disminución de influencia es la región del sur de Veracruz y Tabasco, que en el capítulo anterior se describió detalladamente como centro de la Fase La Venta, la que nos parece que desapareció como santuario, hacia 400 a.c., junto con todos los centros culturales de esta región. Las culturas que le siguieron, que aparecen

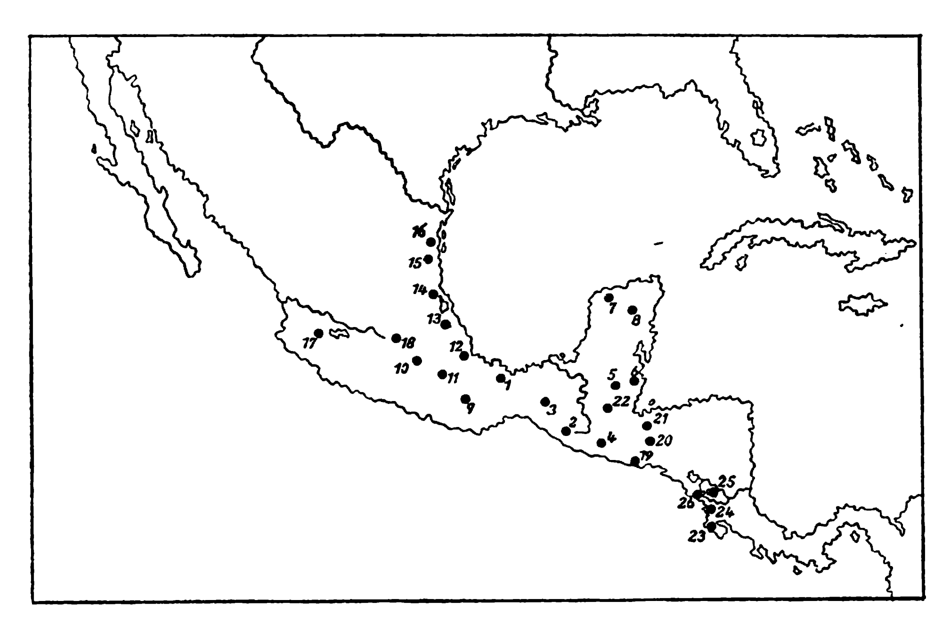



FIG. 13. Mapa de los principales sitios arqueológicos que se mencionan en el texto. Año 1 d.c. [1, Tres Zapotes; 2, Izapa; 3, Chiapa de Corzo; 4, Kaminaljuyú; 5, Uaxactún y Tikal; 6, Barton Ramie; 7, Dzibilchaltún; 8, Yaxuná; 9, Monte Albán; 10, Teotihuacan; 11, Valle de Tehuacán; 12, Remojadas; 13, Tajín; 14, Huasteca; 15, Sierra de Tamaulipas; 16, Noroeste de Tamaulipas; 17, El Opeño; 18, Chupícuaro; 19, Usulután; 20, Yarumela; 21, Serie Uloa-Yojoa; 22, Altar de Sacrificios; 23, Nicoya; 24, Santa Elena; 25, Ometepe; 26, Rivas.]

ahora y que se cuentan dentro del Periodo Formativo Tardío, es decir, entre 300 a.c. y 100 d.c., son apenas un pálido reflejo del esplendor anterior. Todavía se sienten influencias de la Fase La Venta, mismas que se encuentran, tal vez más marcadas, en otras fases del mismo periodo. No podemos suponer que el modelo de un centro ceremonial, introducido durante el periodo anterior y característico de La Venta, se haya perdido con los pueblos correspondientes, pero aparentemente aquí ya no tenía la misma grandiosidad que conocimos en La Venta. Así, sólo conocemos de la Fase Tres Zapotes, que se encuentra en el sitio del mismo nombre, y que nos proporciona el mejor material para el Periodo Formativo Tardío de la región, una única plataforma de tierra que se podría considerar pirámide, de paredes verticales, recubiertas con piedras labradas. Los escalones de la escalera sobrepuesta eran de losas. En comparación con construcciones contemporáneas de otras regiones y también de pirámides anteriores de la misma área, esta plataforma es mínima, con su base de 7 x 5.50 metros y su altura de 1.20 metros.

También la vida ceremonial debe haber continuado por rutas que ya habían sido señaladas durante la Fase La Venta, aunque ciertamente hay una serie de cambios, tal vez causados por influencias extranjeras o regionales. Muestra de la continuidad de la actividad ceremonial es que se siguen erigiendo monumentos de piedra, especialmente estelas, que en parte aparecen enmarcadas por lo que parecen ser fauces rudimentarias y abiertas de jaguar. También parece que la figura principal del panteón ya no es el "hombre-jaguar", sino una figura de nariz pequeña y redonda y cuyo labio superior sobresale mucho de la nariz. No sabemos todavía cuál es el origen de esta "divinidad", relacionada tanto con el cielo como con el agua.

Pero más importante que todas las otras estelas de ornamentación barroca es la Estela C de Tres Zapotes, relativamente sencilla, que muestra la fecha más antigua que conocemos de la así llamada "Cuenta Larga". Escrita en el sistema de punto y raya, en la transcripción se lee esta fecha: 7.16.6.16.18 que, de acuerdo con la correlación Goodman-Martínez-Thompson, señala el año 31 a.c. (Fig. 14). De tratarse de una fecha contemporánea, lo que ahora es aceptado generalmente, nos encontramos con que el complicado sistema de contar de "Cuenta Larga", que estudiaremos con más detenimiento en el próximo capítulo, se usaba ya en la época anterior al nacimiento de Cristo. Pero como ésta se considera como la época de decadencia de la fase clásica de La Venta, por lo menos en el sur de Veracruz y en Tabasco, y no se le pueden atribuir estos conocimientos, se considera generalmente que este sistema ya había estado en uso desde la fase anterior, La Venta, aunque no se ha encontrado aún prueba alguna. Sin embargo,

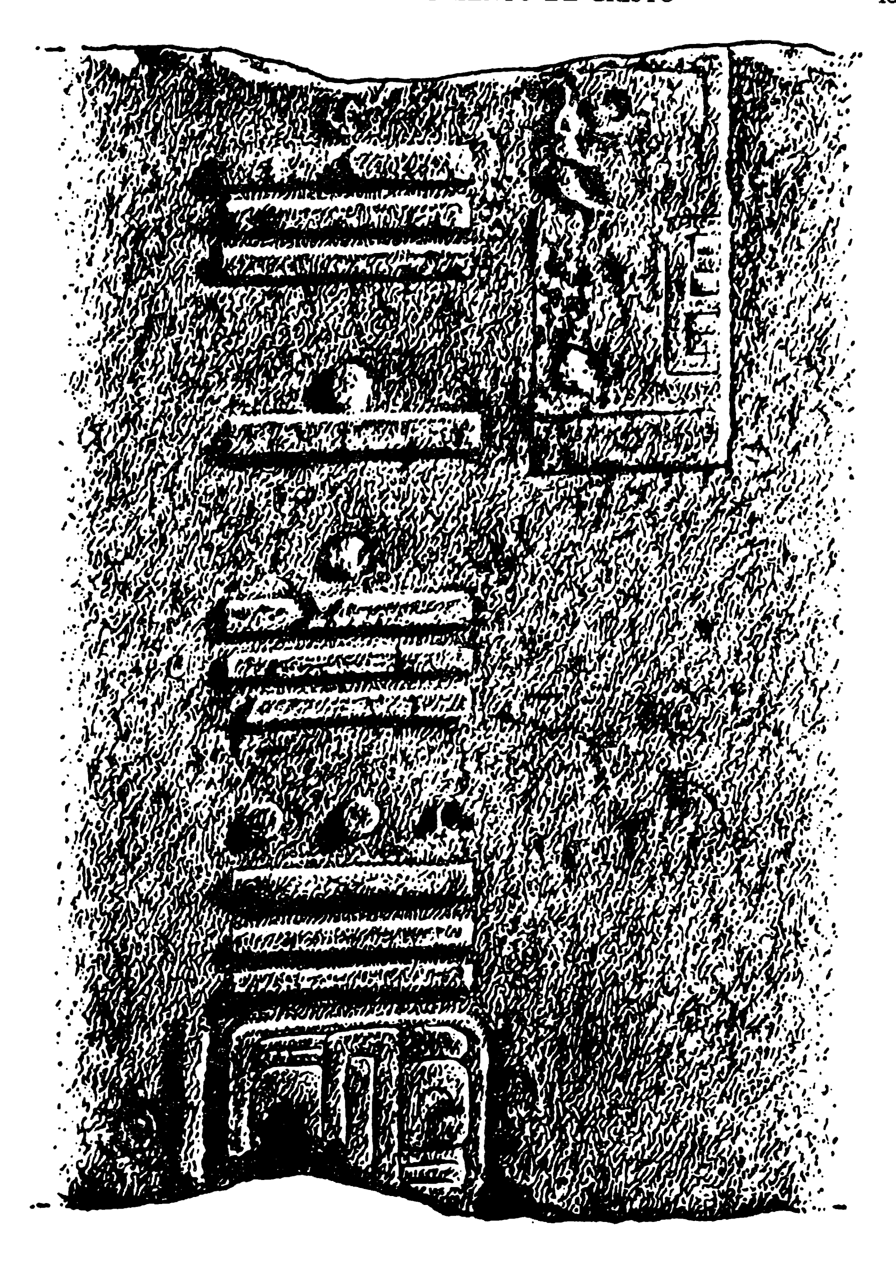


FIG. 14. La Fecha 7.16.6.16.18 (= 31 a.C.) grabada en la Estela C de Tres Zapotes. Por el momento es la fecha más antigua que se haya grabado en el estilo del calendario maya. Tres Zapotes inferior. Fase I.

la existencia de jeroglíficos en La Venta, da a esta suposición una gran probabilidad.

Como lo veremos cada vez con mayor frecuencia, parece que los cambios en el centro ceremonial pasaron sin provocar una mayor impresión en el común de la gente. La vida en los pueblos y caseríos puede haber continuado normal y monótonamente, a pesar de cualquier desorden en el centro. Se continuó con la agricultura u horticultura de las mismas plantas que se cultivaban tiempo atrás y a las que rara vez se agregó una nueva especie. Las casas seguían siendo de paredes tejidas recubiertas de barro y con techos de cañas o de paja. También la religión del pueblo continuó sin sufrir cambio alguno, si interpretamos las innumerables figuras de barro, hechas a mano y casi siempre femeninas, como diosas de la fertilidad. Si, como se supone generalmente, estas figuras reflejan las costumbres del vestido y ornamento de esta región, podemos afirmar entonces que las mujeres de Tres Zapotes solamente se cubrían, en esta época, las partes pudendas, o bien, que andaban completamente desnudas. Entre las figuras masculinas, mucho menos frecuentes, predominó el uso del taparrabo. El peinado, por otra parte, sigue siendo muy importante, en sus muy variadas formas, siendo muy frecuente el de forma de turbante, que se detenía con cintas. El adorno más importante eran las orejeras y las cadenas para el cuello, a los que ocasionalmente se añaden adornos que se llevaban en el tabique de la nariz. Estos y otros datos muestran que la población de Tres Zapotes apenas se diferencia de aquella de La Venta, y que continúa el mismo género de vida que sus antepasados habían llevado 750 años antes.

Estos sencillos habitantes de los pueblos constituyen tanto en el Periodo Formativo Tardío como en tiempos posteriores la masa de la población mexicana y centroamericana, con una cultura muy semejante, a pesar de las grandes distancias que separaban a unos de otros. Constituían la capa social fundamental económicamente activa, sobre la que una *élite* instituyó sus dominios, *élite* que en esta época bien pudo haber sido de príncipes-sacerdotes y sus cortes y tal vez hasta una clase de nobles que ahora podemos designar y diferenciar, basándonos en ciertos detalles y preferencias, como fases o culturas arqueológicas.

Muchas de estas culturas más desarrolladas se basan en influencias o en estímulos de la Fase La Venta. Éste es el caso de la cultura de Izapa, situada en las costas del Pacífico en Chiapas, cerca de la frontera con Guatemala y que todavía no ha sido bien estudiada. Entre los monumentos de piedra que se han encontrado aquí, además de las pirámides y plataformas, se reconocen varios estilos. El más antiguo, y del que se conservan pocos objetos, presenta rasgos bas-

tante puros de La Venta, que indican que podría haber sido un dominio de ésta, como lo consideran varios arqueólogos. Este estilo sufre importantes cambios durante el Periodo Formativo Tardío y se convierte en el así llamado "estilo Izapa" (Lám. 23), que se repite en las estelas barrocas, ya mencionadas, de Tres Zapotes. Pero, en Izapa parece que sí existen trazas de una transición, que ponen de manifiesto un cambio paulatino, de modo que estamos tentados a postular que se trata de una readopción del estilo reformado en el territorio original, suposición que sólo se podrá explicar por el estado actual y la evaluación de las excavaciones en Izapa.

Otro importante centro de esta época en Chiapas es Chiapa de Corzo, que ya mencionamos anteriormente. En este centro, que se

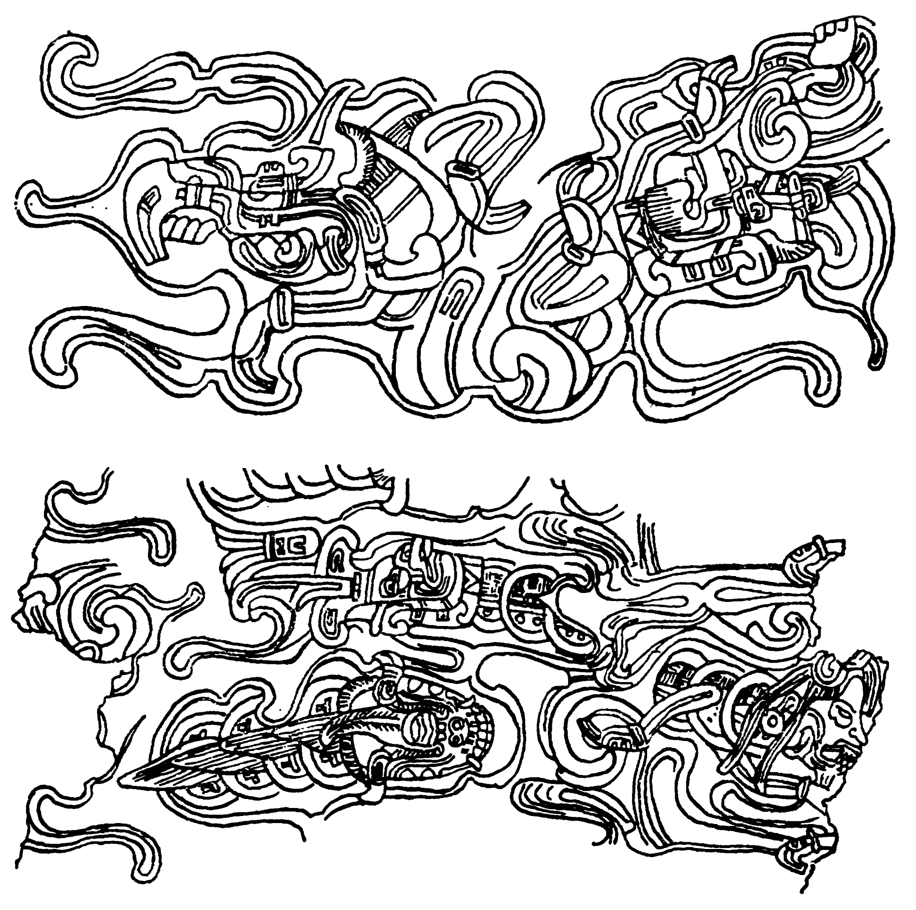


**Fig. 15. Dibujo en relieve de huesos humanos, encontrado en la Tumba 1, Chiapa de Corzo, Chiapas. Las influencias estilísticas de la Fase La Venta del Golfo de México son evidentes. Fases Horcones, Periodo Formativo tardío.**

encuentra en el valle superior del río Grijalva y que ha sido bastante bien estudiado, podemos determinar un desarrollo gradual, que no carece de influencias de otros centros, pero que siempre conserva su originalidad. En la secuencia se diferencian catorce fases, en parte subdivididas, pero que no podemos mencionar por separado. Hacia la época del nacimiento de Cristo encontramos este centro, seguramente de gran importancia tanto política como religiosa, en la Fase VI, Horcones. Presenta un gran cambio frente a la fase anterior de Guanacaste, por lo menos arquitectónicamente, que es hasta donde se puede ver, ya que los resultados de las excavaciones no han sido publicados todavía. En ella se empleaba, como material fundamental de construcción, el ladrillo de adobe (ladrillo de arcilla secado al aire), con el que se fabricaban plataformas planas de paredes verticales y sobre las que se levantaban templos de materiales perecederos, mientras que en la Fase Horcones se utilizaron, sobre todo, bloques de piedra calcárea bien tallada, para recubrir las pirámides y otros edificios. Las plataformas originales aumentaban entonces considerablemente de tamaño y sus paredes estaban articuladas y cubiertas en parte con estuco. También los templos se construyen ahora de bloques de piedra caliza, siendo sus techos planos, en oposición a los techos de paja de dos aguas, de la fase anterior.

La zona de comercio o de influencia de Chiapa de Corzo debe haber sido importante durante esta Fase Horcones, puesto que al lado de los productos propios eran empleados vasijas y otros objetos hechos en el sur de Veracruz, en Oaxaca y en El Salvador. Estas relaciones y la existencia de una casta de gobernantes, se conoce por el contenido de la Tumba I, que pertenece a esta época. No se diferencia de las demás tumbas de la época, solamente por sus paredes de adobe y por su techo de losas planas de piedra arenisca, sino también por las ricas ofrendas, entre las que sobresalen dos huesos, en que se hizo una talla en relieve (Fig. 15). Aunque no se ha explicado exhaustivamente su iconografía, aparecen en ella ideas y figuras, que tienen, tal vez, el estilo de las divinidades de Izapa. Por ello, es necesario pensar no sólo en una uniformidad temporal entre estas dos unidades, sino también en una influencia de ideas de aquel lugar, y así, indirectamente también, de la antigua cultura de La Venta.

Los mismos elementos estilísticos se encuentran en Kaminal-juyú, uno de los centros más importantes de esta época, situado cerca de la actual ciudad de Guatemala. La rica cultura de la época hacia el nacimiento de Cristo, que se designa como Fase Arenal, es nuevamente el producto de un desarrollo largo, que todavía no ha sido bien comprendido, y que debemos considerar como la culminación. La

Fase Las Charcas de esta serie, ya se mencionó en el capítulo anterior. Sin duda fue Kaminal-juyú el centro político, religioso y cultural de las tierras altas de Guatemala, que se cree tenía una población de 50 000 personas y es muy posible que la zona de influencia o de dominio cubriera una zona mucho mayor. El modelo de esta colonia es nuevamente aquel que conocimos en el capítulo anterior, especialmente en La Venta. También aquí había entonces un centro, que puede designarse como ciudad, rodeado por muchos pequeños caseríos, que habían surgido en lugares de un gran potencial agrícola. En aquel entonces debe haber reinado la paz en Guatemala central, puesto que ni las colonias ni el centro ceremonial, originalmente de más de 200 plataformas y pirámides, que alcanzaron una altura hasta de 20 metros, se encontraban protegidos o rodeados por fortalezas.

En Kaminal-juyú encontramos, en la Fase Arenal y también en la fase anterior, Miraflores, un tipo especial urbanístico del centro de la colonia, que demuestra la existencia de una amplia planeación. Esta "disposición central" está formada por dos largas plazas paralelas, divididas por una única serie de edificios, generalmente llamados plataformas. Esta disposición es frecuente en Kaminal-juyú, mientras que en centros de menor importancia se encontraba sólo una plaza en el centro. Aquí, y aparentemente en toda América Central, las pirámides y plataformas estaban construidas de tierra o, más frecuentemente, de adobes apisonados (mortero de arcilla). No estaban recubiertas con estuco ni, como en Chiapa de Corzo, con losas, sino que tenían un sencillo enlucido de barro, pintado a menudo, de fuertes colores. Hasta ocho empinadas escaleras conducían a las cimas planas de estas construcciones, sobre las que se encontraban edificios públicos, seguramente templos, que no deben haber sido muy diferentes de las chozas de los campesinos, puesto que estaban hechos, como éstas, de materiales perecederos.

Además de esta función de base (subestructura) de edificios, tenían las pirámides otra función, puesto que su interior comprendía una o varias tumbas. Éstas en muchos casos estaban en comunicación con una estructura que cubría totalmente la pirámide original. En estas cámaras con paredes planas de adobes y techos horizontales de madera, se enterraba a la *élite* del lugar o del estado, rodeados por ricas ofrendas de vasijas de barro (hasta 300 en una sepultura), vestidos, ornamentos, objetos de uso corriente y objetos rituales. Frecuentemente se daban al muerto, colocado en el centro en un ataúd de madera, uno o más sirvientes que, junto con las ofrendas funerarias, nos demuestran que creían en la vida después de la muerte. Aparentemente adoraban algunos dioses, como se puede deducir de las estelas de gran valor artístico, con bajorrelieves parciales (Lám. 25)

y que se erigían en filas delante de las pirámides. Es cierto que estas estelas parecen haber estado pintadas y por ello nos parecen actualmente simples lápidas. Es interesante que las figuras de las estelas, ricamente adornadas y provistas frecuentemente con atributos de animales, en especial del jaguar y de la serpiente, no se encuentren en las innumerables figuras de barro de esta época, por lo que podemos deducir que este culto estaba reservado a un cierto grupo, precisamente a la *élite*, mientras que la gran mayoría de la población continuaba firme en sus antiguas creencias. Sus representaciones forman todavía la mayoría de las figurillas de barro hechas a mano (Lám. 24), que ahora ya no parecen tan reales como en la época anterior.

Todos estos hechos indican que tenemos ante nosotros una sociedad estratificada en, probablemente, tres capas. La primera debe haber estado formada por un grupo de sacerdotes, que bien podría haber tenido el poder en sus manos. La gran mayoría de la población estaba formada por campesinos y artesanos, y constituía el segundo grupo. Algunos de estos artesanos, que ya desde entonces pueden haberse especializado en ciertas artes, ya no trabajaban el campo, como lo habían hecho con anterioridad. Tal vez ya se habían constituido en un grupo, que desde entonces se separó de los campesinos. El grupo más bajo socialmente, estaba formado por los esclavos, pues debemos suponer que los servidores sacrificados en las criptas eran esclavos y no servidores que morían gustosos al lado de su señor.

En la Fase Arenal, el arte y los oficios reciben un impulso aún mayor que el que ya se había sentido durante la Fase Miraflores, impulso debido seguramente a la necesidad de satisfacer la exigencia de utensilios para el culto de vivos y muertos, llevado a cabo por la *élite*, para la que deben haber trabajado estos artesanos. De sus manos surgieron vasijas técnicamente perfectas, pintadas en parte con dos colores o con dibujos finamente grabados, ornamentos de jade y otras piedras de colores, espejos de mosaico de obsidiana o pirita sobre una base de piedra o madera, vasijas de piedra, máscaras de mosaico de jade y mil objetos más de algún material perecedero, que por lo tanto no se conservaron. Pero es dudoso que la gente del pueblo haya tenido acceso a estos objetos; más bien nos parece que los objetos y utensilios que usaban eran sólo un pobre reflejo de aquello que conocemos y que ha sido lo más estudiado: los hallazgos en las "tumbas de los príncipes". Así, seguramente que las orejeras y los adornos para la nariz de la población baja no eran nunca, o casi nunca, de jade, sino de alguna piedra común, o de barro. Su cerámica no debe haber presentado decoraciones. El adorno principal de la gente común, y sobre todo de las mujeres, sigue siendo el peinado,

formado generalmente por trenzas, enrolladas algunas veces como turbante (Lám. 24). También el vestido siguió siendo sencillo y consistía en una falda, enredo para las mujeres y un taparrabo para los hombres, ambos hechos de algodón que se hilaba, tejía y adornaba con un dibujo estampado, como se aprecia en pequeños restos que se han conservado. Infortunadamente, apenas sabemos algo del núcleo mayor de la población del centro de Guatemala, y por ello es muy poco lo que podemos decir de su vida cotidiana. Pero no es solamente el caso de este lugar, sino de muchos centros de nuestra región, ya que las investigaciones arqueológicas, con pocas excepciones, se han concentrado en los grandes centros de los grupos que definían el camino a seguir, tanto en política como en religión, y en los edificios religiosos que se relacionaban con ellos.

Hasta hace pocos años se sabía muy poco acerca del Petén y, sin embargo, se suponía que esta zona de tierras bajas de la cultura maya a la que pertenecen el actual Petén y partes de los actuales estados mexicanos de Chiapas, Campeche, Tabasco y Quintana Roo, así como Honduras Británica y el extremo occidental de la República de Honduras, estaba, hacia la época del nacimiento de Cristo, casi despoblada. Esta opinión, que se mantuvo durante tanto tiempo, la podemos rechazar con cierta seguridad, gracias a las amplias excavaciones que se han realizado en la región. A pesar de que la fecha más antigua que se conoce hasta ahora en esta zona —Estela 29, Tikal: 8.12.14.8.15, o sea 292 d.c.— es casi 300 años posterior, tenemos ciertas señales que podemos interpretar en el sentido de que ya hacia el año uno se erigían estelas y estaba en uso la cronología maya, aunque nos falten las pruebas decisivas. Es difícil, por lo tanto, poder hablar ya de una cultura clásica maya de las tierras bajas, cultura que veremos en el siguiente capítulo. Por otra parte, podemos afirmar que también en esta fase que se ha designado como Chicanel, se crearon disposiciones urbanísticas de pirámides y plazas. Uno de los mejores ejemplos, ya conocido desde hace tiempo y utilizado como ejemplo de la manera de construir de aquella época, es la plataforma del templo E-VII-sub (Lám. 26, Fig. 16). La pirámide, relativamente pequeña, de un volumen aproximado de 200 metros cúbicos y construida de tierra y piedras, es de base cuadrada y tiene una escalera en cada lado. Esta estructura puede haber surgido de una cruz formada por escaleras. Los ángulos entre los brazos de la cruz se rellenaron con muros en ángulo recto. Como haya sido, es ésta una pirámide relativamente baja, de tres cuerpos, construida simétricamente, con anchas escaleras en los cuatro costados, acompañadas por anchas alfardas escalonadas y con escaleras más pequeñas en el extremo exterior (Fig. 16). Los cuerpos de la pirámide, articulados en forma sencilla,

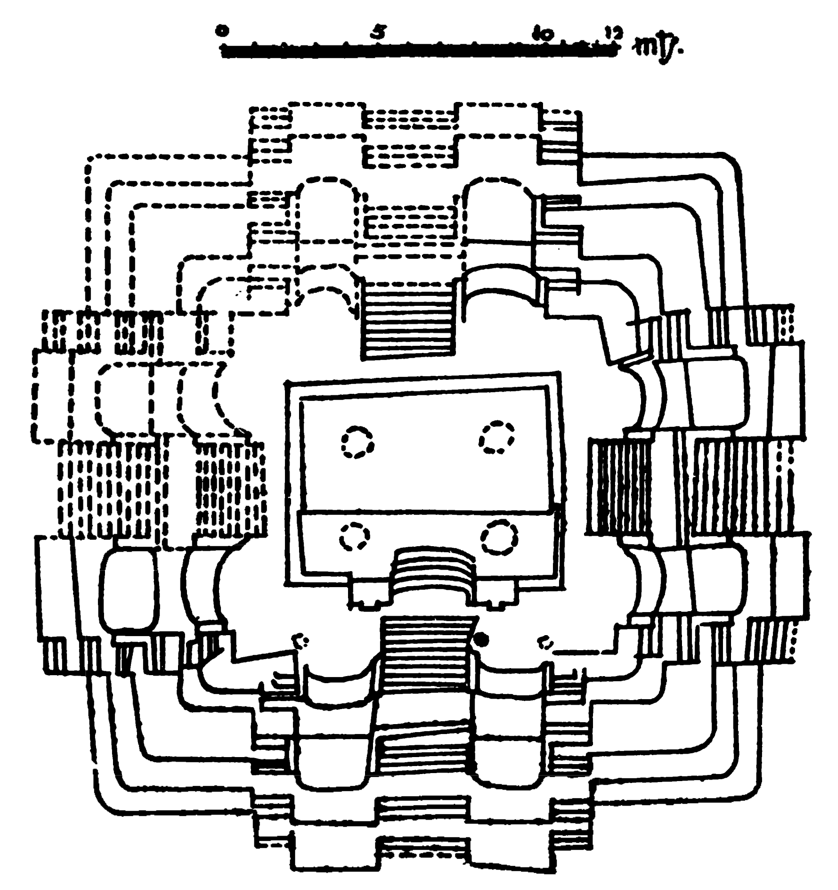



Fig. 16. Plano horizontal de la Pirámide E-VII-sub de Uaxactún, una de las pirámides más antiguas en las tierras bajas mayas. Fase Chicanel.

están, al igual que todas las otras partes de la construcción, recubiertas por una gruesa capa de estuco, que en las partes exteriores de la escalera forman grandes máscaras, tal vez del dios de la lluvia (Lám. 26). Sobre esta estructura, se encuentra una pequeña plataforma, cuya pared refleja la distribución de la subestructura, aunque consta sólo de una sencilla escalera en uno de sus lados. Todavía se discute si sobre ella se levantaba un "templo" de material perecedero, es decir, una choza con paredes de caña y techo de paja.

Esta pirámide E-VII-sub de Uaxactún, que en la Fase Chicanel formaba parte de una plaza, fue por mucho tiempo el único gran ejemplo de la arquitectura de las tierras bajas mayas de esa época. Ahora, gracias a amplias excavaciones especialmente en Tikal y Altar

de Sacrificios, se han podido agregar innumerables ejemplos más, que permiten comprobar que la idea de la pirámide-templo y de los centros ceremoniales con una planta en forma de plaza, ya estaba bien cimentada, hacia el año uno, en la ideología de los mayas de las tierras bajas. En los últimos años se descubrió en Tikal, en la zona norte de la Acrópolis, un extenso centro ceremonial, que ya ha sido

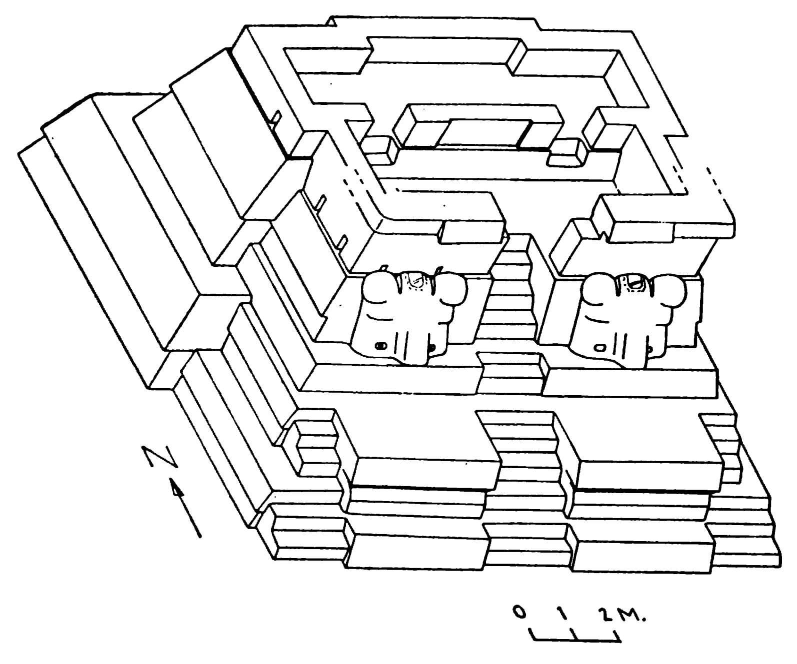



Fig. 17. Reconstrucción parcial del edificio 5D-sub. 1-1st. de Tikal con un basamento de dos cuerpos y un edificio con dos cámaras sobre la cumbre plana: el edificio de piedra más antiguo que conocemos en la región de las tierras bajas mayas. Fase Chicanel.

muy bien estudiado. La pirámide más importante de esta planta —5 D-sub. 1-1st. (Fig. 17)— presenta muchos paralelos con la Pirámide E-VII-sub de la cercana Uaxactún, que nos muestra una cierta unidad de estilo arquitectónico en esta fase. Igual que E-VII-sub, la pirámide cuadrada de 2 cuerpos 5 D-sub. 1-1st. estaba recubierta por una gruesa capa de estuco, encontrándose los escalones distribuidos en "forma de delantal". La única escalera que encontramos aquí, estaba formada de tres partes: una parte continua y dos escaleras laterales más pequeñas, que terminaban en el primer cuerpo de la pirámide, y ambas separadas de la escalera principal por amplias balaustradas adornadas con máscaras de estuco. Lo mismo que en Uaxactún, la

única escalera de la pirámide de Tikal, en el lado sur, estaba sólo parcialmente incorporada al cuerpo de la construcción. Sin embargo, a pesar de todos estos aspectos en común, se presenta una diferencia básica: en Tikal no se encontró, en la cima de la pirámide, una plataforma ni el edificio de material perecedero que se cree coronaba la pirámide E-VII-sub, sino que esta superficie estaba ocupada por un edificio amurallado, con dos cámaras, que en su planta larga y angosta,



FIG. 18. Pinturas en negro, amarillo (líneas horizontales) y rojo (línea verticales) sobre un fondo de estuco rosa, de la pared exterior del edificio 5D-sub 10-1st. Fase Chicanel.

corresponde a la arquitectura maya posterior de las tierras bajas. Infortunadamente, sólo se han conservado los cimientos de este edificio, de modo que la importante cuestión de si el techo ya estaba construido con el "arco falso", tan característico posteriormente, todavía no se ha podido aclarar. Puesto que entre los escombros faltan piedras especializadas, nos inclinamos a pensar que el techo era plano. Esta suposición se ve reforzada por el hecho de que en el canto superior del edificio se encontraban relieves de estuco policromos, de los que hoy

sólo se conservan algunos fragmentos, por haber sido destruidos durante la siguiente reconstrucción. No cabe pensar aquí en un techo bajo de dos aguas, de materiales perecederos, pues en ese caso no se habrían visto los relieves de estuco.

Las reconstrucciones a las que apenas nos hemos referido consisten en que, después de un cierto tiempo o a intervalos determinados, que en parte eran de origen calendárico, se agrandaban y elevaban las pirámides y plataformas por medio de superposición, con lo que los templos se destruían en gran parte. Esto se puede demostrar ampliamente tanto en Tikal como en otros centros de la región de las tierras bajas mayas, y nos demuestra que este rasgo característico de las culturas mesoamericanas ya era muy usado desde antes de la Fase Chicanel.

5 D-sub, 1-1st formaba parte de una planta en forma de plaza, a la que pertenecía, además, otra pirámide y un largo "edificio de acceso" por el que se entraba al recinto o "distrito sagrado", si es que podemos designar de ese modo a la plaza. No es nuestro fin describir toda la arquitectura de Tikal, pero debemos decir que, en otro edificio que se encontraba sobre una plataforma de escasa altura, 5 D-sub, 10-1st (Fig. 19), se encontraron en los lados y en la pared posterior magníficas pinturas en negro, amarillo y rojo sobre una base de estuco rosa (Fig. 18). A pesar de su estado deteriorado, demuestran que el estilo de la pintura y de la iconografía religiosa ya estaba muy adelantado y que ya contenía todos los elementos de la época clásica por venir.

Muestra también de su gran adelanto son las ricas tumbas que aparecen poco antes de la época que ahora nos ocupa, y que indican que ya conocían el principio del arco falso (Fig. 19), aunque aún no se ha encontrado en los edificios aislados, en los que posiblemente no se usaba. Estas tumbas nos indican también la existencia de una *élite*, que ya hemos situado en otras regiones, y que reunía en sí funciones religiosas y políticas. Dada su importancia y relevancia social, al morir eran sepultados en ricas tumbas, cerca de las subestructuras de los templos. Por último, y gracias a las investigaciones en la tumbas, se ha comprobado la importación de conchas y de espinas de pescados de lejanas costas, lo que nos da un indicio de la existencia de un comercio activo. Esto se deduce también de las vasijas pintadas negativamente con la así llamada "técnica Usulután", característica de este periodo, y que pudieron ser importadas del sur. El arte y la artesanía también vivían momentos de gran esplendor, como lo demuestran los ornamentos y los objetos rituales, ambos de gran hermosura, que se han encontrado en estas tumbas (Lám. 27).

Situaciones semejantes se han podido establecer en todos aquellos

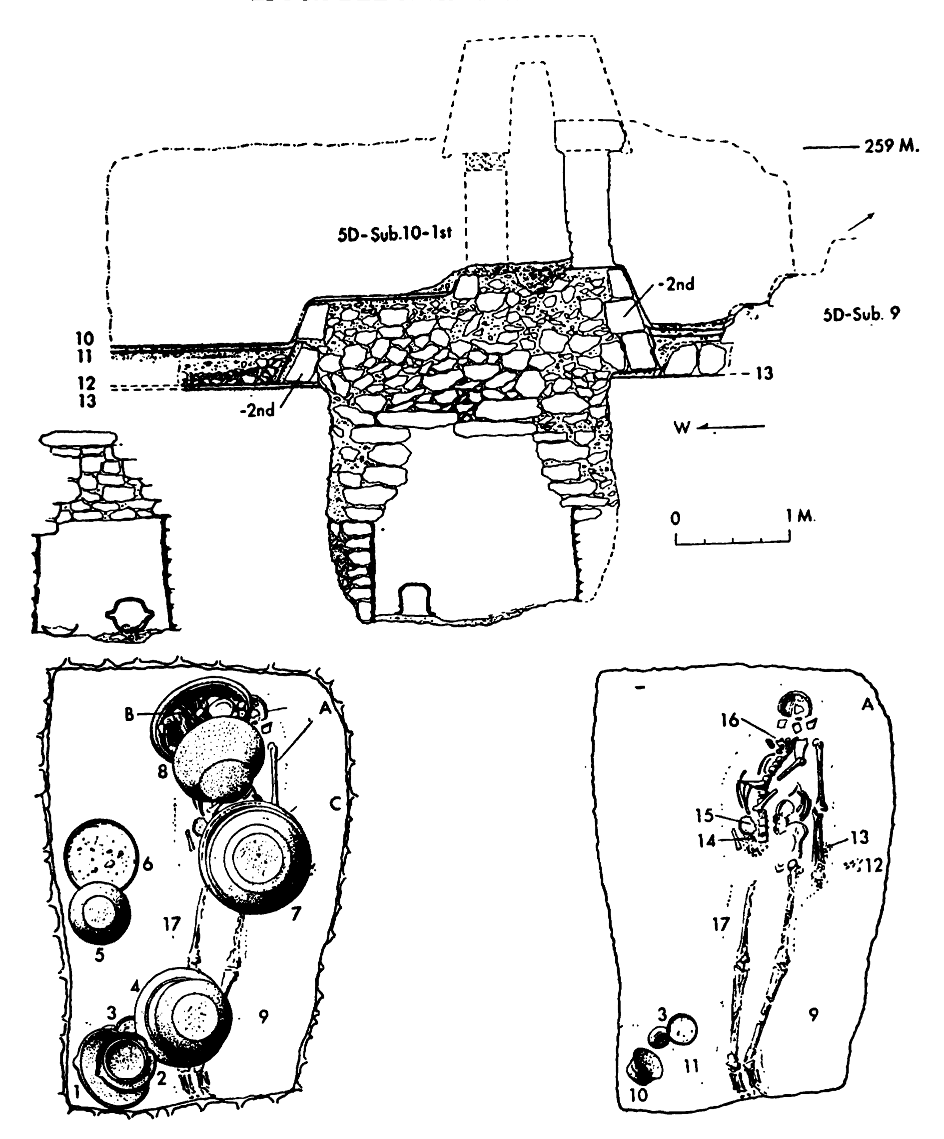



FIG. 19. Corte del edificio 5D-sub, 10-1st, y la Tumba 167 que se encontró abajo, y los planos de la Tumba 167 de la Acrópolis norte de Tikal. Fase Chicanel.

centros de las tierras bajas mayas, cuyas ruinas han sido investigadas. Cada centro tiene sus particularidades, como Altar de Sacrificios a orillas del río Pasión, por ejemplo, donde las pirámides primitivas y las plataformas de los templos eran de arena y tierra, y donde los

primitivos muros de apoyo se hacían de conchas y mortero de arcilla. La falta de piedras útiles en este terreno de aluvión explica la irregularidad. Por consiguiente, podemos afirmar que, hacia el año uno, tenemos frente a nosotros en esta zona una cultura completa que ya contaba con centros ceremoniales, pirámides-templos, edificios construidos de piedra, una sociedad estratificada, una *élite* sacerdotal que era enterrada en criptas ricamente adornadas y donde ya era usado el arco falso, y que además contaba con un arte y un comercio altamente desarrollados. No hay ninguna ruptura en la evolución hacia la cultura "clásica" de las tierras bajas, diferenciándose ambas fases en dos importantes características: la falta de pruebas de la existencia de una escritura jeroglífica y de la erección de monumentos. Es muy posible que excavaciones posteriores en esta región nos proporcionen pruebas de estos dos aspectos y den lugar a una reformulación de estas ideas de división aceptadas hasta ahora. Pero aun en el estado actual de nuestros conocimientos, cuesta trabajo designar a la Fase Chicanel como perteneciente al periodo formativo y separarlo de las siguientes fases protoclásica y clásica, lo que podríamos aceptar si a estas divisiones no se les diera un valor descriptivo. Pero por desgracia, no es éste el caso y frecuentemente se agregan explicaciones de ciertos fenómenos a los nombres de los periodos. Pero ya desde este momento y aumentando en diferencias entre sí en los periodos subsiguientes, los desarrollos en Mesoamérica son tan diversos, que sólo usaremos los nombres de los periodos si esto no nos compromete. Ya en el año uno, no sólo Tikal y otros centros de las tierras bajas mayas son "clásicas" en el sentido de las definiciones aún válidas de Willey y Phillips, sino también centros como Chiapa de Corzo, Kaminal-juyú, Teotihuacan y Monte Albán, para citar sólo las más conocidas, centros que no sólo son ciudades, sino que al mismo tiempo muestran grandes logros en los terrenos del arte y de la técnica. Por el contrario, otras fases de la misma época, pertenecen todavía, sin discusión, a la fase formativa dentro de la misma definición, ya que no poseen las características antes mencionadas, aunque sí la agricultura o alguna otra base de la alimentación, que permitió la formación de comunidades pueblerinas integradas. Algunas regiones de Mesoamérica nunca alcanzaron la etapa del clasicismo, como lo veremos más adelante, aunque se han dividido en periodos que llevan la denominación de "clásico" y "posclásico". Puesto que nunca llegaremos a un cambio de estas designaciones, debemos tener siempre presente que los nombres de los periodos sólo son nombres a los que corresponde en muy pocos casos un carácter descriptivo.

Pero regresemos a la región de las tierras bajas mayas. Las exca-

vaciones en los centros ceremoniales reflejan aquí y especialmente en esta época tan temprana, sólo algunos aspectos, a saber, los religiosos y aquellos de la *élite*, ya que desgraciadamente no se realizaron excavaciones en las zonas circundantes a estos centros, o que los resultados de esas excavaciones, especialmente en Tikal, no se han publicado todavía. Nuestros conocimientos acerca de las poblaciones de esta época se dificultan además por el hecho de que, por razones desconocidas hasta ahora, durante la Fase Chicanel, apenas si se fabricaron figuras de barro, por lo que casi no sabemos nada de los vestidos y ornamentos usados. Sabemos que la *élite* de Tikal vivía en chozas con paredes de varas y techos de paja, construidas sobre plataformas rectangulares, formando pequeños grupos, a veces junto a un edificio mayor o templo. De esta disposición parece desprenderse que acostumbraban asentarse en grupos, tal vez de una gran familia o clan.

Datos más precisos nos fueron proporcionados por las excavaciones de un grupo de la Universidad de Harvard, dirigido por Gordon R. Willey, realizadas en Barton Ramie en el valle del río Belice en Honduras Británica, ya que aquí, por primera vez, se investigaron caseríos rurales y no centros ceremoniales. En la época que nos toca investigar ahora, el valle ya había estado habitado durante 700 años. Las chozas de paredes tejidas y cubiertas de barro sobre sus bajas plataformas, también de barro, se encontraban en pequeños grupos, o estaban aisladas. No existía una forma planeada de agrupar las chozas. El sitio elegido fue la primera o segunda terraza del río de las fértiles tierras aluviales, generalmente cerca de antiguos meandros que subsistían todavía como charcales. Metates redondos y ovalados de granito, con la base redondeada y sin pies, junto con muchas manos, parecen indicar que se cultivaba el maíz, al lado de otros productos. Además, se contaba para la alimentación con almejas de río y los productos de la caza. En piedra se trabajaban los objetos más variados, se fabricaban navajas de obsidiana y se hacían ornamentos de conchas marinas importadas. La cerámica monocroma o pintada negativamente con la "técnica Usulután", continuó con la tradición ya existente; pero, hacia el nacimiento de Cristo, cambió mediante nuevas influencias, provenientes tal vez de la región Honduras-San Salvador. Estas influencias estuvieron unidas a una probable inmigración, que, aunque no se pueda contar todavía con pruebas definitivas, se cree que también llegó a otros lugares.

Si tomamos a Barton Ramie como ejemplo, cosa que haremos, pues por el momento no se planean investigaciones similares, vemos que en esta época la población rural de las tierras bajas mayas vivía en la misma forma que durante toda la época formativa o preclásica. Sólo habían cambiado los centros ceremoniales, o tal vez eran nuevos,

y todos los grupos correspondientes que deben haber influido en la vida de los caseríos, que sin duda dependían de estos centros. Sin embargo, todavía no sabemos cómo se reflejó esta influencia. Por otra parte, tenemos aquí un ejemplo de la situación durante este periodo de transición, en la que en una fase o cultura, parte de la población, es decir, los habitantes de los centros ceremoniales, tenían ya una cultura que se puede designar como clásica, mientras que la otra parte, es decir, los campesinos y tal vez también los simples habitantes de los conglomerados, se encontraban viviendo todavía dentro de los cánones del periodo formativo. Una vez más, encontramos aquí la dificultad de una clasificación, dificultad a la que ya nos referimos anteriormente.

También en Yucatán, en el norte de la región de las tierras bajas mayas, se dieron interesantes desarrollos, que llevaron de los comienzos de una fase temprana formativa a una culminación durante la época formativa tardía, en 250 a.c. aproximadamente, que no se relaciona con la cultura de las tierras bajas mayas. Estas regiones también tenían sus centros religiosos, ya del todo conformados, de los cuales el más famoso y mejor estudiado es Dzibilchaltún, en el norte de Yucatán, donde volvemos a encontrar plantas en forma de plazas y pirámides-templos, coronados con edificios de piedra, técnicamente más avanzados que los del sur, pero sin el rico ornamento que habíamos encontrado allá. También aquí deben haber existido unidades político-religiosas mayores, pues, sin el potencial de trabajo de estos grupos, no podría haber sido posible la erección de la gran pirámide de Yaxuná, por ejemplo, que se cree fue erigida durante el siglo anterior al nacimiento de Cristo. Esta pirámide tiene un volumen de 50 000 metros cúbicos y es una de las mayores construcciones de esta época. Como ya se dijo, la primera cúspide en el desarrollo de Yucatán, ya había sido sobrepasada hacia el año uno. Una creciente influencia proveniente del sur, de la región de las tierras bajas mayas, es la que determinará, en los siguientes siglos, la imagen de esta región.

Al abandonar ahora el sur de Mesoamérica para dirigirnos hacia el norte, debemos por lo menos lanzar un vistazo a Oaxaca, donde ya se había llegado a un punto de cristalización, que se atribuye a los zapotecas. Éstos construyeron sobre desarrollos autóctonos y a partir de influencias de La Venta, y sus mejores manifestaciones se encuentran en los así llamados danzantes (Lám. 29), relieves planos en piedra, con representaciones humanas. Arqueológicamente se ha llamado como el centro religioso, Monte Albán (cerca de la actual ciudad de Oaxaca), que ya estaba en funciones desde 500 a.c. aproximadamente. De él hablaremos con más detalle en el siguiente

capítulo, ya que no podemos describir todas las culturas, fases y centros de cada periodo.

El centro cultural más importante hacia 750 a.c., se encontraba, sin lugar a dudas, en el sur y sureste de Mesoamérica, con un centro de desarrollo en la costa sur del Golfo. Hacia el año uno, representa todavía un papel importante, hasta tal vez preponderante, pero al no ser ya la única, no sobresale tanto. Ahora aparece otra región que culturalmente había sido una provincia y cuya formación más importante había venido desde afuera, dejándole grandes influencias. Se trata de la altiplanicie de México, que aparece ahora, poderosa, con una cultura que pronto influirá en amplias zonas de Mesoamérica, asegurando la hegemonía cultural del centro de México, hasta la época de la Conquista. Nos referimos a la cultura o periodo teotihuacano, así llamado por el lugar en ruinas, cerca de la actual ciudad de México, que debe haber sido el centro religioso, cultural y político de esta cultura.

Hacia la época del nacimiento de Cristo, esta cultura se encontraba al principio de su desarrollo. La primera fase, todavía muy dentro del formativo y llamada Tzacualli dio paso a la segunda, Miccaotli, que prepara la así llamada época "clásica", la hegemonía de Teotihuacan, que hasta entonces no había sido sino una unidad cultural más entre las otras del Valle de México. Pues no sólo tiene Tzacualli un carácter casi puramente formativo, sino que al mismo tiempo existen las ramas de otras series, que desempeñaron un gran papel en las épocas anteriores. Conservaban las antiguas tradiciones, aunque entre algunas aparecieron desarrollos que se manifiestan, por ejemplo, en grandes edificios. A estos pertenece Cuicuilco, con su plataforma de templo redonda, de cuatro cuerpos, hecha de arena y tierra, revestida con piedra volcánica. Hacia 300 a.c. fue destruida, igual que otros centros en el sur del Valle, por la erupción del volcán Xitli. ¿Fue éste el estímulo necesario para la fundación de Teotihuacan? Se ha pensado mucho en este problema y también en la cuestión de la procedencia de los pobladores de esta región, que, poco después de la catástrofe, construyeron las primeras fundaciones de este otro centro. Investigaciones hechas en los últimos años han dado por resultado, que se puede haber tratado de fugitivos del altiplano del sur, que fueron arrojados de sus tierras por la erupción del Xitli y que se establecieron aquí, mezclándose con la población del lugar y creando los testimonios culturales que ahora designamos como Tzacualli.

Aún hoy, sabemos muy poco de la Fase Tzacualli, y este poco es todavía muy discutido. Por ejemplo, tenemos señales de edificios, que están en relación con pisos de tierra apisonada, encontrados en la parte de Teotihuacan llamada Oztoyahualco, descubierta hace rela-

tivamente poco tiempo y que nos ha proporcionado el material Tzacualli conocido hasta ahora. Sin embargo, no conocemos todavía ningún edificio que esté relacionado directamente con esta fase, si no queremos suponer, como ya ha sucedido, que las dos pirámides más grandes de Teotihuacan, las así llamadas pirámides del Sol (Lám. 28) y de la Luna, fueron levantadas todavía durante esa fase. Algunos investigadores han sostenido esta opinión, y las pirámides y el material descubierto en ellas durante las investigaciones fueron por mucho tiempo las únicas manifestaciones de la Fase Tzacualli, que entonces fue formulada. Ahora se prefiere fechar las dos pirámides en la siguiente fase, Miccaotli, o al final de la Tzacualli, o mejor aún, situar la construcción en el periodo de transición. Para una datación semejante, que las colocaría exactamente en el periodo que ahora estudiamos, no hablan sólo razones arqueológicas, sino también un cierto temor a creer que estas enormes construcciones surgieron antes del nacimiento de Cristo. ¡Si sólo la pirámide del Sol (Lám. 28) tiene una base de 222 × 225 metros, una altura de 60 metros y por consiguiente, un volumen de 1 100 000 metros cúbicos! George Brainerd calculó que para levantar esta pirámide, 1 800 trabajadores deben haber estado ocupados ininterrumpidamente durante veinte años, y que la población que hizo esta construcción, es decir, que realizó los trabajos, debe haber consistido, por lo menos, de 10 000 personas. Es claro que estos cálculos son puramente teóricos, pues nadie puede decir si realmente se trabajó durante veinte años sin interrupción en la construcción de la pirámide, pero dan al menos una idea de cuáles son las dimensiones que debemos considerar. No olvidemos, además, que Teotihuacan y su zona de influencia, en la época de la construcción de la pirámide, año uno, era tan extensa y que disponía de una población tan grande, que era posible no sólo planear construcciones tan enormes, sino también llevarlas a cabo.

Pero con esto no se había alcanzado ni remotamente la grandeza artística y civilizadora de Teotihuacan, que todavía hemos de mencionar. Si podemos confiar en las figurillas de barro, hechas a mano, vemos que también los habitantes de Teotihuacan de estos primeros tiempos andaban generalmente desnudos, y que, las cintas para los brazos, la cabeza y el cuello, junto con las obligadas orejeras, constituían su único adorno (Lám. 30). A pesar del arte con que están hechas, estas figuras son de inferior calidad que las de la fase anterior, Tlatilco. Las vasijas eran sencillas y la única innovación que aparece es la pintura negativa, una manera de decorar las vasijas que estaba muy difundida en toda Mesoamérica, en esta época. Las herramientas se siguen haciendo de piedra y de obsidiana, tan abundante aquí, y cuyas hojas afiladas eran usadas para cortar. La mayoría de la pobla-

ción, que pertenecía a la zona de influencia de Teotihuacan en esta época, puede haber vivido en pueblos que dependían de él, o bien, a orillas del centro ceremonial, dedicando la mayor parte de su tiempo al labrado del campo y al cultivo de las hortalizas. No sabemos si ya tenían un sistema de riego, aunque hay señales de la existencia de canales de riego, anteriores a la erupción del volcán Xitli, pero que fueron destruidos por la lava. Más señales se encuentran en otras partes de esta región, que ahora se cultiva tan intensamente, y que pueden haber sido destruidos por la misma agricultura.

Tal vez puedan servir como ejemplo en esta cuestión las investigaciones realizadas en el Valle de Tehuacán, que ya hemos mencionado en diversas ocasiones. Había aquí, en la Fase Palo Blanco, que caracteriza esta época, sistemas más intensivos de irrigación. El dique de contención de la Fase Santa María, ya mencionado, se levantó primero a una altura de 10 metros y después se elevó a 18 y se amplió hasta 400 metros de longitud, de modo que ahora cerraba todo el cañón. El agua almacenada debe haber alcanzado un volumen entre 600 000 y 700 000 metros cúbicos, agua que era encauzada hacia las tierras bajas por medio de un sistema de canales. Naturalmente, estos trabajos sólo eran posibles gracias a la organización de la fuerza de trabajo, al mismo tiempo que era necesaria una cierta autoridad para repartir equitativamente las aguas de la presa. Estos pensamientos parecen encontrar su comprobación en hallazgos arqueológicos que muestran la existencia de un plan de colonización, que se conservó, en sus rasgos fundamentales, hasta la época de la Conquista. Mientras que una parte de la población seguía viviendo en pequeños pueblos, en chozas de techos de paja y paredes tejidas y cubiertas de barro, habían surgido sobre la cima de las colinas grandes centros ceremoniales con pirámides recubiertas de piedra, plazas ceremoniales, y más tarde, juegos de pelota, etc. Todavía no podemos afirmar con seguridad si entre estos centros, de los que aparentemente dependían los pueblos y caseríos, existía alguna relación, si formaban unidades políticas independientes o si sus funciones eran únicamente de naturaleza religiosa, aunque debemos suponer que en ellos residía un cierto poder. Es seguro, sin embargo, que se había desarrollado no sólo una división del trabajo por sexos, sino además de acuerdo con la posición social, puesto que en estos centros vivían artífices y otros grupos que no se ocupaban simplemente de la agricultura, sino que también aseguraban su vida de alguna otra forma (Fig. 20).

Parece que podemos aceptar como válido este modelo para grandes regiones de Mesoamérica, tanto en las ya mencionadas, como en las que todavía hemos de mencionar, como por ejemplo la costa media

del Golfo, o la parte central del actual estado de Veracruz, en que ya se encuentran los comienzos de culturas posteriormente tan importantes, como lo son Remojadas y el Tajín. También más al norte encontramos esta misma división en la Huasteca (Fase El Prisco) y en la Sierra de Tamaulipas (Fase Laguna). El modelo que podemos llamar modelo mesoamericano tiene las siguientes características: agricultura más intensa, pequeños caseríos y centros ceremoniales con pirámides, en donde se localizaba el poder político. Es sorprendente que en la Sierra de Tamaulipas se hayan construido las colonias de la Fase Laguna sobre las cimas de las montañas, lo que puede indicar la necesidad de una estrategia defensiva. Tal vez esa amenaza, si es que existía, venía de Tamaulipas nororiental, donde vivían los portadores de la Fase Abasolo, como nómadas recolectores, que cambiaban su asiento de acuerdo con las estaciones del año. Seguramente les resultaban atractivos, para sus ataques, los campos y colonias de los grupos sedentarios vecinos, lo que puede haber obligado a los pueblos que vivían más allá de esta frontera nororiental a construir sus colonias y centros de manera que facilitara su defensa. Parece que aquí en el nordeste aparecieron algunos factores que impidieron la propagación del maíz y de otras plantas culturales y que al mismo tiempo no permitieron el ensanchamiento de la frontera agrícola, misma que hasta la época de la Conquista apenas si había sido cruzada. Sin embargo, este hecho no se puede aplicar a toda la región del norte de México, que hacia la época del nacimiento de Cristo se pensaba estaba ocupada por cazadores y recolectores. En los capítulos siguientes hablaremos de la expansión de las tribus que, después de abandonar el nomadismo, se dedicaron cada vez más a la agricultura.

Por primera vez, podemos dedicarnos un poco al occidente de México, a la región de la costa del Pacífico y a la extensa zona del interior, que no habíamos mencionado hasta ahora. Las investigaciones sobre esta región están todavía muy atrasadas, conociéndose tan sólo algunas regiones. Se acepta que también aquí deben haber existido largas series de desarrollos, como lo muestran los hallazgos de El Olpeño, en el estado de Michoacán y que se han fechado hacia 900 a.C. Las tumbas que se descubrieron aquí, habían sido abiertas en tepetate (ceniza de volcán endurecida); eran rectangulares y estaban provistas de tres o cuatro escaleras, también excavadas en el mismo material. Las figuras de barro que se encontraron entre otros objetos en estas tumbas apenas se diferencian de otras semejantes, provenientes de fases formativas contemporáneas. Una vez más, se trata de figuras femeninas desnudas, a no ser por un delantal que colgaba de un ancho cinturón, y adornadas con anchas cintas para




Fig. 20. Probable estado del Valle de Tehuacán durante la Fase Palo Blanco. (Estado hipotético VI.) Ya había "ciudades santas o centros ceremoniales ( ▭ ), de los que dependían algunos pueblos ( ⁙ ) tanto política como ceremonialmente. Se utilizan todavía los campamentos, aunque con menor frecuencia ( * ✪ ). La población se calcula como mil veces mayor que la del Estado hipotético I.

los brazos, orejeras y cadenas en el cuello. En las tumbas también se encontraron orejeras de jade.

Más importante para esta época es el hallazgo hecho en el estado de Guanajuato, a orillas del río Lerma. Aquí, cerca de Chupícuaro, se desenterró un gran cementerio, cuyos entierros podrían dividirse en tres fases diferentes. Hacia el año uno comenzaba precisamente la última, Chupícuaro tardío, que siguió a la Fase Chupícuaro de transición. Puesto que hasta ahora las excavaciones se han limitado al cementerio, y no se han hecho investigaciones de alguna fase semejante a ésta, todavía no sabemos nada del tipo de casas o del modo de colonización de este grupo. Sin embargo, no pueden haber sido muy diferentes de otras fases contemporáneas, aunque hay que hacer notar la falta absoluta de centros ceremoniales, que por cierto parecen no existir en el occidente en esta época. El tamaño del cementerio nos indica que las colonias eran permanentes. En éste se encontraron 360 entierros, de los cuales 73 pertenecen a la fase tardía. Los muertos fueron enterrados, en su mayoría, en decúbito supino, generalmente en pequeños grupos, dependientes de los así llamados tlecuiles (braseros), que deben haber desempeñado un importante papel en el ritual de los difuntos, aunque su función nos es desconocida. El hecho de que además de los objetos acostumbrados se enterraran perros entre los hombres, puede resultar interesante para el conocimiento de la vida espiritual, del mundo de las ideas y hasta para la religión de estas gentes. Ya que sólo en este caso aparecen perros en las tumbas de los hombres, es probable que se trate de un verdadero entierro de animales, más que de un sacrificio.

Si las tumbas nos mostraron que se trataba de colonias permanentes, las piedras de moler encontradas en ellas indican que ya se cultivaban los campos, lo que seguramente era necesario para alimentar estas colonias tan extensas. Nuevamente, la mayor información nos la proporcionan las figurillas de barro hechas a mano. Eran fabricadas sobre una tabla que servía de base, de modo que casi siempre la parte posterior de estas figuras es plana y sólo en algunos casos muestran un trasero reforzado, que es una característica de las figuras del formativo. Al lado de este rasgo, también es característico un ancho collar en forma de cuello, que rara vez aparece adornado ya sea con pendientes o con incisiones. Las figuras, que en su mayoría son femeninas, aparecen casi siempre desnudas y llevan, además del collar ya mencionado, orejeras y anchas cintas de adorno en los brazos, que más bien son muñones. Algunas de las figuras tienen una especie de prominencia en el hombro, en forma de botón, que tal vez represente una escarificación. El peinado se llevaba partido en el centro y adornado con discos y moños, dos elementos que ya

existían en la fase temprana de Chupícuaro (400 a 200 a.C. aproximadamente), cuyas figuras son artísticamente mejores (Lám. 31), están más adornadas y a menudo aparecen pintadas de diversas maneras. Su característica principal son los ojos completamente oblicuos, que hacen pensar en una relación, o por lo menos, en una influencia de Tlatilco, del Valle de México, donde esta forma de ojos era especialmente característica (Lám. 18).

Aunque debemos hacer constar en esta fase tardía una cualidad artística menor y una tendencia a la rápida producción en masa, notoria también en las vasijas policromas, aparecen por otra parte notables innovaciones, como grupos pequeños de figuras, entre los cuales los más comunes y comprensibles son el de la madre y el niño. Por el contrario, es más difícil explicar representaciones en las que, sobre una base de cuatro patas en forma de tabla, yace acostado un hombre. Esta base (¿una cama?), presenta arcos en los extremos medios, una especie de palio, en los que está parada otra figura, o donde se encuentra un pájaro. No se ha podido decidir si se trata de representaciones de niños o de enfermos, o qué idea se trató de representar. Por último, debemos mencionar todavía dos figuras masculinas, también de barro, que aparecen tocando una flauta, indicio de que este arte era ejecutado por hombres, ya que ninguna de las numerosas figuras femeninas tiene algún instrumento musical. Estas flautas, de las cuales una parece ser una flauta doble, representan un nuevo tipo de instrumento, entre todos los que se encontraron en el cementerio (ocarinas y sonajas, parte de las cuales tiene forma de pájaro, y matracas de hueso), junto a esqueletos infantiles, lo que podría indicar que se trataba de juguetes.

Todos los otros hallazgos de Chupícuaro tardío nos proporcionan una buena idea de la vida diaria de estos hombres. La obsidiana se trabajaba para hacer cuchillos, raspadores y puntas de proyectil; de conchas se fabricaban perlas para collares y para casi todos los ornamentos. Determinados tipos de conchas se importaban de lugares tan lejanos como el Valle de México. Los huesos también eran empleados para fabricar ornamentos, aunque también eran usados para fabricar taladros, puntas y agujas. También debemos mencionar que aparentemente ya se conocían los trofeos de cráneos, puesto que en las tumbas se encontraron tanto calaveras como la parte superior de las mismas, pintadas de rojo y a veces también con perforaciones.

Sin duda no fue Chupícuaro la única fase o cultura que se desarrolló en el occidente de México durante esta época, pero hasta ahora es la única de la que tenemos material suficiente como para darnos una idea precisa de su modo de vida. De aquí que también sea la única que podamos usar como ejemplo de esta zona de Occidente.

Tampoco sabemos hasta dónde se expandieron hacia el norte y por la costa del Pacífico estas culturas sedentarias.

Antes de cerrar este capítulo, debemos volvernos al sur, sobre todo a América Central, cuya imagen ya aparece un poco más clara, aunque todavía existen muchos problemas sin resolver, precisamente en la zona fronteriza entre Mesoamérica y América Central. Por ejemplo, conocemos en El Salvador Los Frailes y en Honduras Yarumela III y Uloa bicroma, con poblados y fases, pero rara vez son algo más que nombres cuyo contenido e interpretación es todavía tan incierto, que lo más que podemos suponer es que se trataba de campesinos sedentarios. Todavía no sabemos si existían construcciones ceremoniales, salvo en El Salvador occidental, en donde comienza el centro ceremonial Tazumal. Esta región fronteriza que mencionamos se considera de gran importancia, pues se ha pensado, como ya lo dijimos con anterioridad, que de aquí surgieron nuevos impulsos y hasta puede ser que de aquí hayan partido grupos hacia el interior de la región maya. Las ricas "tumbas de los príncipes" de toda la región guatemalteca demuestran además que existía un extenso comercio con El Salvador oriental, de donde se importaban las vasijas pintadas con la "técnica Usulután" (Láms. 32 y 33).

Esta técnica, llamada así por haber sido descubierta en el Departamento Usulután en el oriente de El Salvador, y donde además se encontraron numerosas vasijas, parece haber surgido en esta región antes de la Fase Gualacho, que se ha fechado hacia 900 a.c., y en la que ya se encuentran vasijas decoradas con esta técnica, todavía en su forma común anaranjada, que después se especializará y afinará. Técnicamente se trata de un procedimiento conocido como pintura negativa: primero se pintaba la vasija de un color, que después de la cocción variaba del amarillo al amarillo-naranja. Sobre esta base se aplicaba cera, generalmente en líneas onduladas, con un instrumento dentado. Después se daba a la vasija un baño, que le daba un color rojo-naranja. Este color formaba entonces, después de la cocción, el fondo aparente, mientras que el dibujo, después de que se derretía la cera, aparecía en grupos de líneas paralelas onduladas, de color amarillo. Las vasijas decoradas con esta técnica semejante a la de batik, y que tenían un amplio comercio que llegaba en el norte hasta el estado de Chiapas y en el sur hasta la Isla Ometepe en el Lago de Nicaragua, deben haber tenido un valor muy especial, ya que no sólo se las imitaba cuidadosamente, sino que hasta se intentaba falsificarlas, tratando, con técnicas diferentes, de conseguir los mismos efectos. Por ejemplo, se ponían dos capas de colores semejantes, para después raspar la segunda o, todavía húmeda, se retiraba para formarle las líneas onduladas. Que también se apreciaban estas imita-

ciones, que tal vez ni siquiera se advertían como tales, lo demuestran las vasijas de este tipo encontradas en tumbas provistas de ricas ofrendas en Altar de Sacrificios. Las dificultades en la identificación de estas vasijas de Usulután surgen sobre todo por el hecho de que no se ha estudiado detenidamente ni la técnica exacta, ni las formas en que aparecen, por lo que estas formas que se encuentran hasta en la época clásica, no han podido ser diferenciadas. Desgraciadamente, nuestros conocimientos de El Salvador oriental hacia el año uno son todavía tan reducidos, que no podemos siquiera decir cómo estaba constituida la fase o cultura que fabricaba y comerciaba estos objetos tan solicitados.

Un poco más amplios son nuestros conocimientos acerca de "Gran Nicoya", la región al sur de Mesoamérica, que incluye en esta época a las penínsulas Nicoya y Santa Elena, la Isla Ometepe en el Lago de Nicaragua, el Istmo de Rivas y la región comprendida entre ellas. De acuerdo con los hallazgos, las series comienzan aquí hacia el año uno aproximadamente, si pasamos por alto la Serie Ometepe que ya mencionamos anteriormente. Todas las fases, Avilés, Monte Fresco, Chombo, Catalina, son muy parecidas unas a otras y ciertos tipos de cerámica son comunes a todas, como la pintada en dos colores con "pincel múltiple", o como el tipo en que separaban las zonas de los colores con líneas incisas, ya fueran anchas o angostas. Debido a estos rasgos característicos generales, se habla además, en la época Gran Nicoya, de un Periodo *Zoned Bichrome*. Teniendo como base los hallazgos de Ometepe, vemos que se trataba solamente de caseríos en los que vivía la gente, y no podemos desechar del todo la idea de que se trataba de colonias aisladas. Seguramente se dedicaban a la agricultura y tal vez ya conocían el maíz, ya que en diversos lugares se encontraron metates de tres pies y manos cilíndricas, además de hachas de piedra, pulidas y afiladas. No ha podido ser comprobado si también sembraban la yuca, como se ha supuesto algunas veces. Sin embargo, es poco probable que existieran, como en el norte, grandes grupos. Parece que las colonias, organizadas a partir de las familias, eran independientes unas de otras, aunque las unía un intenso comercio, como lo demuestra un tipo de cerámica de gran calidad, que aparece en todas partes: el *Zoned Engraved* de Rosales. Notable es también encontrar estos centros ya sea a la orilla del mar o de lagos, o bien a la orilla de grandes ríos, un hecho que no se puede explicar en el estado en el que se encuentran las investigaciones actualmente, aunque creemos que había una cierta dependencia de los productos marinos y fluviales.

Viendo el panorama de la situación de nuestra región hacia la época del nacimiento de Cristo, vemos en la región mesoamericana un

desarrollo que tiende a centros parecidos a ciudades, y que parten generalmente de la disposición del templo. La rapidez del desarrollo de cada zona fue diferente y mientras que en algunas regiones aparece ya cerrado o terminado este desarrollo, como sucede en las tierras altas de Guatemala, Yucatán y el Valle de Tehuacán, en otras apenas va surgiendo, como en el caso del Valle de México, las tierras bajas mayas y Chiapas, o bien, todavía no comienza, como en el occidente de México y el centro de El Salvador. Parece que los pueblos asociados a los centros continuaban llevando la misma forma de vida, que apenas y fueron tocados por estos grandes desarrollos, aunque ya aparece una agricultura más activa, con nuevas plantas híbridas de cultivo y posiblemente hasta con irrigación, sólo que ahora dependen de una unidad superior. Esta población de sencillos campesinos, constituyó y constituye el elemento constante que resistió perfectamente las tormentas posteriores, que causaron grandes cambios políticos y culturales, y que garantizó así el progreso. Este desarrollo no se había abierto camino, ni en el norte ni en el sur, hacia unidades mayores, ni hacia centros ceremoniales. Pese a que el estado de las investigaciones todavía deja mucho que desear, seguramente no nos equivocamos si suponemos la existencia, en el sur, de sencillos campesinos, cuyos pueblos no eran grandes unidades y, en el norte, de una población formada por cazadores y recolectores.

# MÉXICO Y AMÉRICA CENTRAL HACIA 500 D.C.

Los siglos transcurridos entre el nacimiento de Cristo y la época que nos proponemos tratar aquí, 500 d.c., fueron tiempos, o así lo creemos al menos, de relativa tranquilidad y de consolidación (Fig. 21, Cuadro 1). Los conceptos fundamentales no sufrieron cambios, pues el desarrollo continuó en línea relativamente recta, por lo que se debe entender, más bien, como una ampliación de las condiciones existentes. Por ello no podemos decir de esta época, hacia 500 d.c., que

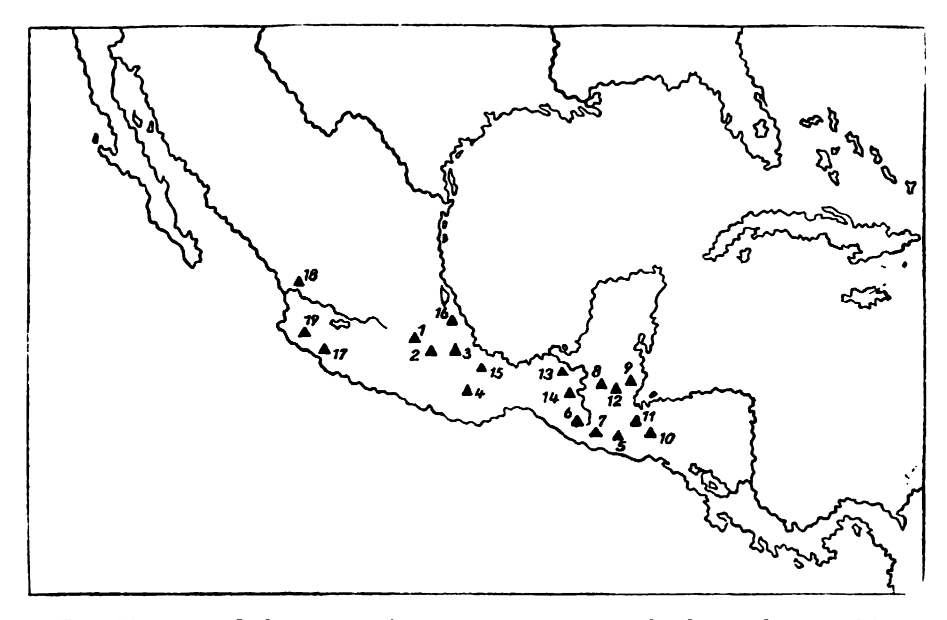



**Fig. 21. Mapa de los sitios más importantes encontrados hasta ahora en Mesoamérica y que se mencionan en el texto. 500 d.c. [1, Teotihuacan; 2, Cholula; 3, Valle de Tehuacán; 4, Monte Albán; 5, Kaminal-juyú; 6, Zaculeu; 7, Zacualpa; 8, Tikal; 9, Barton Ramie; 10, Copán; 11, Quiriguá; 12, Naranjo; 13, Palenque; 14, Bonampak; 15, Cerro de las Mesas; 16, El Tajín; 17, Colima; 18, Nayarit; 19, Jalisco.]**

hubiera presentado algún cambio importante en relación con las épocas anteriores, sino que más bien debemos comprobar que todo se ha vuelto más grande, mejor y más claro. Siguen apareciendo nuevas series arqueológicas, nuevos centros en nuestro ángulo visual, aunque tal vez menos, no porque no hubieran existido antes, sino más bien porque arqueológicamente, no habían sido comprendidas en las épocas anteriores. Como en el capítulo anterior, sólo podemos escoger algunos ejemplos para darnos una idea de la vida en aquella época, para lo que especialmente debemos volver nuestra atención a los centros

de Teotihuacan en el Valle de México y a la región de las tierras bajas mayas. Es necesario, sin embargo, recordar que no se trata de dos cimas aisladas en el paisaje cultural, sino más bien de los dos puntos más altos de un cuadro, que podríamos comparar con un paisaje montañoso, en el que encontramos montañas de diferentes alturas.

Teotihuacan, que ya había alcanzado el punto culminante de su desarrollo durante la Fase Xolalpan, se había convertido en una ciudad, en el verdadero sentido de la palabra. Tenía un centro religioso y tal vez al mismo tiempo administrativo, que junto con los templos principales, está determinado por el eje de la Calzada de los Muertos (Fig. 22). Bloques de edificios en conjunto con innumerables cámaras, pueden designarse como barrios, es decir, distritos de la ciudad. Mercados y pirámides se encontraban en un mismo barrio y existía, además, un mercado central; en una palabra, era una ciudad como podría haberse encontrado en el Viejo Mundo hacia la misma época, aunque con diversos acentos. Su extensión era enorme y bien puede haber alcanzado los 10 kilómetros cuadrados. El número de habitantes se ha calculado en los últimos tiempos en 50 000 almas y hasta se ha considerado que esta cifra es demasiado conservadora.

Ya que no podemos pensar, con base en esta cifra, que los habitantes de Teotihuacan se pudieran bastar a sí mismos como "agricultores" cultivando las regiones circundantes más cercanas, debemos suponer que los pueblos y centros menores que se encontraban bajo el dominio de esta ciudad la proveían de alimentos. Sin embargo, nos encontramos aquí, una vez más, con una de las tantas lagunas en la arqueología mesoamericana, pues aunque se han hecho numerosas excavaciones, sobre todo en el mismo Teotihuacan, en los últimos años, no sabemos cómo eran los pueblos de esta época y de esta región, qué tan grande era la región que sostenía a Teotihuacan, y si se practicaba, por ejemplo, la construcción de obras de riego. Y es precisamente esta cuestión la de mayor importancia, ya que sólo una cultura de irrigación intensiva puede haber estado en condiciones, según cálculos generales, de mantener una ciudad de tales dimensiones. Que se practicaba una horticultura intensiva nos lo demuestra el hecho de que las chinampas, erróneamente llamadas "jardines flotantes", existían ya hacia 500 d.c. Este tipo de cultivo que se practicaba en el altiplano de México en donde se encontraban, en aquel entonces, tantos lagos, se hace en balsas tejidas cubiertas con juncos y lodo, que se fijaban al fondo plano del lago, con pastos y otras plantas que crecían rápidamente. Mediante el abono constante producido por el suelo del lago y la irrigación también constante, este tipo de cultivo producía, y todavía produce, un alto rendimiento por hectárea. De una variedad de este sistema, en orillas pantanosas, surgió Xochimilco,

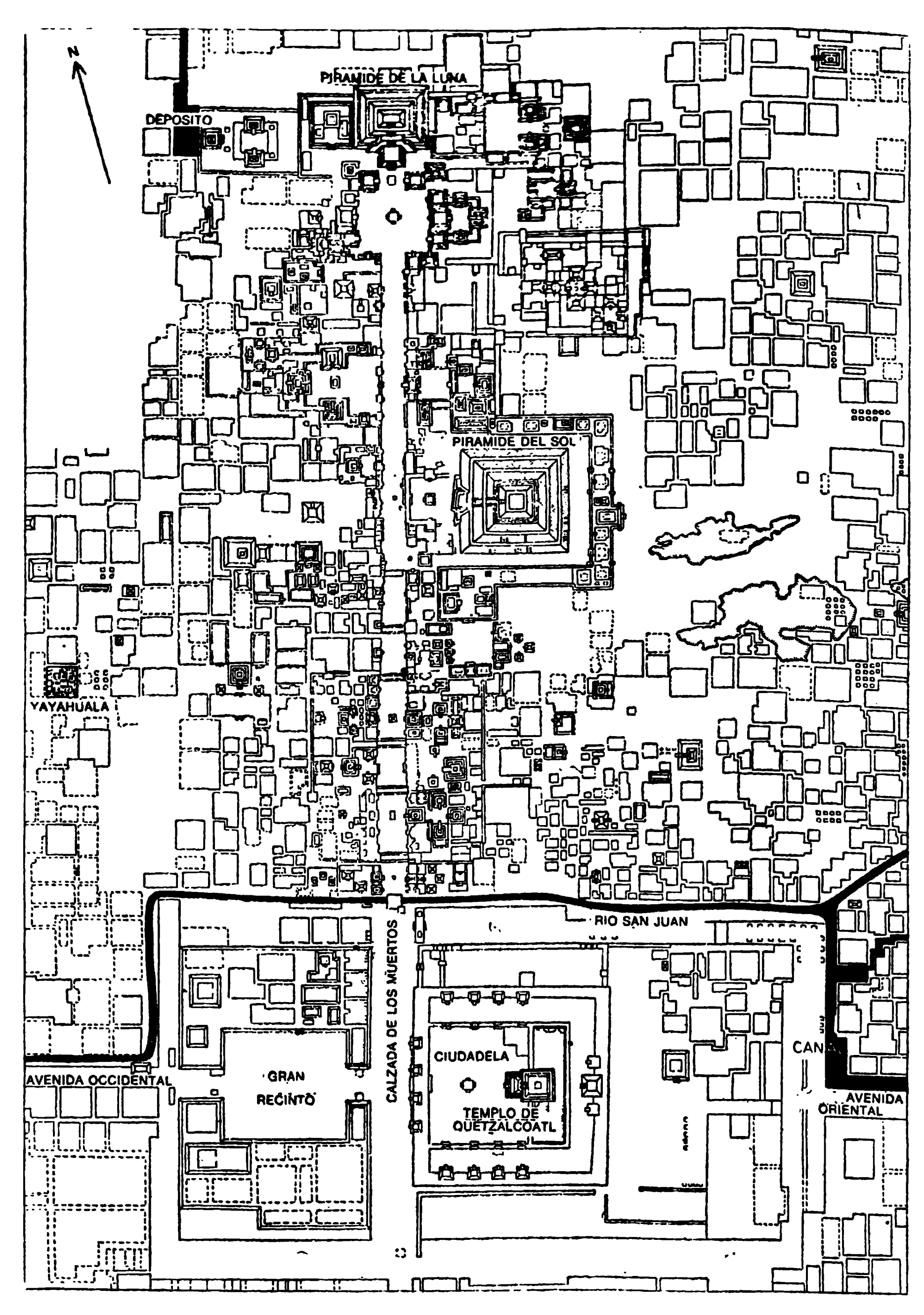



FIG. 22. Plano parcial de la ciudad de Teotihuacan. En el medio del centro aquí dibujado, corre como eje la Calzada de los Muertos que termina en el norte en una plaza ante la Pirámide de la Luna. En el sur, en el extremo inferior de

en la región de los lagos de agua dulce, que todavía ahora provee de flores y verduras a la ciudad de México, y cuya sujeción a las orillas, por medio de álamos, pudo tener su origen en épocas precolombinas.

Pero la cuestión de la base de la alimentación no es la única que, a pesar de las investigaciones, afecta a Teotihuacan. Una de las más importantes, desde el punto de vista histórico cultural, es la del poder dominante o si se quiere, de la forma de gobierno. Por largo tiempo, y hasta hace muy pocos años, se tuvo la idea de que se trataba de una teocracia, o sea, que la ciudad debía haber estado dominada por príncipes-sacerdotes. Entre otros motivos, se partía de que esta forma de gobierno había existido, y al mismo tiempo también, en otras zonas de Mesoamérica, ¡para lo que se remitían al ejemplo teotihuacano!, y que las representaciones de figuras ricamente ataviadas que se interpretaban como sacerdotes eran un motivo frecuente en las numerosas pinturas murales que se han encontrado en Teotihuacan (Lám. 43). Sin embargo, las excavaciones realizadas en los últimos años han hecho que se reconsidere este argumento y la conclusión a la que nos había llevado. Así parece hablar contra esto el hecho de que durante la Fase Xolalpan apenas se construyeran templos, mientras que la construcción de los así llamados palacios alcanzó su máxima expresión en esta época.

Como ejemplo de estos palacios, de los cuales naturalmente cada uno revela un aspecto individual, pero que permite reconocer ciertas normas, se describirá aquí el de Atetelco, que es uno de los más estudiados en Teotihuacan (Lám. 35). Su punto central es un patio interior, cuadrado a un nivel más bajo, cuyo centro está formado por un pequeño altar. En los cuatro lados se encuentran plataformas rectangulares de un solo cuerpo, pero separadas, de modo que dejan libres las esquinas del patio. Las plataformas están construidas en la forma tradicional de Teotihuacan, con una armazón interior de paredes y columnas de piedra, rellenas con tierra y lajas sueltas. Las fachadas estaban cubiertas con adoquines y argamasa y recubiertas con dos capas de estuco, la segunda más fina que la primera. También en otros aspectos respondían las plataformas al gusto de la época, pues estaban construidas con la distribución característica de la Época Clásica teotihuacana, en talud y tablero en sus frentes (Lám. 34).

---

la lámina está al oriente de esta calzada la Ciudadela, con la Pirámide de Quetzalcóatl y enfrente una construcción mayor, tal vez el mercado principal. En el lado oriente del eje, rodeada de templos y palacios, se encuentra la Pirámide del Sol. Los conjuntos de edificios que se encuentran un poco más alejados del eje, en medio de calles que se cruzan rectangularmente representan quizá la zona residencial. Hasta ahora apenas y se han investigado. Estado hipotético durante la Fase Xolalpan. Época Clásica temprana.

El tablero tiene la forma de una caja, semejanza que se acentúa, en la mayor parte de los casos, porque la parte central está a un nivel más bajo y parece estar enmarcada, dando la impresión de un cuadro, impresión que antiguamente debe haber sido más notable, puesto que se acostumbraba pintar la parte central del tablero, aunque esta pintura no se conservó en Atetelco.

Pero dejemos estas digresiones generales y volvamos a nuestro palacio. Una escalera de seis peldaños conduce a las plataformas recubiertas con estuco, que soportan un edificio de igual construcción. Éste se divide en dos cámaras, de las cuales la que da al patio interior es más pequeña. Dos pilastras, construidas como las paredes, de piedras más o menos talladas, sirven de prolongación de la escalera y ayudan a sostener el techo plano, coronado con almenas. También en este vestíbulo, la parte inferior de la pared aparece en talud, pudiendo considerar como tablero toda la pared y la cornisa angosta y sobresaliente. A través de una puerta en el vestíbulo, se llegaba, en cada plataforma, a la cámara posterior, cámara bastante más grande que la anterior. Esta puerta de acceso se encuentra, una vez más, en la prolongación exacta de la escalera. Esta construcción de un vestíbulo con arcadas era muy popular en Teotihuacan, y existen numerosos ejemplos de ella. Podríamos buscar la razón en el hecho de que no se conocían las ventanas, y que las cámaras posteriores sólo recibían luz si la pieza anterior estaba bien iluminada. Podemos imaginarnos también que en los vestíbulos se representaban muchas funciones, ya que muchas veces están decorados en forma representativa y aún presentan una riqueza especial en la ornamentación. Esto lo encontramos también en Atetelco, donde todos los vestíbulos están decorados en igual forma, pero con detalles diferentes. Así, caminan sobre un talud que se ha conservado, sobre un fondo rojo inglés, sin duda el color preferido en Teotihuacan, jaguares y coyotes pintados en rojo y blanco (Lám. 36). Las paredes de los vestíbulos estaban cubiertas todas con un dibujo de rombos en rojo sobre un fondo blanco, pero que se construía en forma diferente, como por ejemplo, con serpientes entrelazadas, o con alas de águilas o con cabezas en los puntos de unión. También las figuras, una en cada rombo, que han sido interpretadas como dioses o como sacerdotes, son diferentes en cada cámara.

En las esquinas libres de las plataformas del patio interior central se unían patios casi cuadrados, más pequeños, pero que no eran todos iguales, sino que se dividían en pares, simétricamente, a partir de un eje central imaginario. En dos de sus partes estaban limitados por las plataformas ya mencionadas, a las que, sin embargo, no tenían acceso. Por otra parte, los otros dos lados estaban ocupados por

amplias escaleras que conducían a plataformas bajas y a los edificios que se encontraban allí, y que a su vez contaban con dos pilastras que daban al patio. Otras cámaras, que algunas veces no se encontraban simétricamente dispuestas, se agregaban aquí, de modo que un palacio semejante era un edificio complejo, que sin duda albergaba un gran número de hombres, descontando una parte de la "servidumbre", tal vez los esclavos, que vivían en sencillas chozas de paredes tejidas, que seguían siendo el abrigo de la clase más pobre de la población.

Sin duda, una construcción semejante, que actualmente designamos como palacio, podría considerarse como templo, sobre todo si nos basamos en los temas religiosos de las pinturas, pintadas generalmente al fresco, aunque toda la estructura, tal y como la hemos descrito, demuestre lo contrario. Una semejante preferencia de edificios civiles se puede explicar más fácilmente por la existencia de una nobleza que por el dominio de una casta sacerdotal. Estos nobles deben haber tenido un vínculo religioso muy profundo, ya que las pinturas murales en los palacios, si dejamos a un lado los dibujos geométricos, tienen un contenido puramente religioso, o por lo menos una fuerte relación con la religión. Y ciertamente las "figuras de sacerdotes" (Lám. 43) pueden ser consideradas como representaciones de miembros de la casta civil superior. Pero como evidentemente están representados realizando actos religiosos, la cuestión del contenido de las pinturas es irrelevante. También las frecuentes representaciones de jaguares y águilas, que hemos visto en Atetelco, pueden proporcionarnos datos de vínculos religiosos. Ya en esta temprana época, podrían los guerreros águila y jaguar representar grupos religioso-militares, que conocemos bien de la época azteca posterior y que en cierta forma se pueden comparar con una orden medieval de caballeros. Tal vez no nos equivoquemos al suponer, partiendo de todas estas características, que hacia 500 d.c., Teotihuacan estaba dominada por una casta civil superior, que sin duda tenía fuertes nexos y funciones religiosos. Tal vez había partido de una antigua casta sacerdotal, o se había mezclado con ésta que, durante las primeras fases teotihuacanas, bien pudo haber tenido el poder en sus manos.

Esta interpretación del cambio paulatino de una teocracia a un poder civil es reforzada por el hecho de que todos los grandes templos fueron erigidos durante las primeras fases. Los dos más importantes, las pirámides del Sol (Lám. 28) y de la Luna, se mencionaron ya en el capítulo anterior, puesto que la época en que probablemente fueron construidas debe ser hacia la época del nacimiento de Cristo. Un poco anterior a éstas es el tercer templo en importancia, que se conoce como Pirámide de Quetzalcóatl (Lám. 37). Se diferencia

de las dos anteriores no solamente porque el basamento es más pequeño, sino también por su estilo, puesto que en ella encontramos una vez más la construcción talud-tablero, que falta en las otras dos pirámides. Actualmente podemos distinguir dos épocas de construcción en la Pirámide de Quetzalcóatl, es decir, que ya una vez, quizá durante el siglo VI, fue en parte reconstruida. También esto la distingue de las pirámides del Sol y de la Luna, que nunca fueron reconstruidas y a las que sólo se les agregaron, en épocas porteriores, construcciones más pequeñas.

La pirámide original, construida en el siglo III y cuyo nombre al igual que el de la mayoría de los otros edificios, es de origen moderno (sólo los nombres de Teotihuacan y de las pirámides del Sol y de la Luna nos han llegado a través de tradiciones), consta probablemente de seis cuerpos, de los cuales sólo cuatro de la fachada occidental han sido excavados y reconstruidos. Una ancha escalera antepuesta llevaba a la cúspide plana, que sin duda alguna soportaba un templo de un solo piso. Pero no es la construcción, uno de los ejemplos más antiguos del empleo del talud y del tablero, lo que hace descollar a esta pirámide, sino la rica ornamentación de figuras con que está adornada la parte que ha sido excavada hasta ahora (Lám. 37). El talud de cada uno de los cuerpos de la pirámide está cubierto con una serpiente bicéfala estilizada, vigorosamente tallada, que se extiende en curvas ligeras. La superficie que queda libre está cubierta con relieves de caracoles y conchas. Se reproducen también los cuerpos de las serpientes, en bajorrelieve, en los centros de los tableros de nivel más bajo. Por una parte terminan en el cascabel de una serpiente de cascabel y por el otro, en un cabeza de bulto redondo de serpiente, que con su hocico abierto y lleno de dientes, sobresale bastante de la superficie. Cabezas idénticas adornan también las alfardas de la escalera. Las cabezas de serpiente del tablero, que muchos investigadores han considerado como el símbolo de Quetzalcóatl, alternan como esculturas de bulto, con máscaras muy estilizadas colocadas a distancias determinadas y que cubren los cuerpos de las serpientes. Antiguamente se vio en ellas máscaras estilizadas de mariposas, aunque ahora se prefiere interpretarlas como la cabeza estilizada del dios Tláloc. Puesto que las serpientes también tienen un significado acuático y como en los giros de los cuerpos de las serpientes están representados caracoles y conchas, esta pirámide y su templo pueden haber estado dedicados al culto del dios de la lluvia. Sin embargo, no podemos decir si esta interpretación de culto es aplicable también a épocas posteriores, ya que la reconstrucción posterior del lado occidental, de cuatro cuerpos solamente, y hecha según las tendencias de la época, nos muestra más ornamentos de

esculturas, aunque desgraciadamente aquí no se hayan conservado las pinturas murales.

Sin embargo, la Pirámide de Quetzalcóatl no es una construcción aislada, sino que constituye una parte, quizá la parte central, de un gran conjunto, que desde la época de la Conquista española se designa con el nombre de "ciudadela". Tal vez este conjunto fue construido al mismo tiempo que se cercaba con muros, razón por la cual fue edificada alrededor del edificio existente. Actualmente se ofrece a nuestra vista como un grandioso rectángulo de 270 x 235 metros, rodeado y limitado por una plataforma de dos cuerpos. Sobre ésta y a intervalos regulares, se levantan plataformas más pequeñas y también de dos cuerpos, cuatro en la parte norte, sur y occidental, y tres en la oriental (Fig. 22, Láms. 34 y 38), aunque nos es muy difícil imaginar qué tipo de construcción era sostenida por estas plataformas. En el tercio oriental del rectángulo, donde se encuentra la Pirámide de Quetzalcóatl, y en dirección norte y sur, seguían inmediatamente pequeñas plataformas, que de esta manera dividían el "patio interior" en dos partes desiguales. Hoy se cree que la ciudadela podía haber sido el centro administrativo de Teotihuacan, imposible de comprobar y contra lo que se opone el hecho de que también las otras grandes pirámides de esta época estaban rodeadas de cercas.

La ciudadela se encuentra en la parte oriental de la ya mencionada Calzada de los Muertos, de cuarenta metros de ancho, que se creía que terminaba aquí. Nuevas investigaciones han demostrado que continúa hacia el sur hasta un punto no determinado exactamente y que la ciudadela se encuentra más o menos a la mitad. Enfrente de ella se encuentra un gran cercado, abierto solamente hacia la "calle", y rodeado por plataformas en las tres otras partes. Aunque este conjunto todavía no ha sido investigado, se cree que es aquí donde se encontraba el gran mercado de Teotihuacan.

Ya dijimos que la Calzada de los Muertos se puede considerar como el eje central de la ciudad (Fig. 22). Nò sólo pasa al lado de la ciudadela y de su templo, importante sin duda, sino que pasa también al lado de la Pirámide del Sol, para terminar en el norte en una pequeña plaza frente a la Pirámide de la Luna. Es precisamente a la sección entre estas dos pirámides a la que los mexicanos dedicaron su mayor atención durante la campaña de excavaciones 1962/63, de modo que tenemos aquí, frente a nosotros, en Teotihuacan, el único complejo mayor excavado en conjunto. Estas excavaciones hicieron patente que se trata de una importante obra urbanística, puesto que esta "calle de las procesiones" y los edificios que la acompañan, de los que por cierto sólo se conservaron las plataformas, son todos iguales. Al disponerlos así originalmente, o al ser reorganizados

durante la Fase Xolalpan, debe haber existido un plan general, que ponía especial interés en la simetría y armonía, y que incluyó edificios antiguos, como las pirámides, o reconstruyó partes más antiguas, como el recién descubierto Palacio de Quetzalpapálotl en la plaza de la Pirámide de la Luna. Sería de gran interés, también desde el punto de vista histórico y cultural, saber si esta planeación fue obra de una sola persona, que casi podemos llamar genial, y cuyo nombre permanecerá para siempre en la penumbra de la historia, o si, por el contrario, se trata de una obra hecha en equipo. ¿Pudieron recurrir a una distribución ya existente, o se creó aquí algo completamente nuevo? Tampoco podemos contestar ahora y menos aún saber si la idea postulada por tantos investigadores, sobre una división de la ciudad en forma de tablero de ajedrez con calles cruzadas perpendicularmente y con bloques de casas entre ellas, haya sido realidad.

Las excavaciones que se han hecho hasta ahora, excavaciones siempre aisladas desgraciadamente, en edificios que no se encuentran en la Calzada de los Muertos, parecen comprobar esta idea. Estos cuadros, que aparentemente eran de dimensiones diferentes, estaban ocupados por palacios o "bloques habitacionales".

Un ejemplo del último tipo es Tlamimilolpa (Fig. 23), que dio el nombre a la fase anterior a Xolalpan. Aunque el conjunto de habitaciones no ha sido excavado del todo, se conocen actualmente 176 cámaras, 21 vestíbulos y cinco patios interiores, al igual que una serie de angostos pasillos, que tal vez pudiéramos designar como callejuelas. Las cámaras tampoco están unidas, sino que forman unidades de diversos tamaños y formas, frecuentemente engranadas unas en otras, a las que se podía llegar por fuera y a veces sólo por las callejuelas. Este plano nos da la idea, al igual que planos semejantes de otros conjuntos, de que existió aquí una unidad de habitaciones para un importante centro demográfico, que albergaba a una familia o a una gran familia. Pudiéramos pensar también en un palacio, pero para una construcción semejante falta una línea unitaria y unidades representativas mayores. Así, la mayoría de los arqueólogos se inclinan a pensar que éstas eran las casas y los talleres de una población artesanal, que en Teotihuacan, con todas sus tareas representativas, debió ser numerosa.

No solamente eran canteros y arquitectos, estucadores y pintores, necesarios para las grandes construcciones, sino que también hacían complicadas vasijas que se empleaban en el culto, o que también, como veremos más tarde, eran exportadas. Características entre éstas son las vasijas cilíndricas de tres pies y de tapadera cónica, rematada por una cabeza y que se adornaban mediante las técnicas más variadas. Las más hermosas se recubrían con estuco y se pintaban con colores pastel, especialmente rojo, verde y amarillo. Los temas más comunes

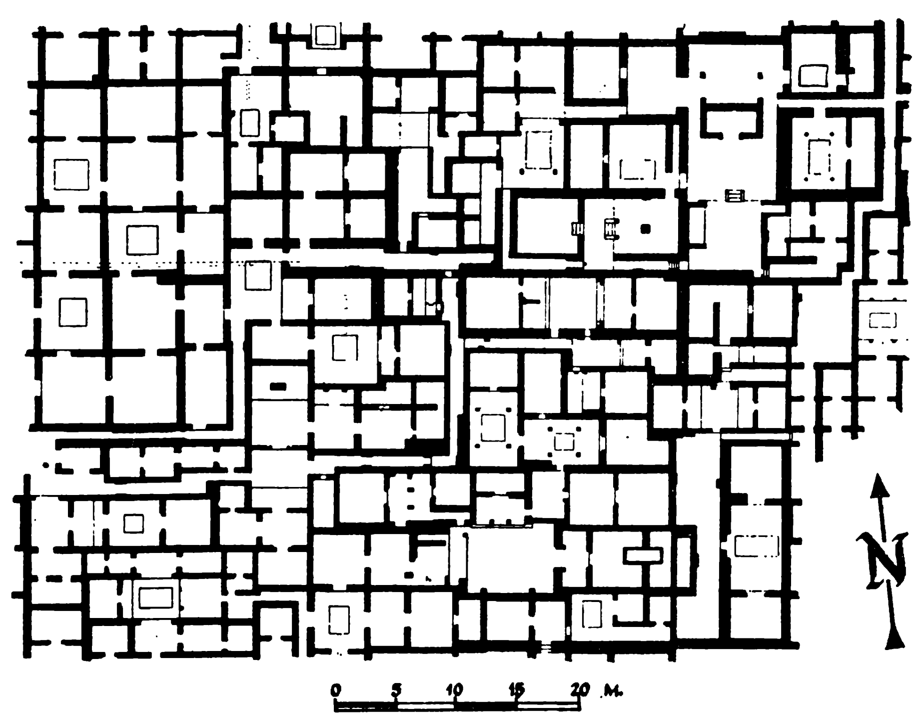



Fig. 23. Plano del conjunto de edificios de Tlamimilolpa, Teotihuacan. Es considerado como ejemplo típico del modo de vida de la masa de la población durante la Época Clásica temprana de Teotihuacan.

son los que aparecen también en las pinturas murales al fresco (Lám. 39). Otras de estas vasijas cilíndricas se adornaban con dibujos incisos o con bajorrelieves, que se hacían rascando el fondo, el que era pintado de rojo con cinabrio. Un segundo grupo de vasijas es el de paredes sumamente delgadas, de color anaranjado, y que eran cocidas a altas temperaturas. A estas características se debe el nombre de cerámica anaranjada delgada *(thin orange)*. Se decoraba ya fuera con incisiones, o bien por conformación plástica, dándoles generalmente la forma de animales. Finalmente, hay que mencionar en esta relación los grandes incensarios, cuya parte superior, que podríamos llamar tapadera, tiene una cabeza casi completamente cubierta por el rico ornamento. Tanto la cabeza como las innumerables partes del adorno se vaciaban en moldes y hasta después se unían. Se trata, aquí también, como en algunas otras regiones, de una producción en masa de vasijas, que vemos recargadas y carentes de vida y de interés artístico.

Esto también se aplica a las figuras de barro de esta época. Parece que ya habían pasado y que ya estaban olvidadas las figurillas feme-

ninas llenas de vida y relacionadas al culto de la fertilidad, que mencionamos en capítulos anteriores. Fueron sustituidas, si podemos confiar en las excavaciones, por pequeñas figuras con mucho movimiento, de cabezas aplanadas y estereotipadas, que ya aparecen en la Fase Tlamimilolpa. Además, existen otras figuras ricamente ataviadas, planas y hechas con moldes, que representan tanto a dioses, es decir, a sacerdotes con máscaras de dioses, como a miembros de la clase alta de la sociedad. Una peculiaridad de esta época son las figuras con extremidades móviles (Lám. 40), que tal vez se empleaban para fines mágicos religiosos. Su origen se encuentra en el sur, en las tierras altas de Guatemala y en El Salvador occidental, y datan de tiempos anteriores al cristianismo.

No podemos tratar aquí, detalladamente, todas las artesanías de Teotihuacan, mismas que deberíamos estudiar. Queremos mencionar, aunque sea brevemente, el arte de grabar la piedra, tema que tratamos al hablar de la pirámide de Quetzalcóatl, y que hacia 500 d.c. ya había sobrepasado su punto culminante, puesto que ya los ornamentos para los edificios no se hacen en grandes cantidades, aunque se siguen fabricando objetos pequeños. Al lado de pequeñas figuras humanas, debemos mencionar, sobre todo, las notables "máscaras" (Lám. 41), de las que se encuentran actualmente numerosas falsificaciones, y que no sabemos para qué pueden haber servido. Tal vez estaban aseguradas sobre una base, pero puesto que faltan las perforaciones de los ojos, no las consideramos máscaras en el sentido actual de la palabra. No sabemos todavía si se fijaban en las paredes o sobre imágenes del culto, o si se colocaban sobre las caras de los muertos. Estas máscaras reflejan muy bien la naturaleza del arte del grabado de la piedra en Teotihuacan, con su tendencia a la estilización y la unificación que también se expresa en muchos otros productos de la artesanía, y cuyos adelantos se pueden reconocer perfectamente a partir de la Fase Miccaotli. Aun teniendo presente que a las máscaras hechas de las piedras más diversas —especialmente hermosas son las máscaras hechas de alabastro mexicano— se les incrustaban dientes, ojos y pupilas de concha y de pirita, y que se pintaban o incrustaban en parte, carecen de la expresión, tan llena de vida, de las de otras culturas. Hay algo rígido, ceremonial, tal vez también estéril, tanto en estas máscaras como en muchas otras cosas de Teotihuacan, que siempre permiten reconocer un intelecto agudo, frío, calculador, carente de emoción, y que es, tal vez, lo más característico de la Época Clásica de Teotihuacan. Solamente algunas veces se rompe esta actitud, como por ejemplo en la pintura mural de Tepantitla (Lám. 42), en la que se ven hombres cantando y bailando. No es difícil que esta pintura, tan llena de vida, represente a Tlalocan, el paraíso del dios de la lluvia, como si se esperara que la

vida en el más allá estuviera llena de alegría y sin las presiones existentes en la vida en este mundo. Es claro que todo esto no son sino especulaciones, atractivas y no del todo sin fundamento.

Entre los objetos materiales que son de importancia para este estudio, tenemos el vestido. Entre la gran mayoría de la población no se habían presentado cambios de consideración, con respecto a la época anterior: los hombres seguían usando el taparrabo y las mujeres una falda, enredo. Una túnica, parecida a una camisa sin mangas, el huipil, que pertenece al guardarropa femenino, es una innovación, pues, como vimos en el capítulo anterior, era costumbre que las personas de uno y otro sexos llevaran el torso desnudo. Otra divergencia respecto a la época anterior es la sencillez del peinado, ya que ahora el cabello se lleva liso, suelto y cortado derecho, detenido por una sencilla banda. Los elementos más importantes de adorno son las cadenas y las orejeras en forma de carrete. También la clase superior usaba estas mismas partes fundamentales de los vestidos y ornamentos, aunque es muy probable que los materiales que utilizaban para su confección fueran mucho más lujosos. A juzgar por las pinturas murales y por las figuras de barro, los hombres, que son los únicos que aparecen representados, usaban además abrigos hasta la rodilla y/o capas cortas sobre los hombros (Lám. 43). También de gran importancia parece haber sido el rico tocado, que probablemente era una insignia. Tenía un emblema central, a menudo un animal, y grandes penachos de plumas rígidas. Además de las cadenas y orejeras ya mencionadas, los miembros de este grupo llevaban adornos en la nariz y bandas en los brazos y tobillos, hechas de conchas o de piedras de diversos colores. No sabemos si el uso de sandalias era general o exclusivo de la clase superior.

Aunque los habitantes de Teotihuacan adoraban a numerosos dioses, nosotros apenas si podemos reconocer algunas figuras. Precisamente es en esta esfera en la que se ve una ruptura con respecto al Periodo Formativo, puesto que la diosa de la fertilidad, que parece haber ocupado un lugar preponderante en éste, en caso de que podamos interpretar la gran cantidad de figuras femeninas de esa época como diosas de la fertilidad, desaparece ahora por completo, al igual que el elemento femenino pasa a desempeñar un papel insignificante en esta Época Clásica teotihuacana. De este modo, todas las figuras aparecen como asexuales, las de la pintura de Tlalocan (Lám. 42), o como masculinas, cuando están vestidas con un taparrabo. Al igual que en otros aspectos de su vida, en el religioso parece señalarse un cambio hacia lo mundano y lo masculino.

Hacia 550 d.c., el dios principal de Teotihuacan puede haber sido el dios de la lluvia, conocido por su posterior nombre azteca: Tláloc. No sólo aparece frecuentemente entre las figuras de barro, sino, ade-

más, en muchas pinturas murales, aunque esta frecuencia se deba sólo a que es más fácil identificarlo gracias a los anillos alrededor de los ojos, los labios enroscados en las comisuras y los colmillos. Estas características indican, al mismo tiempo, su posible procedencia del "hombre-jaguar" de la Fase La Venta, procedencia que en la actualidad es generalmente aceptada. Aunque es difícil decir nada definitivo, debemos reconocer al dios de la lluvia, debido a sus funciones, un papel importante en la agricultura y en especial, en la alimentación. Entre los demás dioses, se reconoce un dios del fuego, representado como un anciano que aparece a menudo como figura de piedra, con un brasero humeante sobre la cabeza y una diosa del agua. Puede ser que también hayan adorado a la Luna y al Sol, si la denominación de las dos grandes pirámides proviene de una tradición de esos tiempos. Finalmente, parece que existió también un dios de la primavera o de la vegetación, representado por la figura de Xipe Tótec. Todos los otros dioses, aunque creemos reconocerlos, se identifican muy vagamente como para que podamos hablar de su existencia en esta época.

A juzgar por los vestigios encontrados hasta ahora, no se puede establecer la existencia de creencias diferentes entre las distintas capas sociales. Quizás la población teotihuacana haya preferido al dios de la lluvia, pero no así la capa superior, que bien pudo haber continuado sus especulaciones teológicas, pudiendo haber organizado su propio sistema religioso, que el resto de la población desconocía, o frente al que pudo haberse mantenido indiferente. En el terreno de la especulación, lo anterior es muy probable, puesto que esta clase superior había logrado importantes desarrollos en Teotihuacan, como por ejemplo las bases de una escritura jeroglífica, a la que pertenecen no sólo los signos convencionales, como las espirales alargadas en forma de "s" frente a la boca, como señal de que se está hablando y que aparece frecuentemente en los murales, sino que también jeroglíficos, que como rompecabezas, se podrían reunir en palabras, pero sobre todo, nombres de lugares. Estos jeroglíficos también eran en parte elementos del calendario de 260 días, que en aquella época ya se había difundido en Mesoamérica. Los números se expresaban en Teotihuacan, lo mismo que en otras regiones y posteriormente, por el método de punto y raya, en el que el punto tenía un valor numérico de "1" y la raya de "5". Así, 14 se escribía de la manera siguiente: $\overset{\cdot\cdot\cdot\cdot}{=}$

Con esta observación de los logros intelectuales, a los que deberíamos añadir muchos más, debemos abandonar Teotihuacan. La hemos descrito con tanto detalle, porque, como se verá, fue el ejemplo para muchas otras culturas mesoamericanas, según el cual se guiaban, en el caso de que no hubiera influencias directas. Y precisamente por estas

influencias tan difundidas y a menudo tan profundas, la debemos considerar como la cultura más importante y sobresaliente de la época hacia 500 d.c. Pero con ello tocamos una cuestión muy importante y todavía muy discutida: si Teotihuacan era la capital de un poderoso imperio o si solamente había alcanzado esa supremacía gracias a una política comercial muy hábil o bien por medios posiblemente religiosos. Cuando todavía dominaba la opinión unánime de que Teotihuacan había sido una teocracia, creían todos también, excepto poquísimas personas, que sólo la zona circundante más cercana pertenecía a esta ciudad y que todos los demás testimonios de su cultura surgieron gracias a las influencias y al comercio y tal vez también por una especie de labor misionera. Se suponía que una teocracia no es guerrera, opinión que no es posible comprobar. Pero ahora que se ha modificado el concepto sobre la forma de gobierno, aunque sea en parte, y que debemos tomar en cuenta una clase superior civil, estos principios también han cambiado y ya no existe ningún motivo para no suponer una amplia región de influencia política de Teotihuacan. Desgraciadamente, debido a las lagunas en las investigaciones del centro de México, no estamos todavía en posición de situar los límites exactos de una región semejante, o de poder decir de ciertos lugares si estaban bajo el dominio de Teotihuacan o no. Éste es el caso de Cholula, por ejemplo, en donde la construcción más profunda, y por ello la más primitiva de la Gran Pirámide, muestra un estilo teotihuacano puro, identificado por el uso de talud y tablero. La cerámica encontrada en este contexto muestra también una gran influencia, que nos hace pensar en el dominio político de este centro.

Pero mientras más se aleja uno de Teotihuacan más se dificulta la respuesta a la pregunta de que si una determinada región o un lugar determinado se encontraba bajo el dominio político de este centro principal o si sólo sufrió una influencia cultural. En algunos casos que no pueden haber sido tan raros como a menudo se cree, las influencias de Teotihuacan también llegaban por rodeos o por otros conductos, a regiones cercanas o lejanas, como es el caso que ya hemos mencionado del Valle de Tehuacán, en Puebla. En esta época, Fase Palo Blanco, vivía aquí una densa población que MacNeish ha calculado entre 12 000 y 24 000 personas, es decir, mil veces más de lo que se había calculado originalmente. Esta población se alimentaba con una gran diversidad de plantas que se podían cultivar gracias a un amplio sistema de riego. La gran mayoría de la población parece haber vivido en pequeños caseríos y poblados en el mismo valle, como lo habían hecho anteriormente. Pero ya no eran unidades políticas independientes, sino que dependían de centros mayores, que MacNeish designa como "ciudades sagradas", expresión que nada dice del verdadero ca-

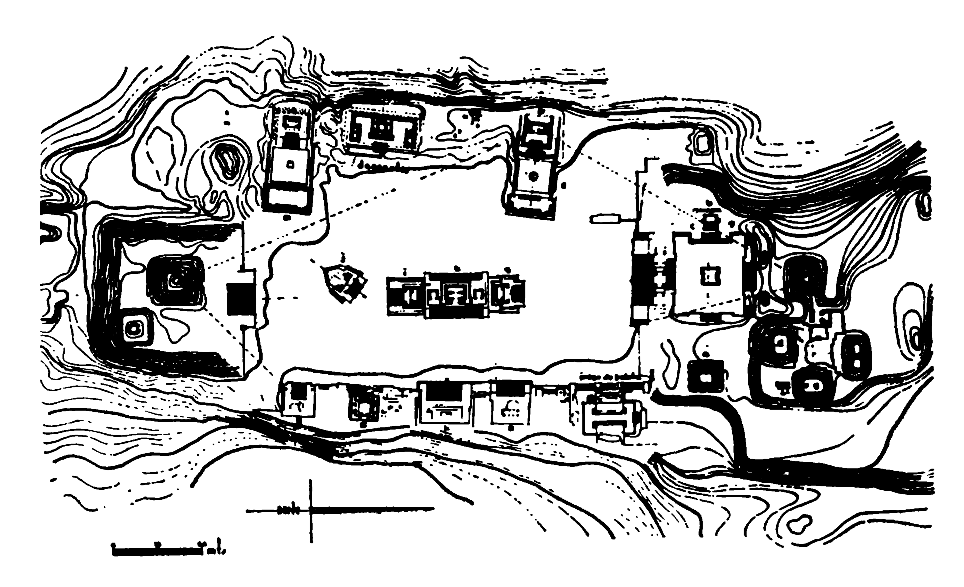


FIG. 24. Plano de la distribución del centro de Monte Albán, Oaxaca. Solamente se proporcionan detalles en este plano de los edificios que han sido excavados. Probable estado durante la Fase Monte Albán III B. Época Clásica tardía.

rácter de estos centros, situados siempre sobre la cima de las colinas, en las que probablemente había pirámides, plazas, juegos de pelota y plataformas para casas y otros edificios. Solamente excavaciones más intensas que no se han hecho todavía o cuyos descubrimientos no han sido publicados aún, podrían indicarnos si se trataba de centros ceremoniales o de ciudades con una población mayor y que constantemente vivía en ellas. Debido a estas lagunas en los conocimientos, todavía no conocemos el estilo de las pirámides y de los otros edificios, ni si aparece, por ejemplo, la combinación de talud y tablero. Por lo demás, casi podemos concluir, ya que la cerámica encontrada en estos sitios es gris, casi sin excepción, y corresponde a la de Monte Albán, que en esta época seguía también este principio, pero tampoco sabemos si se trataba de una infiltración de influencias políticas del sur.

Monte Albán, situada cerca de la actual ciudad de Oaxaca, era en esta época un importante centro cultural, sin duda de amplias influencias. Hoy todavía se discute cuál de las dos subfases fue determinante hacia 500 d.c.; si III A o III B. Si en el cuadro adjunto se hace la división entre las dos subfases, precisamente en esta época, es por un compromiso con las opiniones representadas en los últimos tiempos por Bernal y Paddock. La fecha que proporciona Ignacio Bernal para Monte Albán III A es de 200 a 550 d.c., el periodo de transición, entre

550 y 650 y la subfase III B, de 650 a 1000 d.c., mientras que John Paddock sitúa el comienzo de Monte Albán III A, ya en 100 a.c., el paso a Monte Albán III B, hacia 300 d.c., y el fin de esta subfase hacia 900 d.c. Sin embargo, estas fechas parecen ser demasiado tempranas, sobre todo si recordamos las grandes influencias mexicanas en la subfase III A, de modo que preferimos la interpretación de Bernal. Por cierto que la diferencia más importante entre ambas subfases se encuentra en el hecho de que las influencias venidas del norte, que aparecen ya en la subfase III A y que ya mencionamos, en la subfase III B, ya han sido completamente absorbidas e incorporadas.

Sin embargo, estas influencias de Teotihuacan, que llegaron a Monte Albán al principio de la subfase III A, no encontraron, como en otras regiones, una sencilla cultura de campesinos, sino una sociedad "joven" y poderosa, con ideas y tradiciones propias. Entre las últimas se encuentran, para citar sólo un ejemplo, las enormes pirámides de paredes recubiertas de piedra, las partes superiores en declive, que fueron erigidas durante los primeros tiempos. Este puede haber sido el motivo por el que las influencias venidas de Teotihuacan no fueron aceptadas servilmente, sino que sólo admitieron esto y aquello, filtrándolo luego por sus propias ideas y conceptos. Por eso es difícil decir, si dejamos a un lado las importaciones directas, especialmente en la cerámica, si una u otra correspondencia se remonta a Teotihuacan o si se debe a un desarrollo propio. Este caso aparece a menudo en la arquitectura, por ejemplo en el grupo principal de Monte Albán, que se encuentra aproximadamente a 2 mil metros sobre el nivel del mar, dispuesto alrededor de una plaza central de 700 × 250 metros (Fig. 25, Lám. 44). En el extremo oriental se encuentra una serie de plataformas, que a primera vista parece una copia de la serie de plataformas de la ciudadela. Sin embargo, al observarla detenidamente, se aprecian diferencias esenciales. Las plataformas de la sección oriental son todas de tamaños y alturas diferentes, no forman una planta sistemática, sino algo que ha crecido naturalmente, utilizando las pequeñas pirámides ya existentes y uniéndolas por medio de plataformas, sobre las que se levantaron construcciones de tipo palacio. El empleo de superficies planas o taludes en fachadas y en las alfardas, que en Monte Albán abarcan, junto con la escalera, todo el frente de la pirámide o plataforma, parece indicar una relación con la construcción talud y tablero teotihuacana. Sin embargo, la distribución y las proporciones de ambas son completamente diferentes, puesto que la parte en declive, talud, se encuentra comprendida, tanto arriba como abajo, por partes verticales, semejantes al tablero que, especialmente en los costados de las escaleras, son más pequeñas que las partes en talud. Igual que en los tableros, partes de la superficie perpendicular están a un nivel más bajo,

pero no están, como en Teotihuacan, rodeadas por un marco, sino que por los costados y hacia arriba se encuentran articuladas, divididas como escalones. Más bien parece la división de las partes verticales por prominencias de tipo moldura, característica de la ornamentación de los edificios de Monte Albán en esta época. Diferente era también la construcción que resultó en Monte Albán con la ayuda de losas labradas, muy bien talladas y rectangulares, que dan a las superficies una apariencia limpia y pareja (Lám. 45).

Diversos tipos de edificios se erigieron en Monte Albán hacia 500 d.c., de los que por cierto se han conservado los basamentos de piedra, mientras que las paredes, que se hacían de adobes, han desaparecido casi por completo. También en estos edificios se mezclaba lo viejo con lo nuevo, como había sucedido con las pirámides y plataformas. Por ejemplo, los templos construidos sobre las pirámides seguían la tradición: estaban formados, todavía, por dos cámaras. La ancha entrada a la cámara exterior, que casi abarcaba todo el frente, estaba dividida por dos columnas, construidas de adoquines y mortero de arcilla, y que sin embargo no daban tres aberturas de igual tamaño, sino que más bien estaban cargadas hacia los lados, de modo que una abertura de 8 metros en total tenía 5 metros de abertura en el centro. El paso entre las dos cámaras estaba distribuido en igual forma, aunque generalmente era más pequeño. El techo era plano, como se puede ver en modelos de barro o piedra, con un frente articulado a diferentes alturas, que en cierta forma repetía la pirámide y plataforma.

Otros grupos de edificios, especialmente los que se encontraban sobre plataformas bajas, se designan actualmente como palacios. Todos muestran un principio semejante: un patio interior a un nivel más bajo, alrededor del cual se encontraban una serie de cámaras, y que aunque nos recuerdan los palacios de Teotihuacan, no creemos que se deba a una influencia, sino más bien a un origen común. También en otro tipo de construcción podemos pensar en mutuas influencias: en el que se alinean pequeños patios adyacentes en las esquinas del patio principal, como en Atetelco, tipo de construcción que se ha encontrado repetidas veces en Monte Albán. Por último, debemos mencionar otro tipo de construcción, en la que un patio interior cuadrado está limitado por un lado, por una pirámide, y por el otro, por una plataforma, mientras que los otros dos lados se cierran por muros articulados en su parte exterior. Estos "ámbitos ceremoniales" se encuentran principalmente en el extremo occidental de la plaza principal, articulada con mayor amplitud (Grupo M y Sistema IV) (Fig. 24, Lám. 45).

Pero no es solamente en la arquitectura donde aparecen esas importantes diferencias entre Teotihuacan y Monte Albán, sino que también son notables en la concepción arquitectónica. Demostramos anterior-

mente que una de las más importantes características de Teotihuacan era su planeación general, en la que predominaba la simetría y la armonía, expresadas, tal vez, en la división de toda la superficie en cuadros. Tal división y planeación no existieron, aparentemente, en la superficie de cerca de 40 kilómetros cuadrados que ocupa Monte Albán, tal como lo podemos observar en la planta principal, cuyos extremos oriental y occidental están divididos en formas completamente diversas (Fig. 24). También las otras partes, de las cuales, por cierto, muy pocas han sido excavadas, parecen haber surgido más de una inspiración o de una idea momentánea, que de acuerdo con un plan o con algún proyecto fijo. Sin embargo, no debemos olvidar un importante aspecto topográfico, que sin duda fue de gran importancia: en Teotihuacan, situado en una planicie, la planeación se puede haber facilitado; no así en Monte Albán, que se encuentra situado sobre una serie de colinas irregulares. Creemos que, obligados a considerar los accidentes geográficos, tuvieron que construir sus grandes conjuntos habitacionales en sitios relativamente planos. Ni siquiera la superficie de la actual plaza central fue originalmente plana, sino que fue creada por medio de trabajos que duraron siglos, en que se deshicieron pequeñas cimas, que pueden haberse empleado como núcleo de pequeñas pirámides, y en que se rellenaron hoyos, un trabajo que no podemos menos que valuar tanto como la planeación sistemática de Teotihuacan. La construcción de este complejo tiene un valor mayor si consideramos que, por ejemplo, tenían que llevar el agua a estas cimas, que se levantan cerca de 400 metros sobre el valle, sin la ayuda de animales de carga o de vehículos, lo mismo que madera y otros materiales combustibles.

Y aquí surge la pregunta del carácter de Monte Albán. Para algunos investigadores es sólo un centro ceremonial, un centro de peregrinación para los numerosos pueblos y pequeñas ciudades que se encontraban en el valle, mientras que otros de los investigadores, especialmente aquellos que han trabajado en Monte Albán, ven en éste una verdadera ciudad con una gran población sedentaria. Seguramente se podría probar que existieron construcciones tipo palacio, habitadas sólo durante tiempos determinados, o sea, durante las fiestas religiosas. Por otra parte, durante esta época falta en todo el Valle de Oaxaca otro gran centro. Si consideramos el Valle de Oaxaca como una unidad política y cultural y si equiparamos el tamaño con la supremacía, lo que se hace con frecuencia, entonces Monte Albán fue probablemente el centro administrativo, con todas sus funciones secundarias y poblaciones necesarias, por lo que se debería aceptar la existencia de una ciudad, si bien no de las dimensiones de Teotihuacan. Sin embargo, una explicación definitiva de esta cuestión sólo será posible después

de una excavación completa. Y si aceptamos el hecho de que Monte Albán fue una verdadera ciudad, y casi debemos hacerlo, debemos admirar la magnífica organización que permitió abastecer a los numerosos habitantes de agua, de los víveres necesarios y de la materia prima indispensable para realizar el trabajo manual.

Y como en el caso de Teotihuacan, se nos presenta otra vez la pregunta: ¿Qué forma de gobierno existió aquí? Al contrario del caso de Teotihuacan, todavía nos inclinamos a pensar que en Monte Albán y para toda la cultura zapoteca que este sitio representa, los gobernantes eran príncipes sacerdotes, aunque tampoco en este caso podamos presentar pruebas más concluyentes. Por otra parte, durante la Subfase III B se erigieron numerosas estelas con jeroglíficos y figuras en bajorrelieve, que no podemos sino interpretar como monolitos conmemorativos de conquistas. Esto nos lo indica, por ejemplo, la repetición de la representación de una figura humana con los brazos atados en la espalda, que se encuentra sobre un jeroglífico de lugar (Lám. 46). Por consiguiente, los desarrollos militares deben haber comenzado en 500 d.c. o poco después, y esto nos permite suponer la existencia de una clase gobernante civil, más que sacerdotal. Es muy probable que el soberano haya revestido funciones tanto religiosas como políticas, o bien, que dos soberanos con iguales investiduras se hayan dividido estas tareas, como sucedió en otros territorios históricos de Mesoamérica. También la clase gobernante pudo haber guardado una relación semejante. Es curioso, de cualquier forma, que se hayan encontrado tantas figuras de barro que se han interpretado como sacerdotes y tan pocas figuras de guerreros. Tampoco debemos olvidar que la gran mayoría de las vasijas de este tipo, que reciben el nombre de "urnas", proviene de tumbas, lo que nos hace suponer que estuvieron destinadas a un fin muy preciso, por lo que su valor como testimonio podría estar falseado.

Las tumbas de Monte Albán, de las que se han encontrado hasta ahora más de ciento, son una particularidad, y todavía se busca algo semejante en Teotihuacan. Hacia 500 d.c. eran ya un bien cultural de esta región, puesto que las primeras pertenecen a la Fase II y aun éstas nos permiten suponer un tipo todavía más antiguo: una caja de piedra que se empleó en la Fase I. Las cámaras mortuorias de la Fase III, tapiadas con piedras, eran rectangulares y contaban con un pequeño vestíbulo en la parte angosta, del que partía una escalera hacia la superficie. Durante la Subfase III A, la entrada fue generalmente plana, mientras que en la Subfase III B ya aparece frecuentemente articulada. En las paredes longitudinales, y en la del fondo, se hacían nichos a la mitad de la pared, destinados a la recepción de ofrendas mortuorias. El techo era de grandes piedras planas colocadas, ya fuera

plana o transversalmente, una contra la otra, a fin de obtener una bóveda puntiaguda. Las paredes y el techo se recubrían con varias capas de estuco y los muros aparecen frecuentemente adornados con pinturas en diversos colores, que representan a numerosas personas ricamente vestidas y que se han designado como dioses o sacerdotes (Lám. 47). Los paralelos con las pinturas murales de Teotihuacan, tanto en la selección de motivos como en la técnica, son evidentes, lo que bien se puede deber a una tradición general mesoamericana y no a una influencia mutua.

Entre las numerosas ofrendas encontradas en estas tumbas, debemos mencionar muy especialmente las vasijas de barro, que también tienen una larga tradición. Como las de las fases anteriores, son grises y no están pintadas. Para el uso diario deben haber existido innumerables tipos de loza sencilla, como platos de paredes oblicuas, con pies o sin ellos, vasijas esféricas de largo cuello y uno o dos picos verticales, del tipo de las que hoy se designan como "jarritas para leche", aunque es bien sabido que nunca pudieron haber servido para ese efecto, etc. Los productos más conocidos de la cerámica zapoteca de esta época, son las así llamadas "urnas", que por cierto jamás contuvieron restos humanos, sino que aparecen en las tumbas como ofrendas. Su forma común, con algunas excepciones, es cilíndrica, de base plana o en forma de reloj de arena, siendo la base hueca. Pero estas formas sólo rara vez se reconocen, ya que todo el frente tiene la forma de una figura humana o, con menor frecuencia, de otros objetos. Durante la Subfase III A estas figuras se hacían a mano, mientras que en la Subfase III B se formaban de piezas de repuesto, que se vaciaban en y después se unían: un tipo de producción en masa que también existió en Teotihuacan hacia la misma época. Lo mismo que en ese sitio, la calidad artística de los objetos sufrió mucho debido a este tipo de fabricación, y así apareció para el uso ritual, en vez de la configuración individual, un artículo producido en serie, sobrecargado de ornamentos y que con frecuencia produce una impresión de inmovilidad (Láms. 48 y 49).

Con todo, ya en la Subfase III A existían gran cantidad de formas que se repetían incansablemente, delineadas individualmente y que se oponían, naturalmente, a la producción en masa. Por esto ahora podemos dividir las "urnas" en ciertos tipos, conocidos por sus características. Parece que con frecuencia se representaban dioses, de los cuales creemos poder reconocer treinta en esta época, es decir, el final de la Subfase III A, entre los que se encuentran siete femeninos. El dios principal en este tiempo, así como en los posteriores, parece haber sido Cocijo, un dios de la lluvia representado con elementos que se tomaron de la serpiente y del jaguar, lo que lo hace pariente cer-

cano de Tláloc y lo que nos hace pensar que ambos surgieron de una fuente común que se busca generalmente en la cultura de La Venta, que tuvo grandes influencias tanto sobre la cultura teotihuacana como sobre la zapoteca. Por lo demás, desconocemos el nombre de la mayoría de los otros dioses y diosas y existen todavía algunas dudas acerca de sus funciones. Sin embargo, a algunos podemos darles nombres, ya que presentan en el tocado, o en otras partes, elementos jeroglíficos que reproducen nombres calendáricos que estas deidades tenían además de sus nombres propios, costumbre que siguió igual en los siglos posteriores (Lám. 48).

Estos y otros hechos demuestran que el sistema calendárico, basado en el calendario ritual de 260 días, creación mesoamericana, estaba ya completamente perfeccionado, y hasta hay investigadores que afirman que este sistema surgió por primera vez en Monte Albán, durante la Fase I, lo que no se puede comprobar definitivamente puesto que es muy probable que en la costa sur de Veracruz se encuentren ejemplos todavía más primitivos.

Aparentemente la escritura zapoteca de la Fase III no se limitó a los números y jeroglíficos escritos también con el método de punto y raya para los símbolos de los días, así como otros signos relativos al calendario, sino que también había jeroglíficos no calendáricos, cuyo significado se ignora todavía. Ya hemos mencionado el hecho de que escribían el nombre de los lugares (Lám. 46). Parece ser que los habitantes de Monte Albán, es decir su clase dirigente, estaba mucho más avanzada en este sentido que la teotihuacana, hecho que probablemente no se debió en poco a las influencias del sur, que ya se reconocen en la Fase II.

Las urnas proporcionan no sólo la idea de un variado panteón, sino que también permiten algunas observaciones sobre los vestidos y los ornamentos usados en Oaxaca en aquella época, si aceptamos que las figuras representadas por ellas reflejan las costumbres contemporáneas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que entonces, lo mismo que ahora, existían diferencias individuales entre cada pueblo o región. Así vemos, por ejemplo, una diosa cuyo traje tiene las siguientes características: una capa con cuatro puntas, de las cuales una colgaba hacia adelante, un enredo y un grueso turbante compuesto de numerosos pliegues, que corresponde del todo al traje que se lleva hoy día en la región Yalalag. En general, se puede decir que las figuras, representadas casi siempre en la posición de sastre, llevaban, si eran masculinas, un taparrabo, y un enredo si eran femeninas. Capas cortas de tela o plumas eran llevadas por uno y otro sexos sobre los hombros, aunque aparecen más frecuentemente en las figuras femeninas, en cuyo caso tienen la forma que ya mencionamos al hablar del traje de Yalalag, el

quechquémitl. Se encuentran sandalias, aunque rara vez. Más frecuentes son, por el contrario, las cintas de adorno en las pantorrillas y en las muñecas, hechas, como los collares de perlas, de piedras o cintas tejidas. Existían también grandes pendientes, aunque no se sabe de qué material; su parte central podía haber estado tallada en jade o alguna otra piedra, pues en las excavaciones se han encontrado algunas muestras. Todas las características del vestido, entre las que se pueden incluir las orejeras de piedra y otros materiales en forma de carrete, estaban muy difundidos y no estaban restringidos a los dioses, puesto que se encuentran también en los así llamados "acompañantes" de los dioses, que pueden ser o bien sacerdotes, o bien adoradores. El tocado era variadísimo. Se usaba el cabello largo partido a la mitad, una gran diversidad de cintas y gorros, penachos y complicados tocados con emblemas centrales. Los penachos son más comunes en las figuras de los dioses, pero no se limitan a ellos, de modo que podemos suponer que en días de fiesta determinados grupos también usaban este adorno para identificarse de esta manera con alguna deidad determinada.

Con estas observaciones terminamos nuestra discusión de la cultura zapoteca y su centro ceremonial más importante: Monte Albán, en la época hacia 500 d.c. Esta cultura significó un poderoso desarrollo —no sin influencias extranjeras— cuya importancia e influencia aumentarían en los siglos siguientes.

De las culturas de Mesoamérica que se encontraban más al sur, no necesitamos mencionar otra vez a Chiapa de Corzo, ya que a fines de la Fase Jiquipilas, es decir, hacia 350 d.c. fue abandonada. De la Fase Laguna, hacia 500 d.c., en el valle del Grijalva en Chiapas, no se ha encontrado todavía ninguna población mayor. Cómo y por qué sucedieron estos cambios decisivos no lo sabemos. Tal vez las influencias de Teotihuacan, que aparecieron en la cerámica durante la Fase Laguna, desempeñaron un importante papel en ello.

Estas influencias pueden muy bien haber sido de importancia en el segundo florecimiento de Kaminal-juyú durante la Fase Esperanza, es decir, en esta época. Aparece en las vasijas que, o bien eran importadas directamente de Teotihuacan, o se apegaban tanto a las formas de aquel lugar, que debemos pensar en artesanos del norte, que pueden haber trabajado en las tierras altas de Guatemala. Las preferidas parecen haber sido las vasijas cilíndricas adornadas con estuco y aquellas del tipo anaranjado delgado, aunque también formas más sencillas de cerámica eran imitadas. Por cierto que también aparecen influencias del Petén, que vemos en platos policromos y formas propias, a las que pertenecen, entre otras, vasijas antropomorfas de dos partes, muy naturales (Lám. 50).

Pero más notables que en la cerámica son las influencias de Teotihuacan en la arquitectura. Aparece ahora, por ejemplo, al lado de formas antiguas heredadas, una articulación de la fachada de acuerdo con el principio talud tablero. En este tiempo, el núcleo de las pirámides se hacía de pedazos de piedra pómez y mortero de barro. Sobre esto se colocaba una capa de estuco duro, que estaba veteado con pequeñas piedras redondas. Esta servía a su vez como base para una capa exterior de estuco de cal pura. A pesar de que no se han encontrado pruebas de ello, se cree que esta capa exterior estaba pintada. Los templos que se encontraban sobre la pirámide eran edificios relativamente pequeños y poco impresionantes, que se componían de una sola cámara, cuya entrada se encontraba frente a la escalera. Aquí eran raras las plataformas y es difícil que hayan sostenido edificios mayores de tipo palacio.

Al igual que en la fase formativa, las pirámides "clásicas" de Kaminal-juyú encerraban en su interior grandes cámaras mortuorias con un techo horizontal de troncos de árbol y paredes recubiertas de esteras. Ricas ofrendas de cerámica, ornamentos de jade y objetos importados de gran valor, como espejos de pirita montados sobre hojas de pizarra ricamente adornadas, provenientes del Veracruz central, muestran la riqueza y las extensas relaciones comerciales de este centro. Los acompañantes (¿esclavos?) asesinados del personaje enterrado, nos indican que debemos contar con una sociedad estratificada, en la que probablemente un poderoso grupo dirigía los destinos de este "estado". Por lo demás, la influencia y especialmente la zona de dominio de Kaminal-juyú parece haberse reducido en comparación con la época anterior, pues tanto la planicie de Canchón como también la región al sur de la actual ciudad de Guatemala, que pertenecían a este centro, se encuentran ahora sin poblados. Se puede pensar que estas regiones, fértiles en sí, se habían convertido en amplias zonas limítrofes entre dos regiones, zonas en donde no había colonias, fenómeno característico en Mesoamérica y conocido también en la Europa medieval temprana. De cualquier forma, no podemos considerarlo como signo de amenaza política o militar a esta región, puesto que los demás poblados, igual que Kaminal-juyú, se encontraban en medio de fértiles valles, sin ninguna fortificación.

La distribución de estos caseríos más pequeños, al igual que los de Kaminal-juyú, había cambiado en sus principios básicos en relación con la época hacia el nacimiento de Cristo. Si en aquel entonces los "edificios públicos" del centro de la colonia estaban dispuestos en filas paralelas y formaban generalmente dos extensas plazas paralelas, ahora estas construcciones estaban dentro de una Acrópolis con una única plaza principal, como se acostumbraba en las tierras bajas mayas y es

posible que este tipo de distribución se hubiera importado de esa región o que se derive de influencias zapotecas, en donde también se empleó.

Así encontramos en Kaminal-juyú un acoplamiento entre la antigua tradición y los estímulos nuevos. Seguramente hacia 500 d.c., ya había traspuesto la cumbre y debía su nuevo resurgimiento, sobre todo, a influencias externas, que en parte eran transmitidas a otras regiones, como las tierras bajas mayas. Sobre todo, no era ya Kaminal-juyú el único centro importante de las tierras altas de Guatemala, pues en esta época habían surgido otros centros religiosos como Zaculeu y Zacualpa, para mencionar sólo dos, que pronto habrían de superar a Kaminal-juyú. Debemos relacionar estas nuevas fundaciones, de las que ya nombramos algunas con anterioridad, con los otros cambios. Por ello se las entenderá mejor si se acepta que en esta época existió una gran influencia de elementos extraños que se encontraban muy relacionados entre sí y bajo una fuerte influencia de Teotihuacan. Pero, de dónde vino esta influencia en última instancia, si se trató de una verdadera inmigración y qué tan grande puede haber sido el grupo, es poco claro, pues no hay pruebas para la comprobación de esta teoría, que sin embargo es generalmente aceptada.

La segunda gran cultura de esta época fue, como se dejó asentado al principio de este capítulo, la cultura de las tierras bajas mayas. Pero si hacia 500 d.c. la cultura teotihuacana había alcanzado ya su mayor esplendor, no había sucedido así en la región de las tierras bajas mayas, que alcanzaron su mayor plenitud 100 años más tarde, hacia 600 d.c., no obstante lo cual, la trataremos aquí, pues de otra forma caería fuera de las épocas que todavía hemos de tratar. Sin embargo, prestaremos mayor atención a 500 d.c. y a la cultura de esta época y sólo aquí y allá nos permitiremos una ojeada al futuro, y lo mismo que entre otras culturas, no nos será posible seguir aquí cada ramificación, sino que sólo podremos recordar algunas cosas que nos parezcan de especial interés. Todo lo demás es función especial de la literatura mencionada en la bibliografía. Tampoco podemos presentar todas las diferencias regionales, por más interesantes que puedan ser aisladamente. Por ello, al lado de observaciones generales, nos referiremos sobre todo a Tikal, el centro más importante y el mejor conocido, actualmente, de las tierras bajas mayas.

Con la expresión "centro" aplicada a Tikal, se ha establecido un compromiso, puesto que muchos investigadores que han hecho excavaciones allí, designan a Tikal como ciudad (Fig. 25). Antiguamente se había dudado mucho sobre la posibilidad de la existencia, en las tierras bajas mayas, de una colonia que mereciera ese nombre. Se creía, generalmente, que en esta región sólo habían existido centros religio-

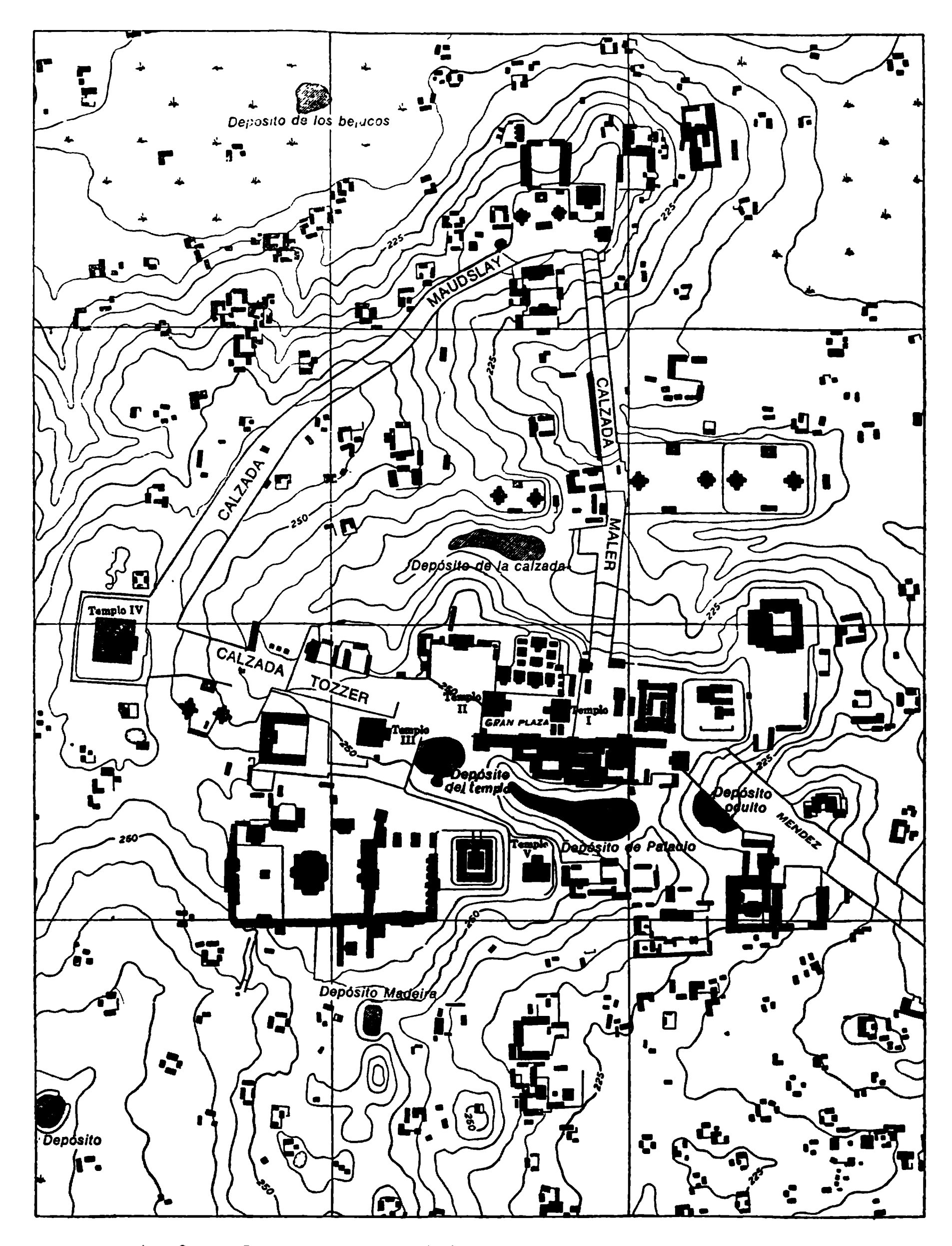



FIG. 25. Plano del centro de Tikal, ciudad maya de las tierras bajas, según el levantamiento de la expedición del Museo de la Universidad de Filadelfia. Muestra una urbanización compacta mediante grandes edificios en que se combinaban funciones religiosas y administrativas y que estaban unidos por amplias calzadas. Las unidades habitacionales en sí, que constan frecuentemente de tres o cuatro edificios dispuestos alrededor de una plaza, parecen rodear el centro desordenadamente y se extienden lejos en la zona circundante. Lado del cuadrado 500 m., tamaño del sector 3 km.², tamaño de la ciudad 16 km.², aproximadamente.

sos, rodeados por un circuito de caseríos y colonias aisladas. Se creó la expresión *dispersed city* para este tipo de colonia, dentro de los que se comprendían centros en los que no vivía una población constante y que, por lo tanto, no eran ciudades según nuestro concepto, y que comprendía los caseríos que le correspondían. Las causas para este tipo de desarrollo fueron la imposibilidad de alimentar grandes poblaciones en medio de una selva tropical con ayuda de los métodos de cultivo empleados en aquella época, y la constante falta de agua. El primer argumento pudo ser anulado después de diversas investigaciones sobre el potencial de cultivo en suelos tropicales y por los agricultores que todavía viven en áreas tropicales boscosas; aparentemente los mayas ya habían resuelto el problema del agua por medio de grandes cisternas y otras construcciones. Pese a estos resultados, las opiniones siguieron en pie, hasta que excavaciones sistemáticas e intensivas en Tikal las echaron abajo. Por cierto que por ahora sólo se pueden hacer afirmaciones definitivas en lo que concierne a la Época Clásica tardía, es decir, la época hacia 800 d.c. En este periodo se supone una población de 10 000 almas en los 16 kilómetros cuadrados que se cree abarcaba el verdadero Tikal. Esta aglomeración de una población permanente podría obligarnos a hablar aquí de una ciudad. Puesto que las superficies habitables dentro de este centro no estaban planeadas de acuerdo con un sistema fijo, o al menos así nos lo parece, y entre cada una de las unidades habitacionales había superficies sin construir tanto en Tikal como en otros centros de las tierras bajas mayas, es difícil decidir dónde termina el centro en sí, en este caso la ciudad, y dónde comienzan los caseríos. Los límites se pierden y las casas van desapareciendo paulatinamente, por lo que solamente se pueden proporcionar datos aproximados de la superficie ocupada o de la densidad de población.

Si hacia 800 d.c. ya podemos hablar de una ciudad en Tikal, ¿cuál era su situación hacia 500 d.c.? Según todos los resultados, podemos aceptar ahora que la superficie poblada era la misma, aunque por desgracia no podemos señalar ninguna cifra acerca de la población, ni podemos afirmar con seguridad si en esta época era ya una verdadera ciudad, tal como lo fue después. Puesto que existen indicios que hacen disminuir bastante la cifra de las habitaciones empleadas, en comparación a 300 años después, podemos hablar apenas de una pequeña ciudad, *town*, y no de una ciudad, *city*, en la que se convirtió más tarde.

Si incluimos, sin embargo, toda la región maya en estas observaciones, se verá que un desarrollo semejante era extraordinario y que prevalece el tipo de la *dispersed city*, mencionado anteriormente. Así vemos que apenas si se presentó un cambio en su función, tanto en el

campo como en los grandes centros ceremoniales, en comparación con la época hacia el año 1. Esto lo comprueban, por ejemplo, los hallazgos de Barton Ramie. Aquí se había supuesto la inmigración de nuevos elementos de población, basándose en nuevos tipos de cerámica, que estaban relacionados con un claro aumento de las colonias. Mientras que en la Fase Mount Hope (300 a.c. a 100 d.c.) estaban habitados solamente el 36.9 por ciento de los montículos de casas, esta cifra aumentó durante la Fase Floral Park imbricada (100 a.c. a 300 d.c.) a 76.9 por ciento. Este porcentaje no cambió durante la siguiente fase, Hermitage (100 a 600 d.c.) y, exceptuando los cambios ocurridos en la cerámica, todos los demás carecen de importancia. De este modo, sólo se proveyeron de paredes de piedra a las plataformas rectangulares de las casas, que en parte ya habían aparecido antes, y para las paredes de las chozas se emplearon recubrimientos de estuco.

En los primeros cinco siglos de nuestra era sucedieron cambios arquitectónicos, sobre todo en relación con los templos y los palacios. Quizá los más importantes fueron el arco falso que en el Periodo Formativo se encuentra solamente en tumbas y que ahora ya aparece generalizado en los edificios, y que viene a modificar tanto el interior como el exterior de los mismos y ya encontramos cresterías sobre los techos, que no tienen ninguna función práctica y que solamente doblan la altura del edificio (Lám. 53). Su frente podía estar articulado a manera de fachada o revestido de estuco y pintado o provisto de relieves. Aunque en parte eran huecos, no dejaban de ser un problema a causa de su volumen y su peso, problema que solucionaban haciendo muy gruesas las paredes de las cámaras intermedias, de modo que el volumen se repartiera entre dos paredes, o bien, desplazando la crestería hacia atrás, para que pesara estáticamente sobre la gruesa pared trasera.

Y aunque el carácter de cada uno de los edificios cambiaba así, la imagen general de las plazas continuó igual, si bien todo parece más grande e imponente, aunque no por ello más hermoso. La aglomeración de edificios públicos, fueran templos o palacios, ya existía en el mismo lugar hacia el nacimiento de Cristo y este carácter de Acrópolis con sus terrazas y amplias escaleras, sus patios hundidos y templos sobresalientes, se conservó también durante la Época Clásica tardía (Láms. 51 y 52). Hacia 500 d.c., apareció un nuevo tipo de construcción que no existía en la Época Clásica temprana: el Juego de Pelota, sobre cuya función y significado trataremos más adelante.

La diferencia más importante frente a los centros ceremoniales de nuestro capítulo anterior, no consiste, sin embargo, en las diferencias arquitectónicas o en la ampliación de los edificios, sino en el hecho de que ahora se erigen estelas y altares, considerados, en general, como

una característica de la Época Clásica en las tierras bajas mayas. Por "estelas" se entiende en el área maya de las tierras bajas no una columna mortuoria como entre los griegos, sino un bloque de piedra rectangular tanto en las superficies como en el corte transversal, de diversas dimensiones y proporciones (Lám. 55, Fig. 26). Estas estelas no tienen ninguna relación con tumbas, o por lo menos no se ha encontrado ninguna en este contexto, sino que se encuentran varias aisladas o en hileras al pie de escaleras que llevan a pirámides, plataformas, terrazas o grupos de edificios. Es más raro encontrarlas sobre las grandes subestructuras y sólo en casos excepcionales se ha encontrado alguna dentro del recinto del templo. Casi siempre se encontraban acompañadas de altares que por lo general son planos con un corte transversal redondo, que recuerdan un cilindro de columna bajo y muy ancho. Tanto entre las estelas como entre los altares se pueden diferenciar dos grupos: los que están decorados y los que no. El segundo grupo es el más numeroso, sobre todo entre los altares. Se supone que estas estelas y altares estaban recubiertos de estuco y que estuvieron pintados, lo que en ningún caso se ha podido comprobar definitivamente.

Las estelas y altares decorados presentan los trabajos más diversos. Así, las estelas pueden presentar relieves en uno de los lados, en dos, en tres o en los cuatro, en cuyo caso, la cara frontal está siempre adornada, estando los adornos de los otros costados, y sus combinaciones, influidos por factores locales y temporales. Por ejemplo, las estelas más primitivas de Tikal eran losas muy delgadas y los extremos más angostos no estaban grabados. La parte frontal estaba ocupada por una figura humana y la posterior por un texto jeroglífico. Un grupo de menor antigüedad es casi cuadrado en el corte. El texto se encuentra en el dorso de la estela y la escena del frente se ha ampliado a ambos lados (Fig. 26). El texto del siguiente grupo, erigido aproximadamente hacia 500 d.c., se encuentra en los costados. La figura en el frente continúa, pero la parte posterior de la estela ya no se adorna. En el siguiente grupo, se regresó nuevamente a la antigua disposición del texto, es decir, que nuevamente se encuentra en la parte posterior, y una figura en la anterior. Los costados están provistos ahora de figuras más pequeñas, con un texto también menor. Asimismo, entre las últimas estelas de Tikal de los grupos clásicos tempranos, la figura de la parte frontal es característica y se completa con los textos de la parte posterior y de los costados. Esta combinación es válida solamente para la Época Clásica temprana y en un solo sitio demuestra su gran variabilidad. No se refiere solamente a la división de figuras y texto, sino que debe combinar con el tipo de representación, especialmente con respecto a las figuras y escenas. Casi cada sitio tenía sus propias ideas y estilos, que permitían distin-

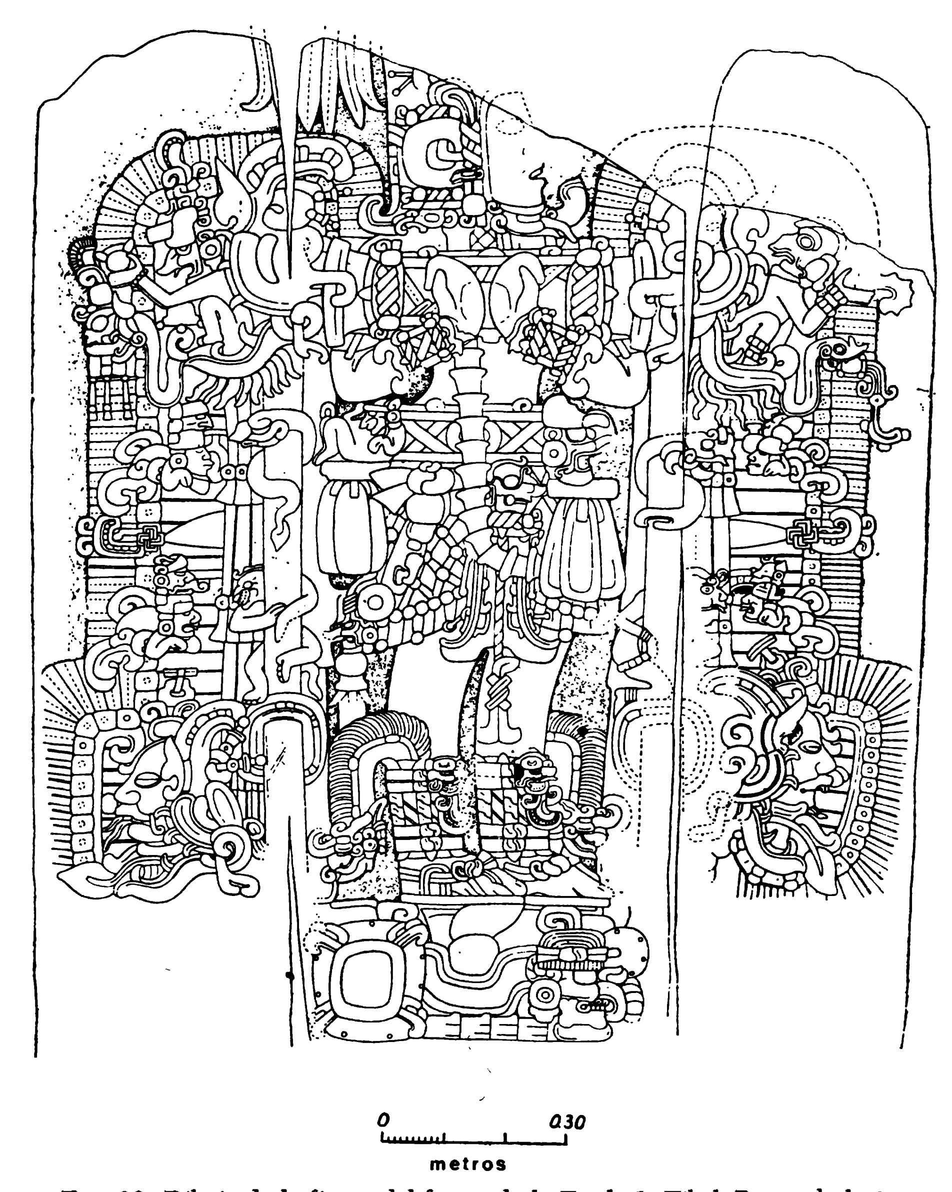
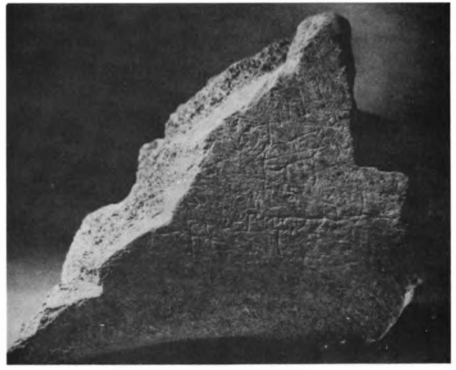



Fig. 26. Dibujo de la figura del frente de la Estela 1, Tikal. Partes de la figura se encuentran también reproducidas en los costados. La figura, tal vez un príncipe, a quien falta el tocado, lleva un taparrabo bordado con perlas de jade y un ancho cinturón, sandalias, anchas bandas en las muñecas y en los tobillos y grandes orejeras. En las manos sostiene la "barra ceremonial" que termina en cabezas de serpiente, desde cuyas fauces asoman pequeñas figuras de dioses. La estela se ha fechado a principios del baktún 9, es decir, hacia 450 d.c.



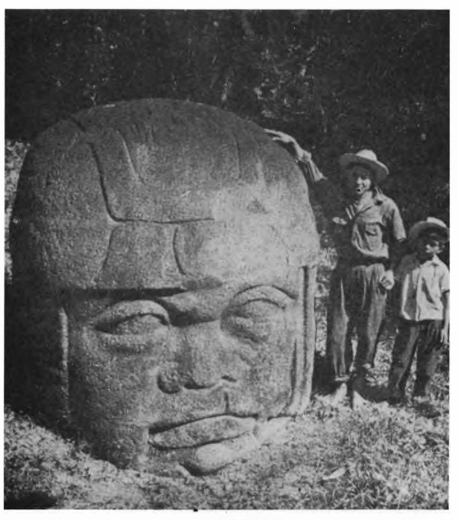
Lám. 1. Fragmento de hueso pelviano de un mastodonte con incisiones, en las que algunos investigadores creen poder reconocer figuras de animales, mastodontes entre otros. (Encontrado por Juan Armenta Camacho en Hueyatlaco 3, Valsequillo, Edo. de Puebla, México.)



LÁM. 2. Cabeza de animal, cortada del sacro de un camélido del pleistoceno, hasta ahora la obra de arte más antigua que se conoce en América. Encontrada en 1870 cerca de Tequixquiac, Valle de México.



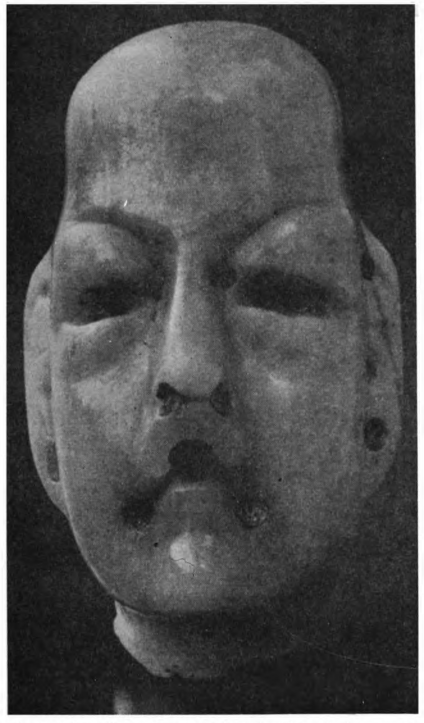
LÁM. 3. Cabeza colosal, cara de niño, de Tres Zapotes. Fase La Venta.



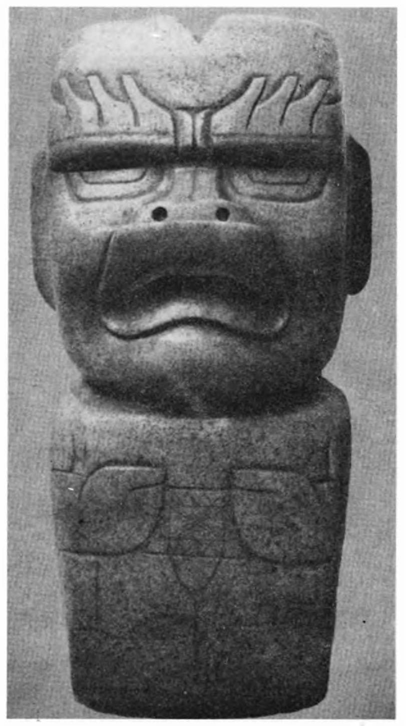
LÁM. 4. Cabeza colosal, cara de niño (Monumento I), La Venta. Reproduce magníficamente el tipo ideal de la Fase La Venta.



LÁM. 5. Figura de jade de un "hombre-jaguar", en cuya cara se unen rasgos animales y humanos. Fase La Venta. Museo Etnográfico de Hamburgo.



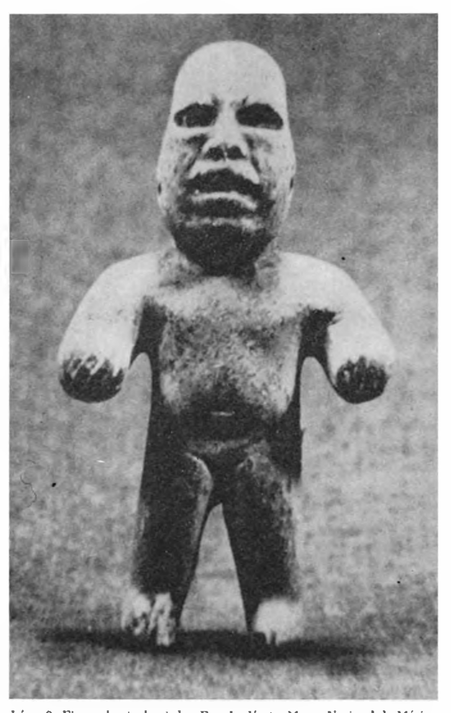
LÁM. 6. Cabeza de una figura de jade azul verdoso. También en esta pieza se indica una relación con el "hombre-jaguar" en los extremos colgantes de la boca. Fase La Venta. Colección privada, Londres.



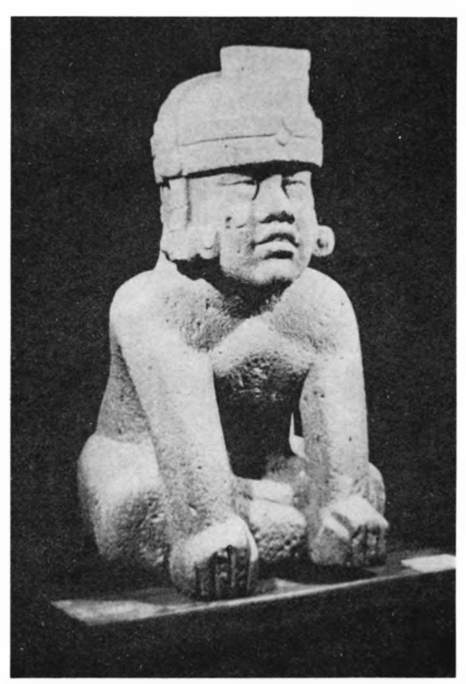
LÁM. 7. Hacha de piedra verde en forma de una figura humana que se ha identificado como "hombre-jaguar" por la cara típica, con las comisuras de los labios colgantes y las "cejas llameantes". Fase La Venta. Museo Británico, Londres.



LÁM. 8. Figura sedente de piedra pintada de rojo, con un espejo de hematita en el pecho. Fase La Venta. Museo Nacional de México.



LÁM. 9. Figura de pie de piedra. Fase La Venta. Museo Nacional de México.



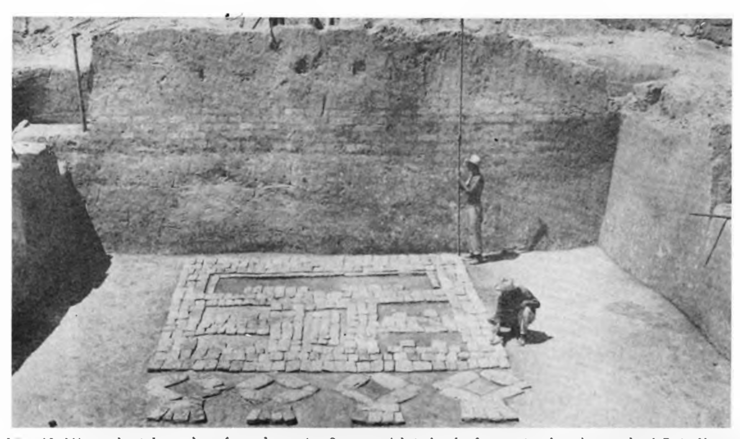
LÁM. 10. Gran figura de andesita en cuclillas, que tal vez representa a un príncipe-sacerdote. Fase La Venta. Encontrada en La Cruz del Milagro, Sayula, Veracruz. Museo Regional de Jalapa, Veracruz.



LÁM. 11. Figura de jade de un enano con cara de niño. Cultura La Venta.



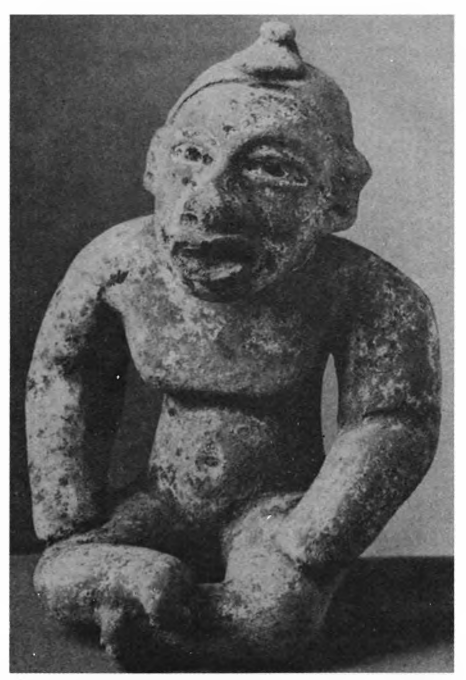
LÁM. 12. Relieve del Altar 5, La Venta. Hombres ricamente ataviados (¿sacerdotes?) sostienen en sus brazos a demonios obesos de corta estatura. Fase La Venta.



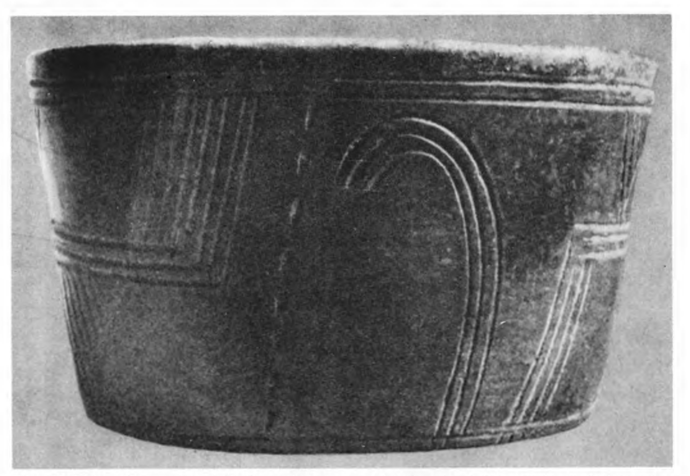
Lám. 13. Máscara de piedra verde en forma de mosaico. Se encontró bajo la plataforma oriental en la entrada al Patio Norte. Complejo A, La Venta.



LÁM. 14. Cabeza de una figura de barro, con grandes orejeras y cuidadoso peinado. Fase Atiquizaya. El Salvador occidental. Museo Etnográfico de Hamburgo.



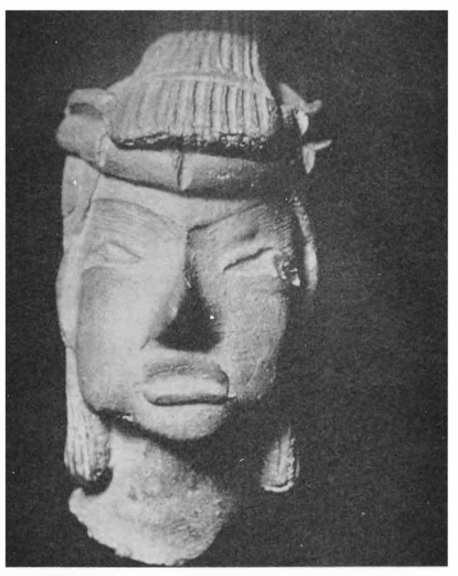
Lám. 15. Figura sedente de barro. Fase Las Charcas, Kaminal-juyú, Guatemala. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 16. Vasija café oscura con amplia decoración incisa, que originalmente pudo haber estado pintada de un color claro. Fase Atiquizaya. El Salvador occidental. Colección privada Sch., San Salvador.



LÁM. 17. Figura femenina de barro con cinta en la frente y rica pintura en el cuerpo. Tlatilco, Edo. de México. Museo Nacional de México.



LÁM. 18. Cabeza de una figura femenina de barro, con cinta en la cabeza y cabello colgando en mechones. La formación de la boca muestra influencias de la cultura de La Venta. Tlatilco, Edo. de México. Museo Nacional de México.

LÁM. 19. Bailarina con falda corta, ornamentación en las piernas que simula pantalones y brazaletes de perlas. Barro rojizo. Museo Rietberg, Zurich.





LÁM. 20. Mujer con un niño atado a un tablón que le sirve de cuna. Tlatilco, Edo. de México. Museo Nacional de México.



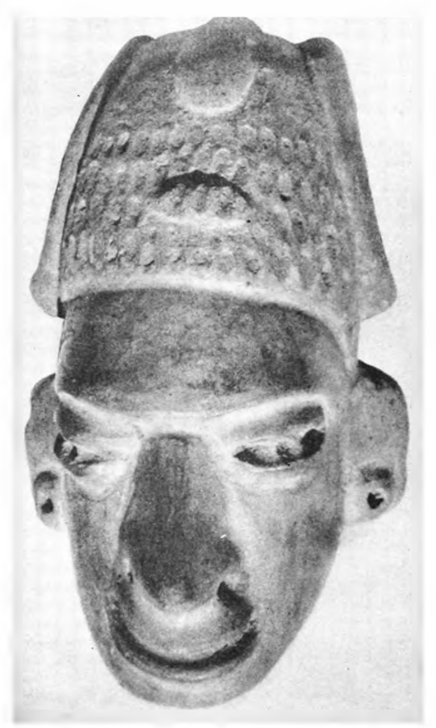
LÁM. 21. Vasija de barro en forma de pez, pintada de negro. En la superficie que originalmente no estaba pintada, se aplicó después de la cocción una capa de pintura roja. Un magnífico ejemplo del gran desarrollo que había alcanzado la cerámica en Tlatilco. Tlatilco, Edo. de México.



LÁM. 22. Figura femenina bicéfala de barro, ricamente pintada. Figuras semejantes se encuentran entre las primeras figuras de barro en la altiplanicie mexicana. Su significado religioso se desconoce todavía. Tlatilco, Edo. de México.



LÁM. 23. Izapa, Estela 1. Una figura, que se considera una deidad (¿de los pescadores?), camina sobre el agua que sale a borbotones de dos cabezas de dragón y que está llena de peces. Uno se encuentra también en la canasta o red que la figura tiene en las manos. Esta estela es un ejemplo típico del "estilo Izapa" del Periodo Formativo tardío. Izapa, Guatemala.



LÁM. 24. Cabeza de una figura de barro, en partes pintada de rojo. Tanto la enorme nariz como el tocado en forma de torre, además de otros detalles, demuestran que la cabeza corresponde a la Fase Arenal de Kaminal-juyú, aunque fue encontrada en el Departamento de Nejapa, San Salvador. Colección privada S., San Salvador.



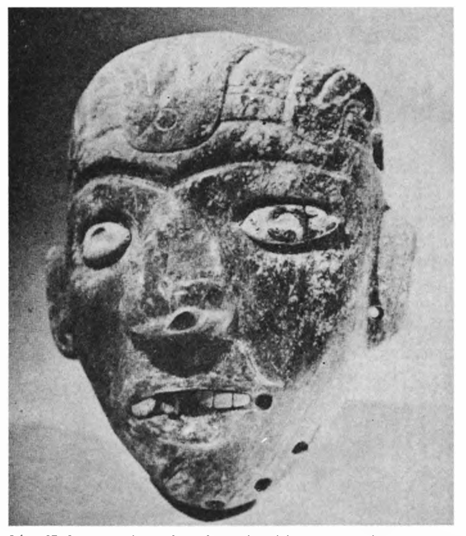
LÁM. 25. Estela 11, Kaminal-juyú. La figura ricamente ataviada, que representa a una deidad o a un príncipe sacerdote, lleva como característica tres cabezas de dragón en el tocado, semejantes a las de Izapa, y una máscara de dragón en el cinturón. También el "dios celestial" que mira hacia abajo, tiene cara de dragón. Fase Miraflores. Kaminal-juyú.



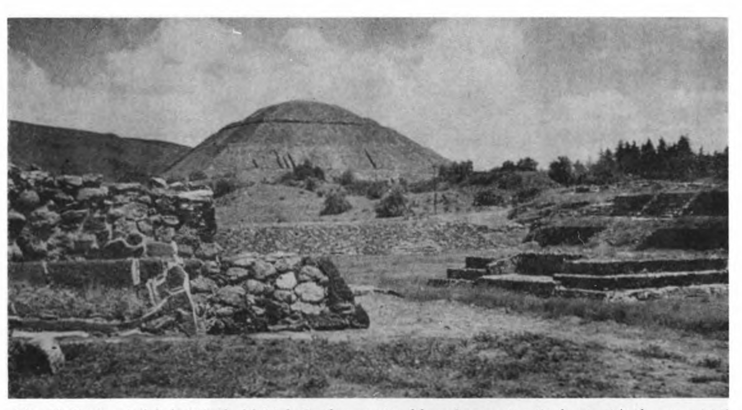
LÁM. 26. Vista de la pirámide E-VII-sub de Uaxactún. Se ve clara
escalera de tres secciones con los grandes mascarones de piedra en
Fase Chican



umente la construcción de la pirámide en cuatro cuerpos, la
las alfardas y la plataforma sobre la cima de la pirámide.
el.



LÁM. 27. Pequeña máscara de piedra verde pulida, con ojos y dientes de concha, incrustados; proviene de la Tumba 85 de Tikal. Fase Chicanel.



LÁM. 28. Estado actual de la Pirámide del Sol de Teotihuacan, vista del sur. La reconstrucción de esta pirámide, que se inició a principios de siglo, puede muy bien no reproducir su estado originario. Fase Tzacualli. Periodo Formativo tardío.



LÁM. 29. Danzante. Estos relieves que hasta ahora se han encontrado solamente en Oaxaca, muestran una poderosa influencia estilística de la Fase La Venta, notable aquí en la representación de la boca y las orejas, tal vez también en la barba. Los danzantes se han fechado en la Fase I, Formativa tardía de Monte Albán.



LÁM. 30. Figura de barro con ancho tocado y enormes orejeras, cadenas, capa y falda. Esta figura, tal vez femenina, está hecha a mano y originalmente pudo muy bien haber estado pintada. Fase Miccaotli. Museo Etnográfico de Hamburgo.



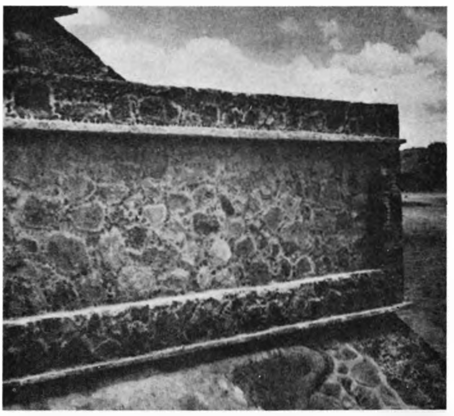
LÁM. 31. Figura ricamente adornada y pintada de la Fase primitiva de Chupícuaro, Guanajuato. Representa una figura masculina, de las que se han encontrado relativamente pocas, y está muy adornada. No sabemos si el caracol que lleva en el cinturón o el tocado en forma de flor habrán tenido un significado especial.



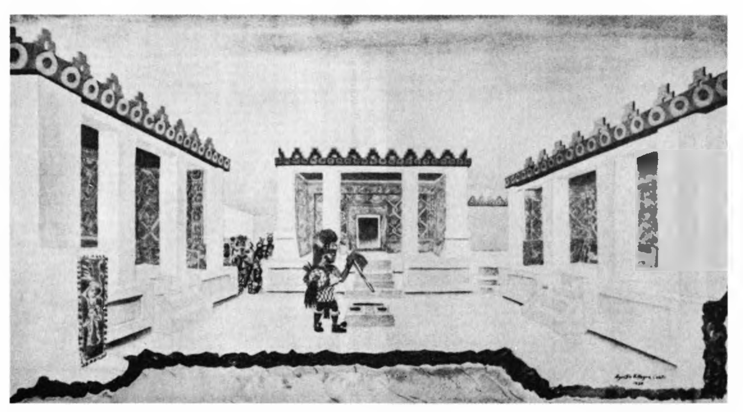
LÁM. 32. Vasija de barro de la técnica de pintura negativa de Usulután; representa la figura sedente de una mujer embarazada. Se encontró al norte de Tacuba en el Departamento de Ahuachapán, El Salvador. Tal vez pertenece al Periodo Formativo tardío. Colección Privada CM, San Salvador.



LÁM. 33. Vasija de barro con un borde afilado en la barriga y cuatro pequeños y gruesos pies, pintada negativamente, según la técnica de Usulután. Se reconoce claramente el empleo de un instrumento polidentado (en este caso de cinco dientes), para la aplicación de la cera. Los colores son rojo anaranjado y crema. Es una vasija con la forma característica del Periodo Formativo tardío en El Salvador. Colección privada F., San Salvador.



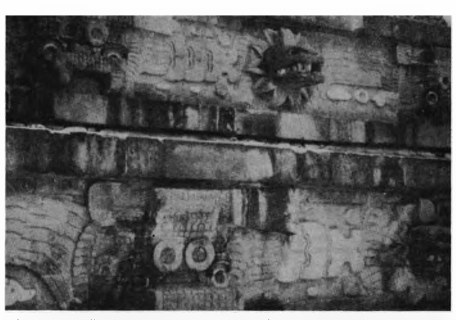
LÁM. 34. Detalle de la construcción de talud y tablero en la Ciudadela de Teotihuacan. Fase Xolalpan. Época Clásica temprana.



LÁM. 35. Vista parcial del patio interior del palacio de Atetelco, Teotihuacan. Véase el texto para la descripción detallada. Fase Xolalpan. Época Clásica temprana.



LÁM. 36. Jaguar, fragmento de una pintura mural en color blanco sobre un fondo rojo inglés, del patio interior del "palacio" de Atetelco. Teotihuacan. Fase Xolalpan.



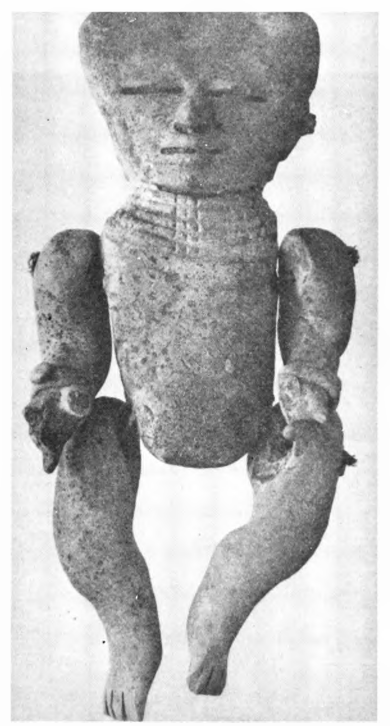
LÁM. 37. Detalle de la fachada de la Pirámide de Quetzalcóatl, Teotihuacan. Se representan serpientes emplumadas con las cabezas esculpidas de bulto redondo y los cuerpos en bajorrelieve, y cabezas de Tláloc, de bulto redondo. La pintura original se puede ver todavía, especialmente en los caracoles marinos. ¿Fase Tlamimilolpa?, Época Clásica temprana.



Lám. 38. **Vista de la plataforma que cierra al sur la Ciudadela de Teotihuacan. Sobre la plataforma de dos cuerpos se encuentran pirámides de dos cuerpos, que originalmente pueden haber sostenido templos de materiales perecederos. Fase Xolalpan. Epoca Clásica temprana.**



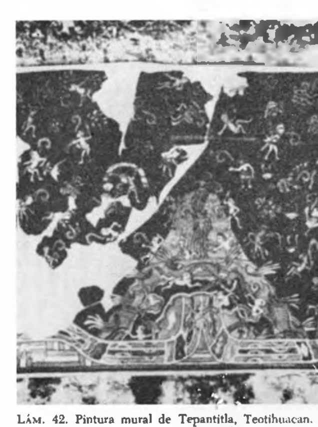
LÁM. 39. Vasija de barro cilíndrica y trípode, forma característica del clásico temprano de Teotihuacan. La pared exterior está recubierta con estuco y pintada al fresco. El rojo y el verde eran colores que tenían mucha aceptación, aquí se encuentran además el blanco y el café amarillento. El "sacerdote que canta" era un motivo decorativo muy común en este tipo de vasijas, la mismo que en las pinturas murales. Museo Nacional de México.



LÁM. 40. Figura de barro con articulaciones móviles. El tronco y la cabeza se hacían con moldes y las extremidades a mano. Estas "muñecas con extremidades" se encuentran en el sur de Mesoamérica ya hacia 500 a. C o antes. Tal vez servían para fines mágicos. Fase Xolalpan. Epoca Clásica temprana. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 41. Máscara de piedra negra. La función de estos objetos no está clara. Es difícil que los hayan usado hombres, pero las perforaciones en los lados indican que deben haber estado fijas sobre algún objeto. Fase Xolalpan. Época Clásica temprana. Museo Etnográfico de Hamburgo.



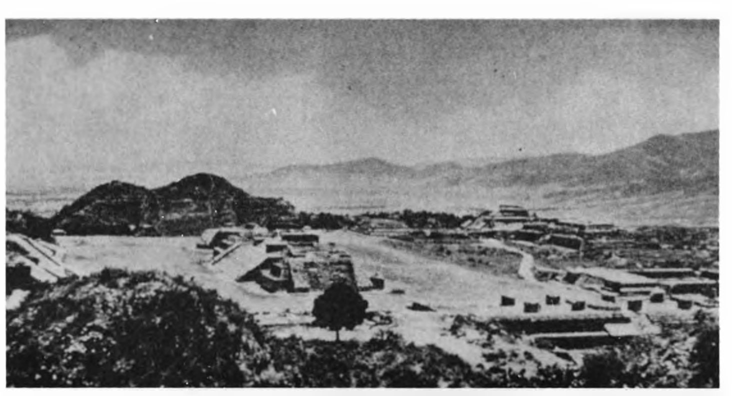
LÁM. 42. Pintura mural de Tepantitla, Teotihuacan.
fondo rojo inglés cantan y bailan hombres; su canto s
delante de la boca y que se empleó hasta la época de
que nace en la montaña central o cortan las a



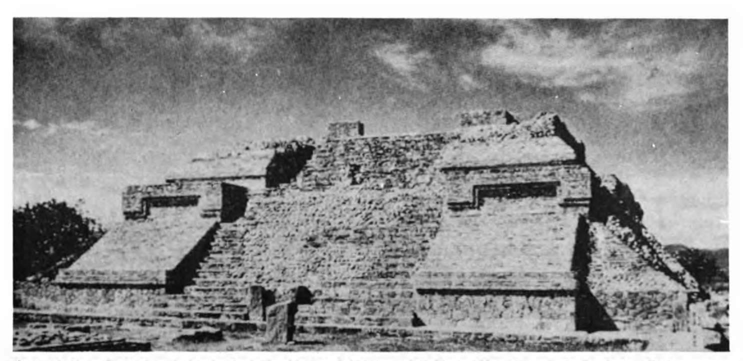
Se cree que representa el Tlalocan, paraíso del dios de la lluvia. Sobre un
e representa por medio de un *speech scroll* una voluta que se encuentra
la Conquista como símbolo del hablar y cantar. Otros se bañan en el río
bundantes flores y frutas. Fase Xolalpan. Época Clásica temprana.



LÁM. 43. Restos de una pintura mural. Representa a un sacerdote que camina. Fondo rojo inglés, pinturas en blanco, rojo claro y verde. Tepantitla, Teotihuacan. Fase Xolalpan. Época Clásica temprana.



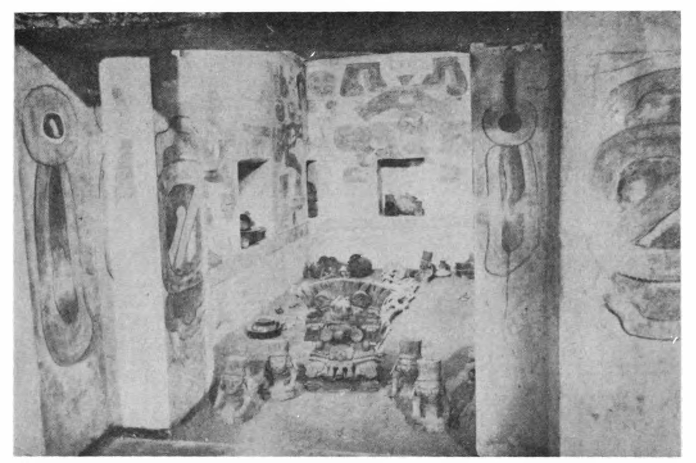
Lám. 44. Vista norte de la plaza central de Monte Albán.



LÁM. 45. Vista desde el patio interior hacia la pirámide del "Sistema M", Monte Albán. La articulación de las alfardas permite reconocer vagamente su procedencia de la construcción tipo talud y tablero de la cultura teotihuacana.



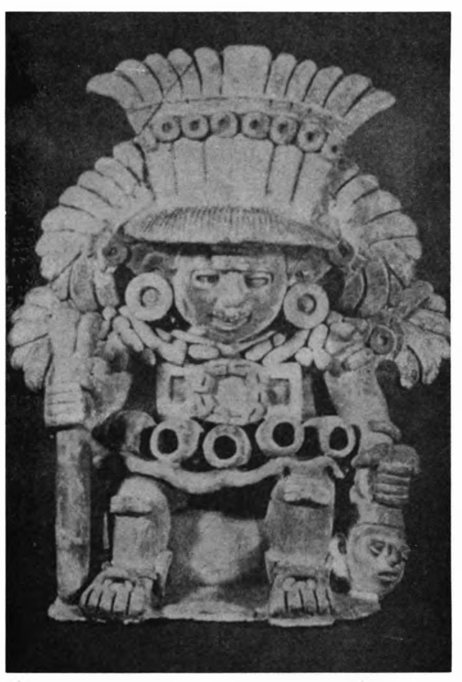
LÁM. 46. Estela 4, Monte Albán. Delante del guerrero ataviado con un rico tocado se encuentra el jeroglífico de su nombre "8 Venado". El guerrero está parado sobre un jeroglífico de lugar que tiene, entre otras cosas, una cabeza de cocodrilo. La lanza que ha clavado en el jeroglífico indica la conquista de este lugar. Monte Albán III-A.



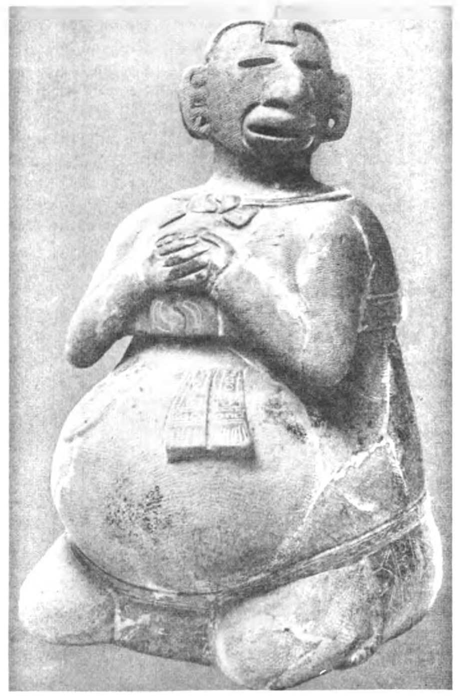
LAM. 47. Reconstrucción de la Tumba 104, Monte Albán, con su contenido original. Las paredes están pintadas con emblemas jeroglíficos y cabezas de dioses. Se encuentran ricas ofrendas en los nichos en las paredes y sobre el suelo. Delante del esqueleto completamente estirado, se encuentra una "urna" adornada con una figura de dios y con cuatro de los así llamados "acompañantes". Transición de Monte Albán III-A a Monte Albán III-B.



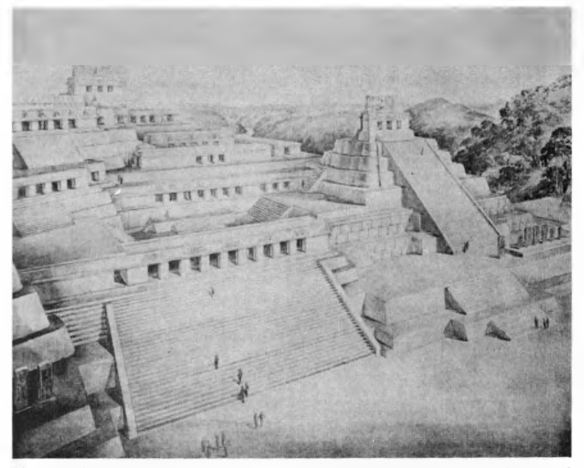
LÁM. 48. Urna de barro gris. Representa a la diosa 1 F ("Quetzal"). Monte Albán, Fase III. Museo Etnográfico de Hamburgo.



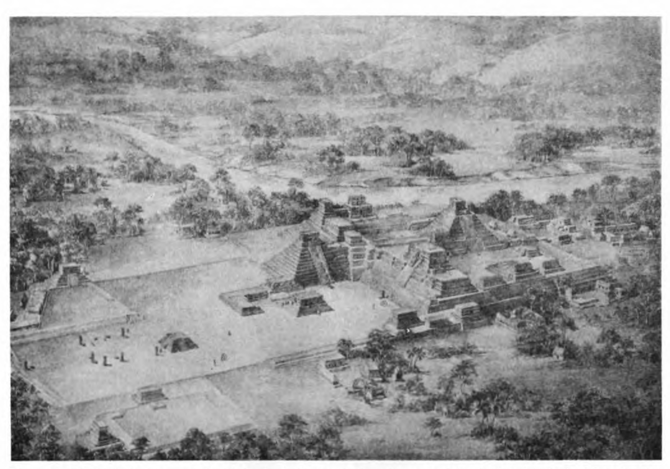
LÁM. 49. Urna de barro gris que representa al dios Xipe Totec. Esta vasija articulada con extraordinaria suntuosidad, proviene de la tumba 103 de Monte Albán, fechada entre Monte Albán III-A y Monte Albán III-B. Museo Nacional de Antropología, México.



LÁM. 50. Vasija de barro café en forma de una mujer encinta. La parte superior del cuerpo es la tapadera. La ornamentación principal se hizo mediante la aplicación de tejidos al barro todavía húmedo. Después de la cocción se pintó la figura de rojo y se adornó por medio de incisiones. El vestido, tal vez característico de esta época, consiste en una capa corta y un pequeño delantal. Kaminaljuyú, Guatemala. Esperanza, Época Clásica temprana. Museo Nacional. Guatemala.



LÁM. 51. Dibujo de la reconstrucción de la Acrópolis de Piedras Negras, vista del sur, hacia 800 d. C. Altas pirámides y largos "palacios" sobre plataformas bajas forman numerosos patios engranados unos con otros. Delante de las escaleras de los templos se encuentran series de estelas. Dibujo de Tatiana Proskouriakoff.



LÁM. 52. Dibujo de la reconstrucción de la Acrópolis de Copán, vista noroccidental. A la izquierda del centro ceremonial de la Acrópolis, que encuentra sobre una colina con terrazas, está uno de los juegos de pelota. Dibujo de Tatiana Proskouriakoff.



LÁM. 53. Templo del Sol, Palenque. La articulación de la entrada, el techo macizo, necesario por el arco falso y las cresterías, originalmente adornadas, son características de la arquitectura maya de la Epoca Clásica. De la pirámide de cuatro cuerpos se han excavado apenas algunas partes de la pared y de la escalera.



LÁM. 54. Dintel 24, Yaxchilán, fechado tal vez 9.14.15.0.0 (17 de septiembre de 726 d. c.). El personaje de pie, tal vez un sacerdote, sostiene una vara con la mano, que recuerda la flor del maguey. La figura arrodillada, delante de él, tal vez una mujer, ofrece el sacrificio de su propia sangre, al hacer pasar por su lengua una cuerda con espinas. La sangre se conservaba en los papeles de maguey que se encuentran delante de ella en una canasta, y se quemaban como ofrenda. Museo Británico, Londres.



Lám. 55. Estela N, Copán. Las diferencias regionales están muy marcadas en el arte de las tierras bajas mayas y se encuentran también en las estelas. En Copán la figura humana se representaba casi siempre de bulto redondo. También el ornamento sobrecargado es característico. La Estela N presenta la fecha 9.16.10.0.0 (17 de marzo de 761 d. c.).



Cabeza de estuco de tamaño natural, Palenque. La nariz alarg[illegible] hasta la frente, los pómulos salientes y los ojos en for[illegible] representan un tipo ideal de los mayas de las tierras bajas, en l[illegible] [illegible]dia, aunque también muestra los esfuerzos del artista descono[illegible] [illegible]ix por lograr un retrato impresionante. La máscara de la cab[illegible] [illegible] representa una serpiente, está rota. Museo de Palenque, Chiapa[illegible]



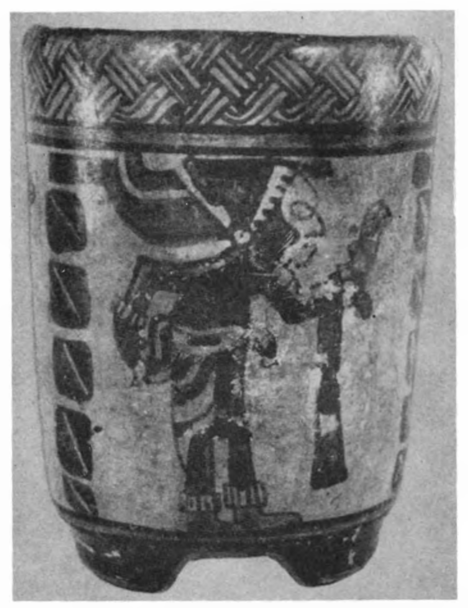
Lam. 57. Vasija policroma del tipo Imix que representa a un príncipe sentado en su trono, delante del cual está arrodillado un ¿sirviente? Los jeroglíficos que se ven en la lámina no han podido ser descifrados todavía. Los de la orilla tal vez sean ornamentales. De la tumba 116, Tikal. Época Clásica tardía.



LÁM. 58. Pintura mural. Dos sirvientes ayudan al príncipe a ponerse el rico traje ceremonial. Piel de jaguar, plumas de quetzal y los ornamentos de jade parecen haber estado reservados a la clase dominante. Fragmento de las pinturas murales de la pared norte de la Cámara 1, Templo 1, Bonampak. Según una copia de Agustín Villagra.



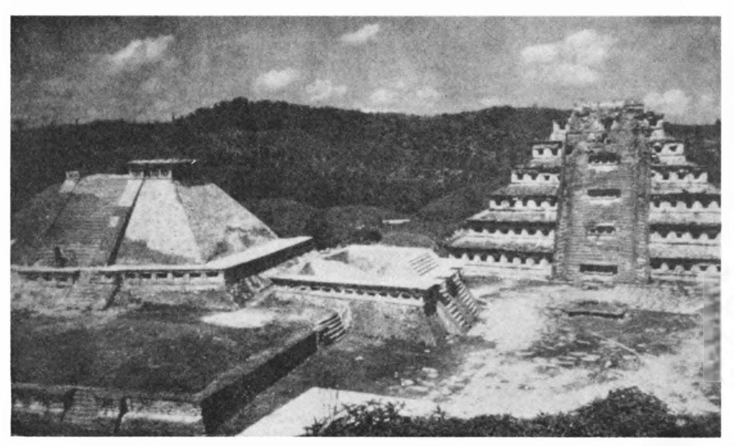
LÁM. 59. Pintura mural. Orquesta de música y danzantes con fantásticas máscaras de animales, que representan a los dioses o a sus ayudantes. Fragmento de las pinturas murales de la pared norte de la Cámara 1, Templo 1, Bonampak. Según una copia de Agustín Villagra.



Lám. 60. Vasija de barro policroma estilo Santa Ana, Honduras occidental. Aunque más tosco, se reconoce fácilmente el estilo de la región maya. Época Clásica tardía. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 61. Plato de barro en estilo Copador, pintado en rojo hematita, amarillo y negro. La ornamentación permite reconocer fácilmente su procedencia de las tierras bajas mayas. Los jeroglíficos son aquí únicamente ornamentales. El Salvador. Época Clásica tardía. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 62. Vista parcial del centro ceremonial El Tajín, cerca de Papantla, Veracruz. Al fondo, la famosa pirámide de los nichos.



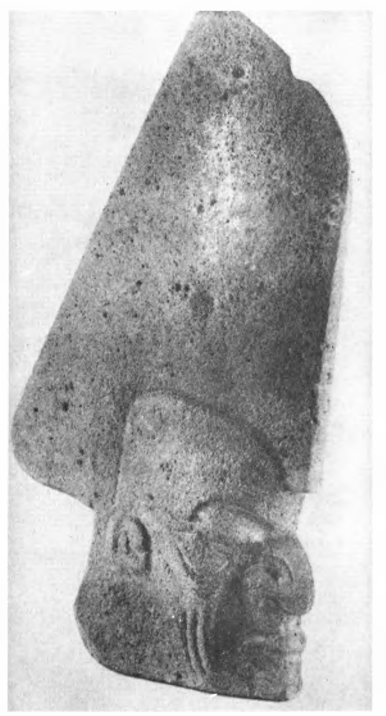
LÁM. 63. Relieve en piedra de la pared terminal del Juego de Pelota, El Tajín, Veracruz. La escena que reproduce el sacrificio de un hombre a quien se le extrae el corazón, es una de las muestras más tempranas de su uso en Mesoamérica. Las volutas del extremo inferior, entrelazadas unas con otras, representan un motivo característico del estilo Tajín.



LÁM. 64. "Yugo" de piedra gris. El arco frontal está representado como cabeza de sapo. Todavía se discute si este objeto se utilizaba como protección para las caderas en el juego de pelota. Se podría tratar de una copia en piedra de un objeto de madera que se usara para ese fin. Fase Tajín II. Época Clásica temprana. Museo Etnográfico de Hamburgo.



Lám. 65. "Palma" de piedra basáltica gris con una figura y las volutas típicas del estilo Tajín. Fase Tajín II, Época Clásica temprana. Museo Nacional de Antropología.



Lám. 66. "Hacha ceremonial" de piedra gris. La denominación es desconcertante, ya que éste puede haber sido un elemento de construcción, pero ahora se ha convertido en un *terminus technicus*. La semejanza con un retrato se nota claramente en este objeto. Fase Tajín II. Época Clásica temprana. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 67. Gran cabeza hueca de una figura de barro, pintada de negro con caucho. Parece que en este tipo de escultura en barro se trataron de reproducir rasgos muy precisos. Estilo Remojadas, Época Clásica temprana. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 68. Los tocados fantásticos y la pintura con caucho son característicos de las figurillas de barro hechas a mano en el estilo Remojadas. El vestido consta en este caso de un pequeño delantal. Época Clásica temprana. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 69. Figura femenina de pie con falda, capa, cadena, orejeras y tocado en forma de moño. Barro café claro pintado parcialmente de negro con caucho. Estilo Remojadas. Época Clásica temprana. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 71. Mujer cargando una jarra de agua. Gran figura hueca, café rojiza con pintura negra negativa. Esta figura demuestra el arcaísmo que se conservó por tan largo tiempo en el arte mexicano de Occidente. Mientras que las piernas, necesarias para mantener en pie a la figura, están muy exageradas, los brazos están atrofiados. Colima. Fase Los Órtices-Las Ánimas. Época Clásica temprana. *Stiftung zur Forderung der Hamburgischen Kunstsammlungen*

LÁM. 70. Cargador. Para llevar la carga usa el mecapal, banda para la frente, muy común en Mesoamérica. El atrofiamiento de los miembros que no se usan para la estática se reconoce perfectamente en esta pieza. Figura hueca de barro pintada de negro, café rojizo y blancuzco. Fase Los Órtices-Las Ánimas de Colima. Época Clásica temprana. Museo de Colima.





LÁM. 72. Pareja sedente. El hombre tiene una matraca y la mujer una olla y un abanico. La pintura en amarillo, blanco y negro sobre un fondo café rojizo y los numerosos anillos en el tabique de la nariz, así como los bordes de las orejas, demuestran que pertenecen al estilo Nayarit de la Época Clásica temprana. *Stiftung zur Forderung der Hamburgischen Kunstsammlungen.*



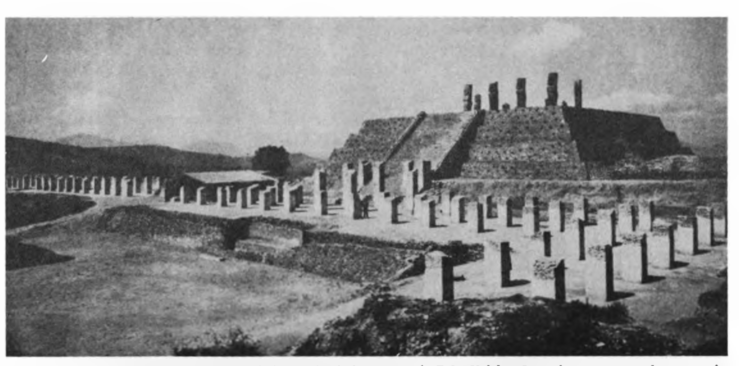
LÁM. 73. Vasija de barro del tipo Tola Tricroma, en forma de mono. Fondo rojo oscuro, pintura negra con brillo metálico, delineada en crema. Excavación en Los Angeles, Ometepe, Nicaragua. Fase Gato, transición del Periodo Policromo Antiguo al Medio. Museo Nacional, Managua.



LÁM. 74. Figura hueca de barro, pintada de color amarillento, sobre un fondo rojo oscuro. Esta figura femenina de la Fase San Roque, Gran Nicoya, es representativa de los símbolos centroamericanos de la fertilidad de esta época y las posteriores. Periodo Policromo temprano. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 75. Figura de barro hecha en molde de un hombre ricamente vestido, sentado en un trono y con un pájaro sobre la cabeza. Los anillos alrededor de los ojos indican que se trata del dios de la lluvia, Tláloc o alguno de sus representantes. La figura es característica de la producción en masa, sobrecargada de ornamentos de la Época Clásica tardía. Fase Ahuitzotla Amantla de la Serie Teotihuacan del México central. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 76. Vista de la pirámide del Templo de la Estrella de la Mañana de Tula, Hidalgo. Las columnatas, como la que se observa en primer término, eran características de la arquitectura tolteca. La parte superior de las columnas así como el templo han desaparecido, y sólo se conservan las enormes estatuas. Tolteca. Época Postclásica temprana.

LÁM. 77. Cariátide del Templo de la Estrella de la Mañana, Tula, Hidalgo. La figura que se compone de varios cilindros adornados con relieves, no es en sí una escultura de bulto redondo; representa a un típico guerrero tolteca. Además de la corona de plumas, nótese el pectoral en forma de pájaro o mariposa estilizados (*véase* Fig. 34). Tolteca. Época Postclásica temprana.

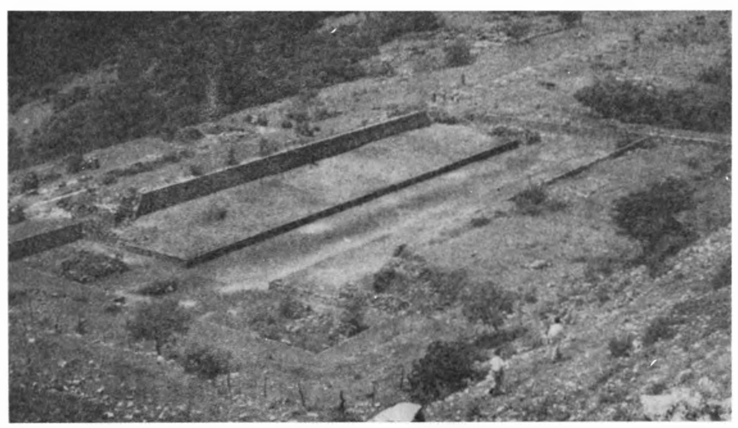




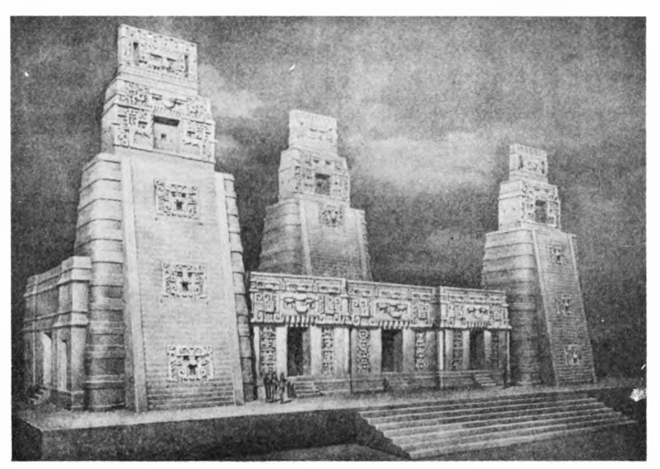
Lám. 78. Chacmool de piedra gris. Con este nombre se conocen figuras de un tipo determinado, recostadas sobre la espalda, que encontraron gran difusión durante la época tolteca. El platillo que sostiene sobre el cuerpo indica que se empleaban como altares. Tula, Hidalgo. Tolteca. Época Postclásica temprana.



LÁM. 79. Pirámide principal de Xochicalco, estado actual reconstruido. La pared inclinada de la pirámide de un cuerpo está cubierta con relieve de serpientes emplumadas. La parte superior inclinada es la pared inferior del edificio del templo original, que también estaba adornado con relieves. Época Potsclásica temprana.



LAM. 80. Vista del Juego de Pelota de Xochicalco. El extremo anterior del juego en forma de doble "T" se reconoce perfectamente, lo mismo que las partes laterales en talud poco inclinado y las paredes verticales en las que están empotrados los anillos. Época Postclásica temprana.



LÁM. 81. Dibujo de la reconstrucción del templo de Xpuhil, Quintana Roo. Estado en que se encontraba hacia 875 d. c. Este templo es un ejemplo típico del estilo Río Bec de las tierras bajas mayas. El edificio en sí se encuentra sobre una plataforma baja, es dominado por torres que tienen la forma de pirámides con amplias escaleras, pero no son accesibles como tampoco lo son los seudotemplos que se encuentran en su cima. Época Postclásica tardía. Dibujo de Tatiana Proskouriakoff.



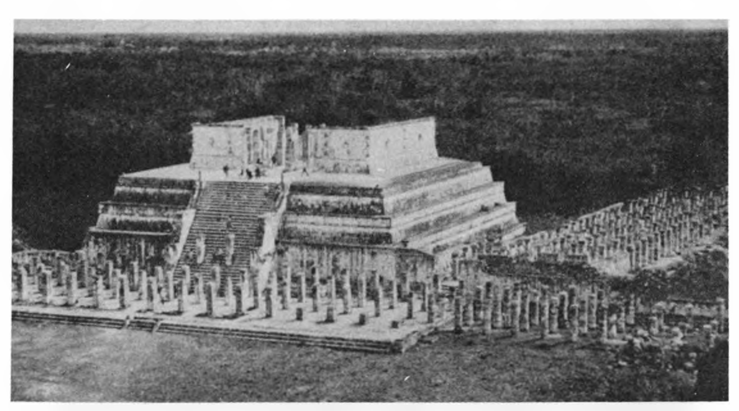
LÁM. 82. Cuadrángulo de las Monjas, Uxmal, Yucatán. La disposición rectangular de palacio, y las fachadas bellamente adornadas son elementos característicos del estilo Puuc de las tierras bajas mayas de Yucatán. Época Clásica tardía.



LÁM. 83. Figura modelada a mano de un hombre barbado. El fantástico tocado, el abrigo largo, pintado con el azul maya característico, y el enorme collar, indican que este personaje pertenecía a las clases superiores. La nariz alargada artificialmente hasta la frente corresponde al ideal clásico de belleza maya. Estilo Jaina, Campeche. Época Clásica tardía. Museo Nacional de Antropología, México.



Lám. 84. Figura de barro de una mujer con abanico, hecha en molde. Estilo Jaina. Época Clásica tardía de las tierras bajas mayas. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 85. Templo de los Guerreros y columnata, Chichén Itzá, Yucatán. La idea de la disposición de pórticos, cuyo techo seguramente de material perecedero era sostenido por innumerables columnas adornadas con relieves, proviene de la región tolteca y fue llevada a la región maya por inmigrantes mexicanos. Fase Mexicana temprana. Época Postclásica temprana.



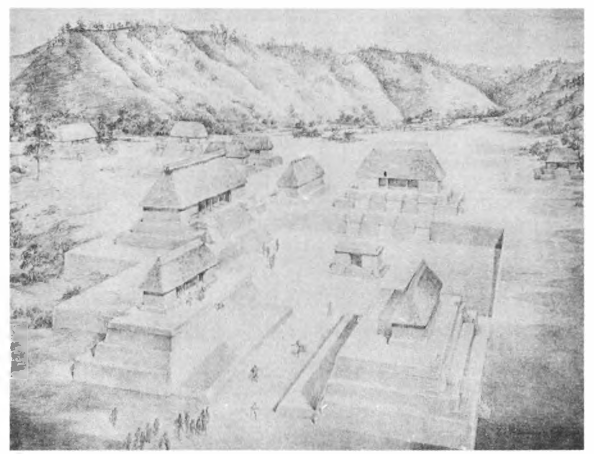
LÁM. 86. Entrada al Templo de los Guerreros, Chichén Itzá, Yucatán. Las serpientes de cascabel que dividen la entrada, con las fauces abiertas en el suelo y los cascabeles hacia arriba y que sirven de soporte al dintel, pertenecen igual que el Chacmool frente a ellas a la tradición tolteca. Los mascarones con las narices de Chaac en forma de trompas de la pared corresponden, por el contrario, al estilo Puuc de los mayas de Yucatán. Fase Mexicana temprana. Época Postclásica temprana.



LÁM. 87. Disco de mosaico con incrustaciones de turquesa, pirita y concha, sobre un núcleo de madera que ha sido renovado. Se encontró en la Pirámide del Templo de los Guerreros en Chichén Itzá, Yucatán. Fase Mexicana temprana. Museo Nacional de Antropología, México.



Lám. 88. Delgado disco de oro del Pozo de los Sacrificios, Chichén Itzá, Yucatán. Los discos eran traídos de Panamá y se decoraban en Yucatán. Los vestidos y ornamento de las figuras principales, el dios celestial que sale de las fauces de una serpiente, el sacrificio de prisioneros mediante la extracción del corazón son elementos típicos toltecas o mexicanos, mientras que los ornamentos de las orillas son de origen maya. Fase Mexicana temprana. Época Postclásica temprana.



Lám. 89. Dibujo de la reconstrucción del grupo del Juego de Pelota, Chalchitán, Departamento de Huehuetenango, Guatemala, visto del norte. El Juego de Pelota construido sin los muros terminales está flanqueado por dos templos y se abre a una plaza descubierta, con dos templos más y un pequeño altar en el centro. Dibujo de Tatiana Proskouriakoff. Época Postclásica temprana.



Lám. 90. Vasija *plumbate* adornada con una cabeza humana, brazos y pectoral. Artísticamente de escaso valor y frecuentemente mal trabajadas (*véase* el defecto de cocción en el pie). Por su extensa difusión tiene una gran importancia cronológica. Época Postclásica temprana. Encontrada en Guatemala. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 91. Plato de barro trípode pintado en rojo, anaranjado y negro sobre fondo crema. Es un ejemplo típico de la Serie Papagayo policroma del Periodo Policromo Medio de Gran Nicoya. Museo Etnográfico de Hamburgo.



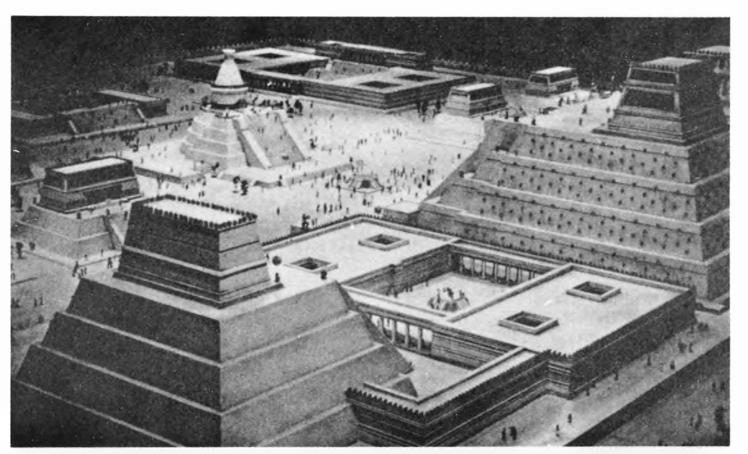
Lám. 92. Figura femenina hueca de barro pintada de rojo y negro sobre un fondo crema. Esta figura continúa la tradición centroamericana de las figuras femeninas de la fertilidad. Lo novedoso es su policromía. Periodo Policromo Medio de Gran Nicoya. Encontrada en Los Angeles, Ometepe, Nicaragua, Museo Nacional, Managua.



LÁM. 93. Figura femenina de piedra gris de gran tamaño. La figura que está sentada sobre un banquillo tiene sobre la cabeza una cabeza de animal, que tal vez representa a un espíritu protector. La posición y formación son características del estilo Ometepe. Mérida, Ometepe. Nicaragua, Periodo Policromo Medio de Gran Nicoya.



LÁM. 94. Detalle del modelo del circuito del templo principal de Tenochtitlan, según Ignacio Marquina y otros. Al fondo la pirámide principal con los templos de Huitzilopochtli y Tláloc. Al centro el templo redondo del dios del viento Ehécatl y enfrente el Juego de Pelota. En primer término la entrada y parte del muro de las serpientes.



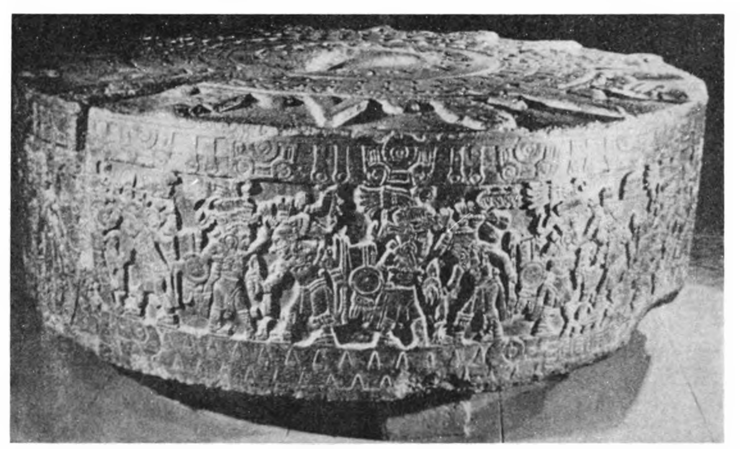
**Lám. 95.** Vista del modelo del recinto del templo principal de Tenochtitlan, según el plano de Ignacio Marquina. A la izquierda al frente el templo de Tezcatlípoca, a la derecha el Templo Mayor y en el centro el templo redondo de Ehécatl, flanqueado por templos menores.



LÁM. 96. Muro de las serpientes de la Pirámide de Tenayuca, México. Un muro semejante debe haber rodeado el recinto del templo mayor de Tenochtitlan, como se desprende de las descripciones y los hallazgos. Es posible que los cuerpos de las serpientes hubieran estado originalmente recubiertos de estuco y pintados. Azteca. Época Postclásica tardía.



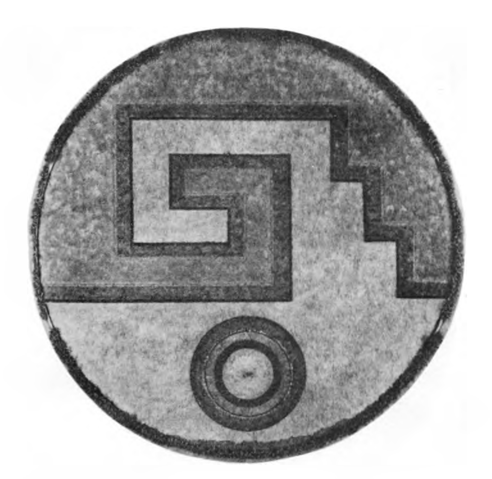
LÁM. 97. Doble pirámide de Santa Cecilia, México. Mientras que una parte se dejó en estado de excavación, la otra está completamente reconstruida y proporciona una buena idea del aspecto de los templos aztecas. Sobre la entrada se encuentra un "cielo estrellado" como el que adornaba el templo principal de Tenochtitlan. Azteca. Época Postclásica tardía.



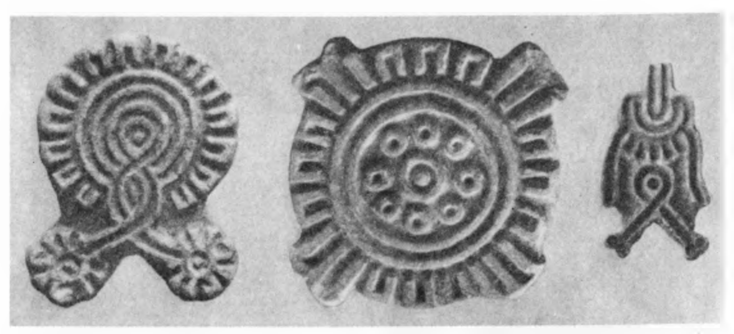
LÁM. 98. Piedra de Tízoc encontrada en el circuito del templo principal de Tenochtitlan. En la parte superior de la piedra se representa el círculo del sol. En los costados conquistas y victorias de los gobernantes aztecas. La concavidad de la parte superior y la ranura, posteriores, estaban seguramente destinadas a recoger la sangre de los sacrificados. Museo Nacional de Antropología, México.



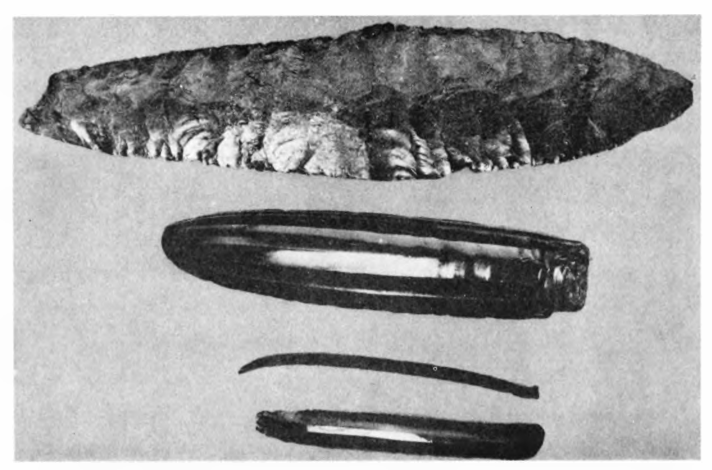
LÁM. 99. La Piedra del Sol de Tenochtitlan. Originalmente en el circuito del templo principal. Reproduce el disco solar con la cara del dios del sol, Tonatiuh, simbolizado también por los numerosos signos y números incorporados, la unidad de lugar y de tiempo según la concepción azteca. (Para una descripción detallada, *véase* Schmidt, 1965). Museo Nacional de Antropología, México.



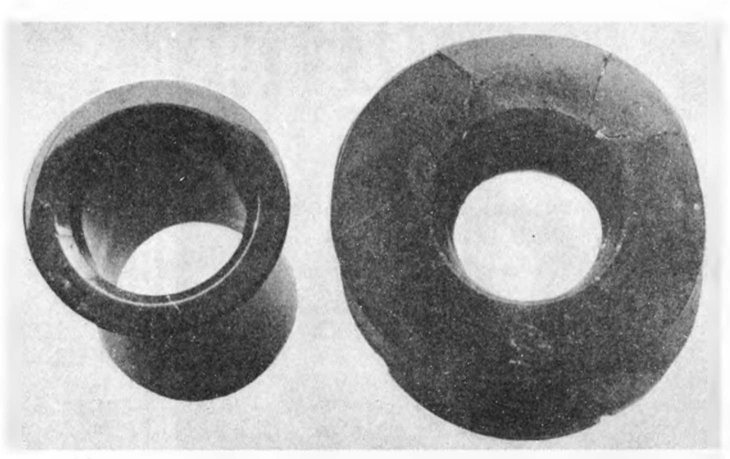
LÁM. 100. Disco de caña y mosaico de plumas. Cada pluma se pegaba sobre una base de corteza de árbol. La superficie que aparece clara en la lámina es amarilla brillante, la oscura anaranjada rojiza. El aro exterior y la delimitación de la greca son verde y negro. Los círculos en el campo amarillo son desde afuera lila, azul y rojo carmín. El círculo exterior es de cuero y plumas café rojizas. Se desconoce el simbolismo de este escudo, que debe haber pertenecido a un jerarca o noble azteca. Época Postclásica tardía. Cortesía del *Württembergisches Landesmuseum, Linden-Museum*, Stuttgart.



LÁM. 101. Sellos de barro (izquierda y centro) y hueso (derecha), para adornar tejidos y partes del cuerpo. Valle de Mexico, azteca. Época Postclásica tardía, Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 102. Hoja de cuchillo y navajas de obsidiana. La obsidiana (vidrio volcánico) se presentaba perfectamente para la fabricación de instrumentos cortantes, puntas de proyectil, etc., debido a sus bordes afilados. Ya en los tiempos más primitivos se había empleado y seguía en uso en la época de la Conquista. Museo Etnográfico de Hamburgo.



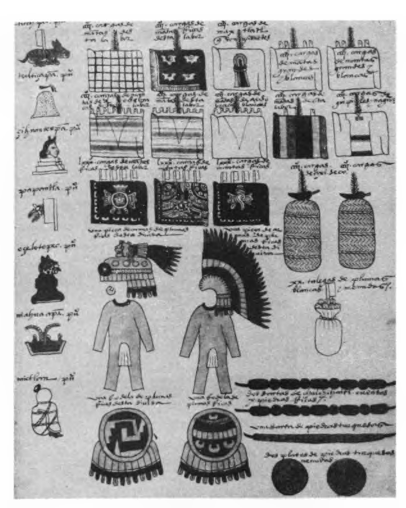
LÁM. 103. Orejeras de obsidiana. Azteca. Época Postclásica tardía. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LAM. 104. Cabeza de un caballero águila de piedra. Este magnífico ejemplo de "escultura profana" de los aztecas, muestra un marcado contraste con las imágenes de dioses, frecuentemente convencionales. Azteca. Época Postclásica tardía. Museo Nacional de Antropología, México.

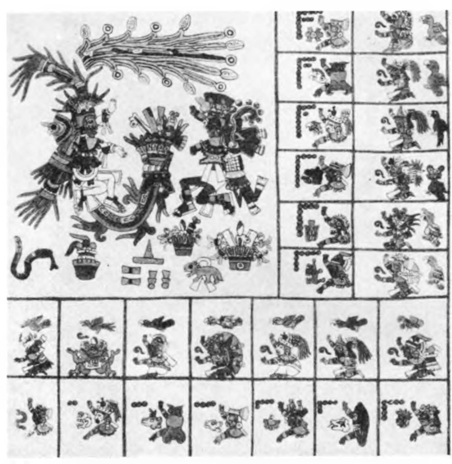


LÁM. 105. Serpiente de cascabel de piedra volcánica café rojiza. Muy reales y aparentemente no limitadas por ninguna convención eran las esculturas de animales de los canteros aztecas. Las serpientes que desempeñaban un importante papel en la religión eran un motivo muy popular. Azteca. Época Postclásica tardía. Museo Etnográfico de Hamburgo.



**LÁM. 106.** Tributo de la provincia de Tuxpan (norte de Veracruz) a la Triple Alianza. Copia de la Epoca Colonial temprana de un manuscrito azteca con explicaciones en español. *Códice Mendoza*, folio 52 r; (cortesía de la Biblioteca Bodleiana, Oxford). *Columna izquierda:* los centros mayores pertenecientes a la provincia *(de arriba):* Tuxpan, capital de la provincia, Tlatizapan, Cihuateopan, Papantla, Ocelotepec, Miahuapan, Mictlan. Cada 80 días debían pagar el siguiente tributo *(de izq. a der.):* 400 mantas blancas y negras; 400 mantas rojas ricamente adornadas y con flecos; 400 taparrabos; 2 x 400 mantas blancas de cuatro "varas" de largo; *2ª línea:* 2 x 400 mantas a rayas amarillas y blancas de 8 "varas" de largo; 400 mantas blancas de 8 "varas"; 400 mantas de colores de 2 "varas"; 400 huipiles y faldas. *3ª línea:* 3 x 80 capas ricamente adornadas en el centro y en la orilla.

Una vez al año debían entregar: 2 x 400 cargas de chile seco; dos ricos trajes de guerrero, dos escudos de mosaicos de pluma, 20 sacos de pequeñas plumas blancas, dos cadenas de perlas de piedra verde (jade, etc.), una cadena con perlas de turquesa, dos discos de mosaico de turquesa. Convertido, el tributo de la provincia de Tuxpan ascendía anualmente según el valor del oro en aquel entonces a 1624 kg.



Lam. 107 Detalle del calendario del *Códice Borbónico*. La última línea, de izq., muestra en cada cuadrado un número por medio de puntos, un signo de día y la serie de los nueve "Señores de la Noche". Los signos de día comienzan aquí con cóatl (serpiente). Esta serie se continúa en la columna vertical izquierda que termina arriba con "olin" (movimiento). La columna de la derecha muestra a los trece "Señores del Día" y las aves relacionadas con ellos, y entre las que también se cuenta la mariposa (Séptimo Señor, a la extrema derecha). En el gran cuadrado de la izquierda, se encuentran los dioses que presiden esta 9ª división del calendario de 260 días (tonalámatl): Dios de la Estrella Matutina y dios del fuego. Sobre ellos se encuentra una corriente de agua con flechas y, entre ellos, una corriente de fuego, que simbolizan, como "agua y fuego" la guerra. Abajo, cestos con ofrendas, etc. Con ayuda de la representación del tonalámatl, los sacerdotes podían determinar las diversas influencias y hacer predicciones.



LÁM. 108. Jugadores de pelota aztecas del libro de trajes d
V a donde sin duda habían sido enviados por Cortés par
dejó un dibujo europ

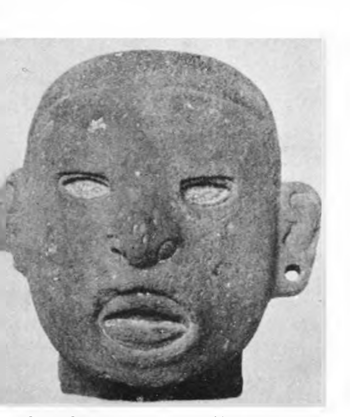
le Christoph Weiditz. Weiditz los vio en la corte de Carlos
a entretenimiento del monarca. Weiditz es el único que
beo de esta escena.



LÁM. 109. La diosa del maíz Cintéotl, escultura en piedra roja. La diosa, representada de rodillas, responde al canon establecido para ella, con su tocado, el quechquémitl, el cinturón de serpiente y las mazorcas en las manos. La representación rígida es típica de la mayoría de las figuras de dioses aztecas en piedra y podría deberse a instrucciones religiosas. Museo Etnográfico de Hamburgo.



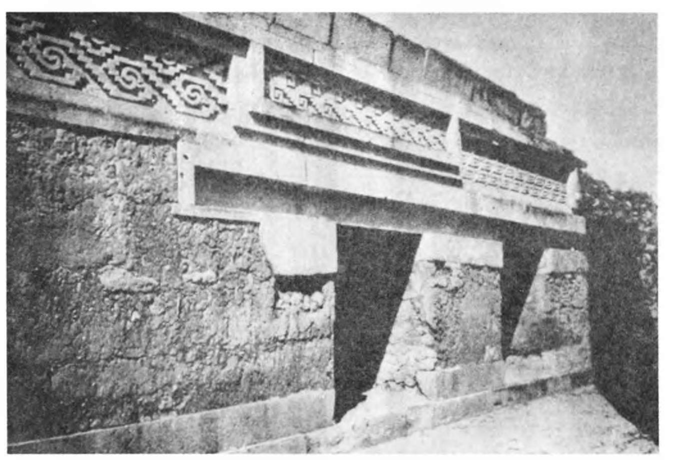
LÁM. 110. Cabeza de Xipe Totec o de uno de sus sacerdotes. La más
con cintas atrás de la cabeza. Es su característica principal y se encuen
Azteca. Época Postclásica tardía. Museo



cara de este dios consistente en una piel humana, se detiene
tra también en los sacrificios en su honor. Piedra roja.
› Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 111. Figura del dios del viento Ehécatl. El alto tocado indica su proveniencia de la Huasteca. También se encuentran todas las otras características de este dios: boca saliente, pectoral de un caracol recortado y orejas dobladas. Figura hueca de barro, sin pintura, hecha en molde. Azteca. Epoca Postclásica tardía. Museo Etnográfico de Hamburgo.



LÁM. 112. Entrada de uno de los patios interiores del grupo de la Iglesia, Mitla, Oaxaca. Estos edificios pertenecientes a la época zapoteca tardía se destacan no sólo por su sólida construcción y su disposición cuadrada, sino también por los ornamentos geométricos, basados en la espiral, compuestos en mosaicos de piedra e instalados en paneles de nivel más bajo. Monte Albán IV-V. Época Postclásica.

LÁM. 113. Prendedor de oro compuesto de varias partes. La parte superior reproduce la cabeza de Quetzalcóatl de cuya boca surge el signo "piedra preciosa", al que se encuentra sujeta un águila. En la cola y las garras lleva ésta los típicos cascabeles en forma de gota. Esta pieza es un buen ejemplo de la finura de la orfebrería mixteca, en la que cada parte se vaciaba con la "técnica de cera perdida", para después ser unidas. Del tesoro de la Tumba 7 de Monte Albán. Mixteco, Monte Albán V. Epoca Postclásica tardía. Museo de Oaxaca.





LÁM. 114. Vasija de barro con un alto pie. La vasija pintada con muchos colores sobre un fondo café anaranjado es naturalista, geométrica y abstracta ("estilo códice"). El pájaro en la orilla que parece beber de la copa le da un mayor encanto. Tumba I, Zaachila, Oaxaca. Mixteco, Monte Albán V. Época Postclásica tardía. Museo Nacional de Antropología, México.



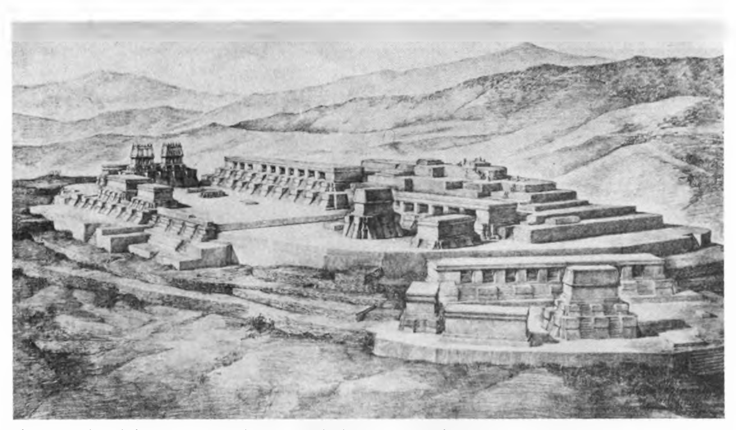
LÁM. 115 Figura humana de piedra gris verdosa jaspeada. Estas representaciones abstractas se usaban como prendedores. Mixteco, Monte Albán V. Época Postclásica tardía. Museo Etnográfico de Hamburgo



LÁM. 116. Página 78 del *Códice Nuttall* mixteco que reproduce la vida del conquistador 8 Venado "Garra de Tigre". Arriba a la derecha comienza la acción. Sigue el camino determinado por las rayas y termina abajo a la izquierda. Las figuras de guerreros que llevan máscara pertenecen a una escena guerrera que comienza en la página anterior. La siguiente escena ocupa toda la parte media y superior de la hoja. Delante del templo de "oro y jade" está sentado en un trono el gran príncipe 1 Muerte, ante el cual está arrodillado 8 Venado "Garra de Tigre" y le ofrece un cascabel de oro. Entre ambas figuras el signo de día 7 Movimiento. Al igual que 8 Venado, también está arrodillado su compañero de armas 4 Jaguar (abajo en el centro) y ofrece oro. Ambos guerreros han depuesto escudos y lanzas. En la última escena (abajo a la izquierda) se ve a 4 Jaguar y 8 Venado obtener el nuevo fuego ceremonialmente, en un día 7 Perro. Todo puede haber sucedido en el año 1047 d. c.



Lám. 117. Vasija de barro que reproduce la forma del dios de la lluvia Chaac, pintada de azul. La vasija está formada de muchas partes hechas en moldes, y es uno de los mejores productos de Mayapán, Yucatán. Fase Mexicana Media. Época Postclásica tardía. Museo Nacional de Antropología, México.



**Lám. 118.** Dibujo de la reconstrucción del Grupo A, Cahyub, Departamento de Baja Vera Paz, Guatemala. Fuera de la situación protegida, sobre una colina aislada, se encuentran construcciones de tipo "palacio" y "templo gemelo", característicos de la disposición postclásica tardía de las tierras altas de Guatemala. Dibujo de Tatiana Proskouriakoff.



LAM. 119. Interior de un plato trípode de barro en estilo *Marihua red on buff*. La estrecha relación con la cerámica mexicana la indica, por ejemplo, el ehecacózcatl en el fondo, el ornamento pectoral consistente en un caracol cortado, que en México era un elemento del vestido del dios del viento, Ehécatl. Por este motivo sobre todo, se adjudica este tipo de cerámica a los pipiles, inmigrados muy tarde. Fase Cihuatán. Época Postclásica tardía de El Salvador. Museo Nacional, San Salvador.



LÁM. 120 Interior de un plato hondo trípode, del estilo Managua Policromo. El dibujo en rojo y negro sobre fondo anaranjado rojizo representa figuras de pájaros y serpientes. Las incisiones en el fondo, tipo molcajete y la forma de la vasija delatan influencias de México. Es posible que estas vasijas pertenezcan al legado de los nicaraos. Periodo Policromo tardío de Nicaragua. Museo Tenderi, Nindri, Nicaragua.



LÁM. 121. Vasija de barro del estilo Luna Policromo. El fino dibujo en café rojizo y negro sobre un fondo casi blanco representa un rompimiento con la época anterior, tanto por su forma como por sus motivos, animales abstractos, etc. Fase Santa Ana. Periodo Policromo tardío del sur de Nicaragua. Museo Etnográfico de Hamburgo.

guir sus monumentos de los de otros sitios. Basta recordar las estelas de escultura casi redonda de Copán y Quiriguá (Lám. 54), casi completamente cubiertas por ornamentos, o las figuras de Piedras Negras, sentadas en un nicho. Además, existen diferencias en el material empleado, tanto en el aspecto material como en el espacial. En primer lugar se empleó la piedra calcárea, tan común en el Petén, pero también se encuentran la dolomita, la piedra arenisca y la pizarra.

Las estelas y los altares forman sólo una parte de las esculturas o monumentos, como se han llamado, y aparecen al comienzo de la Época Clásica temprana, en la región de las tierras bajas mayas. La otra parte está constituida por esculturas unidas a edificios, como dinteles (Lám. 54), revestimientos de columnas y paredes. Las últimas se conocen con el nombre de tableros, y todas están adornadas con el mismo principio que las estelas y altares, o con alguno muy semejante. La mayoría de los relieves de los edificios, así como los objetos aislados, están hechos de piedra, aunque algunos ejemplos demuestran que también se empleaban materiales perecederos, como la madera y el estuco.

Como ya se dijo acerca de las estelas, la mayor importancia de los monumentos de las tierras bajas mayas consiste en que se encuentran textos jeroglíficos casi siempre de considerable extensión. Así, junto con las pruebas de un calendario, Estela 29 de Tikal, fechada en 292 d.c., aparecen las primeras pruebas de una escritura. El descubrimiento tanto de la escritura como del calendario es no sólo la más importante conquista intelectual de las tierras bajas mayas, sino que al mismo tiempo la más elevada cumbre de los descubrimientos indígenas, porque a pesar de todas las otras teorías, los mayas de las tierras bajas fueron los únicos indígenas que desarrollaron una escritura.

Si se observa un texto maya de alguna longitud, grabado en piedra (Figs. 30, 31 y 32), se nota en primer lugar que los signos tienen formas más o menos rectangulares y que estos bloques están distribuidos en líneas horizontales y verticales, como los blancos de un enrejado. Cada bloque contiene un gran signo (rara vez dos), al que se agregan uno o más signos menores. Los primeros reproducen el núcleo de la expresión y se llaman "principales"; los más pequeños, afijos, que pueden calificar el sentido del signo principal o modificarlo considerablemente. Hasta ahora se han llegado a descifrar 862 signos en total, de los cuales 370 son afijos. Sin embargo, como los afijos amplificados también pueden desempeñar la función de signos principales, se han contado por separado, y con ello disminuye la cifra real. En este mismo sentido también se pueden restar las formas personificadas de un jeroglífico, es decir, la sustitución de un símbolo por una cabeza dibujada en cierta forma, que reproduce el mismo

concepto. Esta "doble escritura" es común sobre todo para números y cifras calendárico-astronómicas. Si deducimos también estos símbolos, nos queda un total de 750 signos. El conocimiento de esta cifra es importante porque así se pueden obtener algunas conclusiones de carácter de la escritura maya. En todo caso, sería demasiado afirmar que se trata de una escritura silábica o alfabética, cuando se habla de la escritura maya —y, en adelante, cuando hablemos de los mayas, será siempre de los mayas de las tierras bajas. Y por ello tampoco es de admirar que en todos los intentos de desciframiento no se haya encontrado, hasta ahora, ningún punto de apoyo.

¿Y cuál es entonces el carácter de la escritura maya? Todavía no podemos responder definitivamente a esta pregunta, aunque ya se tengan algunos indicios. J. Eric S. Thompson es el investigador, todavía vivo, que mejor conoce la escritura maya. Cree que a menudo se trata de una sencilla escritura fonética, una especie de escritura jeroglífica avanzada, en la que las figuras se han convencionalizado tanto que ya no se las puede reconocer. Dice, además, que frecuentemente se empleaban ideogramas y metáforas, siendo estas últimas las que reproducen importantes acciones y circunstancias que de otra forma no sería posible reproducir, puesto que son abstractas. Precisamente por el empleo de metáforas, de las que sin duda conocemos apenas una mínima parte, es tan difícil descifrar la escritura maya. A esto se agrega que no sepamos, por lo menos entre los monumentos, en cuál de los dialectos conocidos deben leerse estos signos, o si no se trata de algún dialecto ya muerto. Este último hecho podría ser la causa de que todos los intentos de desciframiento realizados últimamente con la ayuda de calculadoras hayan fracasado, igual que todas las demás noticias de desciframiento anunciadas con gran pompa, y que al ser estudiadas con algún detenimiento han probado tener poco fundamento. A pesar de todas estas enormes dificultades, en las últimas décadas se han hecho algunos adelantos, hasta en aquellas partes del texto que no tienen relación con el calendario o con la astronomía. Así se pudo comprobar que, por ejemplo, ciertos jeroglíficos en los monumentos reproducen, aparentemente, el nombre de centros mayores, o sea que se pueden interpretar como jeroglíficos de lugar. Otros parecen ser los nombres jeroglíficos de los gobernantes y parecen designar su fecha de nacimiento y de ascenso al poder. Precisamente esta ruptura es de gran importancia, puesto que de ahora en adelante se puede considerar como seguro que por lo menos algunos de los monumentos tienen un contenido histórico, hecho que hace algunos años todavía se dudaba. Tal vez en los próximos años se pueda disponer de alguna lista de gobernantes de este o aquel centro, que darían una base sólida a nuestros conocimientos históricos. No hay

que olvidar, sin embargo, que aunque conocemos en todos estos casos el contenido de los jeroglíficos o la combinación de los mismos, todavía no sabemos cómo rezaba la palabra correspondiente, y por lo mismo no hemos llegado a un desciframiento real, conocimiento que sí existe para una serie de signos principales y afijos, dibujados en los tres códices que se conservan. Por desgracia, los códices y monumentos están divididos por un periodo que comprende varios siglos, de modo que una transcripción de un grupo de jeroglíficos al otro no es posible, sobre todo porque las formas de los jeroglíficos son muy diferentes en los dos grupos.

Esto no atañe a los jeroglíficos calendárico-astronómicos, puesto que aun los de los monumentos, con algunas excepciones, se conocen ya hace tiempo, y esto no sólo por su contenido, sino también por su nombre correcto. De gran ayuda fue en este caso la concordancia considerable entre los jeroglíficos de ambos grupos, códices y monumentos, y los informes dejados por el primer obispo de Yucatán, Diego de Landa, cuyo otro mérito, bastante menos honroso, fue el de haber quemado la mayoría de los códices que encontró. Sin embargo, sus indicaciones proporcionaron la primera clave, el primer elemento, con cuya ayuda pudo emprenderse el desciframiento de los textos calendáricos.

Por si esto no fuera poco, el calendario maya es muy complicado. Se compone de diversas partes y ciclos, cuya combinación proporciona el contenido y su total comprensión. Dos de estos ciclos, que se designan como años, formaban la base. El "calendario ritual", de cálculo más sencillo, se forma por dos series que corren paralelas, de las cuales una consiste de los números 1 al 13 y la otra de 20 signos (Fig. 27). La coordinación de ambas series determinaba que solamente después de 260 días coincidiera nuevamente el mismo número con el mismo signo. Este calendario, llamado por los mayas tzolkin, representa un bien común mesoamericano, que prácticamente estaba difundido entre todos los pueblos de esta región. Por ello creemos que es muy antiguo, lo que, por la falta de representaciones, es difícil probar. Pudo ya haber existido durante la Fase La Venta, siendo probable que el calendario ritual de 260 días haya sido una invención de esta cultura tan importante.

Por otra parte, el segundo ciclo o calendario no se limitó a la región de las tierras bajas mayas, sino que también aparece entre otros pueblos, como el azteca y el zapoteca. Se basaba en el calendario solar y constaba de 365 días, divididos en 18 meses de 20 días y uno de cinco días, que se consideraban aciagos. Cada mes tenía un signo especial que se combinaba con los números del 0 al 19, con lo que, al contrario del tzolkin, no corrían ambas series una al lado de la

otra, sino que, como en nuestro calendario, los números, uno tras otro, se combinaban con los mismos nombres de los meses.

Si hacemos coincidir ambos calendarios, obtendremos una combinación de dos cifras y dos signos que se repiten después de 18 980 días. Este número de días corresponde, al mismo tiempo, a 73 "años" del calendario ritual o a 52 años del calendario solar, que los mayas llamaban haab. Esta unidad se llama rueda calendárica y forma entre los aztecas y otros pueblos la más alta unidad calendárica; es decir, la misma fecha se repetía cada 52 años y solamente dentro de este periodo puede ser exactamente identificada, pues sólo un conocimiento exacto del transcurso histórico permitiría establecer en qué rueda calendárica se encuentra una fecha determinada.



FIG. 27. "Signos del día" de la Época Clásica de las tierras bajas mayas; forma simbólica de los monumentos. *Línea superior, izq. a der.*: Imix, Ik, Akbal, Kan, Chicchán; 2ª *línea*: Cimí, Manik, Lamat, Muluc, Oc; 3ª *línea*: Chuén, Eb, Ben, Ix, Men; 4ª *línea*: Cib, Kabán, Etznab, Cauac, Ahau.



FIG. 28. Unidades numéricas de las tierras bajas mayas. *Línea superior*: formas simbólicas. 2ª *línea*: variantes en forma de cabeza de los monumentos de la Época Clásica. 3ª *línea*: formas simbólicas de los códices de la Época Posclásica. *De izq. a der.*: kin = 1; uinal = 20; tun = 360; katún = 7200; baktún = 144 000; piktún = 2 880 000; kalabtún = 57 600 000; kinchiltún = 1 152 000 000.

Esta falta de precisión a largo plazo la zanjaron aquellos que inventaron el sistema, aumentando a ambas fechas una cuenta más, que fijaba cada fecha dentro de un periodo de cerca de 5 125 años. Este método de fechar, llamado la Cuenta Larga, se encuentra ya a.c., en la Estela C de Tres Zapotes, que es una de las culturas que siguieron a la Fase de La Venta, de modo que no faltan quienes coloquen el descubrimiento de este método de contar y los principios algebraicos correspondientes en esta región y en la Fase de La Venta. Sin embargo, no tenemos ninguna prueba de que así haya sido.

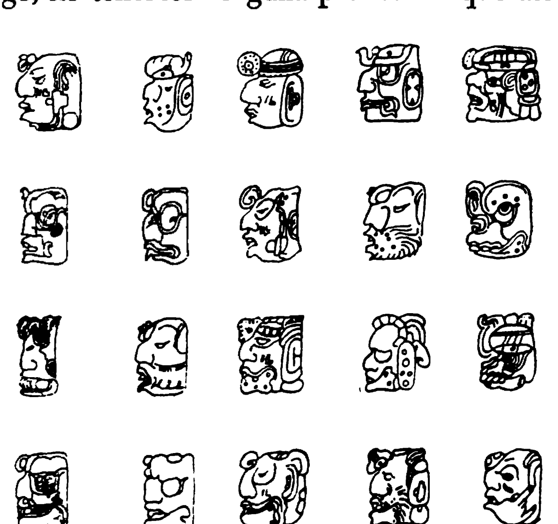


FIG. 29. Variantes en forma de cabeza de los números 1 a 19, así como de la cifra 0 o signo de consumación (abajo a la derecha), de los monumentos de las tierras bajas mayas de la Época Clásica. Los números del 13 al 19 se forman de las cabezas del 3 al 9 y una quijada descarnada que se tomó de la calavera que simboliza el 10. Los rasgos faciales pueden variar según los diferentes centros, pero para cada número mantienen características invariables.

Tres principios hacen posibles los cálculos de la Cuenta Larga: el de un punto de partida, el de la posición del número y, relacionado a ellas, el del cero. El punto de partida en la transcripción usual llamado ahora 13.0.0.0.0 4 Ahau 8 Cumhú, corresponde según la correlación Goodman-Thompson-Martínez, a la que nos referiremos más adelante, al año 3214 a.c., al 10 de agosto, si se emplea el calendario gregoriano. Así se encuentra, en la época del nacimiento de Cristo, si aceptamos este punto como comienzo de nuestra cuenta, ya en una época muy anterior. Esto sólo nos permite esta conclusión: que este punto de partida es una fecha mítica, como lo es la del comienzo del mundo actual, y no de una fecha real. Con esto se coloca entre el grupo de fechas cuyo punto de partida calendárico son míticas o de contenido histórico ficticio, casos que tampoco son raros en el Viejo Mundo: el calendario judío parte de la creación del mundo y el de los romanos, *ab urbe condita.*

Al situar el punto de partida en una fecha tan anterior, se necesitan enormes cifras para contar las fechas actuales, sobre todo porque no se contaba en unidades mayores que días. Este problema, en el que había que contar ya en millones, podía resolverse solamente por el empleo de los otros dos principios mencionados anteriormente: la posición de la cifra y el empleo del cero. Con esto, tanto el calendario como la escritura de los números y también el álgebra de los mayas, estaban muy adelantados en comparación con el sistema del Viejo Mundo, especialmente en la región del Mediterráneo que, o no conocía estos dos principios, o no los empleaba (compárese, por ejemplo, la escritura de los números romanos).

Las unidades de las cuentas mayas, y con ello las de todàs las culturas mesoamericanas que alcanzaron este nivel, estaban construidas según el sistema vigesimal, es decir, reproducían el 20 y sus múltiplos. Este sistema se interrumpía entre los mayas, por lo menos en las cuentas calendáricas, en la tercera posición, puesto que esta unidad constaba de 360 y no de 400, tal vez para acercarse más al año solar. Puesto que los mayas, de ser posible, escribían en columnas dobles de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha, se encontraba en una columna semejante a la unidad más pequeña, es decir, el uno o, en el calendario el día (kin), abajo a la derecha. Las otras unidades tenían los siguientes valores en sucesión ascendente —los nombres mayas entre paréntesis—: 20 (uinal), 360 (tun), 7200 (katún) y 144 000 (baktún). Estas eran las unidades necesarias para las cuentas calendáricas. Hay, además de éstas, unidades mayores que aparecen en los códigos posteriores y que comienzan con el pictún (2 880 000) que es más común y que terminan con el alautún, menos frecuente (23 040 000 000).

Cada una de estas unidades tenía su jeroglífico especial (Fig. 28),

todos conocidos actualmente. El coeficiente se indicaba, o bien por el método punto raya (punto = 1, raya = 5) o, como variante en forma de cabeza. En esta escritura cada número se reproducía por una cabeza especialmente conformada, tal vez la cabeza del dios de ese número.

Es interesante que tanto el 0 como también los números del 1 al 13 posean diferentes formas de cabeza, mientras que la variante en forma de cabeza para el 14 se formaba con la cabeza que indicaba el número 4, a la que se le agregaba la quijada descarnada (tomada de la calavera que representaba el 10). Con este mismo método se formaban las variantes en forma de cabeza, que indicaban los números hasta el 19 (Fig. 29). Este tipo de escritura parece indicar que los mayas operaban con un cierto concepto decimal, al que, sin embargo,

| | | |
|---|---|---|
| (A 1) | Jeroglífico introductor. El elemento variable en el centro es el jeroglífico de la deidad patrona del mes Yax. | (B 1) 9 Baktún 9 × 144 000 días = 1 296 000 días. |
| (A 2) | 12 Katún. 12 × 7200 días = 86 400 días. | (B 2) 10 Tun 10 × 360 días = 3600 días. |
| (A 3) | 5 Uinal. 5 × 20 días = 100 días. | (B 3) 12 Kin 12 × 1 día = 12 días. |
| (A 4) | 4 Eb. "Día", en la cuenta del calendario ritual de 260 días. | (B 4) G 4, Jeroglífico de nombre de la cuarta deidad en el ciclo de las 9 deidades (Señores de la noche). |
| (A 5) | F. Significado desconocido. | (B 5) 18 D. La Luna tiene 18 días. |
| (A 6) | 1 C. Ha terminado una lunación del medio año lunar (es decir, la fecha corresponde al segundo mes lunar del medio año lunar). | (B 6) A 10. La lunación actual tiene una duración de 30 días. |
| (A 7) | 10 Yax. "Mes", en la cuenta del calendario solar de 365 días. | |

Fig. 30. Series Inicial y Complementaria de la Estela 24, Naranjo, fechada 9.12.10.5.12 4 Eb 10 Yax (= 30 de agosto de 682 d.c.). Jeroglíficos en forma simbólica, números en el método de punto y raya. La explicación de cada uno se encuentra en el texto.

tal vez no correspondía una gran importancia. También existían variantes para los símbolos de las unidades, en forma de cabeza.

Entre las reproducciones se encuentran algunos ejemplos que explican estas cuentas calendáricas. Para poder describirlas, debemos antes abordar la cuenta, tan común ahora, por posiciones. En ésta se designan las series verticales, comenzando por la izquierda, con letras mayúsculas y las series horizontales, comenzando arriba, con números. El texto comienza, por lo tanto, después que explicamos la lectura a dos columnas, en A 1, siguen B 1, A 2, etc., hasta terminar las series A y B y continuar la lectura con C 1, a la que sigue D 1, C 2, etc. Si en uno de estos bloques se encuentran dos jeroglíficos, se designa el izquierdo con *a* y el derecho con *b*.

Un tipo de escritura relativamente sencillo presenta la Serie Inicial de la Estela 24 de Naranjo (Fig. 30), ya que en ella aparecen los números en el método de punto y raya y los símbolos o unidades con los jeroglíficos normales. Aquí la explicaremos con más detalle. En A 1 se encuentra un jeroglífico que se designa como jeroglífico introductor y que frecuentemente introduce la Serie Inicial, que comprende la cuenta principal. En éste sólo es variable la parte central, en este caso un arco doble con dos círculos. Depende siempre del signo del mes, en este caso Yax (en A 7). Se reproduce el símbolo de la divinidad que regía el mes; para Yax, la divinidad del planeta Venus. En B 1 sigue entonces el signo del baktún con el número 9, en A 2 12 katún, en B 2 10 tun, en A 3 5 uinal, y en B 3 12 kin. Este número se reproduce actualmente en la escritura moderna como 9.12.10.5.12. Si convertimos este número a cifra, nos da la siguiente operación:

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| 9 baktún | = | 9 × | 144 000 | = | 1 296 000 |
| 12 katún | = | 12 × | 7 200 | = | 86 400 |
| 10 tun | = | 10 × | 360 | = | 3 600 |
| 5 uinal | = | 5 × | 20 | = | 100 |
| 12 kin | = | 12 × | 1 | = | 12 |
| 9.12.10.5.12 | | | | | 1 386 112 |

es decir, desde la fecha inicial 13. 0.0.0.0 4 Ahau 8 Cumhú, han transcurrido 1 386 112 días, lo que significa que llegaremos, partiendo de la fecha inicial 10.8.3214 a.c. (calendario gregoriano) y después de sumarle 1 386 112 días, a una fecha que es, según la correlación aquí empleada, el 30 de agosto de 682 d.c.

Sin embargo, con esto no se ha cerrado todavía la cuenta fundamental, puesto que a la Serie Inicial que forman, corresponden todavía las del "calendario ritual" y del calendario civil o solar. El "signo del día" que corresponde al primer calendario, se encuentra inmediata-

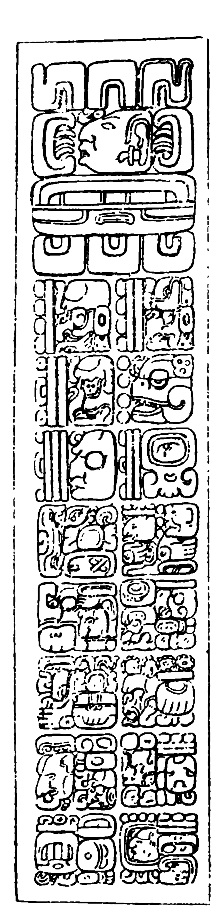


FIG. 31. Parte superior de la inscripción en el costado occidental de la Estela E, Quiriguá $A_1$-$B_3$: Jeroglífico introductor del mes Kayab. $A_4$-$A_6$: Serie Inicial, cifras en punto y raya, los periodos como variantes en forma de cabeza. El coeficiente del signo tun ($A_5$) indica un error, puesto que debería decir 13 y no 12 como está marcado. La Serie Inicial corregida debe leerse: 9.14.13.4.17 (= 2 de enero de 725 d. c.) $B_6$: el día 12 Cabán. $A_7$-$B_{8a}$: Serie Complementaria: aquí como en las otras inscripciones se encuentran dos jeroglíficos en cada cuadrado, lo que produce algunas variaciones. Significa: $A_7$: G 7 (Séptimo Señor de la Noche) y F; $B_{7a}$: 7D (la Luna en su séptimo día); $B_{7b}$: 3 C (han transcurrido tres lunaciones del medio año lunar); $A_{8a}$: X 3 (significado desconocido); $A_{8b}$: B (significado desconocido); $B_{8a}$: A 10 (la lunación actual es de 30 días); $B_{8b}$: fecha lunar 5 Kayab; $A_{9a}$: tal vez un verbo que pudiera significar nacimiento; $A_{9b}$: nombre del así llamado Gobernante I de Quiriguá (probablemente se llama "Cielo de dos piernas"); $B_{9a}$: título o nombre; $B_{9b}$: desconocido; $A_{10a+b}$: desconocido; $B_{10a}$: jeroglífico de lugar ¿de Copán? $B_{10b}$-$B_{11b}$: Serie Secundaria; $B_{10b}$: 13 uinal 3 kin; $A_{11a}$: 6 tun; $A_{11b}$: agregar; $B_{11a}$: 4 Ahau; $B_{11b}$: 13 Yax (esta es la versión abreviada de la nueva fecha 9.15.0.0.0, que al agregarle 6.13.3, resulta en la fecha Inicial 9.14.13.4.17).

mente abajo del signo de kin en A 4 y significa 4 Eb, mientras que el signo del mes que corresponde al calendario civil con su número, se encuentra en A 7; después de un espacio se lee 10 Yax y significa que la fecha dada anteriormente: 9.12.10.5.12, cae en el undécimo día del mes Yax. Escrita completa según nuestro método actual, la fecha de la Serie Inicial de la Estela 24 de Naranjo es: 9.12.10.5.12 4 Eb 10 Yax.

Según este mismo principio están construidas todas las Series Iniciales que se reproducen aquí. Las diferencias consisten, sobre todo, en que la fecha del costado oriental de la Estela E de Quiriguá (Fig. 31), los jeroglíficos están reproducidos como variantes en forma de cabeza, mientras que los números todavía se representan con el método punto y raya. En la Serie Inicial de la escalera de la Casa C de Palenque, tanto los jeroglíficos como los números están esculpidos como variantes en forma de cabeza (Fig. 32).




FIG. 32. Serie Inicial de la escalera a la Casa C del grupo de Palacio, Palenque, Chiapas. Los números y los periodos se representan por medio de las variantes en forma de cabeza. $A_1$: Jeroglífico introductor del mes Pop; $B_1$: 9 baktún; $A_2$: 8 katún; $B_2$: 9 tun; $A_3$: 13 uinal; $B_3$: 0 kin; $A_4$: 8 Ahau; $B_4$: 13 ¿? El jeroglífico destruido $B_{4b}$ puede completarse como "Pop". La fecha corresponde al 14 de febrero de 603 d.c.

Con esto, sin embargo, no se han agotado las series calendáricas empleadas por los mayas y que comúnmente se encuentran en sus monumentos. Existía además un calendario lunar bastante complicado, formado por ciclos de casi siempre 6 meses (= medio año lunar) de 29 o 30 días. Esta cuenta se encontraba en la así llamada Serie Suplementaria, que generalmente se añadía a la Serie Inicial, y que, por lo tanto, se encuentra entre los signos que se refieren al calendario ritual y al civil. En el ejemplo explicado detalladamente de la Estela 24 de Naranjo (Fig. 30), muestra el jeroglífico D en la posición B 5, con su coeficiente 18, que se había alcanzado el decimonono día de una lunación o de un mes lunar; el jeroglífico C con su coeficiente 1 que se encuentra en la posición A 6, era la primera del medio año lunar, y el jeroglífico A 10 en la posición B 6, indica que esta lunación

duraba 30 días. Este calendario lunar se relacionaba con los otros ciclos ya mencionados y formaba con ellos nuevas unidades mayores.

Importante era también una serie de nueve dioses, identificados como los "Señores de la noche", que corrían como serie independiente al lado del calendario ritual y del calendario solar y forman también con éstos una gran unidad (de 170 820 días = 9 ruedas calendáricas = 268 años civiles = 657 series del calendario ritual). En la Estela 24 de Naranjo, esta serie está representada por el jeroglífico G 4, que tal vez simbolice un dios del maíz, representado en la posición B 4. Otros jeroglíficos de la Serie Suplementaria, que no aparecen muy regularmente, esperan ser descifrados.

Finalmente, debemos mencionar otro calendario, que hasta ahora no ha sido posible identificar en los monumentos, pero que es muy importante en los códices, especialmente en el *Códice de Dresde*. Se refiere al planeta Venus, cuya revolución sinódica había sido fijada por los mayas en 584 días, lapso que se dividía en periodos menores de 236, 90, 250 y 8 días, que corresponden con bastante exactitud a las épocas en que este planeta es visible, ya sea como estrella de la mañana o de la tarde, así como aquellos en los que no se ve. También en este caso se combinaban los diferentes calendarios, con lo que el ciclo común más importante consistía de 2 920 días. Comprendía 5 años de Venus u 8 años civiles. Otras combinaciones se referirán más adelante en otro contexto.

Como se ve por la anterior explicación, todos los valores de los mayas eran sólo aproximaciones. Su año solar de 365 días era, frente a la revolución solar, 0.2422 días más corto, es decir, cada cuatro años su año solar retrocedía un día con respecto al verdadero año solar, de modo que en el transcurso de los siglos los días del calendario solar recorrían todas las posiciones de las estaciones. Esta particularidad era de gran importancia para las fiestas fijadas dentro del calendario solar, que se relacionaban con determinadas estaciones, puesto que una fiesta para la siembra en medio de la temporada de seca no tenía sentido. Nos parece que la dificultad principal de los mayas fue que o no conocían las fracciones, o no las podían representar, teniendo que contar con cifras enteras, es decir, con días enteros. Y sin embargo, parece que conocían perfectamente la duración real del año trópico. Le habían dado un valor de 365.2420 días, según se ha podido calcular actualmente, mientras que según cálculos astronómicos modernos, asciende a 365.2422 días. Puesto que nuestro calendario gregoriano actual lo supone de 365.2425 días, el año solar maya corregido, se acercaba 1/10 000 de día más a la realidad que el nuestro. Esta asombrosa conquista ya se puede comprobar en el siglo VI, época en que en Europa todavía se empleaba el inexacto calendario juliano. Sin entrar en

detalles acerca del mecanismo de las correcciones, diremos solamente que la duración verdadera se calculaba nuevamente al final de una rueda calendárica, es decir, después de 52 años civiles, aproximadamente. Las correcciones se grababan en los monumentos en las así llamadas Series Secundarias. Y también por medio de cálculos semejantes, el calendario lunar era modificado y el de Venus corregido.

Sin embargo, parece que estos cálculos no eran hechos por los mayas por simple curiosidad científica (aunque este puede haber sido el caso de algún sacerdote), sino que sus motivos eran de tipo mágico. Tanto los números como los meses del calendario civil, los días del calendario ritual y todos los otros ciclos, estaban adscritos a diferentes dioses y tenían, por ello, un poder mágico, muy necesario para las predicciones astrológicas. Por lo mismo, era de gran importancia saber qué influencias, buenas o malas, coincidían en un día determinado, y para este fin había que conocer por anticipado la combinación exacta de todos los calendarios. Todas las unidades calendáricas de los mayas se encontraban en una peregrinación más o menos larga, en la que los números, imaginados como dioses, llevaban las unidades sobre sus espaldas en forma de atados. Esto se reconoce especialmente cuando los jeroglíficos están formados como figuras completas, caso poco común. Si este fuera el caso en el ejemplo presentado de la Estela 24 de Naranjo, entonces el dios del número 9 cargaría sobre la espalda un atado con el baktún, ya sea como jeroglífico, o personificado; el del número 12 llevaría el atado-katún, etc. Los mayas creían que al final del día los dioses descansarían por un momento, poniendo a un lado su atado, para después, ya renovados, reanudar su marcha. Pero ahora, en lugar del dios del número 12 sería el del número 13 el que tomara el atado kin; el dios del número 5, que debía cargar a eb, era sustituido por el del número 6 con el atado ben. También la Luna y el planeta Venus eran transportados de esta forma.

El hecho de encontrarse determinados cargadores con sus cargas en el mismo lugar de descanso, era de especial importancia en el aspecto mágico. Así surgieron los diversos ciclos, que en realidad no eran otra cosa sino estos encuentros. Damos un ejemplo para aclarar esto y la influencia de las combinaciones por este modo de pensar: sin ninguna corrección, los dioses del año Venus y del año ritual, llegaban al mismo lugar de descanso después de 37 960 días, puesto que esta unidad correspondería a 65 años de Venus o a 146 años rituales, que comenzaban con el día 1 Ahau. Al mismo tiempo, son también 104 años solares, de modo que de acuerdo con esta sencilla cuenta, los tres caminantes llegarían al mismo tiempo al mismo lugar, un hecho de considerable importancia ritual y adivinatoria. Sin embargo, en el

transcurso de los 65 años de Venus, se había acumulado un error de 5.2 días entre el año de Venus (584 días) y su verdadera revolución (583.92 días), de modo que en realidad los dos caminantes no llegaban al mismo tiempo, hecho conocido por los mayas. Para reunir el fin del año de Venus con el día 1 Ahau, sólo se podían restar de cuatro unidades divisibles, puesto que de otro modo no se podía alcanzar un día 1 Ahau. El problema lo solucionaron así los mayas: al sexagésimo primer año de Venus, que debía terminar en un día 5 Kan, se le restaban 4 días, que adelantaban el final a un día 1 Ahau. Así se conseguía un grupo corregido de 61 años de Venus de 35 620 días, que correspondían a 137 años rituales, de modo que ambos caminantes se reunían siempre después de un periodo semejante, aunque ya no se podía hacer coincidir al año civil. El error mismo ascendía ahora a sólo 0.88 días, que era demasiado largo para este ciclo (35 619.12 días). Para corregir éste a su vez, al final del quincuagésimo séptimo año de Venus del quinto ciclo, se hacía una corrección de 8 días en lugar de cuatro, con lo que el error acumulado en 301 años de Venus (481 años civiles aproximadamente), ascendía sólo a 8/100 de día, una proeza verdaderamente asombrosa.

Hemos tratado con tanto detenimiento la escritura y el calendario de las tierras bajas mayas, puesto que, como dijimos anteriormente, se trata de la máxima conquista intelectual de los indígenas mesoamericanos y tal vez de todos los indígenas de la época prehispánica y sólo un examen detallado puede explicar la complejidad del orden de sus ideas. Estos conocimientos eran, con seguridad, conocidos solamente por ciertas capas o grupos sociales, especialmente sacerdotes, mientras que la gran masa de la población permanecía en la ignorancia.

Si prescindimos por un momento de los aspectos que hemos tratado con detenimiento, es decir, la escritura, el calendario, la escultura y la arquitectura, resulta la siguiente imagen de la cultura de los mayas de las tierras bajas: hacia 500 d.c. pocos rasgos, que aumentaron, por conocimientos e indicaciones en los siglos posteriores, llegando hasta cerca de 900 d.c.

Vista desde el punto de vista cultural, la región de las tierras bajas mayas formaba una unidad, sobre todo en los aspectos de buenas costumbres, descubrimientos y conocimientos en el campo de la astronomía, por ejemplo, conocimientos que se expandían rápidamente de un lugar a otro. Por el contrario, desde el punto de vista político, la región estaba dividida en una cantidad desconocida de principados de diferentes tamaños, a la cabeza de los cuales se encontraba un gobernante hereditario, como hemos sabido gracias a los últimos descubrimientos. Bajo él se encontraban los nobles (Lám. 56), que

eran los señores de poblaciones menores, mientras que un grupo de nobles menores podía haber formado el siguiente estrato de la escala social. Todavía no sabemos si los supremos sacerdotes pertenecían a este grupo o si formaban un grupo aparte o si, como se creyó por tanto tiempo, el poder civil y religioso habían alcanzado ya tal unidad, que pudiéramos hablar de príncipes-sacerdotes. Por lo pronto, parece que, por lo menos entre los soberanos, prevalecían los aspectos civiles. Hacían que a ellos o a sus predecesores les fueran levantadas estelas y otros monumentos para dejar consignados ciertos hechos. Al morir estos señores, eran depositados en cámaras mortuorias abovedadas, con paredes de mampostería y pintadas en parte, que se excavaban en las pirámides ya existentes, o sobre las que se levantaba un nuevo templo. A los muertos, enterrados con sus mejores galas, se les ofrendaban numerosas vasijas de barro policromas, ornamentos y muchos otros objetos, que han desaparecido. En la cripta eran sacrificadas las personas que debían acompañar al personaje en su viaje al más allá. También los gobernantes se diferenciaban de la gran masa de la población por sus ornamentos más preciosos, el empleo de pieles de jaguar en sus vestidos, etc. Es posible que los nobles gozaran de privilegios semejantes, y que esta nobleza fuera comparable con los príncipes feudales de la Europa medieval, puesto que en las famosas pinturas murales de Bonampak (Láms. 58 y 59) del siglo VIII, que nos proporcionan una buena imagen, y tal vez la única, de la vida de la corte, de los trajes, las costumbres y los usos, los nobles llevan también piel de jaguar, anchos collares de jade, largos abrigos que les colgaban por la espalda o capas cortas que les llegaban a las caderas, así como sandalias, ropas, todas éstas, que no eran comunes entre las gentes del pueblo.

El tipo de vida de los campesinos difícilmente puede haberse diferenciado del de sus antecesores. Continuaban viviendo en caseríos, en chozas techadas de paja, y seguían sembrando los campos en la forma tradicional, con la vara de sembrar. Sus vestidos no eran tan ricos como los de los nobles y consistían, entre los hombres, de una túnica larga que raras veces llegaba hasta los tobillos (en caso de que no se haya tratado de un traje de la corte), que se detenía con cinturones anchos, cuyos extremos colgaban largos al frente, como los de los taparrabos, que sin duda también existían. Se cree que las mujeres fabricaban el material para éstos y para sus largos vestidos, tipo camisa, que muy bien podrían ser los predecesores de los modernos huipiles, también sin mangas, de las tierras altas guatemaltecas. Las vestiduras de los hombres parecen haber estado bellamente bordadas, como desgraciadamente sólo podemos deducir de las pinturas murales

de Bonampak, ya que los originales se perdieron en el clima húmedo y caliente.

Las costumbres de vida de los habitantes comunes y corrientes de los centros, ya se tratara de centros religiosos de las *dispersed cities,* o de verdaderas ciudades como Tikal, se parecían a aquellas de los habitantes de los pueblos, aunque la mayoría de los habitantes de los centros apenas se dedicaran a la siembra, puesto que estaban dedicados a labores artesanales o al servicio de los señores, ya fueran nobles o sacerdotes. Indicativo de la maestría de estos artesanos son los productos de gran calidad encontrados en las tumbas, como las vasijas de cerámica con pintura policroma, y representando figuras (Lám. 57), los relieves y figuras de jade y otras piedras y los mosaicos hechos de fragmentos de piedra y conchas, que representaban máscaras, orejeras, figuras y otros objetos. Es probable que otros especialistas se hayan ocupado de las pinturas murales, los relieves de los monumentos y tal vez hasta de la arquitectura, para los que probablemente los sacerdotes creaban los planos, por lo menos en lo que se refiere a los textos. Todavía no nos es posible decir si estos "ciudadanos" formaban un grupo especial y si se diferenciaban de aquellos que trabajaban como clérigos menores y servidores del templo o como criados de la corte, o haciendo los trabajos pesados en la construcción de los edificios y las pirámides. Pero sin duda estos últimos, aunque no estuvieran constituidos en una clase, no formaban la capa social más baja dentro de una ciudad, puesto que ésta estaba formada por los esclavos, de cuya existencia tenemos diferentes señales, por ejemplo, los sacrificados en las cámaras mortuorias de los grandes personajes. Este grupo puede haber estado formado por prisioneros de guerra, como lo indican las pinturas de Bonampak. Si había otras causas que llevaran a la esclavitud, no se sabe, pues nuestros conocimientos de las clases bajas de la sociedad son mucho más reducidos que los de las clases superiores, tanto en esta como en todas las regiones mesoamericanas.

Ya mencionamos, al hablar de la "nobleza", que todavía no es posible clasificar al sacerdocio, pues no sabemos si éste y la nobleza eran lo mismo. En todo caso, en las pinturas murales de Bonampak no se encuentran figuras pintadas que pudiéramos designar como sacerdotes. A pesar de esta aparente invisibilidad, les debe haber correspondido una gran influencia, puesto que según opiniones corrientes, eran ellos los que estaban capacitados para leer la escritura, hacer e interpretar las observaciones astronómicas, hacer concordar los calendarios y los fenómenos que ocurrían en ellos y eran, en fin, los depositarios de la sabiduría. Y si es que no dirigían los asuntos públicos, por medio de sus predicciones y de su magia, los influían

grandemente. Aquí podrían ser necesarias modificaciones de estas opiniones, mediante nuevos juicios de las implicaciones y contradicciones históricas, en lo que se refiere a una casta hereditaria de gobernantes, pues seguramente tanto los gobernantes como la nobleza deben haber tenido conocimientos aunque fueran muy rudimentarios de la escritura y del calendario, para lo que sería necesaria la división, aún no definitivamente probada, de los poderes religiosos y civiles en las tierras bajas mayas.

La religión era de gran importancia en la vida de la gente común. Tanto en los centros como en las ciudades los templos eran los edificios que más sobresalían, estando dedicados a numerosos dioses, de los que sólo conocemos los nombres de los de la época de la Conquista. Los dioses del maíz o de la vegetación, las divinidades de la lluvia y de la fertilidad, de la Luna, del Sol, del planeta Venus y de la muerte, deben haber desempeñado importantes papeles. Creemos que, al lado de ellos, haya existido una cierta veneración de los antepasados y hasta tal vez la deificación de los gobernantes, que podría expresarse en los templos erigidos sobre su última morada, la que, en caso de haber existido, no era muy duradera, como nos lo indican los nada raros saqueos de las ricas tumbas. También es posible que estos templos estuvieran dedicados a los antepasados divinizados, considerados como dioses de una gran familia. Los nombres, los así llamados pedernales, de forma excéntrica y los dibujos grabados sobre las hojas de obsidiana, tanto como las numerosas cabezas de animales de los tocados ceremoniales, indican que la mayoría de estos antepasados eran de naturaleza animal.

Por otra parte, no debemos pasar por alto la importancia económica de la religión, pues no sólo se necesitaba una gran cantidad de objetos ceremoniales de los más diversos materiales, que en parte se debían importar, sino que exigía también la actividad de un buen sector de la población, que debía ser alimentado. También en el "comercio exterior" las necesidades religiosas al lado de los ornamentos y de la representación desempeñaban un importante papel. Esto lo sabemos por el contenido de los así llamados escondites, hoyos recubiertos en parte de mampostería, en los que se depositaban ofrendas. Aparecen abajo de las estelas, o como ofrenda en ocasión de la construcción, de expiación o de otros tipos, en pirámides y edificios. En Tikal, donde se conocen bien, había muchas veces en el fondo una sustancia compuesta de arena, pedacitos de jade molido y de hematita, sobre la que se depositaban muchos objetos más, como los ya mencionados pedernales y obsidianas, vasijas especiales, figuras de madera recubiertas con mosaicos de concha y jade, etc. Sin embargo, el grupo más importante encontrado entre estos escondites eran los objetos

provenientes de los mares lejanos, como conchas, especialmente las del tipo *Spondylus*, desde rojas hasta anaranjadas, gusanos de mar, esponjas, algas, corales y espinas de rayas, en estado original o fragmentadas y las conchas *Spondylus* trabajadas en figuras. Ya que Tikal se encuentra prácticamente en el centro del Petén y bastante lejos del mar, estos objetos marinos deben haberse transportado enormes distancias, con lo que adquirían un gran valor.

En esta relación es muy importante hacer notar que, al contrario de la idea que ha prevalecido por tanto tiempo de un aislamiento cultural de la zona maya de las tierras bajas, las excavaciones de Tikal han descubierto fuertes contactos con el mundo exterior, especialmente con Teotihuacan, contactos que parecen haber existido, sobre todo, en el siglo v, no limitados solamente a la importación de vasijas de barro del estilo y con motivos de Teotihuacan y de otros objetos de fácil transportación, sino principalmente a la importación del estilo de la cultura de Teotihuacan, que vemos reflejada en algunos monumentos, como por ejemplo, la figura de Tláloc en la Estela 32 o las figuras de los guerreros en la Estela 31 de Tikal. Por otra parte, en Teotihuacan se han encontrado relieves de jade de tipo maya. Todavía no es posible determinar cómo llegaron a Tikal esta influencia y los aparentemente puros elementos estilísticos. También es notable que los productos y los elementos estilísticos de las tierras bajas mayas, se encuentren apenas fuera de esta zona, con lo que debemos exceptuar a Yucatán, donde en esta época ya florecía una cultura casi idéntica. Apenas hacia 550 d.c., cuando comienza la Época Clásica tardía, se notan influencias en la zona fronteriza norte de las tierras altas de Guatemala, en Honduras occidental, zonas que no pertenecían al ámbito de las tierras bajas mayas propiamente dichas, y en El Salvador occidental y central, influencias que llevaron hasta la creación de un nuevo estilo "mayoide" en la cerámica, igual que en los diferentes estilos Uloa en Honduras occidental (Lám. 60) y el estilo Copador en El Salvador (Lám. 61).

Una excepción de lo que acabamos de decir parecen ser las relaciones que unían la región de las tierras bajas mayas con Tabasco y con el sur de Veracruz, dándose el caso de que Tabasco, con el correr del tiempo, fue incorporándose más y más dentro del verdadero territorio maya. Parece ser que el centro principal de esta región era Cerro de las Mesas, que posee algunos grandes edificios revestidos de estuco y una serie de estelas que presentan dos fechas, hacia 500 d.c., del tipo Serie Inicial de los mayas. Es probable que sólo hayan continuado una tradición ya existente en las épocas anteriores a Cristo, aunque también pudieron recibir estos impulsos retrospectivamente, por así decirlo, de las tierras bajas mayas. Las relaciones

existentes se pueden comprobar, en cierta forma, en las figuras ricamente vestidas que adornan las estelas. Por cierto que éstas no tienen el trazado suave y hasta animado de los mayas, sino que producen el efecto de ser algo rígidas y geométricas y de estar hechas con menor habilidad. También se puede comprobar una fuerte influencia de Teotihuacan, que tal vez contribuyó a esta geometrización, más notable aún en la cerámica, aunque también en una serie de edificios, como el que se encuentra dentro de la pirámide de Matacapan, que es una construcción típica de talud y tablero. A pesar de todo, esta cultura es solamente un reflejo de la antigua cultura de La Venta, de esta misma región, de la que sólo aquí y allá se entrevén destellos.

Las culturas del centro de Veracruz, conocidas como Tajín y Remojadas, las más importantes, la dejan muy atrás. El nombre de la primera cultura que mencionamos, viene del sitio arqueológico El Tajín, cerca de Papantla (Lám. 62). Es conocido, sobre todo, por su pirámide de nichos, en los que se descomponen las paredes verticales de sus seis cuerpos, lo mismo que del edificio que se encuentra en su cima, en un total de 364 nichos. Junto con la ancha escalera que da hacia el oriente y que también está dividida en nichos, produce un efecto arquitectónico fascinante. La división de las partes de la pared en porciones verticales y horizontales, también reouerda a Teotihuacan, de la que se encuentran fuertes influencias en esta región. Un tipo especial de construcción en El Tajín lo representan los juegos de pelota, tal vez los más antiguos de Mesoamérica, que todavía no han alcanzado su forma definitiva, sino que sólo consisten de una plaza larga, rectangular, acompañada en cada uno de los lados más largos de una plataforma con una pared en declive. Estas paredes estaban decoradas con relieves (Lám. 63) que muestran, entre las complicadas bandas tejidas características, escenas bien realizadas de contenido mitológico y que muestran el protocolo del juego de pelota, que probablemente surgió en esta tierra costera, donde el caucho necesario para las pelotas se encuentra al natural y en grandes cantidades.

Muy relacionadas con el juego de pelota, aparecen dos grupos menores de esculturas en piedra, características de la cultura del Tajín: los así llamados yugos y las palmas. Los primeros son objetos en forma de "U", rara vez rematados en forma recta, generalmente lisos, aunque los hay cubiertos de ricos relieves (Lám. 64). Su significado no ha sido definitivamente explicado, pues un grupo de investigadores supone que eran usados por los jugadores como cinturones, basándose en los dibujos de los relieves, mientras que otro grupo cree que, por su peso, estos yugos de piedra son reproducciones ceremoniales de los verdaderos "cinturones" de madera. Estos mismos

argumentos son empleados en el caso de las palmas, que se podrían designar como de "forma de remo" (Lám. 65) y que según los dibujos, se llevaban en los cinturones, delante del cuerpo. La función de las "hachas ceremoniales" o "cabezas planas" (Lám. 66), se desconoce por completo. El motivo principal de estos objetos es una cabeza humana, por lo menos en su forma básica, aplanada en los lados. Pueden haber sido elementos de construcción, aunque su presencia en las tumbas habla contra esta suposición. Todos estos objetos muestran figuras humanas o partes de figuras, junto con los típicos dibujos de tejido o espiral ya mencionados, que se destacan por un gran realismo y una gran calidad artística. Ésta se encuentra más realzada en las caras humanas. Pero es difícil que haya sido ésta la razón de su amplia difusión, en el sur hasta El Salvador y en el norte hasta la Huasteca, pudiendo ser más bien su relación con el juego de pelota, aunque tampoco podemos excluir la posibilidad de migraciones en esta zona.

La segunda de las mencionadas culturas del centro de Veracruz, Remojadas, se conoce sobre todo por sus figuras de barro (Láms. 67, 68 y 69), un grupo de las cuales ha recibido el nombre de "caritas sonrientes", debido a su expresión facial, que representan diferentes jugadores de pelota, que también aparecen entre las figuras macizas de barro más sencillas, de un nivel artístico más alto. Este segundo grupo muestra otras actividades también y nos da una idea de los trajes que se usaban en esta región. El vestido consistía de una falda y de una capa corta para ambos sexos (Lám. 69). El tocado era muy variable, sustituido a veces por complicados peinados. Parece que también era usual una pintura facial a base de caucho, que también aparece reproducida en las figuras de barro (Lám. 68). Finalmente, debemos mencionar un tercer grupo de figuras de barro, que algunas veces eran de tamaño natural y que casi parecen vivas. Estas figuras estaban vacías y se hacían a mano (Lám. 67).

En cuanto a nuestros conocimientos de las regiones occidentales de México, Colima, Nayarit y Jalisco, reciben un gran impulso, gracias a las numerosas figuras de barro, que se suponen de esta época, y mediante las cuales podemos reconstruir la vida de la gente del pueblo. Haciendo a un lado las diferencias regionales, podemos dividir las figuras de barro en dos grupos que se complementan mutuamente en el valor asertivo de su testimonio. Uno de los grupos consta de grandes figuras vacías, generalmente de un color café rojizo y de rasgos muy arcaicos (Láms. 70, 71 y 72). Frecuentemente las cabezas son de dimensiones exageradas, mientras que los miembros, en caso de no estar empleados para el equilibrio de la figura, están deformes. También las figuras del segundo grupo, de color café claro por no

estar pintadas, recuerdan los tipos sencillos de los periodos formativos de las zonas centrales. Mientras que las figuras grandes aparecen solas o en parejas, las pequeñas, sobre todo las de Nayarit, aparecen en grupos que representan escenas pueblerinas. Por cierto que las figuras no están estáticas, sino que tienen mucho movimiento y aparecen ocupadas en las tareas más diversas.

Según esto, el pueblo estaba formado por una serie de casas que se encontraban sobre plataformas. Los complicados techos de las casas terminaban en punta y eran de líneas varias veces interrumpidas. La escalera, construida generalmente al frente de la plataforma, dejaba libre una cámara hueca. Las entradas a las chozas, consistentes de un solo cuarto, eran de dos tipos: anchas, con un soporte central tipo columna, o bien angostas y pequeñas. Otras construcciones frecuentes en los pueblos eran las pirámides redondas que formaban el punto central, y los juegos de pelota.

Todos los pobladores andaban parcialmente desnudos; las mujeres usaban a menudo faldas hasta la rodilla y menos frecuentemente camisas o capas cortas, sobre todo en Nayarit, donde el uso del taparrabo estaba muy difundido entre los hombres, los que también usan camisas algunas veces. Los así llamados guerreros usaban un peto de material desconocido, tal vez de algodón acolchado, sin mangas y frecuentemente de cuello alto, hasta la barbilla, que les protegía el cuello. Este peto les cubría el tronco y llegaba hasta las caderas. También llevaban un tocado especial, como yelmo, que terminaba en dos puntas o cuernos. Los tocados eran muy variados y parece que las bandas, que se llevaban como coronas alrededor de la frente y los yelmos en Jalisco, a la moda del suroeste, gozaban de gran popularidad. Los adornos para el cuello, brazos y piernas eran muy variados, y consistían, frecuentemente, de una o varias cadenas de perlas (¿de piedras o semillas?). Más notables y característicos para esta región son los ornamentos para las orejas y la nariz; numerosos anillos que se introducían uno por uno, eran ajustados al tabique de la nariz, mientras que el borde de las orejas se adornaba con muchos botones o anillos (Lám. 72), adornos muy comunes en México. También eran comunes las orejeras para los lóbulos; relacionada con la ornamentación, todavía debemos mencionar la pintura, que según las figuras de barro estaba muy difundida. Se aplicaba en el cuerpo, sobre todo en los pechos de las mujeres, en la cara y en las extremidades (Lám. 70).

En cuanto a las actividades representadas por las figuras, hay algunas que se repiten con frecuencia, como los cargadores (Lám. 71) que llevan su carga de vasijas de barro u otros objetos en una red que está ajustada a la frente por una banda; otros cargadores descansan

y tienen la red vacía. Otra tarea propia de los hombres era la caza en la que se empleaban hondas o pedazos de madera parecidos a un bumerang. El equipo de los guerreros estaba formado por el peto y el yelmo ya mencionados, y por clavas y algunas veces escudos, tan altos como ellos mismos. Las mujeres aparecen cuidando niños, moliendo maíz en metates rectangulares o llevando agua en cántaros que descansaban sobre los hombros (Lám. 70).

Más frecuentes que estas representaciones de actividades cotidianas, son las de las fiestas y ceremonias, entre las que se encuentran los juegos de pelota y los relacionados con el volador. En éste se encuentra, al final de un largo poste, una rosca móvil, a la que se amarran cuerdas, en cuyos extremos libres eran amarrados unos hombres que se lanzaban hacia abajo con los brazos abiertos. La rosca se pone en movimiento al irse desenrollando las cuerdas, de modo que los voladores, casi siempre cuatro, bajaban en espiral a la tierra. Estos juegos, que antiguamente tuvieron un significado religioso, aún pueden verse en Veracruz, lo que indica su antigüedad, su representación en la plástica del México occidental hacia 500 d.c.

Las danzas también gozaban de gran popularidad, especialmente las que se bailaban en círculo, pues las danzas de una sola persona estaban reservadas a los sacerdotes magos, que siempre vestían pieles de animales. Los hombres se encargaban de tocar la música, acompañándose con la tambora, flautas, trompetas de caracol, sonajas y tablas-sonajas (Lám. 72). La acrobacia también estaba reservada al sexo masculino y las figuras los muestran haciendo "puentes" o parados de cabeza, tocándose ésta con los pies. Uno de los grupos más comunes y que también aparece en las figuras solas, es el de hombres descansando, recostados en el suelo o sobre una tabla oblicua con dos patas en la cabecera. Se sentaban en cuclillas o sobre banquillos.

Las grandes figuras de animales, muy bien modeladas y que parecen haber sido hechas con cariño, nos hablan de su amor por ellos. Están representados hombres y perros u hombres con un pájaro sobre el hombro, o en vasijas. Las representaciones de perros son muy frecuentes y de un gran realismo. Como todos los objetos de barro que representan figuras, éstos también provienen de profundas tumbas de esta región occidental y se ha pensado que los antiguos mexicanos creían que estas figuras de perros revivían en el más allá pasando las almas por sobre la corriente del inframundo. Con esta misma idea, las figuras de barro también podrían haber sido pensadas como servidores para la otra vida, redimiendo de esta manera a las antiguas víctimas del sacrificio.

Estas poderosas culturas del occidente de México y la de Teotihuacan en el altiplano, que se encontraba en pleno florecimiento,

trajeron consigo que hacia esta época la frontera norte de la zona cultural mesoamericana se deslizara más hacia el norte, principalmente a lo largo de la zona montañosa anterior a la Sierra Madre Occidental. Hacía ya tiempo que existía aquí un corredor cultural que conducía ideas y productos mesoamericanos al suroeste de los Estados Unidos de América, zona que más tarde había de ser ocupada por los indios pueblo. Entre los productos que se exportaban por este medio, estaban el maíz, los frijoles, las calabazas, la cerámica y también algunos conocimientos como el de la irrigación. Parece, sin embargo, que en este corredor no existieron por mucho tiempo colonias permanentes, apareciendo las primeras hacia 100 d.c. aproximadamente, estableciéndose en las colinas bajas, que gozaban de un clima muy favorable y que estaban situadas entre 2000 y 2500 metros de altura sobre el nivel del mar. Para 500 d.c., ya se habían desarrollado poblados en esta parte de los actuales estados mexicanos de Zacatecas y Durango, cuyos patios rectangulares, plataformas y altares eran construidos de adobes. El modelo mesoamericano de un centro con edificios religiosos y caseríos menores en los que faltan los grandes edificios, se encuentra aquí una vez más. Estos centros se levantaban generalmente en un sitio sin protección natural alguna, en los valles fluviales y en medio de grandes instalaciones de irrigación. Por el contrario, los poblados se encontraban en puntos prácticamente inaccesibles, relacionados con construcciones para su defensa. Pueden muy bien haber servido de fortaleza a los habitantes de los caseríos dependientes de ellos, donde se podían guarecer de los ataques de los grupos nómadas que vivían en la estepa semiárida, al este de esta zona. Este hecho demuestra que las colonias al norte de Mesoamérica eran un cuerpo extraño, que solamente podía surgir y existir gracias al desarrollo cultural de las zonas centrales. Así, tampoco nos sorprende encontrar en la Fase Alta Vista, por ejemplo, influencias muy fuertes de Teotihuacan. Sin embargo, todo el carácter mesoamericano llega a perderse en esta zona del norte de Durango y del sur de Chihuahua, donde la Fase Loma de San Gabriel de esta época nos recuerda más, con sus altos caseríos, a la zona suroeste de Norteamérica, que a los vecinos mexicanos del sur.

Parece que hacia 500 d.c., surgió de la frontera nordeste de Mesoamérica otro "corredor" semejante, aunque sin colonias permanentes. Puede ser que se haya encontrado a lo largo de la costa del Golfo y a través de Texas. Por este medio y tal vez con la ayuda de grupos nómadas que emigraban con el cambio de estaciones, llegaron al sudeste de los Estados Unidos impulsos culturales que contribuyeron no poco a la formación de su cultura, contactos estos que hasta la época de la Conquista deben haber sido importantes.

La situación en la frontera sur de Mesoamérica en esta época no se ha aclarado todavía, especialmente en lo que toca a Honduras y El Salvador, donde aparecen ciertas influencias de la región de las tierras bajas mayas, lo mismo que de las tierras altas de Guatemala. Sin embargo, es más fácil reconocerlas hacia 600 d.c.

Por otra parte, debemos estudiar más a fondo otro grupo cultural que es de gran importancia para esta época. Son las fases de la subárea Gran Nicoya, que se reúnen ahora bajo el nombre de Policromo temprano, y que son: Palos Negros, Matapalo, Santa Elena y San Bosco B. La cerámica típica de estas fases, Tola tricroma, de fondo rojo, bandas negras brillantes y rayas finas color crema (Lám. 73), se encuentra muy difundida y demuestra que en aquel entonces la subárea se había extendido hacia el norte, hasta la región de Masaya, en el centro de Nicaragua, abarcando en el sur toda la península de Nicoya. Seguramente será más fácil explicar esta cultura que floreció sin una aparente influencia mesoamericana, basándonos en la Fase Palos Negros de la Isla Ometepe y del Istmo de Rivas y que conocemos bastante bien.

Esta fase se encuentra representada por numerosos sitios ya excavados en Ometepe, que muestran un fuerte aumento de la población durante los últimos 500 años. Los pueblos, cuyas chozas eran de paredes tejidas y cubiertas de barro, deben haber sido de una considerable extensión. Por ello, debemos suponer la existencia de una agricultura importante, cuya principal planta alimenticia era el maíz. La alimentación se completaba gracias a una pesca intensiva, con redes, cuyos lastres se hacían de los bordes y fragmentos de vasijas rotas. La mayoría de las redes eran circulares, como las que todavía se emplean en la isla. Parece que el único animal de caza era la tortuga. Además de las plantas alimenticias, es probable que también se haya cultivado el algodón, puesto que ya en esta época aparecen malacates de barro y más frecuentemente, de hueso. No sabemos si conocían el tejido, pues las figuras de barro de esta época no presentan ningún tipo de vestidos, siendo sus únicos adornos las orejeras, de las que conocemos las originales de barro. Las figuras de barro de la Fase Palos Negros pertenecen a un tipo muy extentido en Centroamérica, incluyendo a Panamá: una mujer sedente, siempre con las piernas muy abiertas y que se ha considerado como una diosa de la fertilidad (Lám. 74). En la Fase Palos Negros se encuentran figuras semejantes, aunque más primitivas y de piedra. Otros indicios nos son proporcionados por los entierros, especialmente el entierro de un chamán, en decúbito supino. Los objetos que se les ofrendaron indican la creencia de la vida después de la muerte y el conocimiento de ciertas prácticas mágicas, como la predicción de enfermedades, ya

que se encontraron entre las ofrendas cañas de hueso para chupar, especie de popotes, y una "piedra mágica". También utilizaban los sahumerios, para los que empleaban cucharas muy adornadas.

Volviendo la vista a las regiones que acabamos de estudiar, en la época hacia 500 d.c., podemos asegurar que Mesoamérica es ya una unidad en la que el "modelo mesoamericano", es decir, un centro-ciudad con colonias asociadas, se ha impuesto como modelo de colonización. Es especialmente entre las culturas más desarrolladas donde los centros han continuado en su evolución, hasta convertirse en verdaderas ciudades, a la cabeza de las cuales está Teotihuacan, siguiendo Tikal y otros centros mayas y tal vez también Monte Albán. La agricultura se había intensificado aún más, algunas veces con la ayuda de la irrigación, hasta producir un excedente agrícola que permitía la alimentación de la población especializada de las ciudades. Estas ciudades pueden haber llevado a la conformación de grupos de gobernantes civiles, que se cree existieron en algunos centros, y que se encontraban a la cabeza de una sociedad muy dividida, que a su vez logró alcanzar grandes cimas en la artesanía, el arte y, en las tierras bajas mayas, un gran desarrollo de la ciencia. Fuertes impulsos llegaron a las zonas limítrofes y circundantes, haciendo que la frontera de Mesoamérica se extendiera considerablemente hacia el norte, aunque ignoramos si lo mismo sucedió en el sur. En esta zona centroamericana se lograron algunos adelantos, aunque no fueron tantos ni tan espectaculares como los de Mesoamérica. Las diferencias entre estas dos zonas culturales se van haciendo más profundas conforme nos alejamos hacia el sur, mientras que el sur de América Central, que no podemos estudiar aquí, se encuentra retrasado en su desarrollo, en la Zona Intermedia, con la que limita al sur, de modo que aquí vemos también un declive, aunque esta vez hacia el norte.

Si actualmente nos fuera posible trazar mapas políticos y/o culturales de la zona que estudiamos en las diversas épocas, no nos sería posible encontrar concordancias en los años 500 y 1000 d.c., ni siquiera en sus elementos más importantes. Los siglos precedentes se habían caracterizado por una gran inquietud política y apenas hacia 1000 d.c. (Fig. 33, Cuadro 1) podemos hablar, y sólo durante un breve lapso,

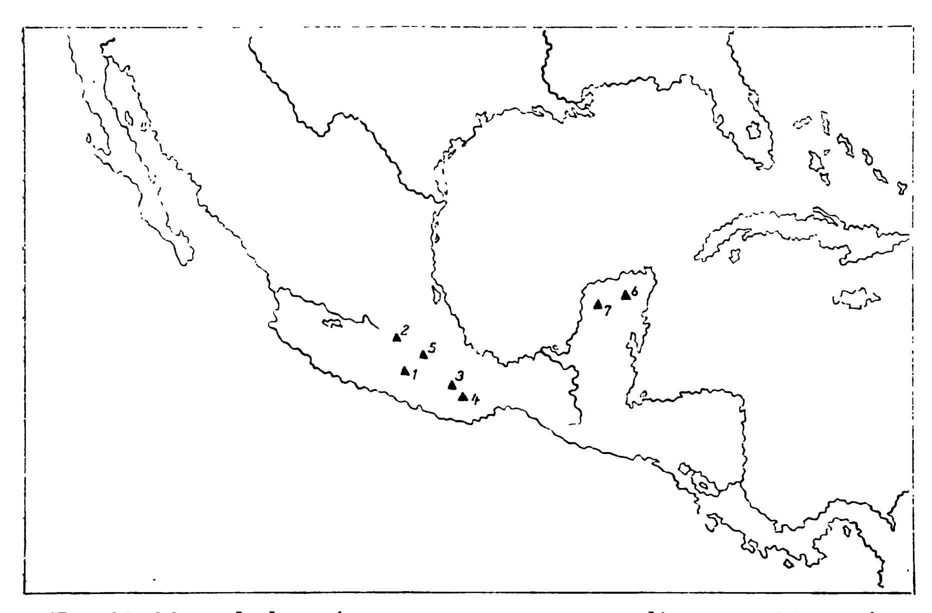



Fig. 33. Mapa de los más importantes sitios arqueológicos en Mesoamérica que se mencionan en el texto. 1000 d. c. [1, Xochicalco; 2, Tula; 3, Tilantongo; 4, Monte Albán; 5, Cholula; 6, Chichén Itzá; 7, Uxmal.]

de una cierta consolidación. La hegemonía del México central y especialmente del altiplano, a pesar de retrocesos temporales, había aumentado y amenazaba convertirse en el máximo poder de toda Mesoamérica. Puesto que los sucesos políticos de la segunda mitad del siglo primero tuvieron una gran influencia sobre los aspectos histórico-culturales de esta época, debemos estudiarlos en este capítulo.

El suceso más importante entre 500 y 1000 d.c. puede haber sido la destrucción de Teotihuacan, y con ello, la destrucción de su zona de dominio. Este acontecimiento, que coincide con el fin de la Fase Xolalpan, se ha fechado hacia 650 d.c. Pero cuáles fueron las causas que llevaron a la caída del imperio teotihuacano y de la ciudad misma, no han sido todavía aclaradas del todo. Puesto que el final de

la Fase Xolalpan se ha caracterizado por un estrato incendiado, no podemos descartar la posibilidad de una invasión. Pero ¿provocó ésta el desmoronamiento de la zona de dominio o fue éste el resultado de una disolución que ya había comenzado anteriormente? Se piensa que los otomíes, que venían del norte, fueron los invasores de la región cultural mesoamericana, siendo, aparentemente, el primer grupo de una tribu seminómada de las estepas del norte de México que inmigró hacia el sur y que provocó un desarrollo que debía repetirse en los siglos subsiguientes, hasta la época de la Conquista. Si hacemos a un lado las causas irracionales de estos ataques o migraciones, tenemos otras dos posibilidades de explicación: El atractivo que pueden haber ofrecido a estos nómadas guerreros las ricas colonias en los valles alejados de las estepas y los cambios climatológicos, que probablemente fueron mínimos y que ahora apenas y se pueden determinar y que posiblemente estuvieron relacionados con la humedad de las estepas, que dificulta grandemente o hasta impide la vida en ellos. Pudo suceder que ambas razones coincidieran y que la promesa de un mejor clima aumentara el atractivo de la expedición Arqueológicamente, los otomíes no se han estudiado. Se les atribuye una cerámica muy sencilla, llamada Coyotlatelco, pero no sabemos si poseyeron algún reino, alguna capital y dónde se encontraba, cuál fue su zona de dominio ni cuánto tiempo duró.

Es claro que la cultura teotihuacana no desapareció repentinamente como fenómeno cultural, sino que más bien fue perdiendo su esplendor, se apagó lentamente o fue absorbida por otras culturas. Así, la Fase Xolalpan no es el final de la cultura en el Valle de México, sino que continúa en la Fase Ahuizotla Amantla, nombrada así por el sitio San Miguel Amantla, cerca de Azcapotzalco, que es posible que haya formado un centro epígono de la tradición teotihuacana. Aquí se continuó, por ejemplo, la fabricación de figuras hechas en moldes (Lám. 75), sobrecargadas de ornamentos y con enormes penachos de plumas, que se designan, frecuentemente, como barrocas, o decadentes, y que nos hacen extrañar el realismo de las épocas anteriores. Los grandes incensarios de esta época, adornados en la parte exterior con una figura humana compuesta de partes distintas hechas en moldes, indican una producción en masa que se caracteriza por una excesiva ornamentación. Otros grupos teotihuacanos, que sin duda vivían en zonas muy lejanas, tuvieron influencias sobre otras culturas, como por ejemplo Xochicalco, que estaba por alcanzar su máximo esplendor. Las influencias y representaciones mencionadas en el capítulo anterior en la región de las tierras bajas mayas, pudieron provenir de tales "grupos de fugitivos".

La supremacía de los otomíes, y de otros grupos que mencionaremos

más adelante, no fue muy duradera y se derrumbó bajo la embestida de un nuevo grupo proveniente del norte: los toltecas, que en el siglo x invadieron el altiplano, guiados por su jefe mítico, Mixcóatl. No son ellos solamente la primera tribu nahua que aparece en la historia de Mesoamérica, sino que son, al mismo tiempo, el primer grupo históricamente comprobable. Después de haberse establecido en Colhuacan, en el altiplano de México, los toltecas trasladaron su capital a Tula, en el actual estado de Hidalgo, en la segunda mitad del siglo x; su población quedó constituida por los intrusos y por otros grupos, entre los que sobresale el de los nonoalcas, que venían de Puebla o de las costas del Golfo, herederos de la tradición teotihuacana, que transmitieron a su nuevo pueblo (tal vez ¿a sus nuevos señores?). En Tula o Tollan, como se la llama en los anales, hacia 1000 d.c. tuvieron lugar luchas internas por el poder, de las que todavía existían algunos relatos con cierta ornamentación mítica, en la época de la Conquista, representada en la lucha de dos dioses, Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, quien consiguió vencer y desposeer, mediante la magia, a su divino contrincante. En Quetzalcóatl puede ocultarse el rey Topiltzin histórico. Acompañado por algunos leales, Quetzalcóatl emigró hacia la costa del Golfo, donde su muerte es representada según las diferentes tradiciones. Habremos de referirnos todavía a él en diferentes ocasiones, por el importante papel que desempeña en la historia de Mesoamérica.

Hasta la fecha se han excavado relativamente pocas partes de la capital, Tula, que sin embargo nos proporcionan una visión suficiente de las costumbres arquitectónicas de los toltecas y nos permiten atribuir otras construcciones o fases arquitectónicas a esta cultura. Los edificios conocidos hasta ahora muestran que una buena parte de las ideas arquitectónicas teotihuacanas fueron adoptadas, como por ejemplo el empleo del talud y el tablero o la agrupación de los edificios alrededor de patios abiertos. En Teotihuacan ya existían los pilares cuadrados que se empleaban para dividir amplias entradas. En Tula formaban las partes sustentantes de galerías abiertas y su centro estaba hecho de madera, pedacería de piedra y estuco. Estas galerías se encontraban al frente o alrededor de las pirámides de varios cuerpos y son una de las características de la arquitectura tolteca (Lám. 76).

Para sostener el techo, se empleaban enormes cariátides (Lám. 77). Se conocen especialmente las del "Templo de la estrella de la mañana", donde alcanzaron una altura de 4.60 metros. Formadas con la ayuda de clavijas, por varios tambores (de columna), estaban esculpidas en todo alrededor, como esculturas de bulto de figuras humanas, a pesar de lo cual se conservó la forma de columna, de modo que en realidad sólo se puede hablar de relieves. Tanto aquí como en

revestimientos de paredes y de otros objetos, se representan guerreros, que son el tema central en Tula y entre los toltecas, y que aparecen con una corona de plumas tiesas, en cuya parte central encontramos algunas veces un pájaro, un pectoral en forma de mariposa estilizada, un escudo redondo para la espalda, en cuyo centro se encuentra una cara humana, un ancho cinturón del que colgaba un taparrabo triangular, vendas para brazos y piernas y sandalias. En la mano tienen, generalmente, una bolsa con sahumerios, un lanzadardos o algunas lanzas. Otros motivos preferidos en el arte del relieve que aparecen con frecuencia y que carecen de movimiento, son las calaveras y esqueletos, así como jaguares, coyotes y águilas, algunas veces representados como seres devorando corazones.

Con base en estas representaciones, se había creído que, con los toltecas, comenzó la secularización de la forma de gobierno, que hasta entonces se había considerado como teocracia, característica muy importante de la Época Posclásica temprana, que comienza hacia 900 d.c. Como pudimos demostrar en el capítulo anterior, ya no son tan claras las bases para fundamentar una forma de gobierno puramente religiosa, durante la Época Clásica, sino que más bien hay señales de que en Teotihuacan ya había gobernadores civiles y asociaciones de guerreros, cuyos símbolos eran el águila y el jaguar. Por ello, podemos suponer que, al contrario de lo que por tanto tiempo se creyó, la división del poder no fue demasiado tajante. En todo caso, parece que el elemento guerrero pasó a ocupar un lugar más prominente, desplazando al sacerdocio, pues en el arte tolteca no se han encontrado, hasta ahora, figuras que, sin lugar a dudas, representen a un sacerdote. No obstante, esta superioridad de los guerreros parece muy natural, si pensamos en el papel que debe desempeñar un cazador o un guerrero en las tribus nómadas, y en que se trataba de un grupo conquistador el que erigió el reino tolteca y que dominó y gobernó a numerosos súbditos de otras razas. La posición protegida de Tula, sobre una colina, demuestra que a pesar de la considerable expansión de su dominio, los puntos de vista militares siguieron predominando. Por el estado en que se encuentran las investigaciones todavía no podemos decir si Tula era una verdadera ciudad, como Teotihuacan, o si sólo era un centro religioso y administrativo.

Para los habitantes posteriores del altiplano, especialmente para los aztecas, este periodo fue la "época de oro", siendo los toltecas o, aquellos que identificaban a su gobernante con Quetzalcóatl, los grandes maestros y descubridores. La tradición nos informa que ellos fueron los descubridores y propagadores del arte de la escritura jeroglífica, de los mosaicos de pluma, de la orfebrería, etc., lo que está en marcada oposición a los objetos que se han encontrado hasta ahora. La ce-

rámica, por ejemplo, es muy sencilla, generalmente café clara con grupos de líneas onduladas rojas que se aplicaban con un "pincel múltiple" grueso (cerámica Mazapán) y es de menor calidad que la cerámica teotihuacana. También sus figuras de barro, semejantes a tablas y hechas con moldes, no hablan de una especial habilidad artesanal. Y en fin, los relieves, que forman la mayor parte de su producción artística presentan una repetición estereotipada de los mismos temas, que frecuentemente producen una impresión pesada, falta de vida, siendo este el caso, también, de las pocas esculturas de bulto redondo, que yacen sobre la espalda, con las piernas encogidas y que sobre el abdomen y con las manos, sostienen un plato. Estas figuras, llamadas Chacmool (Lám. 78) son consideradas como altares o piedras para los sacrificios y se encuentran en todas las partes a las que llegaron los toltecas. En contra de estos argumentos y de que no se hayan encontrado trabajos de metal puramente toltecas, se puede argüir que no han sido encontradas tumbas ricas en esta región, aunque es poco probable que en caso de encontrarse estas tumbas, hubiera en ellas productos de origen tolteca de primera calidad, de los que no se ha llegado a tener noticia alguna. Por otra parte, podemos suponer que la escritura jeroglífica y la orfebrería, en caso de que hubieran sido conocidas por los toltecas, fueron adoptadas por los mixtecas, de donde podemos concluir que los productos de diversas épocas y pueblos se reunieron más tarde en una única unidad.

Mientras que hacia 650 d.c. en el norte caía Teotihuacan, en el sur los antiguos centros continuaban floreciendo. Por ejemplo, Monte Albán alcanzó su punto culminante en la Fase III B, que se prolongó hasta 900 d.c., no sólo en arte y arquitectura, sino también políticamente, puesto que muchas regiones que habían estado bajo el dominio de Teotihuacan fueron atraídas a su esfera de dominio cultural, si no es que fueron incorporadas a su dominio político. En el mismo Monte Albán se continuó la actividad constructora, con mínimos cambios estilísticos. El plano original de las construcciones, si es que existió, se completó, sobre todo en lo que se refiere a la distribución de la plaza principal. El número de pobladores de la ciudad, que con seguridad podemos suponer que existía, había aumentado, estando indicado por el número mucho mayor de tumbas. Los objetos que éstas contenían no se diferencian grandemente de los encontrados en las tumbas de 500 d.c., aunque las urnas ya nos producen un efecto barroco. Se da más importancia ahora a la representación de los vestidos y ornamentos, y la figura humana o el rostro desaparecen bajo estos accesorios. Las vasijas son ordinarias y estereotipadas, siendo estas urnas, hacia el final de esta época, objeto de producción en masa, surgidas aparentemente de talleres tipo fábrica.

La producción en masa es típica para la Fase Monte Albán IV que comienza hacia 900 d.c. o algo más tarde, y que apenas se diferencia en un solo punto de Monte Albán III B; al final de la Fase III B se abandona Monte Albán y solamente algunos pequeños grupos continúan viviendo en la ciudad que paulatinamente entraba en una fase de decadencia. Otros grupos continúan en el Valle de Oaxaca y demuestran que la cultura zapoteca, relacionada al concepto arqueológico de Monte Albán, sigue existiendo en esta región de México.

Las causas del abandono de Monte Albán están menos claras que en Teotihuacan. Frecuentemente se ha pensado que un fuerte aumento en el número de gente que realizaba trabajos forzados en las cada día más grandiosas construcciones, puede haber sido la causa de la caída del sacerdocio, de la misma manera que en las tierras bajas mayas, que todavía habremos de mencionar. Tales revoluciones sociales son posibles, también, bajo un gobierno civil, que también deberemos mencionar. La consideramos posible porque prácticamente todas las colonias del valle siguen existiendo ininterrumpidamente y sólo se abandona la antigua colonia central. En su lugar, parece haber aparecido Mitla, alejada aproximadamente 45 km. de la ciudad de Oaxaca, en el extremo oriental del valle, cuyas construcciones más conocidas corresponden ciertamente a un nuevo estilo, lo que permite suponer que se construyeron después de 1000 d.c.

Otro factor que puede haber llevado al abandono de Monte Albán, serían los ataques y las conquistas de los mixtecas, que antiguamente habían estado bajo el dominio de los zapotecas, o que al menos se empleaban como mercenarios. Basándonos en los códices posteriores de esta región, que bien pueden ser copias de "libros" anteriores, podemos determinar que los habitantes de la Mixteca Alta, colindante con el Valle de Oaxaca, comenzaron, cerca de 720 d.c., a hacer la guerra por su cuenta. Tal vez, hacia esta época, se fundó el principado de Tilantongo y quizá fueron los fugitivos de Teotihuacan, o de su zona de dominación, los que al desempeñar un importante papel se colocaron a la cabeza en cuestiones políticas. Según nuestros conocimientos actuales, en este lugar no se llegó nunca a fundar un gran reino, sino que más bien surgió una serie de pequeños principados que vivían en constante guerra, dándose casos excepcionales como el de 8 Venado "Garra de Tigre" de Tilantongo, nacido en 1011 d.c., que los unificó bajo un solo gobierno. Aunque tenemos muy buenas noticias de la genealogía de esta región en esta época, arqueológicamente y por lo tanto histórica y culturalmente estamos muy mal informados, pues faltan muchas investigaciones en este campo, o las existentes no están bien coordinadas.

Sin embargo, grupos mixtecos aislados pudieron salir de su región nativa, generalmente con otros grupos y guiados probablemente por príncipes desterrados o por los hijos de éstos. Aunque no tenemos ninguna prueba, este tipo de creación de estados por estos grupos mixtos durante estos tiempos inciertos, nos hace pensar que se trataba de guías del tipo *condottieri* y sus seguidores, de los que se encontraban numerosos representantes. Uno de estos grupos que avanzó hacia el Valle de México, se designa actualmente como "olmeca" que no debe confundirse con los "olmecas", portadores de la cultura de La Venta. Este grupo, sin lugar a dudas mixteca, que tenía además componentes de los nahuas y chocho-popoloca, y cuyo punto de partida debe buscarse en la Mixteca Baja, debe haber aprovechado los disturbios que siguieron al hundimiento del imperio teotihuacano. Avanzaron en el vacío más o menos existente y levantaron su dominio en amplias porciones del actual estado de Puebla. Su centro lo constituyó la ciudad de Cholula, que había sido colonizada desde Teotihuacan, y que era un importante centro en la relación del Valle de México con la costa media del Golfo y el sur de México y que fue conquistada tal vez hacia 800 d.c. Este grupo, que arqueológicamente se llama Mixteca-Puebla, adoptó la herencia teotihuacana y la desarrolló aún más. Así, de la cerámica pintada y recubierta de estuco de la época teotihuacana, surgió el primer grupo de cerámica verdaderamente policroma, cuyas primeras piezas aparecen como laqueadas y se encuentran al principio de una tradición que hizo de Cholula, hasta la época de la Conquista, un famoso centro alfarero. También existe la posibilidad de que aquí haya surgido la idea de los códices, que se podrían remontar a ejemplos teotihuacanos desconocidos hasta ahora. Como sucedió con la nueva cerámica, la cultura también podría haberse readoptado en la antigua patria del sur, desarrollando una nueva excelencia. Su monumento más grande lo levantaron los olmecas en la así llamada Gran Pirámide de Cholula, cuyas últimas cuatro reconstrucciones pueden haberlas hecho ellos. De esta manera, los olmecas salvaron para la posteridad la herencia de las culturas clásicas centroamericanas, adquiriendo por ello gran importancia histórico-cultural. La Gran Pirámide tiene una base de 160 000 metros cuadrados y una altura de 62 metros, siendo, por su volumen, la más grande del mundo. Sobre la cúspide, se encuentra ahora una iglesia.

Otro centro donde se conservó la tradición teotihuacana, mezclada con influencias externas de las tierras bajas mayas, es Xochicalco, situado en el actual estado de Morelos. La doble colina aislada sobre la que se construyó esta ciudad, estaba rodeada por fortificaciones en forma de terrazas, que parecen haber sido construidas hacia 800 d.c. al principio del apogeo de Xochicalco, para defenderse, tal vez, de los

grupos hostiles olmecas de Cholula. Cercadas por los muros, se encontraban habitaciones que recuerdan todavía los ejemplos teotihuacanos, juegos de pelota (Lám. 80) en forma de doble "T" que era la usual en esta época y que también encontramos en Tula, y calles empedradas. Una especialidad son las bóvedas subterráneas, hechas de cavidades naturales, provistas de escaleras y cámaras. Existían también numerosas pirámides, no muy altas, como nos lo indican las que se han excavado y que son de un solo cuerpo. Articuladas en un talud largo y un cuerpo vertical sobresaliente, reproducen el antiguo modelo teotihuacano en otra forma y presentan la innovación de un remate oblicuamente saliente por encima del tablero. Puesto que las paredes de los edificios también están hechas con mortero, sus partes inferiores se conservaron, permitiéndonos una mejor reconstrucción de los edificios originales, facilidad no muy frecuente. De las actuales condiciones de las ruinas se desprende que sobre parte de las plataformas de las pirámides, de una vasta superficie, se encontraba frecuentemente toda una serie de edificios que estaban alineados según el sistema de los patios y, por lo tanto, reflejan la disposición clásica de palacio. Las amplias entradas de los edificios de una o dos cámaras, estaban divididas por columnas y pertenecen, por lo tanto, al tipo de la Época Posclásica temprana, como se encuentra en Tula y en otros lugares. Puesto que no se han encontrado muestras de edificios techados, se supone que los techos eran de madera y paja.

En oposición a estos conjuntos de grandes edificios, la construcción más importante de Xochicalco es relativamente pequeña: un solo edificio de casi 114 metros cuadrados de superficie, sobre una plataforma. Los exteriores, tanto de la pirámide como de las partes conservadas de las paredes en declive exterior, a la manera típica de Xochicalco, están recubiertas con láminas de andesita (Lám. 79). Se conoce este tipo de construcción, porque se encuentra en estas láminas un vigoroso relieve continuo, cuyos elementos principales forman serpientes emplumadas, el símbolo de Quetzalcóatl, sobre el talud. En las vueltas y en otras partes de la pared (tablero, paredes de los edificios) se encuentran figuras sedentes y signos calendáricos. Es precisamente en estas figuras sedentes donde se ve una influencia maya, producida por una escultura tal vez contemporánea, que reproduce el mismo tema (aunque sin la serpiente emplumada) en Copán. Se cree que ambas son reproducciones de un "congreso", que tuvo como finalidad una reforma calendárica.

Este paralelo, tal vez casual, no es el único que indica relaciones con las tierras bajas mayas. Sabemos, desde hace algunos años, que los habitantes de Xochicalco también erigían estelas que muestran figuras humanas y jeroglíficos relacionados con fechas calendáricas que pare-

cen, dada su frecuencia, haber desempeñado un papel importante y pueden haber sido factor determinante en el desarrollo de la escritura jeroglífica en el centro de México. No parecen estar emparentados con los jeroglíficos mayas, sino más bien con los de Monte Albán y con los pocos que se han conservado de Teotihuacan. Debemos mencionar, por último, que también aquí las conchas marinas y los objetos astillados de obsidiana de forma excéntrica se utilizaban para fines de sacrificio y que especialmente en las representaciones humanas existen ciertos paralelos con el arte de las tierras bajas mayas. Ya que es difícil que esta concordancia sea sólo una coincidencia, debemos pensar en un contacto más o menos directo entre ambos grupos, que podría haber surgido por migraciones que iban hacia el centro de México por Tabasco. Las relaciones que existían con los pueblos de la costa del Golfo no son indicadas solamente por las conchas marinas, sino también por los hallazgos de sencillos yugos de piedra. Hacia 1000 d.c., esta ciudad había alcanzado el fin de su apogeo, cayendo bajo el dominio tolteca.

La caída de la civilización maya en el Petén y en las zonas circundantes, es todavía hoy uno de los más grandes enigmas. Comienza hacia 800 d.c. y termina con los últimos monumentos fechados con seguridad en Seibal, Uaxactún, Tikal y Xultún en el año 889, aunque fechas poco ciertas permiten prolongar el fin de la cultura maya clásica hasta el año 928. Después de esta fecha termina la erección de monumentos y faltan fechas. Hasta hace pocos años (a veces todavía ahora), se leía de una importante migración de mayas del Petén hacia Yucatán, que dejó desiertas las ciudades y los centros. Actualmente sabemos que no fue esto lo que sucedió, pues no ha sido posible determinar el final de la colonización del Petén ni un importante aumento en la población de Yucatán. Lo que desapareció son todas las pruebas de una cultura de *élite*, es decir, la erección de monumentos y edificios, los ricos entierros, las inscripciones, los sacrificios, etc. Por ello parece que al desaparecer de los centros la capa superior de gobernantes, nobles y sacerdotes, permanecieron únicamente los "ciudadanos" y campesinos. Pero ¿cuáles fueron las causas de este abandono? Con el correr del tiempo se han presentado varias teorías, pero hoy nos inclinamos a pensar que éste fue más bien causado por razones sociológicas, de las que no conocemos las bases. Es posible, por ejemplo, que haya sido provocado por catástrofes naturales, como una serie de periodos de sequía, que pueden haber afectado la confianza del pueblo en el sacerdocio y en sus gobernantes, responsables de la lluvia y del crecimiento de la cosecha. Otra posibilidad pudieran también haber sido los sismos, como los que se han comprobado en Xunantunich, en Honduras Británica, causas todas de tipo "religioso", puesto

que en ellas se reflejaba, según la opinión de los mayas de las tierras bajas, el enojo de los dioses para con los gobernantes. Otro motivo podría haber sido una ocupación excesiva de la población en trabajos forzados, pues es precisamente en estos últimos siglos cuando los edificios se vuelven más grandes y más numerosos. También hay pruebas de perturbaciones sociales en Tikal, donde ya antes se habían destruido estelas que se volvieron a levantar y a las que se hicieron nuevas ofrendas. Por último, existe la posibilidad de que la causa haya sido una presión externa, provocada por los sucesos en el norte, en forma de ataques, que pudieron haber venido de la región sur del Golfo, especialmente de Tabasco, donde en esta época surgieron movimientos migratorios, que muy bien pueden haber atravesado la región maya. El que se hayan encontrado artefactos de la costa del Golfo en las ruinas de algunos centros mayas, por ejemplo en Palenque, puede ser una prueba de ello.

Pero, cualesquiera que hayan sido las causas, éstas provocaron revueltas sociales que llevaron a una expulsión o a la destrucción de la *élite*, sin la cual los centros y ciudades estaban condenados a la muerte, puesto que sólo una rígida organización podía garantizar su subsistencia. Los artesanos que vivían en ellos no encontraron ya consumo para sus productos, hechos para las necesidades de la corte y del ritual, por lo que volvieron nuevamente a la agricultura, continuando de allí su paulatino hundimiento. Nos podemos imaginar muy bien cómo poco a poco se fueron cubriendo de barro los importantes depósitos de agua, cómo se llenaron de maleza los caminos y cómo decayeron los edificios. La población, por razones todavía desconocidas, debe haber ido disminuyendo y hacia 1000 d.c., ya sólo las ruinas ponían en manifiesto el gran desarrollo cultural alcanzado por esta región.

Pero la cultura maya no había desaparecido del todo, pues Yucatán, que había sido colonizada algunos siglos antes, la continuó, aunque en forma diferente. Deben haber habido cambios interiores, puesto que aquí tampoco se volvieron a erigir estelas después de 889, ni se volvieron a escribir fechas en el sistema de la Cuenta Larga. Un cierto grupo dominante debe haber seguido existiendo en los grandes centros de Chichén Itzá y Uxmal, grupo que, después de las agitaciones, trató de consolidar su dominio, dándole un nuevo cauce a la evolución.

Existen unas crónicas que describen estos sucesos hacia 1000 d.c. Son los así llamados Libros de *Chilam Balam*. Pero como fueron escritos en la época de la Colonia, es decir, 500 años más tarde, se contradicen unos a otros y algunas veces hasta están en oposición a las condiciones arqueológicas que se han encontrado en Mayapán, Chichén Itzá

y Uxmal, por ejemplo. Estas contradicciones y las diferentes interpretaciones unidas a ellos, de la historia de Yucatán entre 900 y 1500 d.c., provienen sobre todo del hecho de que en esta región, al final de la Época Clásica, se dejó de usar la precisa manera de contar con la Cuenta Larga, representándose ahora las fechas en una forma abreviada, la Cuenta Corta. En esta cuenta, los katunes se designaban sólo por el día terminal, que siempre era un día Ahau. Como se recordará, Ahau se debía combinar con los números del 1 al 13 y, como un katún comprendía aproximadamente 20 años, una fecha dada se repetía cada 260 años (más exactamente, cada 256¼ años de nuestra cuenta, ya que se contaba con el tun de 360 días). Con una cronología semejante y sin un conocimiento exacto de los hechos históricos, no es posible decir si ciertos acontecimientos, digamos de un katún 8 Ahau, sucedieron al mismo tiempo o si hay un lapso de 260 años entre ellos. Sin embargo, según la opinión de algunos investigadores, los cronistas de los siglos XVI y XVII ya no tenían estos conocimientos, de modo que sucesos que en verdad sucedieron en épocas distintas, fueron hechos coincidir por ellos. Pero qué sucedió antes de qué, no se sabe.

Si aceptamos al pie de la letra lo que nos dicen las crónicas, Chichén Itzá fue ocupada por la familia de los itzaes en 987 d.c., y el mismo año fue fundada Mayapán por Kukulcán (el Quetzalcóatl nahua). Veinte años más tarde, Uxmal fue dominada por la familia de los xiúes. Según las crónicas, estas ciudades habrían formado una triple alianza bajo el dominio de Chichén Itzá y hubieran asumido el mando sobre Yucatán. Sin embargo, investigaciones arqueológicas contradicen estas declaraciones *ad absurdum*, pues Uxmal fue abandonada, a más tardar, hacia mediados del siglo XI y Mayapán, hasta 1200 d.c., carecía por completo de importancia. Cuánto difieren actualmente las opiniones, podrá reconocerse en que, según las interpretaciones actuales, los sucesos se deben ordenar como sigue: 897 d.c., toma de Chichén Itzá por Kukulcán y sus prosélitos; entre 1224 y 1244, llegada de los itzaes a Chichén Itzá; entre 1263 y 1283, fundación de Mayapán por los itzaes. Pero, tanto en este capítulo como en el siguiente, en la descripción de los sucesos históricos de Yucatán seguiremos la versión de J. Eric S. Thompson.

La cultura de Yucatán era, aun durante los últimos tiempos de la Época Clásica, una cultura mixta de carácter propio. No solamente se advierten en la cultura maya existente aquí antiguos elementos yucatecos, sino que ésta siguió aquí sus propios derroteros, especialmente en el aspecto artístico. Así, surgieron en la arquitectura diversos estilos regionales conocidos como Puuc, Chenes y Río Bec, que se apartan considerablemente de los del Petén. En el estilo Río Bec (Lám. 81) se

combinan, por ejemplo, largos edificios del tipo palacio, con pirámides, que ahora eran simplemente ornamentales, empleadas en lugar de las cresterías de los edificios del Petén. Por el contrario, las pirámides desempeñan un importante papel en el estilo Puuc, siendo las construcciones más impresionantes, los edificios alargados, frecuentemente dispuestos alrededor de un patio interior, sobre plataformas bajas. La parte baja de sus fachadas estaba muy abierta y muestra una gran cantidad de columnas. Uxmal, que en la Época Posclásica vivió su apogeo, ofrece en este sentido algunos magníficos ejemplos (Lám. 82). Común a estos tres estilos es el que las fachadas no estuvieran recubiertas de estuco, como en el Petén, sino con piedras o láminas de piedra muy bien talladas. Frecuentemente forman dibujos en los que mascarones geométricos de grandes dimensiones son importantes. Su disposición en fila es interrumpida por grupos de medias columnas, paneles con ornamentos geométricos, etc., que también pueden aparecer como dibujos aislados.

No solamente en la arquitectura siguió Yucatán su propio camino durante la Época Posclásica. También en la formación de las estelas, en la cerámica y en otras cosas se separó esta región del modelo del Petén. Un buen ejemplo son las figuras de estilo Jaina (Láms. 83 y 84), llamadas así por la isla del mismo nombre de la costa del Golfo en Yucatán, donde se encontraron por primera vez. Estos objetos huecos, que algunas veces se hacían ocarinas, se fabricaban en moldes y se pintaban, después de la cocción, en brillantes colores, entre los que sobre sale el azul. Los mejores ejemplares son de una gran finura y equilibrio y se pueden comparar sin detrimento alguno con los relieves de las estelas. Se representaban diversos tipos y grupos, todos llenos de dignidad y estáticos hasta en los casos en que se señala una acción. Son comunes, por ejemplo, las figuras de mujeres de pie, con un corte de cabello escalonado, una falda lisa que les cubre los pechos, un abrigo amplio y un abanico en las manos (Lám. 84). Se encuentran muchas representaciones, casi siempre ejecutadas en relieve, de mujeres aisladas o en grupos consistentes de un hombre viejo y una mujer joven. Parece que las mujeres eran también altos dignatarios, pues algunas aparecen con tocados muy ricos y fantásticos y se apoyan en enanos. Los hombres, incluyendo también a los más altos dignatarios, frecuentemente sólo llevan un ancho cinturón y un taparrabo, junto con ricos ornamentos de los más diversos tipos y tocados terriblemente complicados (Lám. 83). En los dos sexos se reconoce perfectamente la deformación de la cabeza, típica de las tierras bajas mayas, en la que la frente forma siempre una misma línea con la nariz, la que se hacía resaltar por medio de escarificaciones ornamentales en su raíz o por una prominencia artificial, con lo que se podía muy bien alar-

garla hasta la mitad de la frente. Otras figuras demuestran que los príncipes se sentaban en tronos tipo banquillo, como lo demuestran los originales de piedra encontrados en el Petén; además vemos que los guerreros tenían escudos cuadrados o redondos y que algunas veces se cubrían con petos de algodón. A juzgar por la frecuencia con que se representan, las danzas rituales deben haber desempeñado un papel importante y parece que los enanos eran abundantes. En el Petén no hay ningún paralelo a estas figuras. Se ha podido comprobar que hallazgos aislados eran importaciones.

Algunos detalles que se encuentran en las figuras son "cuerpos extraños" en la región maya, como los escudos redondos y los petos de algodón. Indican que hacia fines de la Época Clásica tardía, entre 800 y 900 d.c., se introdujeron en esta zona ideas extrañas, que podían proceder de Veracruz y que tal vez llegaron atravesando antes el territorio de Tabasco y Campeche, costeando el Golfo. Es posible que los itzaes y sus seguidores, hayan llegado de Tabasco. Ahora se cree que eran mayas chontales, una tribu que gozaba de gran fama de marinos y que trajeron a Chichén Itzá en 918 d.c., una cultura mixta muy mexicanizada que encontró su expresión en algunas construcciones que muestran una gran influencia del centro de México, sin que por eso nieguen su carácter maya fundamental. Según Thompson hacia 987 apareció otro grupo, tal vez mexicano puro, guiado por Kukulcán (por lo menos los guías eran toltecas). Todavía no ha sido posible comprobar si Kukulcán es idéntico al Quetzalcóatl que en 978 fue expulsado de Tula, aunque frecuentemente se acepta esta suposición como un hecho. Ambos grupos, los chontales mexicanizados y los toltecas guiados por Kukulcán, se fundieron en uno e hicieron de Chichén Itzá el centro más importante de Yucatán durante los siguientes siglos. Especialmente durante el siglo XI se levantaron numerosos edificios que corresponden en su tipo a los que ya describimos de Tula. Eran edificios con columnatas (Láms. 85 y 86), columnas y paredes adornadas con relieves, con representaciones de jaguares, guerreros, calaveras, serpientes emplumadas, etc. El arco falso de los mayas es una excepción, puesto que no se ha encontrado todavía en Tula.

Especialmente grandes parecen haber sido las influencias toltecas en la religión y en la milicia. El antiguo escudo cuadrado y flexible de los mayas, se sustituyó por el redondo del centro de México, el lanzadardos por la jabalina, que aparentemente los mayas habían desconocido hasta entonces, así como los petos de algodón (Fig. 34). En la religión aparece el culto a la serpiente emplumada, a la que tal vez le eran ofrendados corazones, sacrificios que se encuentran ahora por primera vez. Se continúa el culto a los otros dioses, aunque tal vez en otra forma o delegando sus funciones a dioses mexicanos.

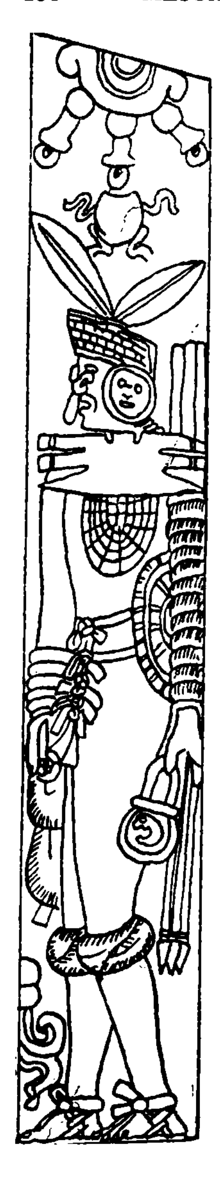


Fig. 34. Relieve de una de las columnas de la entrada al Templo del Juego de Pelota, Chichén Itzá, Yucatán. Se representa a un típico guerrero tolteca (*véase* Lám. 77) con un pectoral estilo pájaro, escudo dorsal y los brazos cubiertos con cotas de algodón. En la mano derecha lleva un lanzadardos, en la izquierda lanzas y una piedra arrojadiza. Fase Mexicana temprana. Época Posclásica temprana.

Un buen ejemplo es Chichén Itzá y el culto unido a ella, que se expresa en los sacrificios en el "Cenote Sagrado". Los cenotes, grandes depósitos de agua, surgidos por hundimiento y con paredes verticales, eran de gran importancia en Yucatán, en donde el agua superficial es tan escasa, siendo posible establecer colonias sólo a sus orillas. Según nuestros conocimientos actuales, el culto en este cenote debe haber existido ya en la Época Clásica tardía. Puesto que se encuentran objetos de lejanos centros mayas, es muy posible que Chichén Itzá haya sido un centro de peregrinación de primera importancia y que por esta causa, haya sido ocupado por los itzaes y los toltecas, que así obtuvieron una gran influencia entre los mayas de Yucatán.

Esta conclusión nos parece acertada, porque estos grupos conquistaron otros grandes centros, como Cozumel, una isla en la costa caribe de Yucatán, con un importante culto a la diosa de la Luna Ixchel, y también Izamal, el centro principal del culto dedicado a Itzamná, el dios más importante del panteón maya. El paralelismo con conceptos del Viejo Mundo acerca del dominio de los hombres a través de sus dioses es evidente.

Debemos volver al culto del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, por diversas causas; se ha afirmado con bastante frecuencia que las principales víctimas eran vírgenes, que eran arrojadas a las profundidades del cenote, donde se ahogaban. Como han demostrado las investigaciones, ésta es sólo una bella leyenda, puesto que de los esqueletos encontrados hasta ahora, más del 50% corresponden a niños y sólo un 19% a mujeres, de las cuales el 87.5% (7 de 8) tenían más de 21 años.

Si vemos el paralelo mexicano, veremos que se trata de un culto al agua o a la lluvia, ya que a los dioses mexicanos de la lluvia les eran ofrendados niños sobre todo.

Pero no sólo se ofrendaban niños, sino muchos otros objetos (Lámina 87): figuras y objetos de caucho o de copal, el incienso de Mesoamérica, y ornamentos de jade y de metal. Estos últimos demuestran que existían amplias relaciones comerciales, puesto que también se han encontrado objetos hechos en Panamá y hasta en Colombia, mientras que otros provienen de Oaxaca y del occidente de México. Al lado de objetos de metal, terminados, los mayas de Yucatán también importaban objetos semiterminados, como las delgadas placas de oro redondas que, según su composición, deben haber sido hechas en Panamá, en la provincia de Veraguas. En Yucatán se las decoraba por medio de la técnica del repujado, en un estilo claramente maya-mexicano (Lám. 88): al lado de las representaciones de dioses, entre los que sobresale la serpiente emplumada, son comunes las escenas de lucha y sacrificio, en las que se enfrentaban dos grupos, que pueden identificarse como mayas y toltecas. No sabemos si se trata de luchas relacionadas con la invasión de los toltecas, o si se trata de luchas posteriores de los habitantes de Chichén Itzá y sus vecinos, pues hasta ahora no se sabe si Chichén Itzá dominaba realmente todo Yucatán, como lo afirman siempre las crónicas, o si sólo una zona relativamente pequeña, lo que parece estar indicado por la arquitectura, pues hasta ahora sólo se han encontrado edificios "toltecas" en Chichén Itzá y en ningún otro centro de Yucatán.

Hacia 1000 d.c., las influencias mexicanas habían cambiado la imagen de las tierras altas de Guatemala; que como ya habíamos dicho, mantenían desde hacía 500 años fuertes relaciones con Teotihuacan, motivo por el cual, probablemente, se encontraran aquí algunos artesanos o comercianes del centro de México. El mismo camino parecen haber seguido más tarde otros grupos mexicanos, aunque con intenciones menos pacíficas, que pueden haber causado los cambios arriba mencionados. Kaminal-juyú, que por tanto tiempo fue un centro cultural de primer orden, había perdido completamente su importancia. Muchos otros centros, que durante la Época Clásica habían surgido en los valles, fueron abandonados, surgiendo en su lugar nuevas colonias que se establecieron, sobre todo, en las cimas de colinas, en llanuras rodeadas por desfiladeros y en otros lugares fáciles de defender. Esta situación estratégica indica que las complicaciones militares eran comunes, pero nos es difícil decir si este hecho llevó a un aumento de la importancia de los guerreros provocando la así llamada "secularización" del poder, o si, por el contrario, ésta fue el resultado de ella, aunque parece que la infiltración de los grupos guerreros mexi-

canos, que se convertían en gobernantes de los grupos autóctonos, indica la segunda posibilidad. Probablemente es en esta época, o un poco después, cuando se sentaron las bases para los estados territoriales posteriores de los quichés, los cakchiqueles y los tzutuhiles, cuyas familias reinantes se vanagloriaban, todavía en la época de la Conquista, de su ascendencia tolteca.

El plan básico unitario de los centros, que había existido en los centros de las tierras altas de Guatemala, desapareció junto con las colonias de los valles, tal vez por la necesidad de adaptarse al nuevo terreno, pero tratando siempre de conservar una plaza mayor, en el centro de la cual se levantaba una plataforma baja, posiblemente un altar. También se seguían construyendo pirámides-templos en la forma doble característica de esta época, aunque se encuentran más construcciones tipo palacio, alargadas y bajas. Casi cada centro poseía su propio juego de pelota, muchas veces a un nivel más bajo, en forma de una doble "T" con un muro alrededor, o bien, abierto en los extremos (Lám. 89). Pero también esta forma se puede diferenciar de los juegos de pelota más sencillos aún, abiertos en los extremos, que aparecieron por primera vez en la Época Posclásica en esta región. Otros rasgos de la transformación son, por ejemplo, la introducción paulatina del arco y la flecha y el paso del entierro a la incineración.

A pesar de los desórdenes que agitaron a Mesoamérica hacia 1000 d.c., las extensas relaciones comerciales que existían ya desde la Época Clásica primitiva o antes, no terminaron. Una prueba de ello es la difusión de la cerámica *plumbate* (Lám. 90), que es una de las características de la Época Posclásica temprana. Fabricada tal vez en la zona limítrofe de Chiapas y Guatemala, de color azul acero, es uno de los pocos ejemplos de esmalte en la antigua América y de cocción muy dura, muestra fuertes influencias mexicanas; este tipo de cerámica se puede subdividir en algunas variedades. Ejemplos de ella se encontraron tanto en el Valle de México como en Yucatán y el Lago de Nicaragua, y en las regiones intermedias, con excepción del Petén, que culturalmente carece ahora de interés. Ya habíamos mencionado el comercio exterior en relación con los objetos de metal encontrados en Chichén Itzá. Otra prueba la encontramos en las tierras altas de Guatemala y en El Salvador, donde en esta época se encuentran objetos de oro y cobre importados, en parte de México y en parte del sur de Centroamérica.

La frontera norte de Mesoamérica, que se había extendido considerablemente hacia 900 d.c., se redujo nuevamente, de modo que ahora apenas llegaba al norte del Valle de México, expandiéndose ahora esta región cultural, hacia el sur, a lo largo de la costa del Pacífico.

También en este caso fueron grupos mexicanos o mexicanizados los portadores de la cultura, como los chorotegas, que se establecieron en Gran Nicoya. La extensión de esta subárea parece haber cambiado y muestra grandes fluctuaciones que no se conocen bien, debido a las pocas investigaciones llevadas a cabo. Parece que los chorotegas no trajeron a esta región el modelo de centros de México, ya que todavía no ha sido posible encontrarlo y puesto que las colonias parecen haber consistido de pequeños caseríos y pueblos, aunque sí una verdadera cerámica policroma con motivos que recuerdan modelos mexicanos (Láms. 91 y 92). También en las costumbres funerarias de Gran Nicoya aparece un cambio: en lugar de los entierros primarios que habían existido hasta ahora, aparece un entierro secundario en urnas. Las investigaciones incompletas en las correspondientes regiones mexicanas, no nos permiten afirmar si se trata de un cambio debido a influencias chorotegas o si el cambio ocurrió aquí mismo.

Por el contrario, parece suficientemente seguro que la mayoría de las figuras de piedra de gran tamaño, de hombres y animales que se encontraron, sobre todo en las islas del Lago de Nicaragua (Ometepe, Zapatera, etc.), pueden ser atribuidas a este grupo. Típicas son sobre todo figuras humanas, frecuentemente de sexo indefinido, sentadas sobre un banco bajo (Lám. 93) y que visten, además de un pequeño taparrabo, un tocado de tipo yelmo, formado por la cabeza o por todo un animal, que se encuentra entonces sentado sobre la espalda del hombre. Lo que se ha dicho hasta ahora de que se representa así un espíritu protector animal, es decir, un alma animal emparentada con el hombre *(alter ego)*, es sólo una especulación. Se tienen pruebas de que los "Señores de los animales", espíritus en forma de animales, desempeñaban un papel importante, y también de que se presentaban ofrendas de copal a los volcanes.

Así fue, por lo menos en la región del Pacífico, incluyendo grandes zonas de la región centroamericana de Mesoamérica, mientras que muchas otras regiones, situadas en el sur, fueron absorbidas por las culturas de la Zona Intermedia que avanzaba vigorosamente hacia el norte, como lo demuestra la aparición del labrado de los metales, la producción de vasijas de barro con pintura policroma y negativa, las tumbas en forma de pozo y otros objetos en Gran Chiriquí. Como era previsible, América Central se desmembró poco a poco y fue incorporada a las regiones vecinas más poderosas, tanto política como culturalmente, de modo que hacia 1000 d.c., se continuaba la tradición centroamericana en regiones centrales de Costa Rica y en ciertas zonas de la vertiente del Atlántico, sobre todo en Nicaragua y Honduras.

En resumen, podemos decir que Mesoamérica, a pesar de todos los

adelantos en sus varias regiones, como por ejemplo, la metalurgia, que probablemente fue introducida del norte de América del Sur, había sobrepasado culturalmente su apogeo. Los antiguos reinos o zonas culturales se habían apagado o habían perdido su importancia anterior, mientras que las nuevas formaciones comenzaban apenas a despuntar. Debemos adelantar aquí que durante los siguientes siglos apenas encontrarían la tranquilidad que permitió a sus predecesores llegar a una época de oro. Este cambio fue provocado por sucesos políticos: el avance de los primeros grupos de pueblos nómadas y seminómadas de las estepas del norte, entre los que se encontraban las primeras unidades nahuas comprobables, que primero llegaron al Valle de México y después continuaron en forma de ondas, llevando consigo grupos de la población conquistada, hasta llegar al extremo sur de Mesoamérica. El estilo de vida guerrero, ciertos cultos religiosos, en especial el de la serpiente emplumada y costumbres relacionadas con él, trajeron una cierta unidad a esta región, aunque no debe haber pasado mucho tiempo antes de que, a pesar de su orgullo en su origen centromexicano, fueron asimiladas cultural y también en parte lingüísticamente, por los grupos aborígenes.

EN LA ÉPOCA inmediatamente anterior a la invasión europea, México se caracterizaba por una gran unidad, que generalmente se conoce como Imperio de los Aztecas. Habían levantado un gran imperio y construido una magnífica capital, Tenochtitlan (Fig. 35, Cuadro 1). Puesto que histórica y culturalmente no puede haber habido gran-

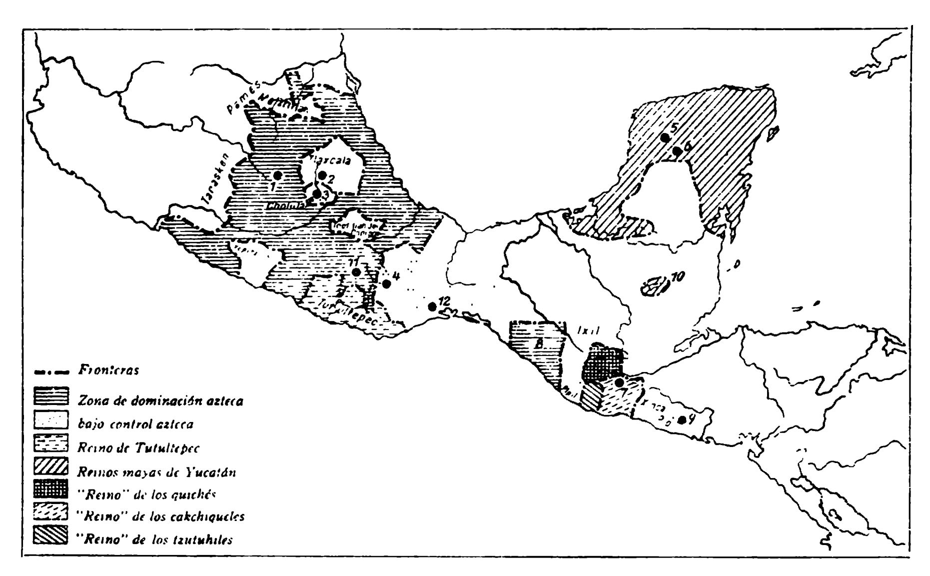



FIG. 35. Mapa de los centros y dominios más importantes en Mesoamérica y que se mencionan en el texto. 1500 d. c. [1, Tenochtitlan; 2, Tlaxcala; 3, Cholula; 4, Mitla; 5, Mayapán; 6, Maní; 7, Iximché; 8, Xoconochco (Soconusco); 9, Cuzcatlán; 10, Tayasal (Petén Itzá); 11, Tilantongo; 12, Tehuantepec.

des cambios en los 20 años siguientes (en 1521 México fue conquistado por Hernán Cortés), nuestros conocimientos de esta época descansan, sobre todo, en los informes de los conquistadores, pasando la arqueología a segundo plano.

La primera cuestión que se nos presenta, es cómo surgió este imperio. Al hablar del altiplano en el capítulo anterior, es decir, 500 años antes, encontramos grandes porciones de él en manos de los toltecas, cuya capital, Tula, había sido construida fuera de esta unidad geográfica. En la parte sur y a partir de Cholula, se había establecido la cultura Mixteca-Puebla. Este estado de cosas terminó hacia 1160 d.c., con el abandono de Tula, abandono que no sabemos si fue voluntario o causado por influencias externas, aunque parece que las invasiones nuevamente desempeñaron un papel importante. En la pri-

mera mitad del siglo XIII aparecieron en el altiplano otros grupos provenientes del norte, casi todos nahuas, que levantaron sus centros sobre las ruinas del imperio tolteca. Así, en 1240 se establecieron en Tenayuca los chichimecas, que dan el nombre a esta época; así fundaron los acolhuas hacia 1260 Coatlinchan y Tezcoco, y así conquistaron los tepanecas hacia 1230 la antigua fundación teotihuacana de Azcapotzalco. Pequeñas ciudades de origen tolteca siguieron existiendo, especialmente en la parte sur del altiplano, como por ejemplo Colhuacan, manteniendo Cholula aún por algún tiempo su preeminencia.

El resultado de la existencia de todas estas ciudades en una región limitada fue una lucha constante por lograr la hegemonía del altiplano. Esa lucha debió prolongarse aún durante los dos siglos siguientes. Y no solamente era el poderío militar lo que más les importaba, sino que también trataban de cimentar estas pretensiones por medio de manipulaciones dinásticas, al buscar el origen de los antepasados de los gobernantes y de la *élite*, en el imperio tolteca. Puede ser que los mejores argumentos en este sentido los hayan tenido los gobernantes de Colhuacan, que por lo pronto llegaron a ser la mayor autoridad en el altiplano, sin que por eso lograran alcanzar su última meta: la hegemonía. En 1350 Tezcoco derrocó a Colhuacan, cuyos habitantes nuevamente se designaban como "toltecas", durando muy poco su dominio ya que ahora eran los tepanecas los que luchaban por la hegemonía. Tenían en su "rey" Tezozómoc (1343-1426) un guía magnífico, tanto militar como políticamente, que logró derrotar a todos los estados y culminó en 1418 con la caída de Tezcoco, su rival más importante. Su heredero, Nezahualcóyotl, debió huir a la sierra, desde donde dirigió unas "guerrillas". Casi parecía como si los tepanecas se fueran a convertir en los nuevos señores de un México central unido, cuando en 1426, al morir Tezozómoc, se presentaron nuevas complicaciones, esta vez relacionadas con los aztecas.

Los aztecas, también un grupo nahua, de probable origen noroccidental, pertenecen a una de las últimas unidades que se infiltraron en el altiplano. Por primera vez se sabe con seguridad de su existencia en Chapultepec, en 1256, como un grupo relativamente poco importante, a donde llegaron de su migración, que según la leyenda, habían emprendido con motivo de unas profecías de su dios tribal Huitzilopochtli, cuya imagen llevaban en todas sus marchas. Pero todos los intentos de establecer un dominio propio en el altiplano fracasaron. Unos grupos pequeños se establecieron en las islas pantanosas del Lago de Tezcoco, que hasta entonces habían estado deshabitadas, mientras que la gran mayoría obtuvo permiso para establecerse en el señorío de Colhuacan, donde llevaban una vida de más o menos

esclavitud. Pero este estado de cosas tampoco se prolongó puesto que cuando se dio a su jefe por esposa una princesa de Colhuacan en 1323, no supieron hacer otra cosa que sacrificarla a Huitzilopochtli. En la siguiente expulsión se presentaron algunas dificultades y no fue hasta 1370 cuando se volvieron a reunir, al fundar la ciudad de Tenochtitlan en una isla del lago salobre. Al parecer, nuevamente se obedeció una profecía del oráculo de la tribu, que les ordenaba establecerse en el lugar donde vieran un águila posada sobre un nopal, devorando una serpiente, motivo que hoy día sigue siendo el escudo de armas mexicano. En realidad pueden haber sido de gran importancia estos tres motivos: la situación protegida y estratégica de una isla, la existencia de una fuente de agua dulce en medio del lago salobre y la existencia de una colonia en una isla vecina, Tlatelolco, que probablemente fue fundada el año de 1260 y que estaba poblada por aztecas.

Pero tampoco en este sitio permanecieron los aztecas al margen de los acontecimientos, sino que participaban activamente en los sucesos de tierra firme como aliados de los tepanecas, que amenazaban convertirse en el grupo dominante del altiplano. Aparentemente Tezozómoc los apreciaba mucho, pues, según una tradición, él fue quien instituyó a su primer rey, Acamapichtli (1375-1395). Desgraciadamente, los anales escritos después de la Conquista se contradicen grandemente y muchas veces hablan de los sucesos desde un punto de vista local, es decir, que los informantes aztecas dan más importancia a sus propias acciones, llamando a sus adversarios "tiranos", mientras que para otros cronistas, sus estados son los verdaderos portadores de la cultura. Otro problema es que los aztecas, al consolidar su poderío, mandaron destruir todos los códices de los otros estados y los suyos propios, implantando una nueva versión de la historia mexicana, que exaltaba a los aztecas como "el pueblo". Estos códices fueron los que sirvieron como base a los cronistas de la época colonial.

Ya dijimos que después de la muerte de Tezozómoc en el año de 1426, la situación cambió completamente, pues su sucesor Maxtlatzin, al contrario de su padre, no consideró a los aztecas como sus aliados, sino como amenazadores rivales en la lucha por la hegemonía del altiplano. Según los anales aztecas, él causó la muerte de Chimalpopoca (1414-1428), rey de Tenochtitlan y también del rey de Tlatelolco. Sin embargo, existen ciertas consideraciones en contra de esta versión: el heredero del trono azteca, Itzcóatl (1428-1440) era heredero de otra casa y no de la reinante y puesto que además fue durante su dominio cuando se destruyeron los códices, es muy probable que este "crimen" haya sido una reconstrucción posterior, que debía

cubrir luchas intestinas en Tenochtitlan. En todo caso, después de su ascenso al trono, Itzcóatl se unió al exiliado rey de Tezcoco, Nezahualcóyotl (1418-1472) y terminó, con la conquista de Azcapotzalco, en 1430, con el predominio tepaneca.

Así, de un solo golpe, se convirtieron en el máximo poder militar del Valle de México, sobre todo porque ahora ya tenían posesiones en tierra firme, provenientes del botín tepaneca. Para alcanzar la meta común, los dos gobernantes culpables de la caída de Maxtlatzin, fundaron, en unión del rey de la ciudad tepaneca de Tlacopan, una triple alianza que, teóricamente, duró hasta la Conquista de México por los españoles. El poderío original de las tres ciudades o estados se refleja muy bien en la repartición del botín, dispuesta de antemano, del cual Tenochtitlan y Tezcoco recibieron dos quintas partes cada uno y Tlacopan sólo una. Parece que militarmente eran los reyes de Tenochtitlan los que tenían la mayor autoridad, aunque no es posible ahuyentar todas las contradicciones de las crónicas posteriores.

Durante el siglo siguiente, el territorio de la alianza se amplió rápidamente: Itzcóatl ya había comenzado a someter a los pueblos que se encontraban al sur de Puebla y su sucesor, Moctezuma I, Ilhuicamina (1440-1469), aseguró definitivamente, con la conquista de Chalco, su predominio sobre el Valle, sometiendo también a Cholula y avanzando hasta la costa del Golfo. La vecina ciudad de Tlatelolco, que tenía su propio rey, fue incorporada por Axayácatl (1469-1483) a Tenochtitlan, surgiendo así una ciudad gemela. Este importante conquistador expandió mucho las fronteras, sometiendo al Valle de Toluca y a los huaxtecos que habitaban la costa del Golfo, fracasando, en cambio, en su intento de dominar a los tarascos de Michoacán. Parece que durante el breve reinado de Tizoc (1483-1486) hubo algunos reveses, puesto que su sucesor, Ahuítzotl (1486-1502) debió repetir muchas de las conquistas anteriores. Éste fue el soberano que finalmente creó el imperio que los españoles habían de encontrar a su llegada. Entre sus hechos más sobresalientes, se encuentra la ocupación de la costa del Pacífico en diversos puntos de Colima y Guerrero, la sumisión de amplias regiones de Oaxaca y campañas militares que llegaron hasta la frontera con Guatemala, donde sometió la rica provincia de Xoconochco (actualmente Soconusco), de tan gran importancia política y económica. Así es como fue creado el mayor reino que haya existido en suelo mesoamericano y que, por primera vez, al menos según nuestros conocimientos, llegó de océano a océano.

El sucesor de Ahuítzotl fue Moctezuma II, Xocoyotzin (1502-1520), durante cuyo reinado llegaron los españoles: en 1519 desembarcó Cortés en la zona de la actual ciudad de Veracruz. Moctezuma

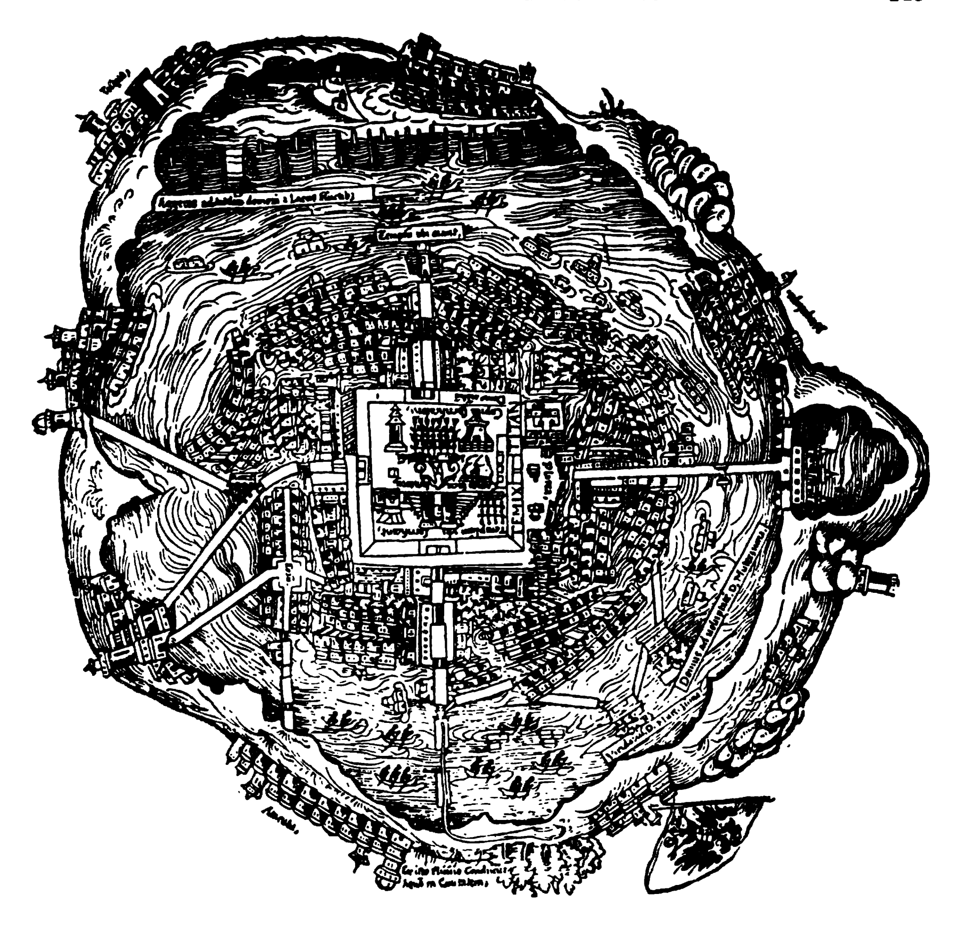


FIG. 36. Antiguo plano de la capital azteca, Tenochtitlan, y sus alrededores. El trazo de este mapa, publicado por primera vez en Nuremberg en 1524, se atribuye a Hernán Cortés.

también sometió nuevas regiones, sobre todo en Oaxaca y Guerrero, aunque parece que su interés principal estaba dirigido a la urgente solución de la rivalidad cada vez más fuerte con Tezcoco, al que pensaba convertir de aliado en vasallo. Este proceso fue interrumpido por la Conquista europea de México y también fue factor importante en la caída del imperio azteca.

Así, en menos de un siglo, lograron los aztecas dominar prácticamente todo el norte de Mesoamérica, conquista verdaderamente asombrosa que nos indica, sin embargo, que la creación de amplios reinos en América tampoco necesitó de largos periodos. Tenochtitlan se convirtió en el centro de la administración de estas provincias tan

diseminadas y la capital del reino, que ocupaba el sitio de la actual ciudad de México, en medio del entonces extenso lago.

Tenochtitlan era verdaderamente una gran ciudad. Para las condiciones existentes en aquel entonces, aun en el Viejo Mundo, la población debe haber sido inmensa. Según los mejores cálculos, ascendía, incluyendo a Tlatelolco que estaba densamente poblado, a cerca de 235 000 almas, muchas más que las que podía tener cualquier ciudad europea en esta misma época. Esta gente vivía en una ciudad cuyo plano era más bien cuadrado, de una extensión de cerca de 1000 hectáreas (Figs. 9 y 36); la ciudad insular estaba unida a tierra firme por tres diques que iban hacia el norte, el occidente y el sur. Los dos primeros se dividían en el lago, de modo que se podía llegar a la orilla por cinco puntos diferentes. Cada uno de los diques de tierra y piedra que medía en la corona cerca de 4.50 metros, estaba reforzado en los lados por medio de fajinas y estaba provisto de una serie de aberturas o huecos, que permitían el comercio en el lago. Los puentes de madera que cubrían estas aberturas eran fáciles de retirar, como lo comprobó Cortés en su retirada de Tenochtitlan en la "Noche Triste". Por ello era tan sencilla la defensa de la ciudad a pesar de estar unida a tierra firme. La historia de la Conquista demuestra también que las terminaciones de los diques en tierra firme o las ciudades surgidas allí, en caso de guerra, se utilizaban y defendían como fortalezas exteriores.

Estos diques se continuaban en calles rectas que se encontraban en el centro de la ciudad y que, junto con otra calle que iba del centro hacia el oriente, dividían la ciudad en cuatro grandes unidades. Dentro de estos cuadrados, nuevamente encontramos calles en ángulo recto y acompañándolas o formando la calle en sí, canales. Por esto no nos asombra que los conquistadores hayan nombrado a Tenochtitlan una ciudad lacustre y que la compararan con Venecia, a la que muchos conocían de vista. Esta cómbinación de calles y canales se explica mejor si tomamos en cuenta que la superficie de la tierra se ensanchaba continuamente por medio de chinampas, que entonces se designaban como tlateles. En las partes no completamente firmes, especialmente en los extremos exteriores, las casas se construían sobre estacas hincadas y eran de paredes tejidas cubiertas de barro y techos de paja, tipo de construcción que se conocía en Mesoamérica ya desde hacía 3000 años. Las viviendas de la gente común no se diferenciaban grandemente de éstas, mientras que las capas sociales más elevadas, y la nobleza en especial, habitaban casas de piedra en el centro de la ciudad que, en algunos casos, según los cronistas, eran hasta de dos pisos. No tenemos ninguna prueba de estas construc-

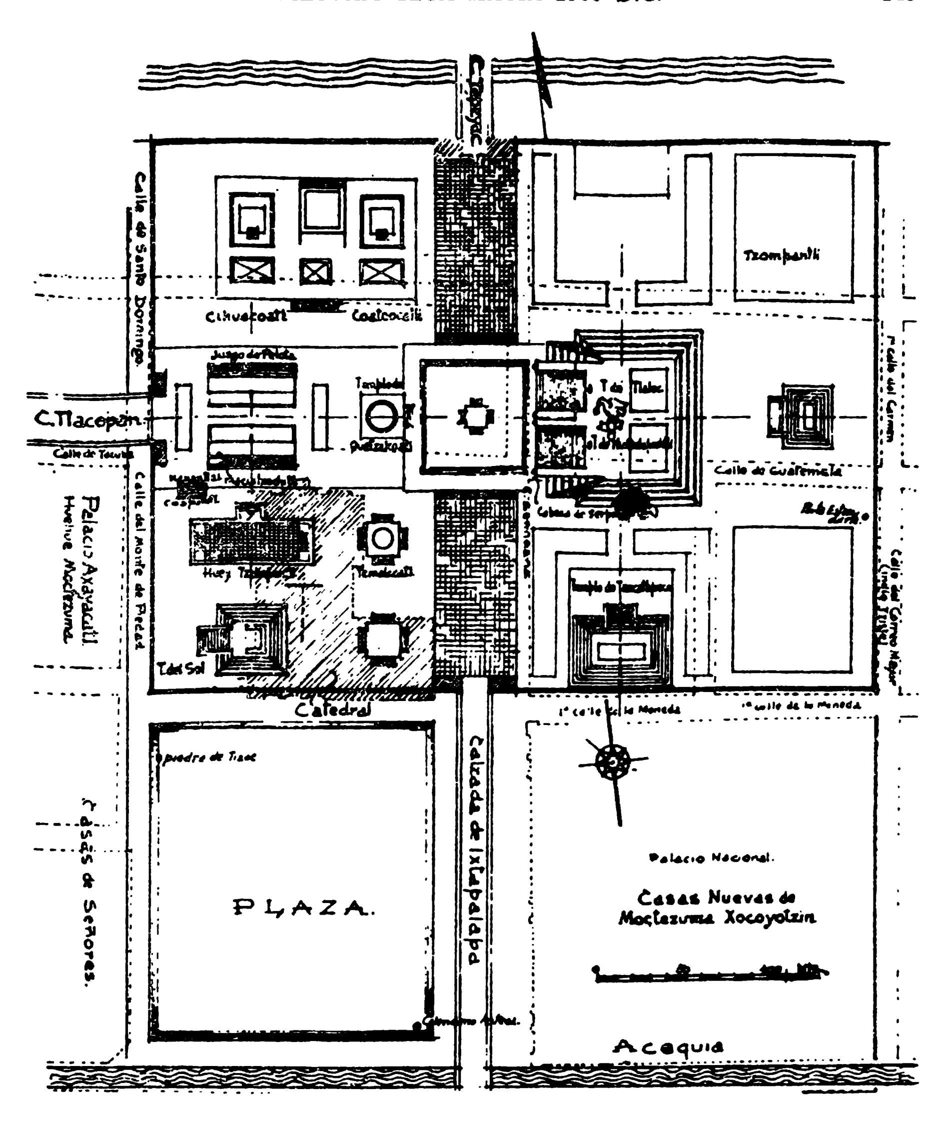



FIG. 37. Plano del circuito de los templos principales de Tenochtitlan y de los edificios que comprende, según un dibujo de Marquina (1957). El templo principal se ha desplazado del centro hacia oriente. *Véase* la descripción en el texto.

ciones porque Tenochtitlan fue destruida completamente al terminarse la Conquista en 1521.

Por cierto que la arqueología ha contribuido muy poco a nuestros conocimientos de esta ciudad, puesto que las excavaciones son ahora casi imposibles. En caso de que se hubieran conservado antiguos

cimientos, éstos ya se habrían hundido en el suelo cenagoso (lo mismo ocurrió con edificios coloniales) y deben encontrarse muy por debajo del nivel del agua. Es por ello que los informes, escritos poco después de la Conquista, por españoles o por indígenas que aprendieron a escribir con letras latinas, son tan importantes, pues frecuentemente son las únicas fuentes de que disponemos para el conocimiento de todos los aspectos de la vida en la ciudad. Dentro del grupo de los anales escritos por los indígenas, sobresale la obra de Fray Bernardino de Sahagún, en la que el informante indígena habla ampliamente y en su propio idioma de los diversos aspectos de la cultura azteca, y su lectura es indispensable para conocer su vida hacia 1500 d.c. Entre los testimonios españoles merece ser recordada sobre todo y al lado de las conocidas Cartas de Cortés a Carlos V, la descripción de Bernal Díaz del Castillo.

Como ya dijimos arriba, en el corazón de Tenochtitlan se encontraban o convergían las tres calles principales, que continuaban los diques. En este centro se encontraba el grupo de edificios más importante de la ciudad: el recinto principal de templos (Fig. 37, Láms. 94 y 95), un diseño rectangular que medía aproximadamente 350 x 300 metros. Estaba separada del mundo circundante por un muro de serpientes, es decir, por un muro del que sobresalían cabezas de serpiente de bulto: un tipo de cerca que se encuentra en otros templos de esta época, como por ejemplo el de Tenayuca (Lám. 96). En el interior de este "circuito sagrado" se encontraban muchos edificios, de los cuales el más importante era el llamado templo mayor, desplazado del centro hacia oriente. Su pirámide de cuatro cuerpos tenía una superficie de cerca de 100 x 80 metros y una altura de 30 metros. En la parte occidental tenía dos escaleras paralelas cuyas balaustradas terminaban en el suelo, en cabezas de serpiente y que conducían a la plataforma, sobre la que se encontraban dos templos, de los cuales el del sur estaba dedicado al dios tribal y de la guerra, Huitzilopochtli, y el del norte al dios de la lluvia, Tláloc, dos dioses que gozaban de culto especial entre los aztecas. Representan la síntesis de la que habían surgido el reino y la cultura aztecas; uno era el representante del joven pueblo nómada guerrero que había creado este imperio y el otro era el representante de la antigua tradición cultural del valle sobre el que edificaron, pues Tláloc había sido, como podría demostrarse, una divinidad muy respetada en Teotihuacan.

Los mismos edificios del templo principal eran chicos, con una cámara interior oscura, en la que se encontraba la imagen del dios correspondiente, y que sólo recibía luz por la abertura de la puerta. Aquí solamente entraban los sacerdotes principales y las personas de

más alto rango, mientras que las grandes fiestas religiosas y los sacrificios se llevaban a cabo en una plataforma o al pie mismo de la pirámide, para lo que se habían levantado altares entre los templos y las escaleras. Éstos y otros edificios se coronaban por estructuras ornamentales superpuestas, adornadas con frisos, por ejemplo el "cielo estrellado", en cuya superficie oscura y profunda se habían introducido conos de piedra pintados de blanco y provistos de ojos. Cada dios tenía ornamentos especiales, de modo que desde lejos se podía ver a qué divinidad estaba dedicado cada templo (Lám. 97).

La mayoría de los otros templos del circuito sagrado, al igual que los que se encontraban en otras partes de la ciudad, estaban construidos de igual forma, sólo que eran más bajos, tenían una superficie menor y frecuentemente sólo un edificio en su cima. En el circuito se encontraba, entre otros, el templo de Tezcatlipoca (Lám. 95), un antiguo dios de la guerra, al sur del templo principal; además, el del dios del Sol, Tonatiuh, en el extremo sudoccidental del circuito y el templo de la vieja diosa de la tierra, Cihuacóatl, en el extremo noroccidental, lo mismo que el templo llamado de Cuhuacan y el antiguo templo de Huitzilopochtli en el extremo oriental, atrás del nuevo templo principal. Una construcción especial dentro de la tradición muestra el templo de Quetzalcóatl en sus atribuciones de dios del viento: tanto la pirámide escalonada como el templo eran circulares (Lám. 94) y el techo cónico de éste estaba cubierto de paja.

Entre este templo y la pirámide principal, se había levantado una plataforma baja, sobre la que se encontraba la así llamada "piedra de Tizoc" (Lám. 98), un tambor de piedra cuyos lados estaban adornados con representaciones de las conquistas de los primeros gobernantes aztecas, mientras que la parte superior estaba ocupada por la imagen del Sol. En el centro de la parte superior de la piedra, ahora en el Museo Nacional de México, se encuentra una perforación semicircular, de la que parte una ranura hacia el exterior. Ésta debe haber sido hecha posteriormente, pues uno de los relieves laterales fue destruido. La perforación y la ranura demuestran que la Piedra de Tizoc debe haber sido una piedra de sacrificio, donde se recogía la sangre de las víctimas. Una función semejante se atribuye al relieve más grande que se conoce del circuito sagrado, la Piedra del Sol, sin que se encuentren en ella la perforación o la ranura. Dedicada al dios del Sol, adornada con signos de los días y de las edades del mundo, este impresionante monumento, frecuentemente mal designado como "piedra de calendario", proporciona una profunda compenetración del pensamiento azteca (Lám. 99).

Además de los edificios mencionados que se encontraban dentro del muro de las serpientes, había otros muchos que no podemos

mencionar detalladamente, porque además existen diversas interpretaciones sobre ellos. Digamos solamente que en cada cuadrado se encontraban otros templos, habitaciones para sacerdotes y miembros de la "orden de caballeros", depósitos de agua, un juego de pelota, altares, monumentos y tzompantlis, o sea, estructuras en las que se conservaban las calaveras de las víctimas de sacrificio. Es posible que también en este circuito haya existido una escuela para sacerdotes o nobles. También se levantaban algunos templos en el otro punto importante dentro de la capital, Tlatelolco, donde se encontraba el mercado, que tenía una función primordial y que llenó de admiración a los españoles. Como no es posible describirlo mejor, le dejamos a uno de ellos, a Bernal Díaz del Castillo, la palabra.

"...Digo esto porque a caballo nuestro capitán con todos los demás que tenían caballo, y la más parte de nuestros soldados muy apercibidos, fuimos a Tatelulco. Iban muchos caciques que Montezuma envió para que nos acompañasen; y desde que llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían. Y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando; cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas; digo que traían tanto de ellos a vender [a] aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, y traíanlos atados en unas varas largas con colleras a los pescuezos, por que no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón y cosas de hilo torcido, y cacahueteros que vendían cacao, y de esta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías, por sí; así estaban en esta gran plaza, y los que vendían mantas de henequén y sogas y cotaras, que son los zapatos que calzan y hacen del mismo árbol, y raíces muy dulces cocidas, y otras rebusterías, que sacan del mismo árbol, todo estaba en una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de adives y de venados y de otras alimañas, tejones y gatos monteses, de ellos adobados, y otros sin adobar, estaban en otra parte, y otros géneros de cosas y mercaderías.

"Pasemos adelante y digamos de los que vendían frijoles y chía y otras legumbres y yerbas a otra parte. Vamos a los que vendían gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos

y otras cosas de este arte, a su parte de la plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendían cosas cocidas, mazamorreras y malcocinado, también a su parte. Pues todo género de loza, hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, que estaban por sí aparte; y también los que vendían miel y melcochas y otras golosinas que hacían como nuégados. Pues los que vendían madera, tablas, cunas y vigas y tajos y bancos, todo por sí. Vamos a los que vendían leña, ocote, y otras cosas de esta manera. Qué quieren más que diga que, hablando con acato, también vendían muchas canoas llenas de yenda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer sal o para curtir cueros, que sin ella dicen que no se hacía buena. Bien tengo entendido que algunos señores se reirán de esto; pues digo que es así; y más digo que tenían por costumbre que en todos los caminos tenían hechos de cañas o pajas o yerba, porque no los viesen los que pasasen por ellos; allí se metían si tenían ganas de purgar los vientres, porque no se les perdiese aquella suciedad. Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza, porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman amal, y unos cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos y cosas de este arte vendían por sí; y vendían mucha grana debajo los portales que estaban en aquella gran plaza.

"Había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera; y tenían allí sus casas, adonde juzgaban, tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miraban las mercaderías. Olvidado se me había la sal y los que hacían navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas y otros que vendían unos panecillos que hacen de una como lama que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja y hacen panes de ello que tienen un sabor a manera de queso; y vendían hachas de latón y cobre y estaño, y jícaras, y unos jarros muy pintados hechos de madera.

"Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas de diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, en dos días no se viera todo. Y fuimos al gran cu, y ya que íbamos cerca de sus grandes patios, y antes de salir de la misma plaza estaban otros muchos mercaderes, que, según dijeron, eran los que traían a vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos canutillos delgados de los de ansarones de la tierra, y así blancos porque se pareciese el oro por de fuera; y por el largor y gordor de los canutillos tenían entre ellos su cuenta qué tantas mantas o qué xiquipiles de cacao valía, o

qué esclavos u otra cualesquiera cosas a que lo trocaban". (Bernal Díaz del Castillo. cap. XCII).

Claro que estos autores (también Cortés escribió detalladamente sobre el mercado de Tlatelolco), no llegaron a entender todo y malinterpretaron algunas cosas: así, por ejemplo, no había latón en México. Es necesario explicar también la última observación del párrafo citado anteriormente, pues los canutillos de oro no eran sólo objetos de comercio, sino también el equivalente general por excelencia. Según todas las apariencias, el comercio azteca hacia 1500 d.c., se encontraba en proceso de transformación, puesto que al lado del trueque, muy difundido, ya se conocían medidas del valor que guardaban una cierta relación entre ellas: los canutillos de oro ya mencionados, que eran un equivalente general, y granos de cacao, que eran la moneda de apoyo. Éstos tenían su propio valor estable, puesto que debían ser importados, ya de las húmedas tierras bajas de la costa del Golfo (Veracruz, Tabasco), ya de las del Océano Pacífico. Por ello fue de tanta importancia la conquista de Xoconochco por Ahuítzotl, pues era una región productora de cacao, cuya anexión aseguraba las existencias necesarias del grano, que funcionaba como dinero. En una evolución tranquila, no podría haber pasado mucho tiempo sin que hubiera surgido en México una verdadera "economía monetaria". Otro paso en este sentido fue la existencia de medidas generalizadas, puesto que acerca de los inspectores de mercados mencionados por Bernal Díaz, escribe Cortés: "...Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa". (Segunda relación. 30 de octubre de 1520.)

El abastecimiento de una ciudad como Tenochtitlan, aun en la Europa medieval, habría sido un problema, con el agravante de que en Mesoamérica y en general en el Nuevo Mundo faltaban los vehículos y animales de tiro necesarios para el transporte; de ahí que los bienes sólo podían ser transportados por tierra, por cargadores que llevaban sus fardos sobre las espaldas, sostenidos de la frente por medio de una banda. Si simplemente consideramos las cantidades de maíz que se necesitaban al día para satisfacer las necesidades de los habitantes de la ciudad y si tomamos en consideración que prácticamente todas las otras cosas, incluyendo materias primas, debían ser traídas del interior, nos parece una tarea colosal, que sólo puede explicarse si pensamos que utilizaban el lago, especialmente para transportar cargas de gran tonelaje, lo que era facilitado por los numerosos canales, ya que las canoas podían llegar hasta los lugares más apartados de la ciudad. Este aprovisionamiento por el lago era mucho

más sencillo, puesto que muchos de los vegetales venían de las chinampas de sus orillas. Este tipo de agricultura, intensivo y productivo, ya había sido empleado en la época teotihuacana (p. 67), y se conserva hasta nuestros días, en los lagos cercanos a la ciudad de México (por ejemplo, en Xochimilco).

Aunque el lago ofrecía tantas ventajas económicas, también era una constante amenaza para la ciudad lacustre. Durante la época de lluvias podía crecer considerablemente y causar enormes inundaciones, como sucedió durante el reinado de Itzcóatl, de Moctezuma I en el año 1449 y de Ahuítzotl en el año 1503. Este aumento del nivel de las aguas resultaba catastrófico por otro motivo: una parte de los lagos anexos, especialmente la parte oriental del Lago de Texcoco, era salada, mientras que las otras eran de agua dulce. En tiempos de secas, esto no representaba ningún problema, puesto que el "lago salado" era el de nivel más bajo y el agua dulce de los otros lagos fluía al salado. Pero si crecía mucho el nivel del agua, llegaba a un movimiento de retroceso y el agua salada entraba a los lagos de agua dulce y destruía la agricultura de ese lugar, sobre todo la de las chinampas. Por eso las medidas tomadas contra las inundaciones eran tan importantes, no sólo para la conservación de la ciudad, sino también para la alimentación. Sin duda, anteriormente ya se habían construido defensas, aunque apenas ahora se pueda demostrar el dique de 16 kilómetros de largo que mandó construir Itzcóatl en el estrecho entre Atzacoalco e Ixtapalapa que, después de la alianza renovada del altiplano resultó muy débil, habiendo sido reforzado con piedras y madera y elevada su altura, después de la catástrofe de 1449, con el concurso de todos los pueblos lacustres, bajo la dirección del rey texcocano Netzahualcóyotl (Fig. 9). El que la dirección de la obra haya estado a cargo de Texcoco, que no era directamente afectado, demuestra que se prefirió utilizar las técnicas antiguas y no las modernas de los aztecas recién llegados. Parece que los diques que conducían a tierra firme tenían, por lo menos en parte, funciones protectoras, como lo podrían indicar restos de puertas de esclusas en las aberturas tan necesarias para el tráfico del lago. Los aztecas parecen haber sido inteligentes alumnos de las antiguas culturas lacustres, como se muestra, por ejemplo, en la disposición de acueductos que proveían a Tenochtitlan de agua potable. El más importante de estos acueductos, construido bajo Ahuítzotl, corría paralelo al canal que venía de Coyoacán. En este contexto debemos mencionar las complicadas instalaciones de riego en el Peñol de Tetzcotzinco, una obra maestra de los texcocanos, durante el régimen de Netzahualcóyotl.

Más importante que los barrios ya mencionados era la división

de Tenochtitlan en 60 barrios, que recibían el nombre de calpulli. Puede ser que originalmente se haya tratado de clanes, es decir, de grupos de familias que descendían de un antepasado común, pero hacia 1500 d.c., se habían convertido en unidades habitacionales y administrativas, en las que sólo algunos rasgos recordaban las antiguas funciones, como por ejemplo, la posesión comunal de tierras y la elección del jefe (calpullec) del calpulli. Cada barrio era una pequeña copia de la ciudad y contaba con sus propios templos, mercados y escuelas (tepochcalli).

El fin del antiguo orden del clan no puede haber sido causado simplemente por la incorporación de elementos extraños en la confederación de los pueblos, puesto que solamente una pequeña parte de los habitantes de Tenochtitlan eran verdaderos mexicas, verdaderos aztecas. Con la expansión del reino, el crecimiento de la administración y de la corte, llegaron nuevos grupos a la capital, voluntaria o involuntariamente, los que se establecían, se asimilaban y después de corto tiempo, se consideraban miembros del grupo dominante, es decir, aztecas. Una evolución semejante se puede observar en algunos grupos de artífices.

Por ejemplo, los muy especializados artesanos de la pluma, que vivían en el barrio de Amantla, eran llamados amantecas. Este calpulli originalmente había sido un pueblo, que fue asimilado por la ciudad. Casi sin lugar a dudas, no eran aztecas, sino que pertenecían a un grupo anterior de pobladores, que recibían lo mismo que otros artesanos, el nombre de "toltecas". Aparentemente estaban organizados en gremios, en los que el oficio se heredaba y cuyos productos estaban totalmente destinados a los nobles y a la corte, pues solamente los nobles podían usar los finos mosaicos de plumas, de brillantes colores, que los artesanos cosían sobre una tela o pegaban sobre papel. Estos objetos siempre despertaron la admiración de los españoles y, sin embargo, de los escudos (Lám. 100), vestiduras, yelmos, "divisas" (insignias) para las espaldas, abanicos, etc., sólo se han conservado menos de doce.

También los orfebres se contaban entre los toltecas, que pueden haber venido del sur, es decir, que eran mixtecas que hacia 1500 d.c. ya eran considerados como los más grandes maestros de la orfebrería en Mesoamérica. Puesto que los españoles recogieron la mayoría de los objetos de oro y fundidos los enviaron a Europa, los pocos objetos encontrados en la Mixteca apenas nos permiten darnos una idea de la destreza de este grupo (Lám. 113). Merece atención especial el vaciado con la "técnica de cera perdida", cuyas miniaturas, algunas veces de filigrana, representan un momento culminante de la técnica indí-

gena del metal. Otros objetos, martillados, tenían diversas partes móviles y se fundían en plata y oro o se hacían mediante la combinación perfecta de oro y piedras semipreciosas como el ágata, la turquesa, el cristal de roca o el jade, preferido y estimado más que ninguna otra piedra.

Este trabajo de diversos materiales combinados debe haber obligado a los artífices a trabajar en grupo, pues también se trabajaban juntas las plumas y el oro. Los grabadores de piedra, que también eran considerados "toltecas", cubrían objetos plásticos de escultura, de madera o piedra (por ejemplo mangos de cuchillo, máscaras, yelmos, lanzadardos, escudos, etc.), con mosaicos de piedras de diversos colores. Aunque las noticias sobre los artesanos, especialmente de su jerarquía social y de su organización gremial, son muy escasas, podemos decir que constituían una clase social privilegiada dentro de la ciudad, casi a la cabeza de la "clase media". Debían, como los demás ciudadanos, pagar impuestos, pero estaban exentos del servicio militar y de los trabajos públicos.

Las tres obligaciones —pago de impuestos, servicio militar, trabajos públicos— se referían a los macehualtin, que formaban la masa de la población, a la que se podría designar como "ciudadanía". Su situación económica no está muy clara, pues es difícil que hayan poseído tierra suficiente para alimentar a su familia y obtener excedentes destinados al intercambio por cosas necesarias para la vida diaria. Por otra parte, como miembros de un calpulli, trabajaban las tierras comunales, derecho que sólo podían perder en caso de abandono. Así se diferencian de los tlalmaitl (mayeque), socialmente inferiores, que solían trabajar la tierra como quinteros, o servir a un amo. Parece que no pertenecían a ningún calpulli, o tal vez eran reclutados entre los recién llegados. El hecho de que hayan estado exentos de impuestos indica que se encontraban en una situación económicamente dependiente, lo que por cierto no les impedía ser guerreros. A uno de esos grupos (macehualtin o tlalmaitl), pueden haber pertenecido los salineros, canteros, alfareros, constructores de canoas, etc., que, por atender su profesión en Tenochtitlan, apenas y se ocupaban de la producción agrícola, salvo en lo que toca a los pequeños jardines, en los que cultivaban verduras o flores.

Los tlatlacotin o esclavos, formaban la capa social más baja y estaba constituida por los prisioneros de guerra, por gente que en pago de deudas tributarias servían de esclavos en la ciudad, por gente que cumplía una condena (por ejemplo, por robo), por esclavos por deuda y por aquellos que voluntariamente elegían este estado o mediante una decisión familiar. El término europeo de "esclavo" se puede aplicar solamente a los prisioneros de guerra y a los esclavos obtenidos

como tributo, destinados al sacrificio; en los otros casos, debería ser sustituido por el de "servidores que no eran libres", pues, por ejemplo, los dueños de los tlatlacotin no podían matarlos y sólo podían venderlos en circunstancias especiales provocadas por ellos mismos, como en casos de pereza o embriaguez. Por otra parte, tenían muchas posibilidades de obtener su libertad, por muerte del dueño, por pago de la indemnización o por la compra de su libertad, para mencionar sólo algunas. Esto era posible porque un esclavo podía tener bienes, casa, tierras y hasta esclavos. En el sentido de que no tenían obligaciones con el Estado y de que el dueño debía proveerlos de casa, alimentos y vestido, tenían una posición mejor que los tlalmaitl, socialmente superiores, pero cuyo patrimonio podía ser afectado por el Estado.

La manera de vestir de todos estos grupos era más o menos la misma, y sólo se distinguía en los días de fiesta, en atención a la riqueza de los materiales usados (Lám. 101). Los hombres usaban un taparrabo, cuyos extremos colgaban por el frente y una manta que anudaban sobre el hombro izquierdo y que pasaban por debajo del brazo derecho. Las mujeres vestían una amplia falda, enredo, y una ancha camisa sin mangas, el huipil, mientras que el quechquémitl (una prenda cuadrada de tela, con una abertura diagonal en el centro, para la cabeza y las puntas colgando delante y atrás) estaba reservado a las mujeres de más alta posición. Parece que las mujeres andaban descalzas, mientras que los hombres usaban sandalias tejidas de yuca. El material que se empleaba para los vestidos era casi siempre de agave, pues sólo las clases más altas podían adquirir las telas de algodón importadas, aunque las gentes más pobres también llegaban a tenerlas, gracias a las reparticiones de tributos que se hacían entre ellas y las usaban en los días de fiesta. Como ornamentos, se empleaban cadenas, pequeños palitos para los labios y orejeras (Lám. 103) hechas de materiales sencillos, pues las plumas, las piedras finas, el metal y otros objetos valiosos, estaban prohibidos al pueblo, el que, además, no los podía adquirir seguramente por su elevado costo.

El grupo de los pochtecas, que monopolizaba el "comercio exterior", no cabía dentro de este orden del vestido. Éstos marchaban con sus caravanas a lejanos países no sometidos, donde cambiaban manufactura de Tenochtitlan por artículos de lujo como plumas de quetzal, caparazones de tortuga, jade, perfumes y especias, etc., que simplemente por el viaje que llegaba a durar más de un año, adquirían más valor.

Reunidos en corporaciones y con una jerarquía fija, vivían en barrios especiales en Tlatelolco. Al igual que los artífices, debían pagar impuestos, pero no estaban obligados al servicio militar y gozaban de

otros privilegios, como el derecho de usar ornamentos de oro y plumas en sus propias festividades y mandar a sus hijos a la escuela de los nobles, el calmécac. Sin embargo, el derecho más importante de que disfrutaban era el que sólo su jefe podía juzgarlos. Estos privilegios que fueron cuidados celosamente, derivaron en el hecho de que solamente los hijos de los comerciantes fueran aceptados en la asociación y de que los matrimonios se efectuaran entre miembros del propio barrio. Estos derechos se les habían concedido no sólo por entregar a la corte los codiciados artículos de lejanos países, sino por las noticias de que eran portadores, especialmente en lo concerniente a la situación política y económica de otros lugares, que podían llegar a ser el punto de partida de nuevas campañas de conquista. Por ello no es raro que se les designe como guerreros disfrazados o espías, aunque no fueran ninguna de estas cosas, pues aparentemente su mira principal eran las ganancias materiales. El que estas empresas resultaran en disputas armadas, provocadas por asaltos y extorsiones y en las que más de un pochteca muriera en tierras lejanas, se puede explicar más fácilmente por el atractivo que tenían las mercancías que llevaban que por sus otras actividades.

Como podríamos demostrar, para los ciudadanos comunes era muy difícil ascender a los grupos de los pochtecas o artífices, ya que en éstos predominaban las confederaciones y los gremios familiares, pero sí tenían la posibilidad de entrar en otro grupo, pues la "nobleza azteca" no era una nobleza hereditaria, sino que se adquiría por méritos. Sin embargo, hacia 1500 d.c., estos privilegios ya comenzaban a hacerse hereditarios, o sea, que se facilitaba su logro a los hijos de los nobles. En un principio, el ascenso había sido posible sólo por el orden de los guerreros, al que entraban los jóvenes al terminar el tepochcalli, donde habían sido instruidos en el oficio de las armas. Equipados con un peto de algodón, un escudo redondo de madera, junco o cuero, una macana que tenía incrustadas hojas de obsidiana tan afiladas como navajas (Lám. 102), de manera que de un solo golpe se podía decapitar un caballo, tablero y lanzas o arcos y flechas, se lanzaban los jóvenes guerreros a la lucha (Fig. 38), en la que era más importante obtener una víctima para el sacrificio que matar al enemigo, táctica que benefició mucho a los españoles. Una vez que esto había sucedido, el "recluta" podía cortarse un mechón de cabello y peinarse de otra forma para destacarse como guerrero perfecto. Si después hacía más prisioneros, ascendía poco a poco, pero si no, pasadas algunas campañas, se le despedía, volvía a su calpulli y solamente en tiempos de necesidad se le volvía a llamar a las armas como "recluta".

Aquellos a quienes se les permitía permanecer en filas, en caso de no terminar sus días en el campo de batalla o sobre una piedra de



FIG. 38. Guerreros azteca y tlaxcalteca luchando. El guerrero azteca (izquierda) pertenece a los caballeros jaguar. La divisa en la espalda del tlaxcalteca, sin duda una garza, lo señala como un alto jefe. Ambos llevan los escudos redondos característicos del centro de México (*Véase* Lám. 87) y están armados con macanas, en las que se incrustaban navajas de obsidiana (*Véase* Lám. 102). Según el "Lienzo de Tlaxcala", de la Época Colonial temprana.

sacrificio, ascendían lentamente. Después de que hubieran alcanzado ciertos rangos, que los convertían en jefes de ciertas unidades, no sólo los proveía el jefe de distintivos, condecoraciones y otras cosas, sino que también recibían ciertos privilegios, como el permiso de usar ornamentos de oro y pluma y la participación en el botín obtenido en el campo de batalla, siendo la más importante el hecho de que se les dieran tierras en las nuevas regiones conquistadas, que hacían producir por medio de los tlalmaitl o de los "esclavos". Por ello, estaban más unidos a la corona que al calpulli y formaban un grupo adicto al mandatario y a la nobleza. Los hijos de los macehualtin podían ascender a los más altos cargos y, teóricamente y tal vez también prácticamente, llegar a ser tlacatéccatl (aquel que capitanea) o tlacochcálcatl (el de la casa de las lanzas), como se llamaban los dos títulos militares más altos.

Los caballeros águila y jaguar parecen haber formado una tropa o grupo especial, que se han designado o como órdenes de caballeros o como guardia, aunque ninguna de las dos corresponde a la realidad europea. Sin duda se relacionaban con el antiguo dios de la guerra

Tezcatlipoca (jaguar) y al dios del Sol, Tonatiuh (águila); en el "recinto sagrado" tenían sus casas y adoratorios propios, como el templo excavado en las rocas en Malinalco, en el altiplano de Toluca, pero no ha sido posible establecer la existencia del celibato como en las órdenes medievales de caballeros. En la lucha se distinguían por su osadía y hacían notable su presencia por su llamativo "uniforme", que consistía de ropas que simulaban la piel del jaguar o el plumaje del águila, o que estaban hechos de estos materiales. En la cabeza, como yelmo, llevaban la cabeza del animal, desde cuyas fauces abiertas, o pico, asomaba su cara. Una de las esculturas aztecas de piedra más hermosas, que se han conservado hasta nuestros días, representa la cabeza de un guerrero águila (Lám. 104).

Los jefes de tropas también llevaban ornamentos y emblemas parecidos, ya como insignias o como divisas para la espalda, hechas de caña, telas y otros materiales y también, casi siempre, trajes especiales que se relacionaban con dioses determinados o con los animales dedicados a ellos, de modo que fácilmente podían ser reconocidos a lo lejos por amigos y enemigos y una y otra vez debían demostrar su arrojo.

Hacia 1500 d.c., esta nobleza por méritos en la guerra, se encontraba en camino de transformarse en hereditaria. La posesión, también hereditaria, de grandes extensiones territoriales, los había convertido en señores territoriales. Otro de sus privilegios era que sus hijos, los pilli, pudieran ir al calmécac, "escuelas superiores", donde recibían una instrucción mejor que en el telpochcalli y tenían el derecho, inmediatamente después del "periodo de recluta", de ascender a ciertos rangos. Esta posición la debían asegurar por medio de éxitos guerreros y de no obtenerlos, tenían que separarse, por lo que sus hijos perdían el derecho a estudiar en el calmécac. El crecimiento del reino trajo consigo la necesidad de más gobernadores, recaudadores de impuestos, consejeros de reyes extranjeros, jueces, etc., cargos que sin duda recayeron sobre los pilli. También en esta carrera podían probar su valía, conservar o aumentar el rango heredado, para que sus hijos también fueran pilli, con lo que claramente se tenía la posibilidad de hacer hereditaria la nobleza.

El pertenecer a la casta gobernante era privilegio indiscutido y hereditario; la casa reinante, debido a la poligamia, era muy numerosa y con el correr del tiempo surgió la costumbre de dar a los miembros de estas familias los más altos puestos, como en el reinado de Moctezuma II, en el que tanto los puestos militares como los políticos y sacerdotales estuvieron ocupados por parientes cercanos. Parece que antes no había sido así, pues el más importante de todos los cihuacóatl, Tlacaélel (1397-1468, aproximadamente) no pertenecía a esa familia,

aunque esa posición designara al consejero más cercano al rey, una especie de gran visir.

A la cabeza de todos se encontraba el rey, el tlacatecutli (príncipe de los hombres) o tlatoani ("orador"), cuyo título se traduce frecuentemente por rey o emperador, aunque no en el sentido europeo. Teóricamente podía ser electo de entre todas las familias, aunque en la práctica siempre surgiera de la misma, como frecuentemente sucedía también con otros "cargos electivos", el calpullec, por ejemplo. Ya que el colegio de electores, compuesto de cuatro funcionarios públicos, entre los que se encontraban los dos comandantes en jefe, estuvo compuesto después por los miembros de la familia reinante, se tenía asegurado el resultado de la elección. Por cierto que rara vez se pasaba el título del padre al hijo, sino que se pasaba al más capaz (¿al más hábil políticamente?); así Axayácatl, Tízoc y Ahuítzotl eran hermanos, hijos de Moctezuma I; Moctezuma II y su heredero Cuitláhuac eran hijos de Axayácatl y su sucesor, el último gobernante, Cuauhtémoc, era hijo de Ahuítzotl.

Parece que originalmente el gobernante azteca era sólo *primus inter pares*, cuyas decisiones dependían de ciertos gremios que todavía existían hacia 1500, pero que habían perdido su importancia, mientras que el gobernante ya se había convertido en un monarca absoluto. La corte y el ceremonial también habían cambiado y éste dictaba que cualquiera que se acercara o acompañara al monarca, aunque se tratara de los grandes del reino, debía ir descalzo; que no se llevaran ricas vestiduras a las audiencias, sino sólo ropas de simples fibras sin colorear de agave; que se bajaran los ojos delante del monarca (no lo debían ver a los ojos) y que, para demostrar su lealtad, se llevaran polvo a la boca. Aparentemente se imaginaba que el gobernante estaba dotado de poderes mágicos, puesto que cuando era llevado fuera de palacio, pero no en andas adornadas con plumas y abrigado con grandes doseles, su comitiva extendía preciosas mantas, para que su pie no tocara el suelo.

Las partes básicas de que se componía el traje regio eran, como las del hombre sencillo, un taparrabo y una capa, de un material más fino y ricamente adornado. Sobre la cabeza llevaba una cinta de cuero, de la que sobresalía una punta triangular, incrustada con turquesas. Este tocado parece haber sido un distintivo de los gobernantes, pues en los códices aparece como su símbolo. Al lado de tales ornamentos, que también podían ser usados por otros altos dignatarios, el monarca usaba dos cosas que eran de su uso exclusivo, un palito de turquesa para la nariz y un brazalete con plumas de quetzal, que eran consideradas muy valiosas. En tiempos de paz, el color de la realeza parece

haber sido el azulverde, mientras que en otras ocasiones, por ejemplo durante la guerra, otros colores y otras prendas de vestir eran usadas, relacionados directamente con determinados dioses y con sus funciones.

Según los conquistadores, en la corte se veía una magnificencia que nada pedía a las cortes europeas medievales. Como parece que cada rey había erigido su propio palacio, Moctezuma II contaba con varios en Tenochtitlan. Además había una pajarera que Cortés, lleno de admiración, describe como sigue: "...En esta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía todos los linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar, eran los estanques de agua salada, y para las de ríos, lagunas de agua dulce, la cual agua vaciaban de cierto a cierto tiempo, por la limpieza, y la tornaban a henchir por sus caños, y a cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio a su natural y con que ellas en el campo se mantenían. De forma que las que comían pescado, se lo daban; y las que gusanos, gusanos; y las que maíz, maíz; y las que otras semillas más menudas, por el consiguiente se las daban. Y certifico a vuestra alteza que a las aves que solamente comían pescado se les daba cada día diez arrobas de él, que se toma en el agua salada. Había para tener cargo de estas aves trescientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían. Había otros hombres que solamente entendían en curar las aves que adolecían" (Segunda relación. 30 de octubre de 1520).

No podemos incluir aquí las descripciones de otras partes del palacio. Baste decir que además existían casas para aves de rapiña, un zoológico para animales mamíferos, un jardín botánico y edificios en que se encontraban hombres con defectos físicos, tales como albinos, jorobados, enanos, etc.

La vida en la corte no era menos pródiga. Cortés nos informa, por ejemplo, que en cada comida se le presentaban al rey no menos de 300 o 400 platillos diferentes, cada uno sobre una estufilla, para que no se enfriase. La vajilla, lo mismo que la estufilla se usaban sólo una vez y lo mismo sucedía con la ropa que usaba el monarca, que se cambiaba cuatro veces al día. El número de personas a su servicio debe haber sido enorme, como se vio ya en el caso de la pajarera, pues al lado de simples "sirvientes", debían encontrarse también acróbatas, payasos, adivinos, bailarines, músicos, etc., que eran atendidos en palacio, lo mismo que los gobernantes y sus numerosas familias, compuestas por dos mujeres principales y tal vez 150 concubinas y sus hijos. Además, se servía comida a los nobles presentes. Su número ascendía a seiscientos diariamente. También los pobres podían presentarse a la corte y recibían comida y bebida.

Este enorme gasto al que debe añadirse el "pago" de los objetos

hechos por los artífices, sólo era posible gracias a las enormes contribuciones que las zonas conquistadas debían pagar. Según los documentos, eran 38 los distritos tributarios, de los que cada uno debía pagar contribuciones especiales, bien cada 80 días o bien con intervalos de medio o todo un año. Por ejemplo, la "provincia" Xoconochco, debía pagar cada medio año el siguiente tributo: dos cadenas de perlas grandes de jade, 4000 haces de plumas de pájaros, 40 pieles de jaguar, dos adornos labiales de ámbar con boquillas de oro, 160 aves disecadas, 200 cargas de almendras de cacao, 800 jícaras pintadas y dos piezas grandes de ámbar. Otros distritos, no tan lejanos, entregaban sobre todo víveres y vestidos y también materias primas. De este modo afluía a Tenochtitlan una riqueza casi inconcebible para aquella época, a saber: 14 000 cargas de maíz, 105 000 cargas de frijol, 36 000 cargas de cañas para flechas y 187 560 cargas de "cobertores" de algodón. Teóricamente, este tributo era para la triple alianza y debía repartirse según la clave dada anteriormente, pero parece que hacia 1500 la mayor parte iba a dar a manos del jefe azteca, que disponía de ellos a su libre arbitrio, cubriendo con él los gastos de la corte, la recompensa a sus empleados y guerreros dignos, el sustento del ejército cuando no se encontraba en campaña, etc. Además, los habitantes de Tenochtitlan recibían cada año un sobresueldo en alimentos y cobertores (piezas de algodón), que casi igualaban sus contribuciones, y se enviaban alimentos a las zonas afectadas por catástrofes naturales. Parece que se calculaba perfectamente el monto de las contribuciones, según el número de habitantes que debían pagarlo, estando exentos los tlalmáitl y los esclavos, los sacerdotes y los nobles, de modo que, basándonos en estas listas, podemos calcular con bastante exactitud el número de habitantes. Por cierto que en ciertas condiciones, como después de insurrecciones, se doblaban las cantidades del tributo. Si consideramos que además de estos "tributos a la corona", se debían pagar otros a los gobernadores, a los príncipes a quienes se dejaba en sus puestos, a los más viejos del pueblo, a los templos, etc., podremos darnos una idea de las cargas que pesaban sobre los jefes de familia de las regiones conquistadas.

Las listas de tributos (Lám. 106) eran sólo una de las muchas categorías de los documentos y registros jeroglíficos hechos en épocas aztecas y que fueron recogidos en bibliotecas, de las cuales la más famosa era la de Texcoco. Otros registros tenían un contenido histórico o religioso y puede ser que hasta la poesía se transmitiera en esta forma. Desgraciadamente, son muy pocos los "libros" que han llegado hasta nuestros días, pues fueron destruidos entre las llamas durante la Conquista o durante la época colonial, por haber sido considerados "obra del demonio". Seguramente en Europa y por ignorancia, tam-

bién fue destruida una parte. Sabemos que existían mapas y registros catastrales, aunque no se conservó ninguno de la región azteca, sin contar aquellos que fueron hechos en los primeros años después de la Conquista.

El material básico para los libros tipo acordeón (álbumes Leporello) y para hojas sueltas era o la piel de venado o una masa de fibras de agave semejante al papel, o de corteza de árbol, sobre todo de una especie de *Ficus*. Parece que también la tela de algodón se empleaba sobre todo para los mapas. El algodón no recibía ningún otro tratamiento, pero la piel de venado y el "papel" eran cubiertos con una delgada capa de estuco como base, para pintar después los signos, con un pincel delgado y con colores brillantes (Lám. 107).

La escritura de los aztecas no estaba tan desarrollada como la de los mayas de las tierras bajas, sino que apenas iba comenzando. Ya se conocían una serie de símbolos y convenciones: por ejemplo, un tem-

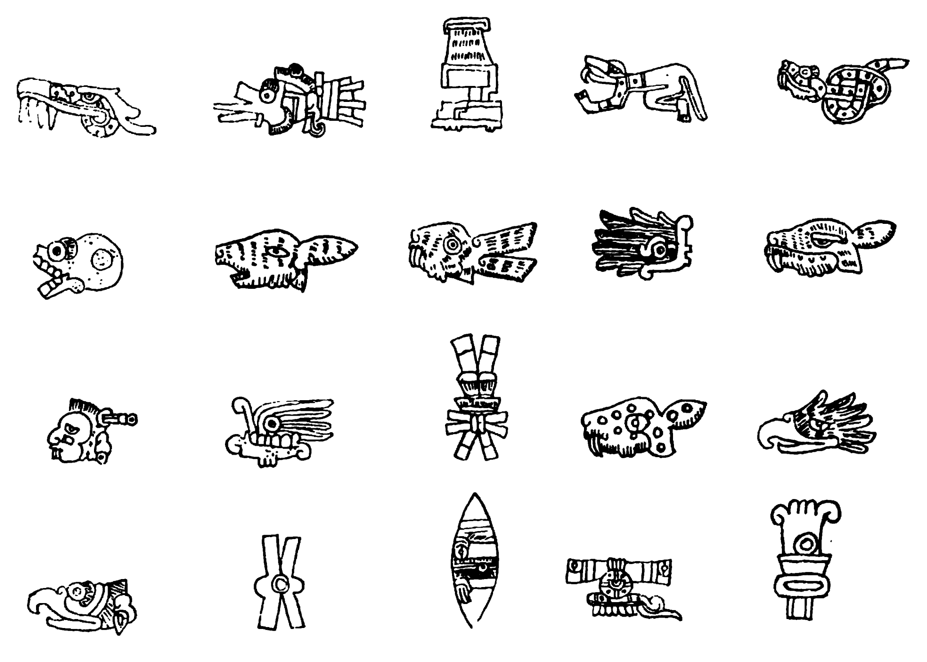


FIG. 39. Signos aztecas de día. Junto con trece números forman el calendario ritual de 260 días (tonalámatl). *Primera línea*: cipactli (cocodrilo); ehécatl (viento); calli (casa); cuetzpalin (iguana); cóatl (serpiente); *Segunda línea*: miquiztli (muerte); mázatl (venado); tochtli (conejo); atl (agua); itzcuintli (perro); *Tercera línea*: ozomatli (mono); malinalli (pasto doblado); ácatl (caña); océlotl (jaguar); quauhtli (águila); *Cuarta línea*: cozcaquauhtli (buitre); olin (movimiento); técpatl (pedernal); quiáuitl (lluvia); xóchitl (flor). En los códices estos signos están pintados de colores. Según los signos del Códice Borgia.

plo ardiendo era el símbolo de una población conquistada; un dedo o un punto era el 1; una bandera, 20; una rama de pino, 400 y una bolsa de incienso, 8000; la numeración también era vigesimal, pero se prefería la escritura en forma de adivinanza, en la que el nombre de una persona o de un lugar se dividía y estas divisiones se reproducían simbólicamente. De este modo, una cabeza con un símbolo del agua abajo, reproducía el nombre de Ahuítzotl (cara de agua), un cerro con un chapulín, el nombre de Chapultepec (en el cerro de los chapulines), etc. Pero en otros casos no era posible reproducir los nombres tan fácilmente, sobre todo cuando aparecían otros conceptos, locativos por ejemplo, como el nombre de Cuauhtitlan, que significa "junto al bosque", que se designaba por un árbol (quauhtli) y una hilera de dientes (tlantli), incorporada. El nombre de la ciudad de Tenochtitlan (lugar de Tenoch), por una piedra (tetl) sobre la que crece un nopal (nochtli). En este caso se omitió el locativo -tlan. Es seguro que no haya sido posible construir oraciones enteras, pero se podían consignar informes históricos o administrativos, combinando representaciones simbólicas y escritura en forma de adivinanza, que cada uno podía leer de diversa manera, pero que en su contenido siempre decía lo mismo.

Esta escritura no era usada solamente por los empleados, sino que estaba especialmente al servicio de la religión y de los sacerdotes. Sobre todo, los aspectos calendáricos desempeñaban un papel muy importante. La base también era el calendario ritual de 260 días (tonalpohualli), que consistía de 13 números y 20 signos (Fig. 23), como ya se dijo al estudiar a los mayas de la época clásica. También tenían un año solar de 365 días, dividido en 18 "meses" de 20 días y uno (nemontemi) de cinco. Ambos sistemas daban un ciclo de 52 años (xiuhmolpilli): la unidad más grande y segura del calendario azteca, pues el ciclo doble de 104 años, en el que también se incluía el año de Venus, parece que no tenía un gran significado. Al lado de estos calendarios pero independientemente, corrían dos series que se repetían incansablemente, formadas, una por 13 divinidades, los "señores de las horas del día" y otra de 9, los "señores de las horas nocturnas".

Si el calendario maya se había convertido en un instrumento histórico por su datación irrefutable, en el de los aztecas todavía estaban profundamente arraigadas ideas cíclicas y mágicas, encontrándose por ello en una etapa inferior. Su tarea principal era sobre todo de carácter adivinatorio, al permitir a los sacerdotes, como a los astrólogos de la antigüedad, predecir los sucesos en la vida de un hombre o de un reino. Había que tomar en cuenta muchas influencias y hacerlas coincidir. Cada división de 13 días del calendario ritual se encontraba bajo un dios especial, cuya influencia debía hacerse coincidir con la

del signo del día. Además, aparecían los dioses de la noche y del día que correspondían a ese día, los del día correspondiente al calendario solar, la posición de Venus, el patrón del año solar, etc. Por último, había que saber cómo había transcurrido este día en el ciclo anterior, puesto que como eran válidas las mismas influencias, se esperaba una cierta repetición de los hechos (Lám. 107).

La adivinación no estaba limitada a la ciencia calendárica, sino que se servía de otros medios, como la observación del vuelo de los pájaros y las voces de los animales, las predicciones de la harina de maíz, etc. Las apariciones celestiales y los sueños también eran considerados como presagios, al igual que el juego de pelota (tlachtli), que era interpretado en esta forma. Se dice que poco antes de la llegada de los españoles, Moctezuma II, jugando con Netzahualpilli, rey de Texcoco, había apostado su reino contra tres guajolotes. La pérdida del juego fue considerada como un mal presagio.

Pero el tlachtli también era una diversión del pueblo, en el que se hacían altas apuestas. Se jugaba en plazas en forma de doble "T", de paredes verticales, entre dos partidos que sólo podían tocar la pesada pelota de caucho con los codos, las caderas o el trasero (Lám. 108). Una de las metas era hacer pasar la pelota, que representaba al Sol, por la abertura de uno de los dos anillos de piedra fijados en las paredes laterales: una difícil tarea. Si alguno lo lograba, el partido vencedor podía apoderarse de las ricas capas de los espectadores.

La adivinación, la magia y la religión, preocupaban mucho a los aztecas y penetraban todos los aspectos de la vida. Si por una parte, el destino de los hombres estaba predeterminado por el día y la hora de su nacimiento y las influencias unidas a ellos, la persona podía neutralizar o hasta cambiar ese destino por medio de sacrificios y mortificaciones, llevando una vida virtuosa y guerrera. Además del ayuno y la continencia, entre las mortificaciones era muy importante el sacarse sangre de la lengua, las orejas y del pene. Extendida sobre papel para sacrificios, la sangre se quemaba en el templo.

Entre los sacrificios propios a cada deidad y que se realizaban en los días dedicados a cada una de ellas, sobresalía la ofrenda de sangre, que se realizaba en muy diversas formas entre los aztecas y los pueblos sojuzgados por ellos. Fue sobre todo este sacrificio el que llamó la atención de los españoles y el que les sirvió de justificación para destruir la antigua cultura indígena, olvidando, al hacerlo, que en la misma época, en Europa, ardían las hogueras de la Inquisición y que en las cámaras de tormento se cometían atrocidades, que habrían llenado de terror a los aztecas, puesto que todo esto les habría parecido sin sentido. El sentido de los sacrificios mesoamericanos de la última época era conservar el mundo. Creían, por ejemplo, que Sol sólo podía

completar su diario camino si se le alimentaba con corazones y sangre humana, como lo habían hecho los mismos dioses, que al principio de esta era se autosacrificaron. A esta concepción se remontaba el sacrificio más significativo, el arrancar el corazón del cuerpo vivo de la víctima, una operación que se llevaba a cabo en cuestión de segundos, dada la habilidad de los sacerdotes. Si estos sacrificios se dedicaban al Sol y a sus dioses: el dios tribal Huitzilopochtli y el verdadero dios del Sol, Tonatiuh, los otros dioses también exigían sacrificios humanos en otra forma. A Tláloc, el poderoso dios de la lluvia, le eran ofrendados niños, ahogándolos y era un buen presagio que lloraran, pues sus lágrimas significaban lluvia. Las víctimas para Xipe Tótec (Lám. 110), un dios de la vegetación, se ataban a una armazón y se mataban con flechas. Los sacerdotes se cubrían con la piel que había sido desollada de la víctima y se la quitaban mientras ejecutaban una danza que simbolizaba el surgimiento de la nueva vegetación. Al dios del fuego, Xiuhtecutli, le eran incineradas víctimas, previamente narcotizadas; a Tlazoltéotl, la diosa del pecado, se le sacrificaban prostitutas y a Tezcatlipoca se le hacía una ofrenda de gladiadores, en la que un prisionero, parado sobre un disco de piedra y que se defendía con armas de madera, era muerto por guerreros águila y jaguar. En otros casos, las víctimas representaban durante algún tiempo al dios mismo, para después ser sacrificados a Tezcatlipoca en otro tipo de sacrificio y a Xilonen, la diosa del maíz. Pero además de seres humanos, los dioses exigían y recibían otras víctimas, especialmente animales. Solamente uno de ellos, que aparecía tanto como dios del planeta Venus, como del viento (Lám. 111), el Quetzalcóatl que había aceptado el panteón azteca, rechazaba cualquier sacrificio sangriento y se contentaba con flores.

El panteón azteca estaba formada por una gran cantidad de dioses (Láms. 109-111), que no fueron incluidos en un sistema ni estuvieron relacionados entre sí. Mientras que algunos provenían de especulaciones sacerdotales, otros representaban dioses populares, de los que se conservan numerosas representaciones, ya en figuras huecas de barro hechas en moldes (Lám. 111) ya, generalmente más grandes, de piedra. Al contrario de las expresivas figuras humanas y las caras de la escultura "profana", que muchas veces parecen retratos (Lám. 104), las figuras de los dioses son rígidas y formales y no se puede evitar la impresión de que el artista estaba restringido por una regla que le prescribía exactamente la posición, el ornamento y los vestidos de cada uno de los dioses. El que en algunos casos hayan surgido esculturas impresionantes, es sólo una prueba de la calidad de los artistas de aquel entonces, cuyos nombres se olvidaron hace tanto tiempo.

La ya mencionada falta de relación entre diversas divinidades, se debe sin duda a que los dioses eran originarios de muy diversos lugares y épocas, que en parte fueron traídos por nuevos inmigrantes, como los nahuas a sus dioses de la guerra y del Sol y que en parte provenían de otras épocas, como Xiuhtecutli y Tláloc, o habían sido importados, como Xipe Tótec y Tlazoltéotl. Además existían muchas divinidades locales propias de los lugares sometidos y de pueblos que fueron llevados como prisioneros a Tenochtitlan y que después fueron incluidos en el culto. Estas divinidades se fundieron entre sí y se convirtieron en sinónimos o aspectos de algún otro dios más grande o más antiguo. Pero seguir todas estas ramificaciones, es tarea para los especialistas.

Antes de dedicarnos a otros pueblos de esta época (1500 d.c.), sólo nos queda lanzar una ojeada a la concepción que del mundo tenían los aztecas. Según una opinión muy generalizada, cuatro edades o cuatro "soles", precedieron a la época actual. El primero y más antiguo fue el "sol del jaguar", en el cual la tierra estuvo poblada por gigantes, hasta que éstos fueron devorados por jaguares. Tezcatlipoca fue el jefe divino de esta edad, mientras que su contrario, Quetzalcóatl, dominó la segunda edad, el "sol del viento". Al terminar ésta, todo lo existente fue destruido por torbellinos y luego los hombres se convirtieron en monos. Al final de la tercera edad, dominada por Tláloc, cayó una lluvia de fuego y de piedras calientes y los sobrevivientes se convirtieron en pájaros. El cuarto sol fue el "sol del agua", dominado por Chalchiuhtlicue, diosa del agua corriente y hermana de Tláloc. Al acercarse el fin del ciclo, cayeron enormes cantidades de agua y los hombres se ahogaron o se convirtieron en peces. Tampoco el mundo actual, dominado por Tonatiuh, duraría eternamente, sino que un día "4 ollin" (4 movimiento), sería destruido por un temblor. De allí su nombre "sol del temblor".

El término de esta edad era esperado al final de un ciclo de 52 años. Si los últimos cinco días de un año solar (los nemontemi) traían mala suerte, los días finales del xiuhmolpilli eran especialmente peligrosos. En las casas y en los templos se apagaba el fuego y se destruían los utensilios; los hombres ayunaban y velaban. Todos los hombres del altiplano, la última noche miraban temerosos hacia el Huixachtécatl, un volcán extinguido cerca de Ixtapalapa, en cuya cumbre se reunían los más altos sacerdotes, a esperar la aparición de ciertas constelaciones. En el momento en que ésta aparecía en cierto punto del firmamento, se había asegurado la subsistencia del mundo. En este momento, el sumo sacerdote encendía, con dos pedazos de madera y en el pecho abierto de una víctima recién sacrificada, el fuego nuevo, que era llevado por corredores a los templos y de allí a las casas. En los

días siguientes, se adornaban nuevamente los templos, los que también se pintaban y en algunos casos se ampliaban; se llevaban nuevos utensilios a las casas ya limpiadas y embellecidas para, de este modo, hacer resurgir simbólicamente un mundo nuevo.

El mundo era considerado como un disco rodeado de agua, que se dividía en cinco direcciones, pues el centro era considerado, al igual que los cuatro puntos cardinales, como una unidad. El centro estaba dedicado a Xiuhtecutli. También las otras regiones tenían sus dioses representantes, sus colores y significados, aunque parece que existieron diferentes concepciones de ellos, pues de otro modo no es posible explicar los datos contradictorios que nos proporcionan los códices. Así, el norte estaba dedicado al señor del reino de los muertos, Mictlantecutli, se relacionaba con el color negro y se le designaba como región de la noche y de la oscuridad, aunque en la famosa "piedra del sol" se relaciona a Tezcatlipoca con esta región. Por otra parte, Quetzalcóatl, como dios del planeta Venus, se relacionaba con el oriente y el occidente, etc.

Verticalmente, el mundo estaba dividido en trece cielos y nueve inframundos, división que parece deberse a la especulación sacerdotal que así reunía a los trece "dioses del día" y a los nueve "dioses de la noche", convirtiendo a ciertos dioses en divinidades de ciertos cielos. Así, se creía que Ometecutli habitaba el decimotercer cielo; era una divinidad que podríamos designar mejor como príncipe de los dioses, masculino y femenino al mismo tiempo, el origen de toda la vida y de la creación. Estaba tan alejado del mundo, que no necesitaba víctimas y así, no representaba ningún papel importante en la religión popular, en la que las divinidades "prácticas", las de los elementos de la naturaleza, del crecimiento, para mencionar sólo dos, eran las de mayor importancia.

Más que dedicarse a estas especulaciones esotéricas, las gentes sencillas se dedicaban a cosas que les parecían de mayor importancia, como por ejemplo el recorrido del Sol que, según creían, salía de su casa en oriente acompañado por las danzas y los cantos de las almas de los guerreros muertos en batalla y de las víctimas sacrificadas en la piedra de sacrificios, que vivían en un paradisiaco "más allá", en oriente. En el cenit, abandonaban al Sol y regresaban volando, como pájaros y mariposas, al oriente, mientras que ahora acompañaban al Sol hasta su casa en occidente, las almas de las mujeres muertas en el parto, que eran consideradas como guerreros. Al contrario de las almas de los guerreros, las almas de estas mujeres eran temidas, puesto que se creía que en las noches venían como tzitzimime a presagiar desgracias, propagar la epilepsia, etc. Durante la noche, el Sol vagaba por el reino de los muertos, Mictlan, donde se convertía en

esqueleto, como los muertos, y para poder recomenzar renovado su carrera en oriente, debía ser alimentado con nuevas ofrendas de sangre.

Mictlan era el inframundo más profundo, un lugar frío, oscuro y triste, al que se llegaba sólo después de haber vencido grandes peligros. Aquí vivían los muertos que no habían sido llamados por ningún dios a su reino. Los guerreros, las víctimas del sacrificio y las mujeres muertas en el parto eran llamados por el dios Sol; los que habían muerto por un rayo, ahogados o a causa de ciertas enfermedades, iban al Tlalocan, el inframundo del dios de la lluvia, que se encontraba en oriente, sobre las cimas de las montañas. Por lo tanto, aún después de la muerte, el hombre seguía a merced de los dioses y del destino, y fueron estos mismos dioses los que destruyeron su mundo, pues Cortés desembarcó, como lo habían anunciado terribles presagios, en un año "ce ácatl" (uno caña), en el que, según las profecías, Quetzalcóatl y sus hijos debían volver a fundar un nuevo reino.

La cultura azteca, de la que sólo pudimos tratar aquí algunos aspectos, puede tomarse como ejemplo de las muchas culturas mesoamericanas, especialmente de la de los tarascos de Michoacán, o de los mixtecas y zapotecas de Oaxaca, en las zonas marginales, o de los tlaxcaltecas, que fueron completamente cercados. Es claro que existían diferencias en todas partes; aun en el reino mismo, algunas cosas eran menos extraordinarias y ciertas cualidades se habían desarrollado más o mejor en otra parte. Así, por ejemplo, el gobierno de Tlaxcala estaba en manos de un consejo de ancianos, formado por los guías de las cuatro divisiones de la tribu. Este Estado, formado por nahuas y otomíes, era como un aguijón en el reino azteca, con el que se mantenía una guerra continua, ya institucionalizada. Según la historia, esta "guerra florida" se comenzó durante el gobierno de Moctezuma I, por el gran visir Tlacaélel, tal vez para tener una fuente más cercana de prisioneros para el sacrificio. Pero parece que ésta es una "corrección de la historia", puesto que el hecho de que Tlaxcala estuviera protegida por una muralla de 3 metros de altura y 6.5 metros de ancho, y que después de las primeras guerras se hubiera aliado a los españoles contra Tenochtitlan, indica que la suya era una libertad obtenida por medio de la lucha y que no les había sido regalada.

En el sur, grandes porciones de los zapotecas y mixtecas habían permanecido independientes, a pesar de las diferentes campañas emprendidas por Ahuítzotl y Moctezuma II para dominarlos, y habían formado estados, teniendo los zapotecas como capital a Tehuantepec y los mixtecas, a lo largo de la costa del Pacífico, con su capital en Tutultépec. También ellos habían estado sometidos a grandes influencias nahuas, notables sobre todo en el aspecto político, pero habían conservado muchos rasgos propios o los habían desarrollado posterior-

mente. Son conocidas, por ejemplo, las construcciones de Mitla, un centro religioso de los zapotecas, que llegó a estar sometido a influencias mixtecas, notable durante el tiempo que éstos permanecieron en el Valle de Oaxaca. Cada grupo de construcciones consistía en cuatro edificios alargados con un techo plano, sostenido a veces por una serie de columnas de piedra, dispuestas sobre plataformas bajas, alrededor de un patio. Muestran un estilo completamente diferente del de los edificios anteriores de Monte Albán, también en la ornamentación con relieves formados por mosaicos, cuyos dibujos geométricos se encuentran en bandas, en las paredes interiores o en paneles excavados en las fachadas exteriores (Lám. 112).

Famoso era sobre todo el arte menor de los mixtecas, que no eran solamente, como se informa, maestros en la orfebrería (Lám. 113), sino también excelentes lapidarios, que trabajaban muchas piedras semipreciosas, como el cristal de roca, el azabache, turquesas, jade, obsidiana y alabastro, lo mismo que huesos, en objetos con finos dibujos y formas exóticas (Lám. 115). También parecen haber hecho escuela en otras regiones y es posible que el empleo de los mosaicos de turquesa se deba a ellos. Evidencia de la riqueza de los príncipes mixtecas nos la da la Tumba 7 de Monte Albán, que corresponde a esta época, mientras que las Tumbas 1 y 2 de Zaachila, descubiertas hace poco, proporcionan magníficos ejemplos de la rica y hermosa cerámica policroma de estos grupos (Lám. 114). Su pintura se ajusta perfectamente al estilo de los códices (Lám. 116), de los cuales, muchos provienen de la Mixteca, los que, por su contenido genealógico, han contribuido en mucho al conocimiento de las pequeñas ciudades mixtecas.

En oposición al poderoso impulso en el centro de México, los mayas de Yucatán continuaron hundiéndose más y más. Hacia 1200 d.c., había desaparecido la hegemonía de Chichén Itzá y Mayapán, hasta ahora de menor importancia, pasa a dominar, durante los siguientes 250 años, la mayor parte de Yucatán. Bajo el dominio de la familia Cocom, Mayapán se había convertido rápidamente en una verdadera ciudad que contaba con 12 000 habitantes, rodeada por una muralla de 1.50 a 2.50 metros de altura y 9.10 kilómetros de largo (Fig. 40). Interrumpida por 6 puertas principales y por numerosas pequeñas más, rodeaba una superficie de más de 4 kilómetros cuadrados. La ciudad, sin embargo, no había sido levantada según un plano unitario como Teotihuacan o Tenochtitlan. Los edificios, en pequeños grupos, tal vez habitación de grandes familias, se encontraban repartidos irregularmente en la ciudad y las pequeñas veredas que corrían entre los muros bajos que los limitaban no seguían el tipo de ángulo recto del

altiplano. Los edificios más importantes se encontraban, sobre todo, cerca de los innumerables cenotes y en el centro de este sitio, donde se encontraba también el templo principal. Sus pirámides de varios cuerpos, con varios tramos de escaleras en los cuatro costados y alfardas que terminaban en cabezas de serpientes, recuerdan en su forma los ejemplos de Chichén Itzá, a los que pueden remontarse. Lo mismo puede decirse de los "palacios", edificios bajos cuyas fachadas se resolvieron por medio de columnatas y los que, en Mayapán, sobrepasan en número a los templos, haciendo patente así, la preponderancia de la nobleza sobre el sacerdocio. El que la religión adquiera un carácter más privado, lo demuestran las pequeñas "cámaras-altares" que se encuentran en casi todos los "palacios".

La decadencia en la arquitectura, el arte y la ciencia, patente ya en la cultura clásica maya desde el Petén hasta Chichén Itzá, se hace más notable ahora. Las paredes de los edificios sólo son de adoquines sin mortero, tratando inútilmente de cubrir las diferencias por medio de gruesas capas de estuco. En las artes ya no se alcanza ninguna excelencia. Si hacemos a un lado las importaciones, encontramos que tanto la escultura como la cerámica son toscas y productos en masa de pésima calidad, como por ejemplo, los incensarios (Lám. 117). Como en el tiempo inmediatamente anterior, siguieron usando la Cuenta Corta, sólo un pálido reflejo de la Cuenta Larga. El factor de inseguridad de la Cuenta Corta creó un problema en la correlación de la arqueología maya, que no ha sido resuelto todavía. De las diferentes correlaciones entre el calendario maya y el cristiano que se han propuesto, la correlación Goodman-Thompson-Martínez, que usamos en esta obra, parece tener mayor veracidad.

250 años se prolongó la hegemonía de Mayapán sobre Yucatán, mantenida por una política hábil y con la ayuda de mercenarios mexicanos. Después de la revuelta dirigida por la familia Tutul Xiú en el año 1450 d.c., en la que Mayapán fue saqueada y quemada, se desintegró el reino cocom y dio lugar a una serie de pequeños estados territoriales que luchaban continuamente entre sí, cuando aparecieron los españoles y sometieron a Yucatán después de prolongadas luchas.

Los cambios en las tierras altas de Guatemala fueron un poco menos tajantes, pues, al menos en un sentido general, la evolución que había comenzado aquí en 1000 d.c., se prolongó. Durante los siglos siguientes, los grupos mayas aislados, trataron, bajo sus jefes mexicanos o mexicanizados, de consolidar y ampliar sus territorios desde sus residencias, que eran centros fortificados. Los quichés formaban el grupo más grande, junto con los cakchiqueles y los tzutuhiles, y cuyos centros se encontraban alrededor del lago Atitlán. Bajo los gobernantes quichés, esta confederación (?) se expandió con detrimento de sus veci-

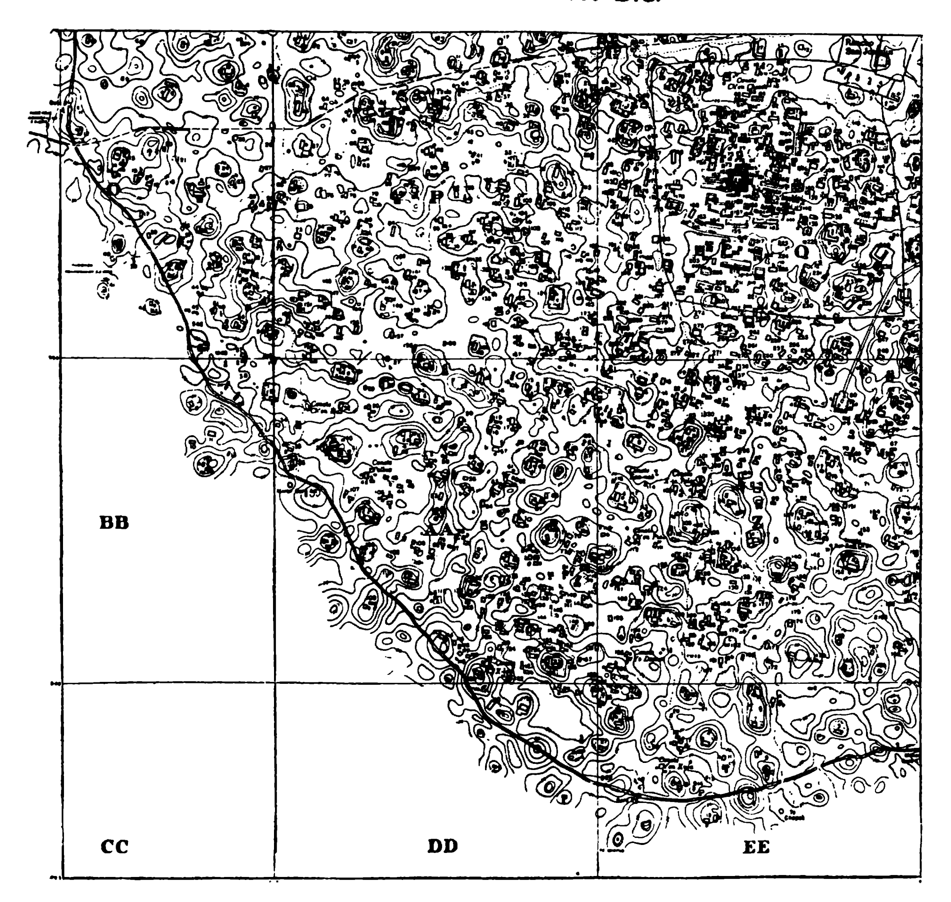



Fig. 40. Plano del sector sudoccidental de la ciudad amurallada de Mayapán, Yucatán. La descripción en el texto. Fase Mexicana Media. Época Posclásica tardía. Lado del cuadrado AA 500 m.

nos y se convirtió en el factor más importante en el centro de Guatemala. Numerosos centros de los mames y pocomes fueron sometidos, y las importantes tierras de la costa, en el Océano Pacífico, productoras de cacao, fueron arrebatadas a los pipiles, de habla nahua. Pero tampoco este reino fue duradero, pues en 1450 se dividió en dos partes y después en tres, que siguieron existiendo como principados de los quichés, los cakchiqueles y los tzutuhiles. Sus continuas luchas por la hegemonía sobre el centro de Guatemala fueron interrumpidas por la llegada de los españoles en 1524, bajo Pedro de Alvarado.

De los sitios del centro de Guatemala, el más conocido actualmente, gracias a las numerosas excavaciones, es Iximché (su antiguo nombre era Tecpan Cuauhtemallan), la capital de los cakchiqueles, y la que

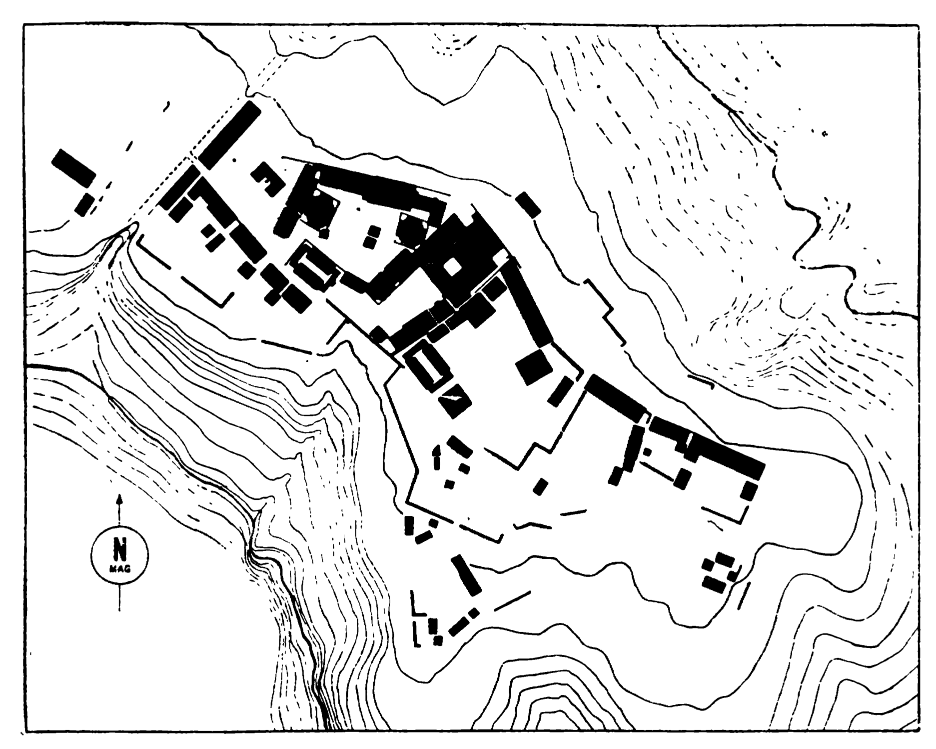



FIG. 41. Plano de las ruinas de la antigua capital cakchiquel, Iximché, Departamento de Chimaltenango, Guatemala. La situación protegida sobre unas colinas se reforzó por medio de un foso (arriba a la izquierda). Se incorporaron juegos de pelota en forma de doble "T" en las construcciones agrupadas alrededor de patios. Época Posclásica tardía.

describiremos aquí como ejemplo (Fig. 41). Estaba situada estratégicamente sobre una meseta protegida en tres lados por profundos desfiladeros, mientras que el cuarto estaba cerrado por un muro, colocado atrás de una zanja de ocho metros de profundidad. Esta sección amurallada estaba dividida por cuatro plazas grandes y dos más pequeñas y que formaban, aparentemente, el centro político y religioso, en el que vivían la nobleza y el sacerdocio, mientras que la gente común probablemente vivía fuera del muro. Los extremos de las plazas estaban ocupados por grandes pirámides de varios cuerpos y por plataformas bajas para "palacios" y dos juegos de pelota de la forma de doble "T". Mientras que los cimientos eran de adoquines y mortero de barro, recubiertos con láminas de piedras bien talladas, los edificios eran de adobes. La delgada capa de estuco que cubría las paredes, estaba pintada de colores. Los pocos restos que se conservan, sobre todo del Templo 2, muestran en las figuras un marcado estilo mexi-

cano, que se puede asociar más bien con la pintura de los códices mixtecos, que con ejemplos mayas. Por lo demás, las influencias nórdicas se hacen sentir fuertemente, por ejemplo en la arquitectura de los edificios tipo palacio, alargados, con sus amplias entradas divididas por columnas (Lám. 118). Las piedras de sacrificio indican relaciones con los nahuas, así como la conservación de las calaveras de los sacrificados, que aquí no eran clavadas en una armazón, sino que se enterraban en una plaza cerca del templo. Por otra parte, parece que el régimen de gobierno era un reino doble, con dos gobernantes, miembros de familias diferentes, que recibían igual poder, por herencia directa. Estas familias habían nacido aquí mismo, aunque también los príncipes cakchiqueles decían que su nobleza se remontaba a Tula.

En lo que respecta a las artes manuales, se nota un gran retroceso en la calidad de la cerámica, como ya lo habíamos observado en otras partes en esta época. Platos con tres pies, los que frecuentemente tienen forma de cabezas de animales. Se trata de molcajetes a los que algunas veces se ha hecho áspera la parte interior, y de grandes vasijas esféricas, de anchos cuellos y de dos o tres asas, siendo ambas las formas más características. En parte están pintadas con dos o tres colores (blanco sobre rojo o rojo y negro sobre blanco), pero los dibujos geométricos son toscos y hechos sin ningún cuidado. También son comunes grandes incensarios de paredes verticales, adornados con ornamentos tipo *appliqué*, que consiste, al lado de los conos usuales de cabezas humanas ya en uso desde antes, de cráneos y esqueletos. Hay también figuras de barro hechas, como los ornamentos *appliqué*, en moldes, pero que artísticamente carecen de importancia, igual que los ejemplares anteriormente mencionados. Se hacían metates de tres pies, de piedra; cuchillos y puntas de flechas de obsidiana; vasijas de alabastro y ornamentos de jade y turquesas, y de cobre y oro, que se trabajaban por martilleo o en el vaciado con "la técnica a la cera perdida", que tal vez habían aprendido en México. Debemos mencionar que también los huesos humanos eran empleados como material. De ellos se hacían instrumentos musicales y ornamentos, como lo demuestran unos brazaletes encontrados en la "tumba de un príncipe" de Iximché, hechos de piezas de un cráneo y adornados con incisiones.

Como en los otros aspectos, también en la religión se mezclaban influencias mexicanas con conceptos regionales antiguos, que se encuentran en la gran epopeya popular de los quichés, el *Popol Vuh*. Los dioses gemelos parecen haber desempeñado un importante papel en Guatemala y seguramente se relacionaban con el reino doble. Al lado de divinidades mexicanas como Xipe Tótec y Quetzalcóatl, que aparecen con otros nombres, la gente común sobre todo adoraba a divinidades sencillas, como los dioses de la lluvia y la vegetación. Los

adoratorios levantados sobre las cumbres de los volcanes y montañas son todavía empleados por los indígenas de Guatemala.

La situación en el sur de Mesoamérica, que hacia 1000 d.c., ya había alcanzado su frontera al sur de la península Nicoya, apenas y la podremos esbozar aquí. Después de la disolución del reino tolteca, algunos grupos nahuas habían inmigrado a esta región, lo que se puede comprobar tanto arqueológica como históricamente. De ellos, los pipiles formaron un Estado, según el ejemplo mexicano, en el centro y occidente de El Salvador, entre el río Lempa y la frontera con Guatemala, tal vez después de haber sido expulsados de la planicie guatemalteca en la costa del Pacífico, por los quichés y sus aliados. Fuera de que conservaron muchos elementos típicos nahuas (Lám. 119), podemos decir muy poco de su centro político Cuzcatlán, al oriente de Guazapa, o de su centro religioso Cihuatlán, al poniente del volcán del mismo nombre, por falta de resultados positivos en las excavaciones. Lo mismo podemos decir de los nicaraos, que llegaron hasta la región actual de Managua en Nicaragua, así llamada por ellos, y donde se establecieron entre tribus que hablaban otras lenguas (Lám. 120). Gran Nicoya muestra un desenvolvimiento ulterior sin una ruptura importante, de modo que es posible que durante estos 500 años haya sido colonizada por los chorotegas, que todavía vivían allí en la época de la Conquista. Sin embargo, habían perdido partes de su territorio original en el norte, debido a los nicaraos, y en el oriente por invasiones de otras culturas, que pueden haber llegado de las tierras bajas del Atlántico. Esto está indicado, sobre todo, por una ruptura en la tradición cerámica de Ometepe (Lám. 121) que se puede fechar hacia 1350 d.c. No obstante esto, en la isla se conservaron las mismas condiciones de vida y colonización y tampoco encontramos ninguna diferencia en otros aspectos, como en los entierros, que siguen siendo entierros secundarios en urnas. Si esta igualdad surgió primero por el contacto y la posible mezcla con los habitantes anteriores, o si fue traída por los inmigrantes, no se puede saber todavía. Y por último, Costa Rica central, con su población güetar, mostraba fuertes influencias de la Zona Intermedia del sur, aunque conservaba muchos elementos de la tradición centroamericana, que se había perdido casi por completo en su forma pura, como las tumbas en cajas de piedra, figuras realistas de gran calidad de piedra y cerámica sin pintar, adornada con *appliqués*.

Hacia 1500 d.c., Mesoamérica estaba constituida por un gran imperio, el de los aztecas en el norte y numerosos pequeños estados en el sur. A pesar de la división política, las migraciones nahuas llevaron consigo una cierta unidad cultural que delimitó claramente esta zona, de sus vecinos del norte y del sur. La invasión europea y la Conquista

a principios del siglo XVI, derribó esta cultura de tradición secular y terminó una evolución, que a pesar de toda la heterogeneidad y carencias que presentaba a los ojos europeos, forma una parte importante y digna de la historia de la humanidad, y cuyas plantas culturales llegaron a ser una parte integral de la vida occidental, aunque el hombre actual apenas esté consciente de este hecho.

Escala: 1500 d. c. · 1000 d. c. · 500 d. c. · 0 · 500 a. c. · 1000 a. c. · 1500 a. c.

| Norte de México | | | | | Oeste de México | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Norte de Chihuahua | Centro de Chihuahua | Durango y Zacatecas | | | | | | | |
| Diablo<br>Paquime<br>Buena Fé<br>Reyes<br>Perros Bravos<br>Pilón<br>Convento | Concepción<br>La Junta<br>Livermore<br>Big Bend | Vesuvio (Retoño<br>Calichal<br>Alta Vista)<br>Canutillo | Calera<br>Río Tunal<br>Las Joyas<br>Ayala<br>La Atalaya<br>Loma San Gabriel | Calera<br>Río Tunal<br>Loma San Gabriel | Coju-matlan<br>Chapala | Periquillo<br>Armería<br>Las Ortices - Las Ánimas | La Quinta<br>Yebalito<br>La Divisa<br>Acaponeta | El Taste<br>Acaponeta<br>Lolandia<br>Baluarte<br>Tierra del Padre | Chupícuaro Tardío<br>Chupícuaro Transicional<br>Chupícuaro Temprano<br>Los Caracoles |

| | Norte de Tamaulipas | Sierra de Tamaulipas | Suroeste de Tamaulipas | Altiplano de México | Tehuacán | Oaxaca |
|---|---|---|---|---|---|---|
| 1500 d. c. | Pánuco, Las Flores, Catán, Browns ville, Barril | Los Ángeles | San Antonio, San Lorenzo | Azteca IV, Azteca III, Azteca II, Azteca I, Coyotlatelco, Mazapan | Venta Salada | Monte Albán V, Monte Albán IV; Coixtlahuaca, Inguitería, Las Pilitas, Cultura Mixteca-Puebla |
| 1000 d. c. | | La Salta | Palmillas | Ahuizotla-Amantla, Xolalpan | Palo Blanco | Monte Albán III-B; Genealogías Códices |
| 500 d. c. | | Eslabones | | Tlamimilolpa, Miccaotli; Cerro del Tepalcate; Ticomán; Tlatilco Tardío; Zacatenco Tardío | | Monte Albán III-A, Transición; Yucuñudahui, Yatachío, Chachuapa |
| 0 | | Laguna | | Tzacualli; El Arbolillo II; Tlatilco Medio; Zacatenco Medio | Santa María | Monte Albán II; Tilitepec, Huamelulpan; Monte Albán I-C; Monte Negro |
| 500 a. c. | Abasolo | | Mesa de Guaje | El Arbolillo I Tardío, El Arbolillo I Medio, El Arbolillo I Temprano; Tlatilco Temprano; Zacatenco Temprano | | Monte Albán I-B, Monte Albán I-A |
| 1000 a. c. | Repelo | | Guerra | | Ajalpan | |
| 1500 a. c. | | | | | | |

Time scale (top to bottom): 1500 d. c. — 1000 d. c. — 500 d. c. — 0 — 500 a. c. — 1000 a. c. — 1500 a. c.

| Region | Sub-column | Phases (from 1500 d. c. down to 1500 a. c.) |
|---|---|---|
| Huasteca | | Pánuco; Las Flores; Zakil; Las Pitahayas; Chila; Aguilar; Ponce; Pavón |
| Veracruz Medio | 1 | Cempoala II; Cempoala I; Chachalacas V; Chachalacas IV; Chachalacas III; Oceloapan; Trapiche IV Chalahuite IV |
| Veracruz Medio | 2 | Quiahuiz-tlan II; Quiahuiz-tlan I; Isla de Sacrificios I II III; Remojadas Superior II; Remojadas Superior I |
| Veracruz Medio | 1–2 | Trapiche III Chalahuite III Remojadas Inferior II; Trapiche II Chalahuite II Remojadas Inferior I; Trapiche I Chalahuite I Viejón |
| Veracruz Medio | 3 | Quauhtochco IV; Quauhtochco III |
| Veracruz Medio | 4 | Tuzapan; El Tajín IV – VIII |
| Veracruz Medio | 3–4 | Nopiloa Quauhtochco II El Tajín I II III; El Faisán Quauhtochco I Alvarado |
| Sur de Veracruz | 1 | Cerro de las Mesas Superior II; Alto Cerro de las Mesas Inferior I; Cerro de las Mesas Inferior II; Cerro de las Mesas Inferior I |
| Sur de Veracruz | 2 | Soncautla; Alto Tres Zapotes Inferior; Tres Zapotes Medio; Tres Zapotes Inferior; La Venta |
| Chiapa de Corzo | | Villa Flores; Urbina; Tuxtla; Suchiapa; Ruiz; Paredón; Maravillas; Laguna; Jiquipilas; Istmo; Horcones; Guanacaste; Francesa; Escalera; Dili; Cotorra |
| Tehuantepec | | Xadani; Lidchi Bigu; La Ladrillera; Laguna Zope III; Laguna Zope II; Laguna Zope I |
| La Victoria | | Marcos; Crucero; Conchas II; Conchas I; Ocós; Cuadros |
| Zaculeu | | Xinabahul; Guanyak; Chinaq; Aztan; Salcaja |
| Zacualpa | | Yaqui; Tohil; Pokom; Balam; San Cristóbal |

| | Kaminal-juyú | Tierras Bajas Mayas | Yucatán | Ulúa-Yojoa | Yarumela | El Salvador Oeste | El Salvador Medio | El Salvador Este | Ometepe | Istmo de Rivas |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1500 d.c. | | Tayasal | Chikinchel<br>Tases | Naco | | Majahual | | La Pitaya | Sta. Ana | Las Lajas |
| | Chinautla | Jimba | Hocaba | Cocal | | Cihuatán | Cihuatlán | Los Llanitos | ähnl. Las Lajas<br>ähnl. El Rosario | El Rosario |
| 1000 d.c. | Ayampuk | | Sotuta<br>Campech | | | | San Francisco / Sto. Tomás | | Semejante a La Virgen | La Virgen<br>Apompua |
| | Pamplona | Tepeu | Motul | Selin | Yarumela IV | Cuyagualo | Sta. Clara | Lempa Inferior | Los Hornos Gato<br>Palos Negros | Palos Negros |
| 500 d.c. | Esperanza<br>Aurora-Amatle | Tzakol | Cochuah | | | | | | San Roque<br>Menantial | San Roque |
| | Sta. Clara | | | | | | | | Semejante a San Jorge | San Jorge |
| 0 | | Matzanel | Chacan | Ulúa Bicromo II | Yarumela III | | | Los Frailes | Semejante a Avilés | Avilés |
| | Miraflores / Arenal | | | | | | | | Ángeles | |
| 500 a.c. | | Chicanel | Tihosuco | | | | | | | |
| | Providencia (Majadas)<br>Las Charcas B | | | Playa de los Muertos | Yarumela II y parte del III | | | | | |
| 1000 a.c. | Las Charcas A | Mamom | Cupul | | | Atiquizaya | Tovar | Gualacho | | |
| | | Xe | Ecab | Ulúa Bicromo I | Yarumela I | | | | | |
| 1500 a.c. | Arévalo | | | Yojoa Monocromo | | | | | Dinarte | |

| | Tamarindo (Nicoya) | Chahuíte Escondido (Sta. Elena) | Tempisque | Meseta Central | Boruca | Chiriquí | Veraguas | Parita | Coclé | Zona del Canal |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1500 d. c. | | | | | | | | | | |
| | | | | | | | | Azuera | | |
| | | Sta. Cruz B | | | | Chiriquí | | | | |
| | | | | Chircot | Boruca | | "Clásico" Veraguas | | | |
| | | | Bebedero | | | | | Herrera | Coclé Tardío | |
| | | Sta. Cruz A | | | | | | | | |
| 1000 d. c. | | | | | | | | | Transicional | |
| | | | | | | San Lorenzo | | Macaracas | | |
| | Tamarindo | Doscientos | Palo Blanco | | | | | | | |
| | | | | | | | | | Coclé Temprano | |
| | Matapalo | Sta. Elena | San Bosco | | | Burica | | | | |
| 500 d. c. | | | | | | | | | | Playa Venado |
| | | | Ciruelas | | | | "White slipped Polychrome" | Sta. María | | |
| | | | | | | | | | "Black Line" | |
| | | | | | | | | | | Panamá Viejo |
| 0 | Monte Fresco | Chombo | Catalina | Curridabat | Aguas Buènas | Concepción y Aguas Buenas | | | | |
| | | | | | | | | | Guacamayo | |
| 500 a. c. | | | | | | | | | | |
| 1000 a. c. | | | | | | | | Sarigua | | |
| 1500 a. c. | | | | | | | | | | |

# BIBLIOGRAFÍA

De la enorme bibliografía podemos citar tan sólo una parte muy pequeña, que es general o aborda algunos problemas específicos y por lo tanto es importante para este trabajo.

## A. General


Aveleyra Arroyo de Anda, Luis: "Antigüedad del hombre en México y Centroamérica: catálogo razonado de localidades y bibliografía selecta (1867-1961)". *Cuadernos del Instituto de Historia.* Serie Antropológica. Nº 14, México, 1962.

Armillas, Pedro: "Los orígenes del cultivo en el Nuevo Mundo: antecedentes y procesos de desarrollo" (en el Simposio: The foundations of American aboriginal high cultures: Agriculture and village settlements); *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias,* vol. 1, pp. 175-180. Sevilla, 1966.

Bernal, Ignacio: "Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y Norte de México (1514-1960)"; Instituto Nacional de Antropología e Historia *Memorias,* Nº 7, México, 1962.

Cook de Leonard, Carmen (ed.): *Esplendor del México antiguo,* 2 vols. México, 1959.

Covarrubias, Miguel: *Arte indígena de México y Centroamérica,* UNAM, México, 1961.

Bushnell, G. H. S.: *Ancient Arts of the Americas,* The World of Art Library, Thames & Hudson, Londres, 1965.

Disselhoff, H. D. & S. Linné: *Alt-Amerika,* Kunst der Welt, Holle-Verlag, Baden-Baden, 1960.

Dockstader, Frederick J.: *Indian Art in Middle America,* Greenwich, Conn., 1964.

Emmerich, André: *Sweat of the sun and tears of the moon,* Seattle, 1965.

Haberland, Wolfgang: "Zentralamerika: Begriff, Grenzen und Probleme", *Amerikanistische Miszellen* (Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg, vol. 25), pp. 53-59, Hamburgo, 1959.

—: "Zur Geschichte der ackerbauenden Kulturen in México und Mittelamerika", *Saeculum,* Vol. 13, núm. 1, pp. 35-70, Friburgo Br. 1962.

Kirchhoff, Paul: "Mesoamerica: Its geographic limits, ethnic composition, and cultural characteristics", en S. Tax: *Heritage of Conquest,* pp. 17-30, Glencoe, Ill., 1952.

Kubler, George: *The art and architecture of ancient America,* The Pelican History of Art, Harmondsworth, 1962.

Lothrop, Samuel K.: *Das vorkolumbische Amerika und seine Kunstschätze,* Ginebra, 1964.

—: y otros (edits.): *Essays in pre-Columbian Art and Archaeology,* Cambridge, Mass., 1961.

Palerm, Ángel: "La base agrícola de la civilización urbana en Mesoamérica", en: *Las Civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América,* Unión Panamericana, Estudios Monográficos, No. 1, pp. 29-44, Washington, 1955.

Robertson, Donald: *Architektur Amerikas vor Kolumbus,* Grosse Zeiten und Werke der Architektur, vol. 10, Ravensburg, 1964.

TRIMBORN, Hermann: *Das Alte Amerika*, Grosse Kulturen der Frühzeit, Neue Folge, Stuttgart, 1963.
— "Die indianischen Hochkulturen des alten Amerika", *Verständliche Wissenschaft*, vol. 82, Berlín-Gotinga-Heidelberg, 1963.
WAUCHOPE, Robert: *Ten years of Middle American Archaeology. Annoted bibliography and news summary, 1948-1957*, Middle American Research Institute, Publication No. 28, pp. 1-106, Nueva Orleans, 1961.
—: (ed.): *Handbook of Middle American Indians*, vols. 1-11, Austin, Texas, 1964-1966.
WILLEY, Gordon R.: "New World prehistory"; *Annual Report for 1960*; Smithsonian Institution, pp. 551-575, Washington, 1961.
—: "Mesoamerica", en: Braidwood & Willey: *Courses toward urban life (Viking Fund Publications in Anthropology*, No. 32, pp. 84-105), Nueva York, 1962.
—: "An hypothesis on the process of Mesoamerican agricultural development"; *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*, pp. 378-387; Madrid, 1964.
—: *An introduction to American archaeology*. T. I: North and Middle America; Englewood Cliffs, N. J., 1966.
—: "New World Archaeology in 1965"; *American Philosophical Society, Proceedings*, vol. 110, No. 2, pp. 140-145, Filadelfia, 1966.
—: "Historical Patterns and Evolution in Native New World Cultures"; *Evolution After Darwin*, Vol. 2, pp. 111-141, Chicago, 1960.
—: "Postlude to village agriculture: The rise of towns and temples and the beginnings of the great traditions" (en el Simposio: The foundations of American aboriginal high cultures: Agriculture and village settlements); *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias*, vol. 1, pp. 267-277, Sevilla, 1966.
—: (ed.): "Prehistoric Settlement Patterns in the New World"; *Viking Fund Publications in Anthropology*, No. 23, Nueva York, 1956.
—: R. Philip Phillips: *Method and theory in American archaeology*, Chicago, 1958.
ZAVALA, Lauro José (ed.): *Bibliografía Antropológica*. Trabajos publicados en México, 1955-1962, 35o. Congreso Internacional de Americanistas, México, 1962.

## B. REGIONAL

ARMILLAS, Pedro: "Northern Mesoamerica"; en Jennings & Norbeck; *Prehistoric man in the New World*, pp. 291-329, Chicago, 1964.
BAUDEZ, Claude F.: "Cultural development in lower Central America", en: Meggers & Evans: *Aboriginal cultural development in Latin America*: An *interpretative review*, Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146, No. 1, pp. 45-54, Washington, 1963.
BRAINERD, George W.: *The Maya Civilization*, Los Angeles, 1954.
CASO, Alfonso: *El pueblo del Sol*. Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
COE, Michael D.: "Cultural development in southeastern Mesoamerica", en: Meggers & Evans: *Aboriginal cultural development in Latin America: An interpretative review*, Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146, No. 1, pp. 27-44, Washington, 1963.
—: *Mexico; Ancient Peoples and Places*, Londres, 1962.
—: *Maya*; *Ancient Peoples and Places*, Londres, 1966.
HABERLAND, Wolfgang: "Ceramic Sequences in El Salvador", *American Antiquity*, vol. 26, pp. 21-29, Salt Lake City, 1960.

HABERLAND, Wolfgang: "El sur de Centro América" (en el Simposio: The foundations of American aboriginal high cultures: Agriculture and village sittlements), *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias*, vol, 1, pp. 193-200, Sevilla, 1966.

HAY, CLARENCE L. y otros (edits.): *The Maya and their Neighbors*, 2a. ed. Salt Lake City, 1962.

DI PESO, Charles C.: "Cultural development in northern México", en Meggers & Evans: *Aboriginal cultural development in Latin American: An interpretative review*, Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146, No. 1 pp. 1-15, Washington, 1963.

HELBIG, Karl: "Antiguales (Atertümer) der Paya-Region und die Paya-Indianer von Nordost-Honduras, *Beiträge zur Mittelamerikanischen Völkerkunde*, No. 3, Hamburgo, 1956.

KELLY, J. Charles & Ellen Abott: "The culture sequence of the North Central Frontier of Mesoamerica", *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias*, vol. 1, pp. 325-344, Sevilla, 1966.

KRICKEBERG, Walter: *Las antiguas culturas mexicanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

LINNÉ, Sigvald: *Mexican highland cultures*, Estocolmo, 1942.

LOTHROP, Samuel K.: "Pottery of Costa Rica and Nicaragua", *Museum of the American Indian*, Heye Foundation, *Contributions*, vol. 8, Nueva York, 1926.

MACNEISH, Richard S.: "Speculations about the beginning of village agriculture in Meso-America" (en el Simposio: The foundations of American aboriginal high cultures: Agriculture and village settlements), *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias*, vol. 1, pp. 181-185, Sevilla, 1966.

MARQUINA, Ignacio: "Arquitectura prehispánica", *Instituto Nacional de Antropología e Historia, Memorias*, No. 1, México, 1951.

MORLEY, Sylvanus G.: *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica, México, 1947. (Existe una nueva edición de la obra, revisada por George W. Brainerd, Fondo de Cultura Económica, México, 1972).

NOGUERA, Eduardo: *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, México, 1965.

NORWEB, Albert H.: "Ceramic stratigraphy in southwestern Nicaragua", *Actas del 35º Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1, pp. 551-561, México, 1964.

PADDOCK, John (ed.): *Ancient Oaxaca*, Stanford, Cal., 1966.

PIÑA CHAN, Román: "Cultural Development in Central Mesoamerica", en: Meggers & Evans: *Aboriginal cultural development in Latin America: An interpretative review* (Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 146, No. 1), pp. 17-26, Washington, 1963.

—: "Mesoamérica", *Instituto Nacional de Antropología e Historia, Memorias*, No. 6, México, 1960.

SOUSTELLE, Jacques: *La vida cotidiana de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.

STONE, Doris Z.: "Archaeology of the north coast of Honduras", *Peabody Musseum Memoirs*, vol. 1, Cambridge, Mass., 1941.

—: "The Archaeology of Central and Southern Honduras", *Peabody Museum, Papers*, vol. 49, No. 3, Cambridge, Mass., 1957.

—: *Introducción a la arqueología de Costa Rica*, San José de Costa Rica, 1958.

TERMER, Franz: "Die Mayaforschung", *Nova Acta Leopoldina*, n. F., vol. 15, No. 105, Leipzig, 1952.

THOMPSON, J. Eric S.: *Grandeza y decadencia de los mayas,* Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

VAILLANT, George C.: *La civilización azteca,* Fondo de Cultura Económica, México, 1965; 2ª ed., revisada, 1973.

VOGT, Evon Z. y Alberto Ruz L. (ed.): *Desarrollo cultural de los mayas,* México, 1964.

WAUCHOPE, Robert: "Southern Mesoamerica", en: Jennings & Norbeck: *Prehistoric man in the New World,* pp. 331-386, Chicago, 1961.

## C. ESPECIALIZADA

ARMILLAS, Pedro: "Teotihuacan, Tula y los toltecas", *Runa,* vol. 3, No. 1-2, pp. 37-70, Buenos Aires, 1950.

—: "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica", *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda,* pp. 62-82, Madrid, 1964.

—: y Robert West: "Las Chinampas de México", *Cuadernos Americanos,* No. 50, México, 1950.

BARLOW, Robert H.: "The Extent of the Empire of the Culhua Mexica", *Ibero-Americana,* No. 28, Berkeley, Cal., 1949.

BARTHEL, Thomas S.: "Maya-Hieroglyphen, eine Schrift im alten Amerika", *Kunst der Maya* (Ausstellung Köln), pp. 29-42, Colonia, 1966.

BAUDEZ, Claude F.: "Recherches archéologiques dans la vallée du Tempisque, Guanacaste, Costa Rica", *Travaux & Memories de l'Institut des Hautes Études de l'Amerique Latine,* 18, París, 1967.

—: y Michael D. Coe: "Archaeological sequences in northwestern Costa Rica", *Akten des 34. Internationalen Amerikanistenkongresses,* pp. 366-373, Horn-Viena, 1962.

BERNAL, Ignacio: "Archaeology of the Mixteca", *Boletín de estudios oaxaqueños,* No. 7, México, 1958.

—: *Teotihuacan. Descubrimientos, reconstrucciones,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1963.

—: y Eusebio Dávalos Hurtado (ed.): "Huastecos, totonacas y sus vecinos", V Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. XIII, No. 2-3, México, 1953.

BORAH, Woodrow y Sherburne F. Cook: "The aboriginal population of Central Mexico on the eve of the Spanish conquest", *Ibero-Americana,* No. 45, Berkeley, Cal., 1963.

BRAINERD, George W.: *The archaeological ceramics of Yucatan,* University of California, Anthropological Records, Berkeley y Los Angeles, 1958.

BULLARD, William R.: "Maya settlement patterns in northeastern Peten, Guatemala", *American Antiquity,* vol. 25, No. 3, pp. 355-372, Salt Lake City, 1960.

BURLAND, Cottie A.: *The gods of Mexico,* Londres, 1967.

CASO, Alfonso: *Las estelas zapotecas,* México, 1928.

—: "Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán", en: *Obras completas* de Miguel Othón de Mendizábal, vol. 1, México, 1947.

—: "Glifos teotihuacanos", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. XV, pp. 51-70, México, 1958-59.

CASO, Alfonso: "Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco", *Memorias de la Academia Mexicana de Historia,* vol. xv, No. 1, pp. 7-63, México, 1956.

—: "Calendario y escritura en Xochicalco", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. 18, pp. 49-79, México, 1962.

—: y Mary Elizabeth Smith: *Codex Colombino,* México, 1966.

CHAPMAN, Anne M.: *Los nicarao y los chorotega según las fuentes históricas,* Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, Serie Historia y Geografía, No. 4, San José de Costa Rica, 1960.

*Códices*: *véase* en la subdivisión B a Paddock (ed.), 1966; en la subdivisión C a Caso y Smith, 1966; Spranz, 1964.

COE, Michael D.: "La Victoria, an early site on the Pacific coast of Guatemala", *Peabody Museum, Papers,* vol. 53, Cambridge, Mass., 1961.

—: "The chinampas of Mexico", *Scientific American,* vol. 211, No. 1, pp. 90-98, Washington, 1964.

—: *The Jaguar's Children: Pre-Classic Central Mexico,* Nueva York, 1965.

—: y Kent V. Flannery: "Early Cultures and Human Ecology in South Coastal Guatemala", *Smithsonian Contributions to Anthropology,* vol. 3, Washington, 1967.

COE, William R.: "A summary of excavation and research at Tikal, Guatemala: 1962", *Estudios de Cultura Maya,* vol. 3, pp. 41-64, México, 1963.

—: "Tikal, Guatemala, and emergent Maya civilization", *Science,* vol. 147, No. 3664, pp. 1401-1419, Washington, 1965.

—: "Tikal: Ten years of study of a Maya ruin in the lowlands of Guatemala", *Expedition,* vol. 8, No. 1, pp. 5-56, Filadelfia, 1965.

CORTÉS, Hernán: *Cartas de Relación,* México, Editorial Porrúa, 1967.

DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* México, Editorial Porrúa, 1960.

DRUCKER, Philip: "La Venta, Tabasco: A study of Olmec ceramics and art", *Bureau of American Ethnology,* Bulletin 153, Washington, 1952.

—: y Robert F. Heizer: "A study of the milpa system of La Venta Island and its archaeological implications", *Southwestern Journal of Anthropology,* vol. 16, pp. 36-45, Albuquerque, 1960.

—: Robert F. Heizer y R. J. Squier: "Excavations at La Venta, Tabasco, 1955", *Bureau of American Ethnology,* Bulletin 170, Washington, 1959.

DUMOND, D. E.: "Swidden agriculture and the rise of Maya civilization", *Southwestern Journal of Anthropology,* vol. 17, pp. 301-316, Albuquerque, 1961.

GARCÍA PAYÓN, José: *Prehistoria de Mesoamérica. Excavaciones en Trapiche y Chalahuite, Veracruz, México, 1942, 1951 y 1959,* Xalapa, 1966.

GUILLEMIN, George F.: "The ancient Cakchiquel capital of Iximché", *Expedition,* vol. 9, No. 2, pp. 22-35, Filadelfia, 1967.

HABERLAND, Wolfgang: "Neue archäologische Ergebnisse in Nicaragua", *Die Umschau in Wissenschaft und Technik,* año 64, No. 20, pp. 622-625, Francfort del Meno, 1964.

—: "Early phases on Ometepe Island, Nicaragua", *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias,* vol. 1, pp. 399-403, Sevilla, 1966.

HEIZER, Robert F.: "Agriculture and the theocratic state in lowland southeastern Mexico", *American Antiquity,* vol. 26, No. 2, pp. 215-222, Salt Lake City, 1960.

HEIZER, Robert F.: "The Possible Sociopolitical Structure of the La Venta Olmecs", *Akten des 34. Internationalen Amerikanistenkongresses*, pp. 310-317, Horn-Viene, 1962.

JIMÉNEZ Moreno, Wigberto: "Síntesis de la historia precolonial del Valle de México", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 14, No. 1, pp. 219-236, México, 1956.

KIDDER, Alfred V., Jesse D. Jennings y Edward M. Shook: *Excavations at Kaminal-juyú, Guatemala*, Carnegie Institution of Washington, Publication No. 561, Washington, 1946.

—: y Carlos Samayoa Chinchilla: *The Art of the Ancient Maya*, Nueva York, 1959.

KRICKEBERG, Walter: "Die Religionen der Kulturvölker Mesoamerikas", *Die Religionen der Menschheit*, vol. 7, pp. 1-89, Stuttgart, 1961.

LINNÉ, Sigvald: *Archaeological researches at Teotihuacan, Mexico*, Estocolmo, 1934.

LOTHROP, Samuel, K.: *Metals from the Cenote of Sacrifice, Chichén Itzá, Yucatán*, Cambridge, Mass., 1952.

MACKIE, Euan W.: "New light on the end of Classic Maya Culture at Benque Viejo, British Honduras", *American Antiquity*, vol. 27, pp. 216-224, Salt Lake City, 1961.

MACNEISH, Richard, S.: "Preliminary archaeological investigations in the Sierra de Tamaulipas, Mexico", *American Philosophical Society, Transactions*, n. s., vol. 48, pt. 6, Filadelfia, 1958.

—: "Ancient Mesoamerican civilization", *Science*, vol. 143, No. 3606, pp. 531-537, Lancaster, Pa., 1964.

MANGELSDORF, Paul C., Richard S. MacNeish y Walton C. Galinat: "Domestication of corn", *Science*, vol. 143, No. 3606, pp. 538-545, Lancaster, Pa., 1964.

MARQUINA, Ignacio: *Templo Mayor de México* (Guía Oficial), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1957.

MILLON, René: "Irrigation systems in the Valley of Teotihuacan", *American Antiquity*, vol. 23, pp. 160-166, Salt Lake City, 1957.

—: "Teotihuacan", *Scientific American*, vol. 216, No. 6, pp. 38-48, Nueva York, 1967.

—: y James A. Bennyhoff: "A long architectural sequence at Teotihuacan", *American Antiquity*, vol. 26, pp. 516-523, Salt Lake City, 1961.

MORLEY, Sylvanus G.: *An introduction to the study of the Maya hieroglyphs*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 57, Washington, 1915.

—: *The inscriptions of Peten*, Carnegie Institution of Washington, Publication No. 437, 5 vols., Washington, 1937-38.

NOGUERA, Eduardo: "Ultimos descubrimientos en Xochicalco", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 17, pp. 33-37, México, 1961.

PIÑA CHAN, Román: *Tlatilco*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Serie Investigaciones, No. 1-2, México, 1958.

POLLOCK, H. E. D., Ralph L. Roys, T. Proskouriakoff y A. Ledyard Smith: *Mayapán, Yucatán, Mexico*, Carnegie Institution of Washington, Publication 619, Washington, 1962.

PORTER, Muriel N.: "Excavations at Chupicuaro, Guanajuato, Mexico", *American Philosophical Society, Transactions*, n.s., vol., 46, pt. 5, Filadelfia, 1956.

PROSKOURIAKOFF, Tatiana: *Album de arquitectura maya*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

PROSKOURIAKOFF, Tatiana: *A study of Classic Maya sculpture,* Carnegie Institution of Washington, Publication 593, Washington, 1950.

—: *"Varieties of Classic Central Veracruz sculpture"*, Contributions to American Anthropology and History, No. 58, Washington, 1954.

—: "The lords of the maya realm", *Expedition,* vol. 4, No. 1, pp. 14-21, Filadelfia, 1961.

—: "Historical data in the inscriptions of Yaxchilan (II)", *Estudios de Cultura Maya,* vol. IV, pp. 177-201, México, 1964.

—: "Historical implications of a pattern of dates at Piedras Negras", *American Antiquity,* vol. 25, pp. 454-475, Salt Lake City, 1960.

RUPPERT, Karl, J. Eric S. Thompson y Tatiana Proskouriakoff: *Bonampak, Chiapas, Mexico,* Carnegie Institution of Washington, Publication 602, Washington, 1955.

SÁENZ, César: "Tres estelas en Xochicalco", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. 17, pp. 39-65, México, 1961.

SAHAGÚN, Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España,* 3 vols., México, Editorial Porrúa, 1946.

SATTERTHWAITE, Linton y Elizabeth Ralph: "New radiocarbon dates and the Maya correlation", *American Antiquity,* vol. 26, pp. 165-184, Salt Lake City, 1960.

SCHMIDT, Peter J.: *Der Sonnenstein der Azteken,* Wegweiser zur Völkerkunde, No. 6, Hamburgo, 1965.

—: "El Respiradero, antiguo lugar de ofrenda en el Cerro Concepción, Isla de Ometepe, Nicaragua", *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias,* vol. 1, pp. 429-433, Sevilla, 1966.

SÉJOURNÉ, Laurette: *Un palacio en la ciudad de los dioses, Teotihuacan,* Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

SHEPARD, Anna O.: *Plumbate, a Mesoamerican trade ware,* Carnegie Institution of Washington, Publication 573, Washington, 1948.

SHOOK, Edwin M. y Alfred V. Kidder: *Mound E-III-3, Kaminal-juyú, Guatemala,* Contributions to American Anthropology and History, No. 53, Washington, 1952.

SMITH, A. Ledyard: *Uaxactún, Guatemala: Excavations of 1931-1937,* Carnegie Institution of Washington, Publication 588, Washington, 1950.

—: *Archaeological reconnaissance in Central Guatemala,* Carnegie Institution of Washington, Publication 608, Washington, 1955.

SPRANZ, Bodo: *Los dioses en los códices mexicanos del grupo Borgia.* Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

STIRLING, Matthew W.: "Stone monuments of the Río Chiquito, Veracruz, Mexico", *Bureau of American Ethnology,* Bulletin 157, pp. 1-28, Washington, 1955.

—: "Stone monuments of southern Mexico", *Bureau of American Ethnology,* Bulletin 138, Washington, 1943.

TERMER, Franz: *Quauhtemallan und Cuzcatlán,* Hamburger Romanistische Studien, Iberoamerikanische Reihe, vol. 18, Hamburgo, 1948.

THOMPSON, J. Eric S.: *Maya hieroglyphic writing. Introduction,* Carnegie Institution of Washington, Publication 589, Washington, 1950.

—: *A catalogue of maya hieroglyphs,* Civilization of the American Indian Series, Norman, Okla., 1962.

TOZZER, Alfred M.: "Landa's *Relación de las cosas de Yucatán*", *Peabody Museum, Papers*, vol. 18, Cambridge, Mass., 1941.

—: "Chichén Itzá and its Cenote of Sacrifice", *Peabody Museum, Memoirs*, vol. 11 y 12, Cambridge, Mass., 1957.

WAUCHOPE, Robert: "Excavations at Zacualpa, Guatemala", *Middle American Research Institute*, Tulane University, Publication No. 14, Nueva Orleáns, 1948.

WILLEY, Gordon R., W. R. Bullard, J. C. Gifford y J. B. Glass: "Prehistoric Maya settlements in the Belize Valley", *Peabody Museum, Papers*, vol. 54, Cambridge, Mass., 1965.

WOODBURY, Richard B.: "Preshistoric water management systems in the Tehuacán Valley, Mexico", *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias*, vol. 1, pp. 345-347, Sevilla, 1966.

## ÍNDICE DE LÁMINAS

ÍNDICE DE FIGURAS

# ÍNDICE GENERAL

Este libro de acabó de imprimir el día 27 de febrero de 1974 en los talleres de IMPRENTA NUEVO MUNDO, S. A. Javier Rojo Gómez 396 (antes Calzada del Moral), Iztapalapa, México 13, D. F. Se tiraron 8 000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Caledonia de 11:12, 10:11, 9:10 y 8:9 puntos. La edición estuvo al cuidado de *Saúl Jiménez Crispín.*